

# intervalo

## ALBUM

### 10 OBRAS COMPLETAS

•  
Sixto Pondal Ríos y  
Carlos Olivari  
•  
S. y J. Alvarez Quintero  
•  
Cristóbal María Paz  
•  
Guy de Maupassant  
•  
Jorge Sand • Foster Tenner  
•  
Aquiles Montery  
•  
Horacio Feans • Goethe  
•  
Francina Siquier

\$ 35.-



# SUMARIO

## **EL AGRAVIO,** por HORACIO FEAN

De pronto, e impulsados por una misma emoción, se confundieron en un abrazo fuerte ..... Pág. 4

## **HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES,**

por CRISTOBAL MARIA PAZ

Dentro de sus límites está la comprensión de la vida: detrás de ella, latente y refrenada toda emoción ..... Pág. 15

## **CLAVIJO,** por GOETHE

La sangre del patriota apagó la ardiente furia de los corazones colmados de sed de venganza ..... Pág. 21

## **EL VIEJO DOCTOR,** por S. PONDAL RIOS y C. OLIVIERI

El maravilloso lema de Hipócrates, lleno de amor por la profesión de curar, era su vida misma ..... Pág. 39

## **LA DICHA,** por GUY DE MAUPASSANT

La isla de Córcega, como una leve aparición, se le ofrecía ante los ojos de los enamorados ..... Pág. 53

## **LA ESTATUA DE LA PUREZA,**

por AQUILES MONKERY

Al entrar en contacto con el agua, la estatua, símbolo de la pureza, comenzó a disolverse ..... Pág. 57

## **LENGUAS DE FUEGO,** por FOSTER TENNER

Un caballo espera, seguro de su misión. Alguien quiere huir, aprovechando las sombras de la noche ..... Pág. 70

## **DOÑA CLARINES,**

por S. y J. ALVAREZ QUINTERO

El odio había triunfado al amor, a la pasión y a la justicia ..... Pág. 84

## **LAS DAMAS DE VERDE,** por JORGE SAND

¿Qué misterio encerraban los tres panes y las tres jarras de agua? ¿Serían acaso para los fantasmas? ..... Pág. 101

## **PAULINA,** por FRANCINA SIQUIER

Lo que fuera un sueño iba a convertirse en dulce realidad. Un hombre y una mujer se habían encontrado ..... Pág. 118





# EL AGRAVIO

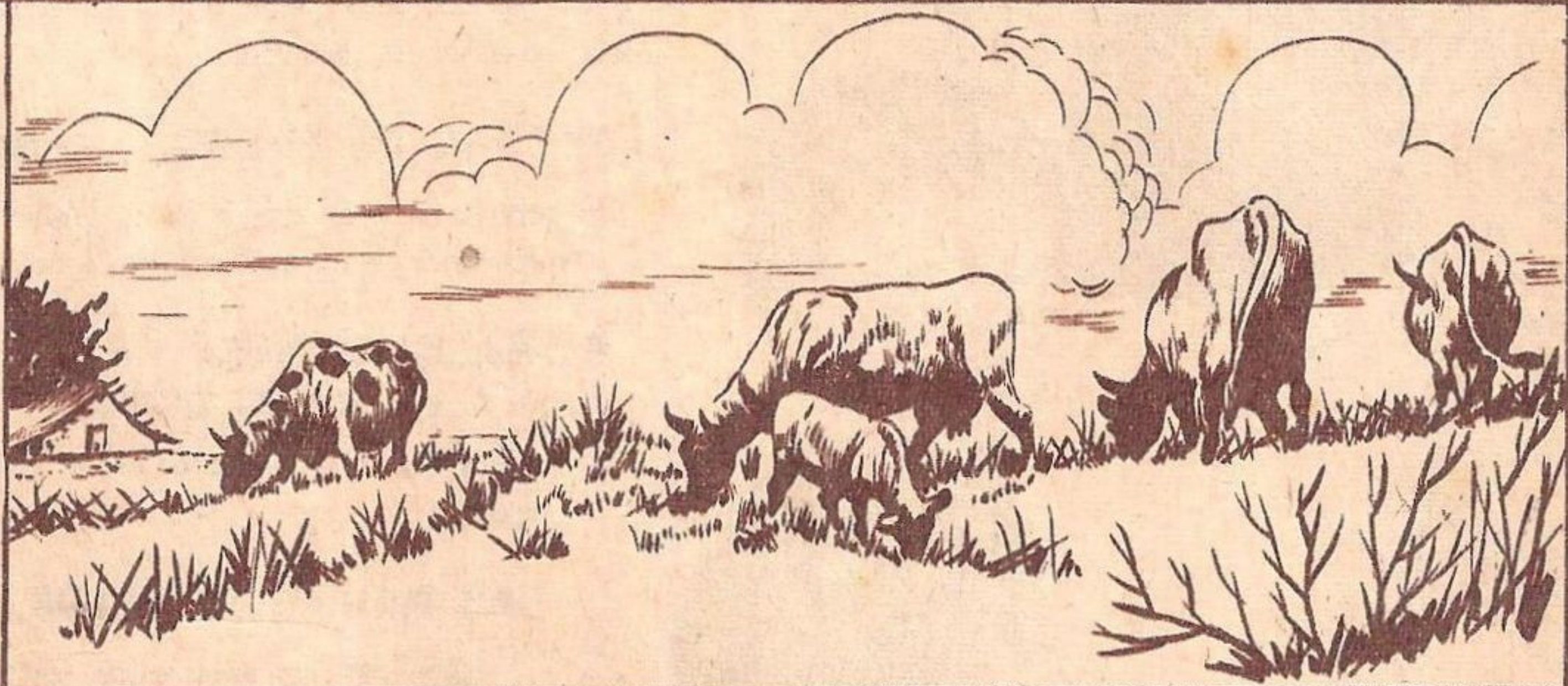
Por HORACIO FEANS



DIBUJOS DE MIRANDA

Hay olor a lluvia. De vez en cuando pasa volando bajo algún tero, que pregona en el bisílabo eco de su canto, según los que saben que el agua está al caer. De a ratos sopla un viento que sacude el polvo de la reseca tierra...

...y lo arroja sobre las huesudas reses que lanzan al espacio sus clamorosos mugidos de sed y de hambre. Van para dos meses que no llueve, y si de ésta vuelta no se larga el agua, de lo que es hacienda, apenas quedarán los cueros y un tendal de osamentas blanqueadas por el sol.



Cresencio Cuevas, tiene unas vaquitas. Poca cosa y nada; serán como veinte, pero están tan flacas que aflige mirarlas. Y por mal de males su mujer, Florinda, le avisó temprano:

Mirá, viejo, que estamos quedando sin plata.



El se alzó de hombros, y sin quitar los ojos de esas nubes negras, le respondió:

¿Qué querés que le haga? Ya estoy cansado de rogar a Dios para que llueva.



¡No seas hereje! ¿Vos te creés, acaso, que es pedir nomás, como en el boliche?

¿Y entonces, para que habla tan lindo el cura del pueblo? ¡Como para creerle!





¡Anima bendita! Vos vivís embretado en esta lonja de tierra y fuera de todo lo bueno y lo malo que te pasa en ella, no creés en nada, ni en vos mismo.

No soy gurí para que me andés retando. Creo en lo que veo.

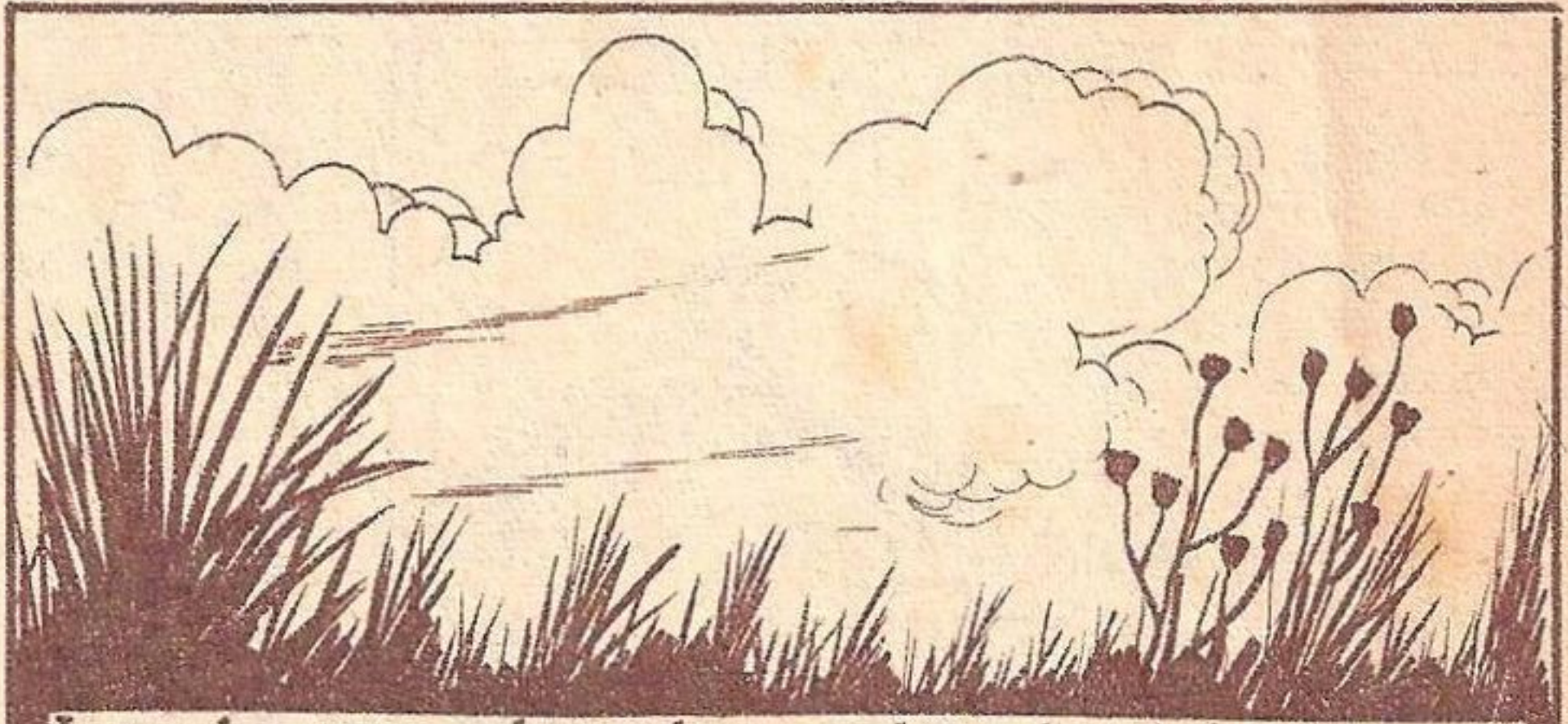


No he visto nunca a un hombre mentir con tal descarado como lo estás haciendo vos.



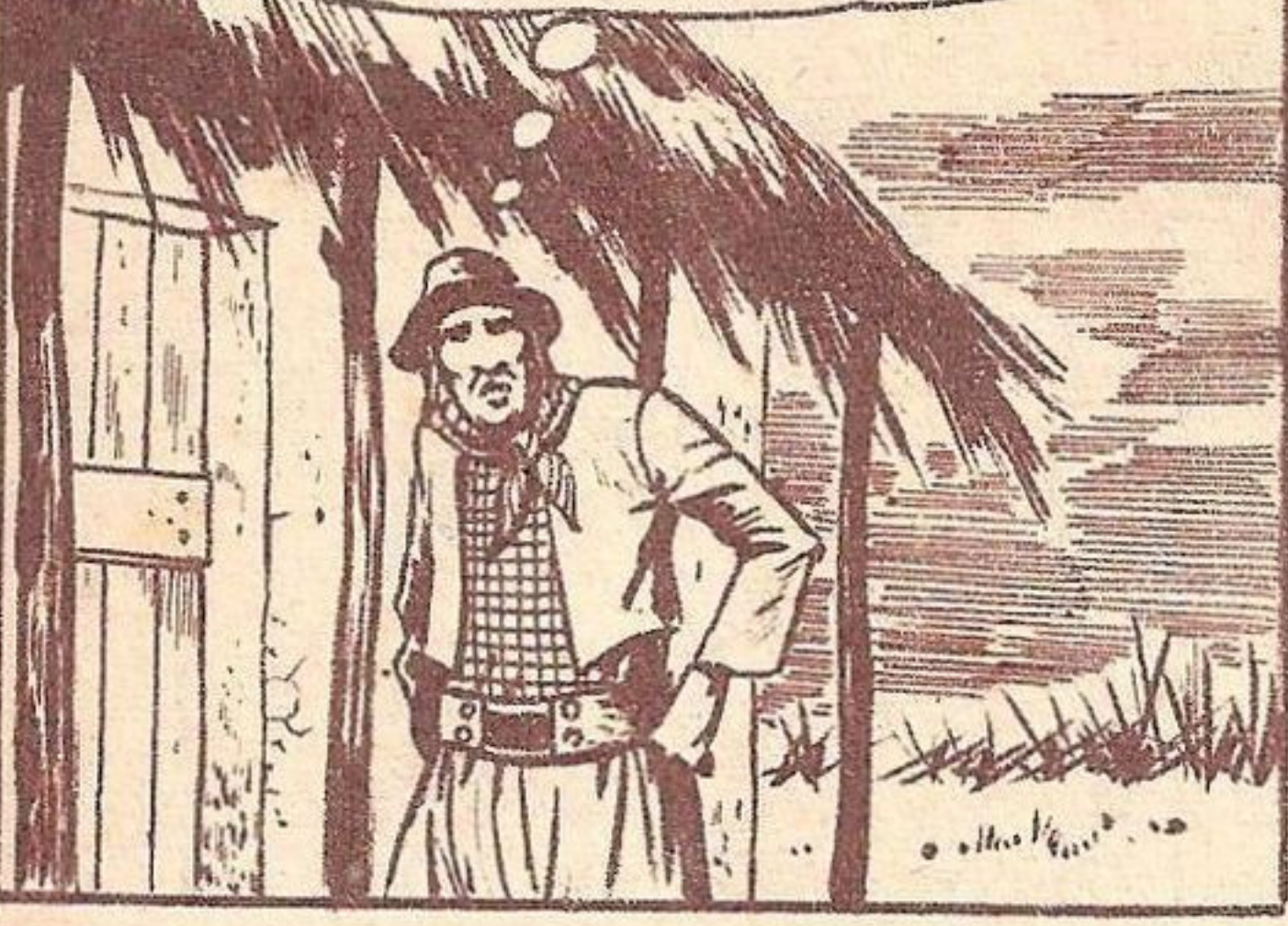
—Voy hasta lo de la comadre. En vez de estar sentado ahí como un cuzco cansado, mejor será que juntes los animales, no sea cosa que por darte la contra, Dios te mande agua hasta el pescuezo.

¡Ave María Purísima! ¡Lo que me hace decir este hombre!

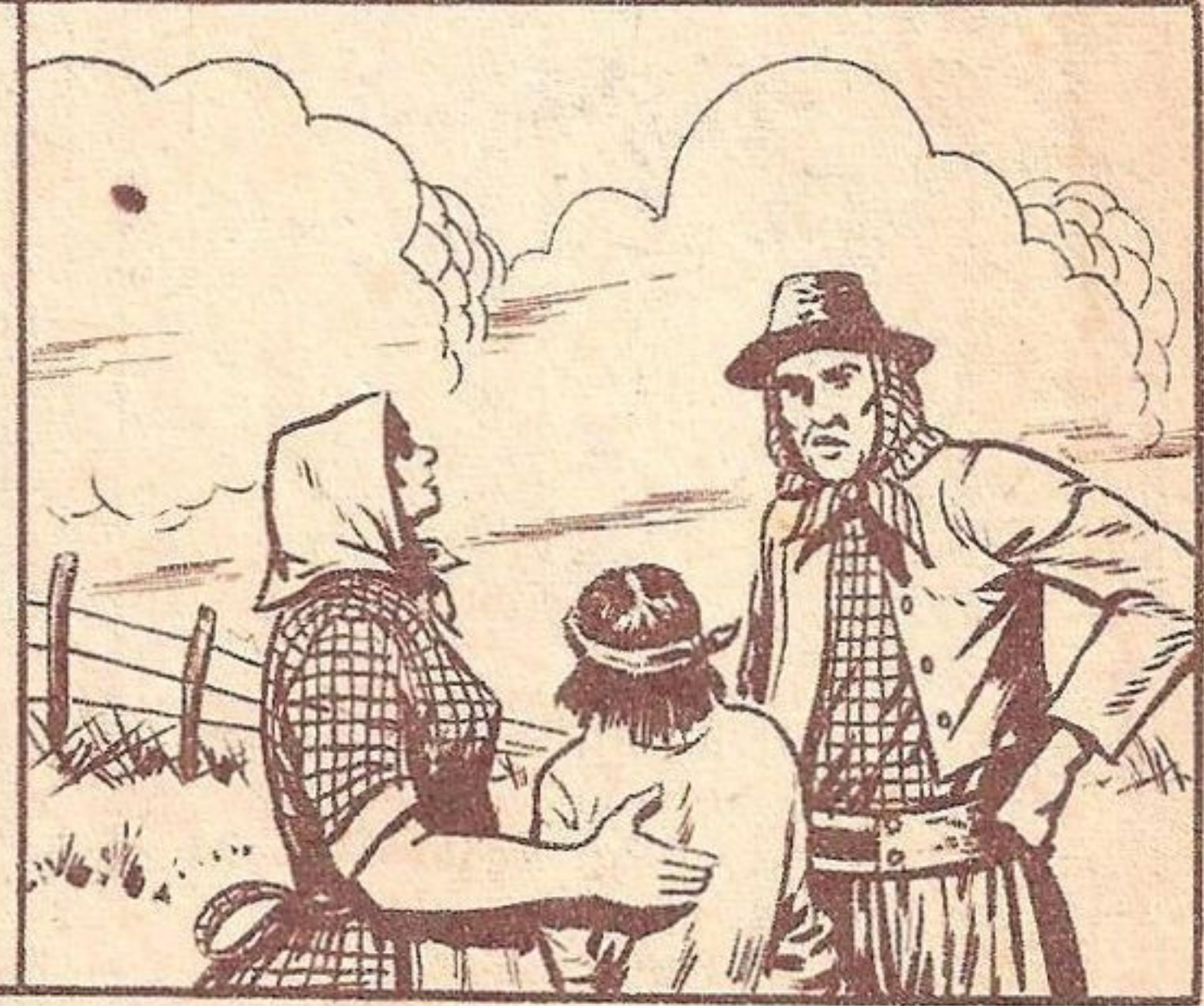


Las nubes negras, alargando su sombra sobre el cielo, cruzaron por lo alto, y siguiendo hacia el naciente, media hora más tarde eran en el horizonte una línea oscura, marcando el en confín de la llanura, la frustración de una esperanza ansiada. Cresencio, furioso, exclamó:

(¡Amalaya! ¡Si es como para emprenderla a rebencazos hasta con la sombra de uno mismo!)



Florinda regresó cuando caía la tarde. Llevaba con ella a un mocoso de carita triste y esmirriado cuerpo, vestido con ropas en las que, remiendos y algunos agujeros, le hacían juego con algo que un día fueran alpargatas.



Es el hijo de la comadre Aurelia. Se quedará con nosotros; ya te voy a explicar.

¿Aquí? ¡Pero decíme una cosa...!



Andá para adentro. Y vos, viejo, quedáte aquí conmigo.



La historia era simple. La comadre, Aurelia, había tenido ese hijo. —¡Cosas de la vida! —exclamó Florinda para continuar diciendo: —La pobre creyó en aquel hombre que vivió con ella hasta que el changuito garabateó en el suelo sus primeros pasos, y entonces...



... alzó el vuelo y como un cobarde, sin pensar que el chico era también su hijo, la dejó plantada. Aurelia está enferma. ¿entendés, Cresencio? Y de algo que dicen que no tiene cura, que es cuestión de meses.



Nosotros nunca tuvimos un hijo. No hablemos de culpas. Pero este mocoso se va a quedar solo. ¡No, no me mirés así, viejo! Ya pintamos canas. ¿Para qué engañarnos? La esperanza es linda cuando sobra el tiempo, y nosotros, viejo, ya vamos de vuelta...



Cresencio Cuevas se quedó callado, mirando a lo lejos, hacia aquellas nubes que en el oriente se iban perdiendo, y dijo:

Sé lo que es que a uno lo señalen guacho...



"Mi mama, nunca te lo dije pues no vino al caso, también quedó sola y murió de pena. Yo soy hijo de nadies, pero eso no le hace." Cuevas miró la puerta por donde entrara el mocoso y agregó:

Andá, Florinda, atendé a ese chico...



Aunque vamos de vuelta, me siento con ganas, ¡qué caray! de ser tan tata, como si ese chango fuera mío y tuyo... Andá, vieja, ¿qué estás esperando?



¡Y no digas nada ni me creas flojazo!

Sí, Cresencio, como si fuera nuestro. ¡Qué vas a ser flojazo vos si sos un criollo de ley!



El pasar de los años fue haciendo mocito a esa especie de ahijado que el destino les había traído, como un regalo de reyes magos, hasta el hogar del matrimonio Cuevas.

Lo llamaron Chacho. Menos que un nombre. Apenas si un algo así como una marca de hierro. ¡Chacho! Seis letras sin eco, frías como la escarcha. Seis letras a seco, ¡Chacho!, nada más, sin estar pialadas a otra cosa...

...que pudiera servirle de apellido. Los tiempos fueron malos. Cresencio vio llegado el momento de salvar lo poco que aún le quedaba, y tomó una decisión:

Don Justo Andrada precisa un capataz...



...y me ofreció el conchabo. Un sueldo bueno y techo y que comer de balde para los tres.

No es mala idea. Algunos pesos quedarán después de pagar...



...“lo que debemos, y podemos guardarlos porque se me ha ocurrido que el Chacho, según anda en la escuela, le gustarán las letras y eso cuesta...”

Me adivinaste el pensamiento. ¡Dios nos ayudará!





¿Vos no sos el mismo Cresencio Cuevas que aquel día dijiste que Dios no escuchaba el grito de los pobres y que el cura hablaba de vicio?



En aquel entonces, yo no tenía un hijo...



Si por algo te quiero, viejo, es porque siempre tuviste un corazón grandote, como éste abrazo que te estoy dando.

¡Vieja! ¡Que el Chacho mira!



¿Y que hay con eso? ¿Es acaso pecado que los hijos sepan que sus... bueno, sus tatas se quieren?



Cresencio Cuevas antes de contestar a su mujer, volvió a mirar al Chacho. Este, con una inocente picardía iluminando su sonriente cara, siguió leyendo.



La estancia "Santa Elena" de don Justo Andrada, levantaba su casco en medio de un inmenso campo, en el que casi un millar de vacunos pastaban pachorrientos, entre un concierto de roncós mugidos. Fácil fue para Cuevas, hombre ducho...

...cumplir con su tarea de mayoral. Florinda, en tanto, se ganó la simpatía de Clarita, única hija de Andrada, y compartía con ella todos los quehaceres de la casa. Un atardecer, estaban las dos mujeres solas, cuando entró corriendo el Chacho, ya un muchachito por entonces, con miras...

...de ser mozo, quien después de saludar a Clara, un poco cohibido como siempre ante la franca y amable sonrisa de la joven, remedó como pudo:




Ando buscando al tata, ¿sabe?

¿Y te parece a vos que éste es el lugar para encontrarlo? Ya estoy cansada de decirte que...



Vamos, Florinda, ¿por qué lo reprende? La casa es grande y bien podía haber estado aquí Cresencio. ¿Qué tendría de raro?

Nada, de no ser que este jovencito sabe muy bien que el tata...



...“hoy ha bajado al pueblo por un par de días.”

Lo que quiere decir, entonces...

Sí, que está faltando a la verdad.

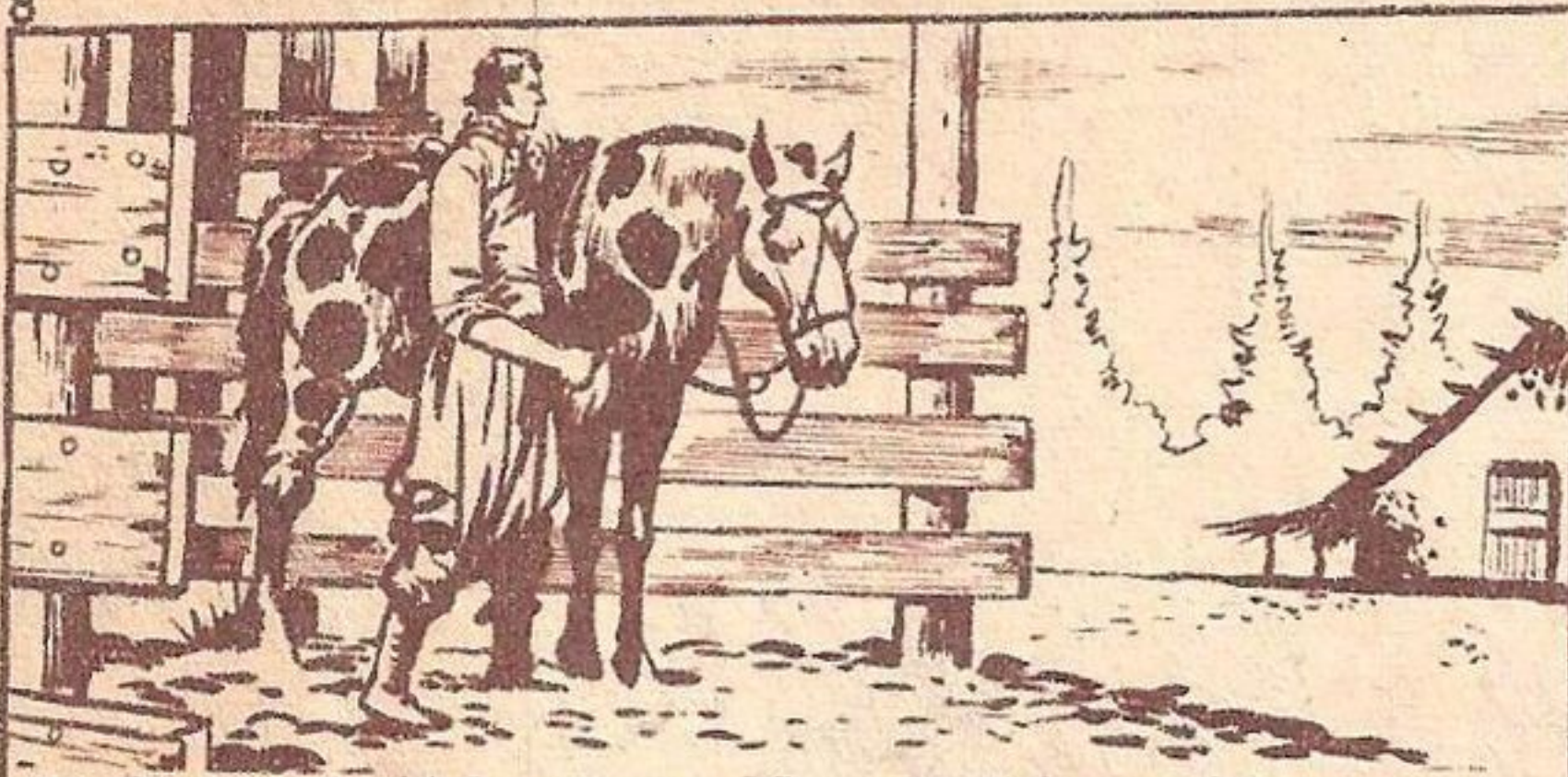


Mama, yo...

¡Nada! Se me va para las casas que ya luego hablaremos.







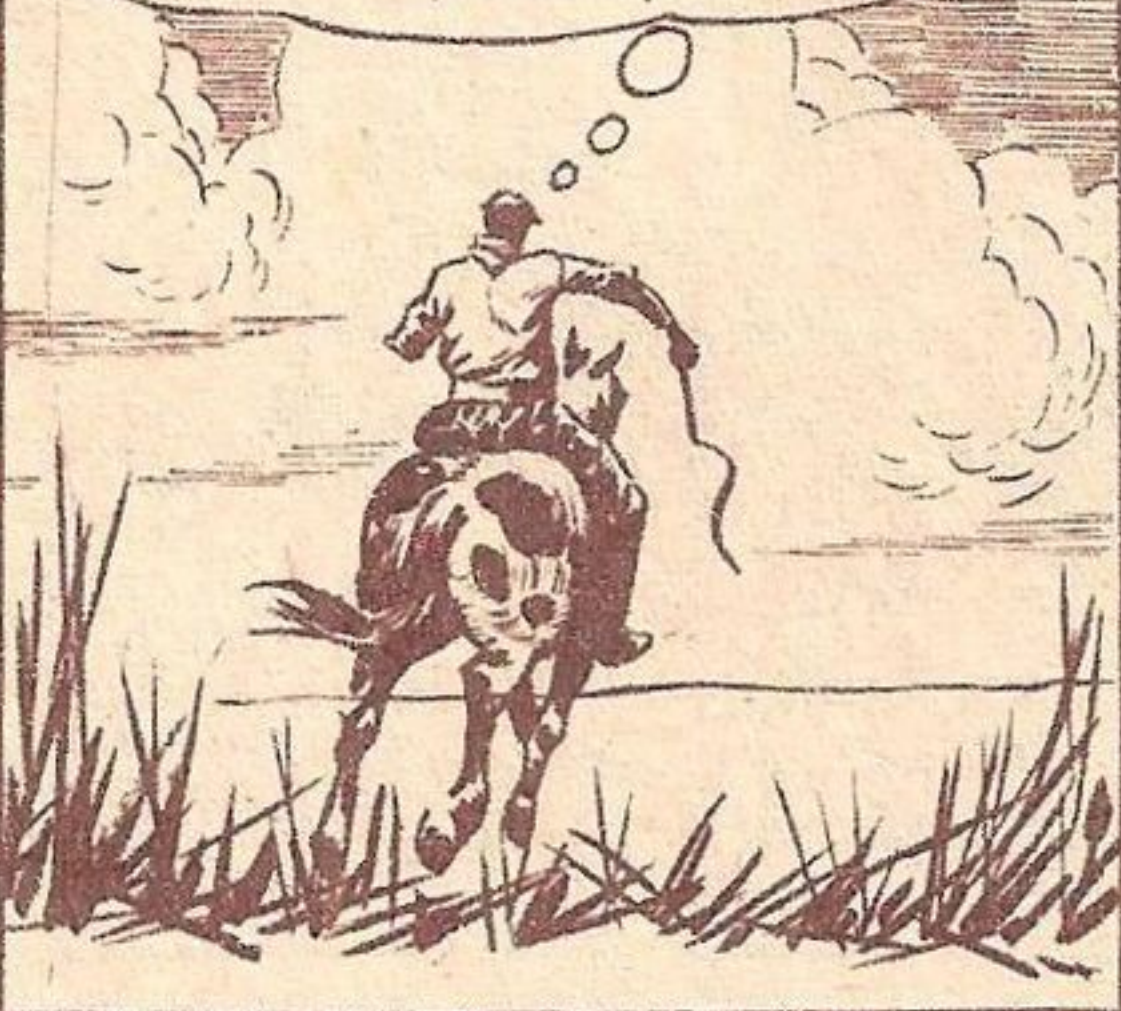
El Chacho bajó la cabeza. Nunca había sentido tanto calor en las mejillas. Giró sobre sí mismo, y al ir en busca de la puerta, sus pies le dieron la sensación de ser de plomo. Pero no fue a las casas. Por vez primera no le quedó en los oídos la orden de la mama. Llegó al corral, desató el tobiano, y...

...así nomás, en pelo, se enhorquetó en su lomo. Le dio un tirón de riendas como para partirle la quijada, y apretando con fuerza los talones, los hundió en los flancos de la bestia que relinchó un protesto, al tiempo que sus remos hendían al galope la distancia.



Y la mano del Chacho, como nunca lo hiciera hasta ese día, armada con la lonja de un tale-ro, castigó al animal sin piedad ni miramiento, porque el Chacho quería irse muy lejos, para gritar con todos sus pulmones:

(¡Crescencio Cuevas no es mi tata!  
¡No puede ser mi tata ese hombre!  
¡Amalaya!)



Grande, tremendamente grande debía de ser su pena, porque cayeron sobre la cruz del tobiano dos lágrimas que en su brillar perlado, orlaban la angustia del muchacho.



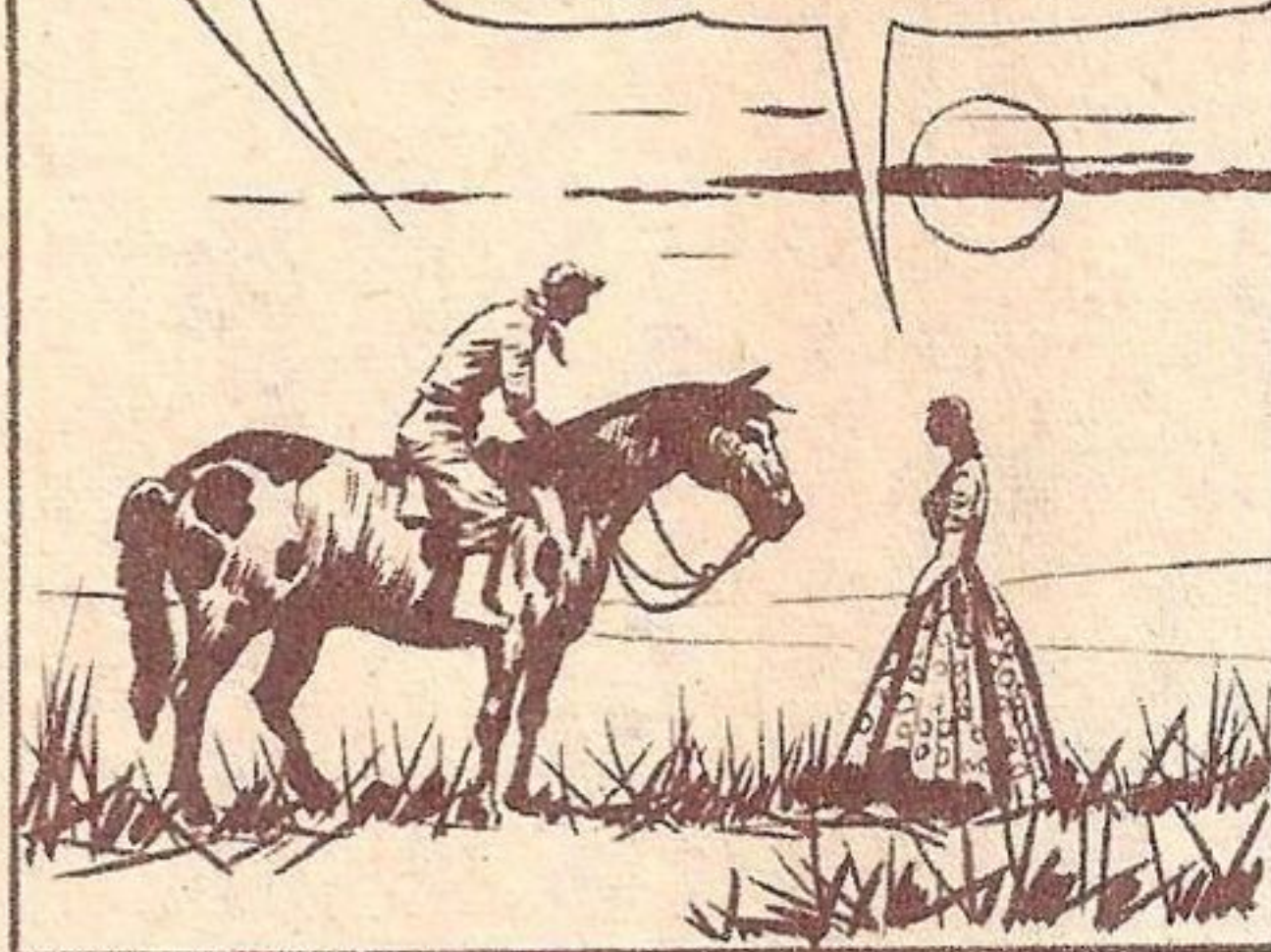
Volvió para la estancia, cuando ya la luna agazapaba los claros fantasmas de su albuja en medio de las sombras de la noche. La inesperada voz de una mujer le hizo frenar el tranco cansino del tobiano.

¡Chacho! Soy yo, Clara...



¡Señorita Clara!

Sí, no te asombrés que te haya esperado aquí, donde nadie nos puede ver ni escuchar.



Han salido a campearte. Pero decime, muchacho, ¿qué te anda pasando?

¡Nada! ¡Déjeme seguir y no pregunte!



¡Ah no! ¡Eso sí que no! ¿A qué viniste a casa esta tarde? Eso de que buscabas al tata...

Era mentira, ya lo sabe.



¿Y entonces? ¡Levantá la frente! ¡Y yo que creí que eras un hombre! ¡No parecéis hijo de Crescencio Cuevas!

¡Y no lo soy! ¡Entendió? ¡Yo no tengo tata!



Clarita trató de adivinar en la firmeza de esa exclamación una causa, pero fue en vano. La cara del muchacho, dibujándose en sus labios un rictus de amargura parecía estar hecha de granito. La joven dijo:



¡No me gusta que hables así! Si supieras bien lo preocupado que está por tu ausencia, estarías orgulloso de tu tata.

¡Nunca!

Hoy fui a verla a usted, para decirle algo que me está quemando aquí, adentro del pecho, pero usted estaba con mama.

¿Y quién mejor que ella para aconsejarte?

¡No, niña! La mama es buena, demasiado buena y demasiado mama para que sea justamente yo quien vaya a pisotearle el corazón.

No te comprendo. ¿Qué has hecho?

Yo no hice nada. Pero ese hombre que usted dice es mi tata, de haber tenido yo un cuchillo, estaría sin vida en la hondonada.

¡Porque no merece morir mirando al cielo!

¡Cacho! ¡Vos estás loco!...

—¡No hablé así, mal hijo! —gritó Clarita, y a impulsos de un sentir incontenible, alzó la mano dejándola caer de plano sobre la cara del mocito que exclamó:

¡Nada puede dolerme más que lo que he visto!

Se lo voy a decir para que sepa que no es a mí a quien debió cruzarle la cara como lo hizo, sino a Crescencio Cuevas.

Perdoná, Chacho. Hice mal, pero al oírte hablar así de tu tata...

El Chacho, al escucharlo, arrebatado, tomó por los brazos a la joven y presionando en ellos, desesperado, dijo:

¿Cómo debo decirle que yo no tengo tata?

—Estos mismos ojos que la están mirando a usted —agregó— hoy lo han visto a Crescencio Cuevas abrazando a otra mujer. Así como lo digo, ¡abrazado a otra mujer!

¿Crescencio Cuevas?



¡El mismo! ¡Y ahora que lo sabe, vaya y dígaselo a mamá, si es que se atreve a herirla con semejante agravio! ¡Vaya!



Clarita, de buena gana, hubiera besado la mancha roja que los dedos de su mano dejaron sobre la cara del muchacho.

¡Qué arrepentida estoy de lo que hice, Chacho!  
¿Me vas a perdonar?

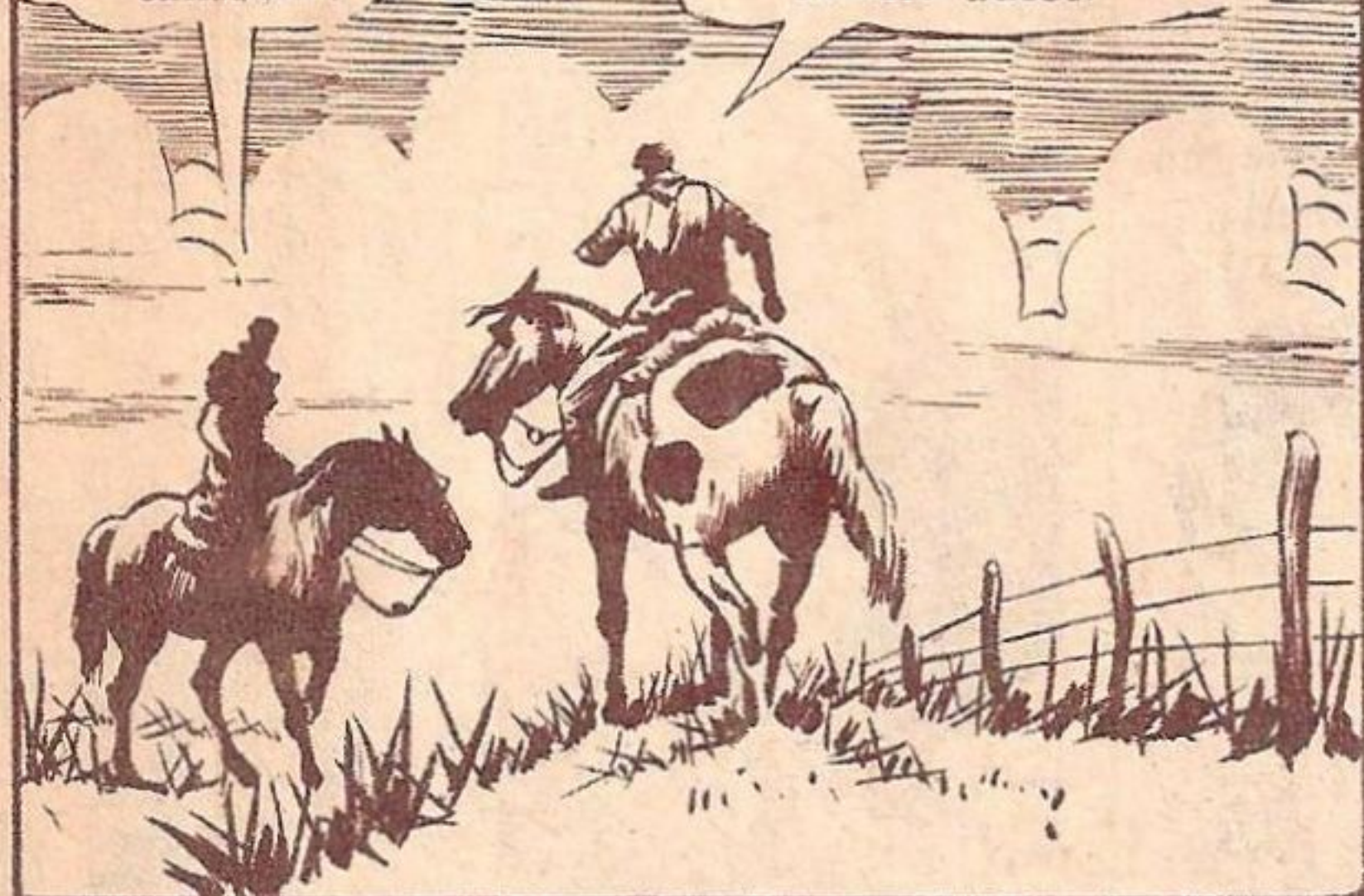


¡Si no fuera así, no le hubiera contado de esta infamia!

La hija de don Justo Andrada no dijo ni siquiera una sola palabra, y mucho menos, por cierto, a Florinda Cuevas. Pasaron unos días. De pronto, una tarde que Clarita cabalgaba por el campo, vio aparearse al Chacho en el tobiano.

¿Paseando vos también?

No; me voy de las casas. Quise decirle adiós.



El Chacho se había hecho hombre antes de tiempo. No podía quedarse allá en la casa, bajo el mismo techo que aquel hombre al que despreciaba con todas las fuerzas de su alma. Con lo puesto, nomás, y llevándose al tobiano.

Ya estaba por cumplir la edad de enrole, y haciendo cualquier cosa se ganaría vida. No pudo Clarita disuadirlo. Se daba cuenta lo profunda que era la llaga del muchacho.

¡Dios te guíe, Chacho!



Escribe a tu madre en cuanto puedas, y bueno, si querés y te sobra algo de tiempo, hacéme algunas letras para mí.

Usted ha sido muy buena, niña. Yo la quiero como si fuera una hermana. ¡Se lo juro!



La emoción de la joven no la dejó articular palabra. Se inclinó sobre él y en aquella mejilla en la que otrora marcara la mano con violencia, le dio un beso.

¡Gracias, niña Clara!

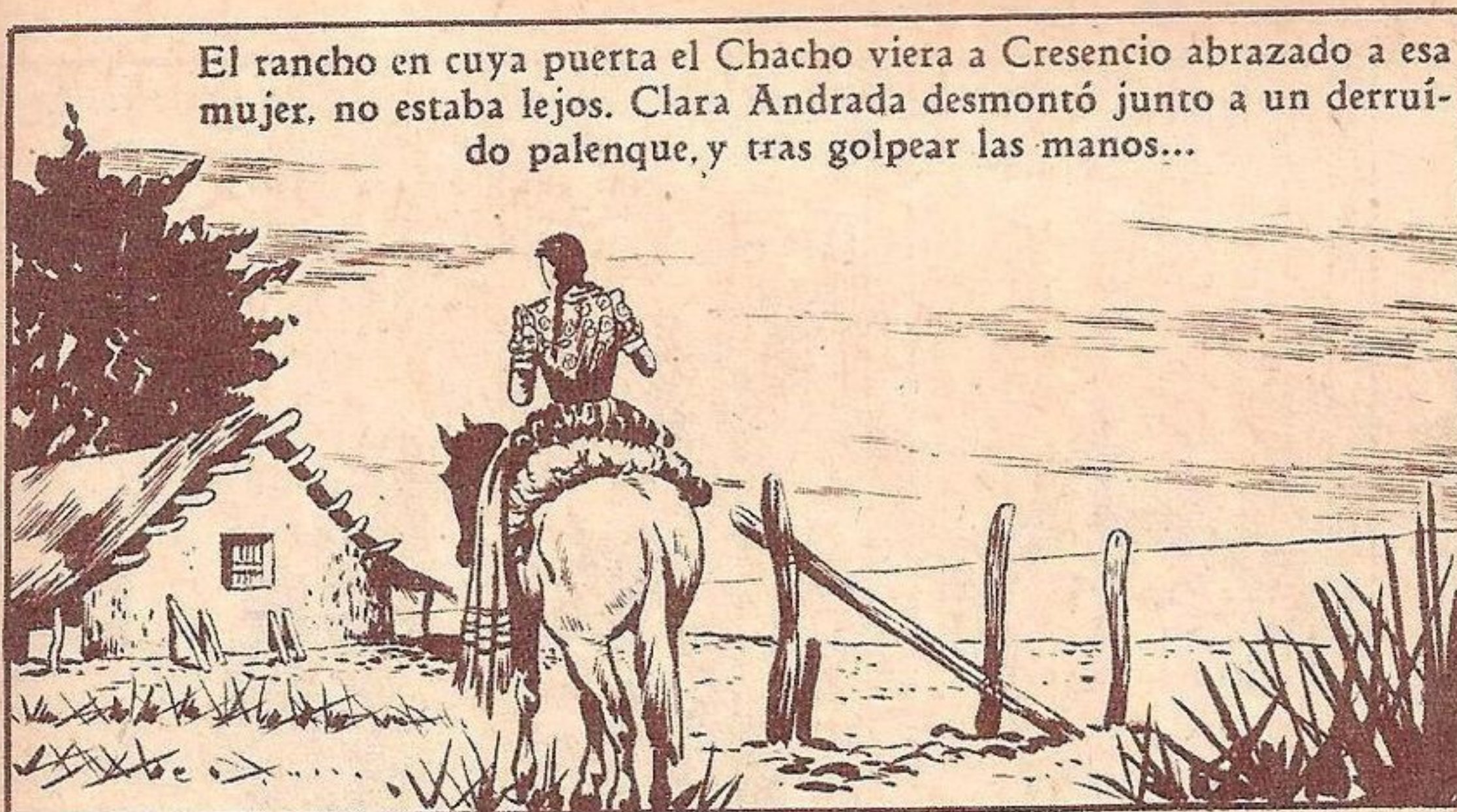


Se acomodó en el flete, y a galope tendido, caballo y jinete, al poco rato, eran tan sólo un punto que a lo lejos, se perdía de vista en el camino.





El rancho en cuya puerta el Chacho viera a Cresencio abrazado a esa mujer, no estaba lejos. Clara Andrada desmontó junto a un derruido palenque, y tras golpear las manos...



¿Qué se le anda ofreciendo?



La joven la miró como queriendo saber qué podía haber visto en ella Cresencio Cuevas. "¡Nada!"—pensó—¡absolutamente nada! y luego, reaccionando, dijo:

Quiero hablar con usted. ¿Entramos?



Vine para hablarle de Cresencio Cuevas...

¡Ajá! ¿Y qué es lo que quiere decirme de ese hombre?



¿Que es casado! El, su esposa y su hijo, eran muy felices hasta hace pocos días...

Bien que lo sé, pero, ¿a qué viene eso?



A que el muchacho lo vio a Cresencio Cuevas abrazándola a usted, y por no hacer una locura, por no despedazar el alma de la madre, se ha ido de la casa, sin rumbo, a la buena de Dios, a cualquier parte.

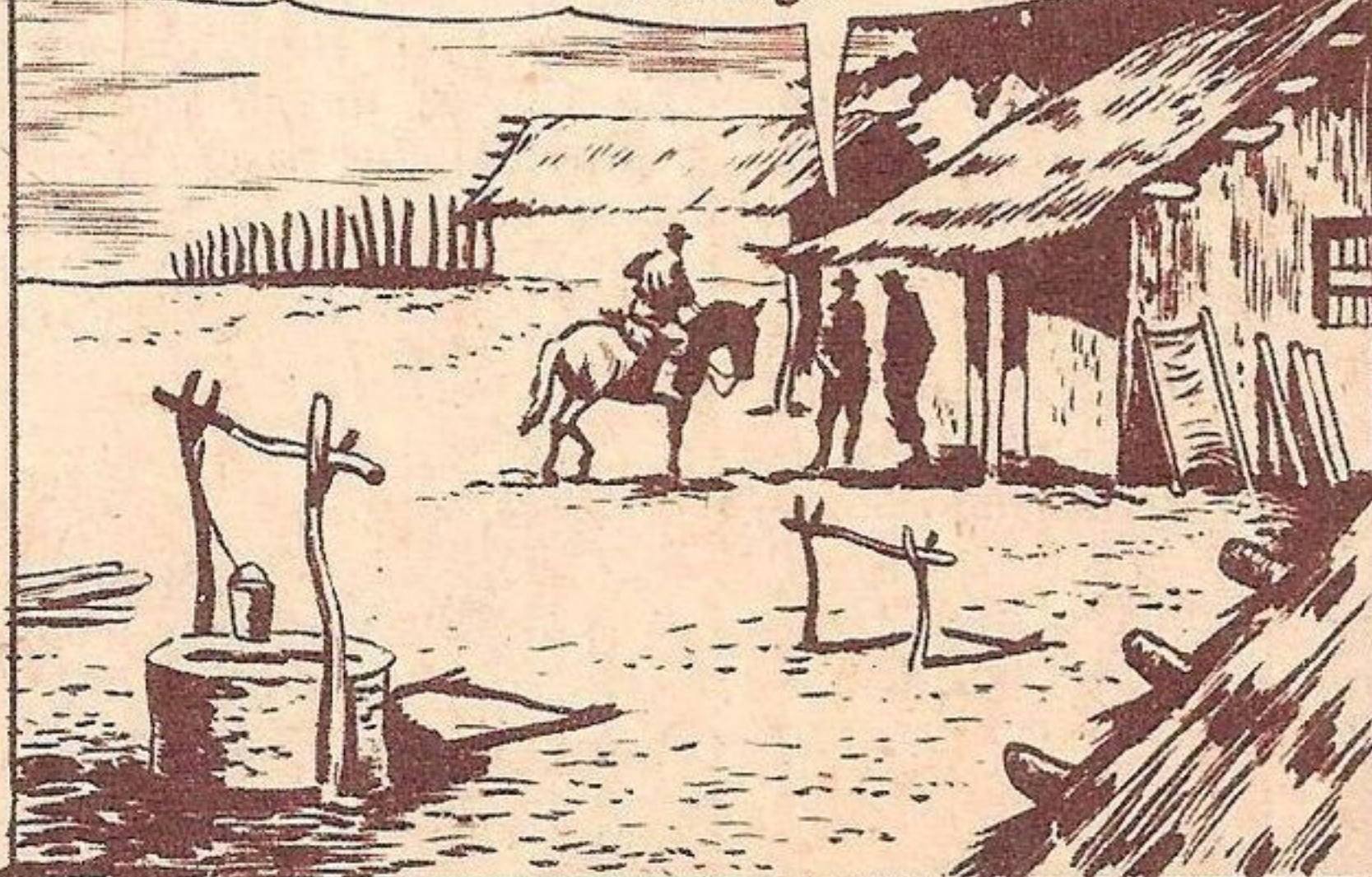


¡Suya es la culpa y de nadie más, señora! Y entiéndame bien: si usted no se va de aquí en un par de días, yo misma vendré con Florencia Cuevas para que ella se haga justicia por sus propias manos.



—Dígale a Cresencio Cuevas que la hija de su patrón no permitirá que un hombre de su laya siga viviendo como si tal cosa en la estancia Santa Elena. Llévselo con usted, si quiere, pero lejos, muy lejos, donde puedan esconder la desvergüenza que los une.

¡Y me lo traen para aquí aunque sea atado con una soga!



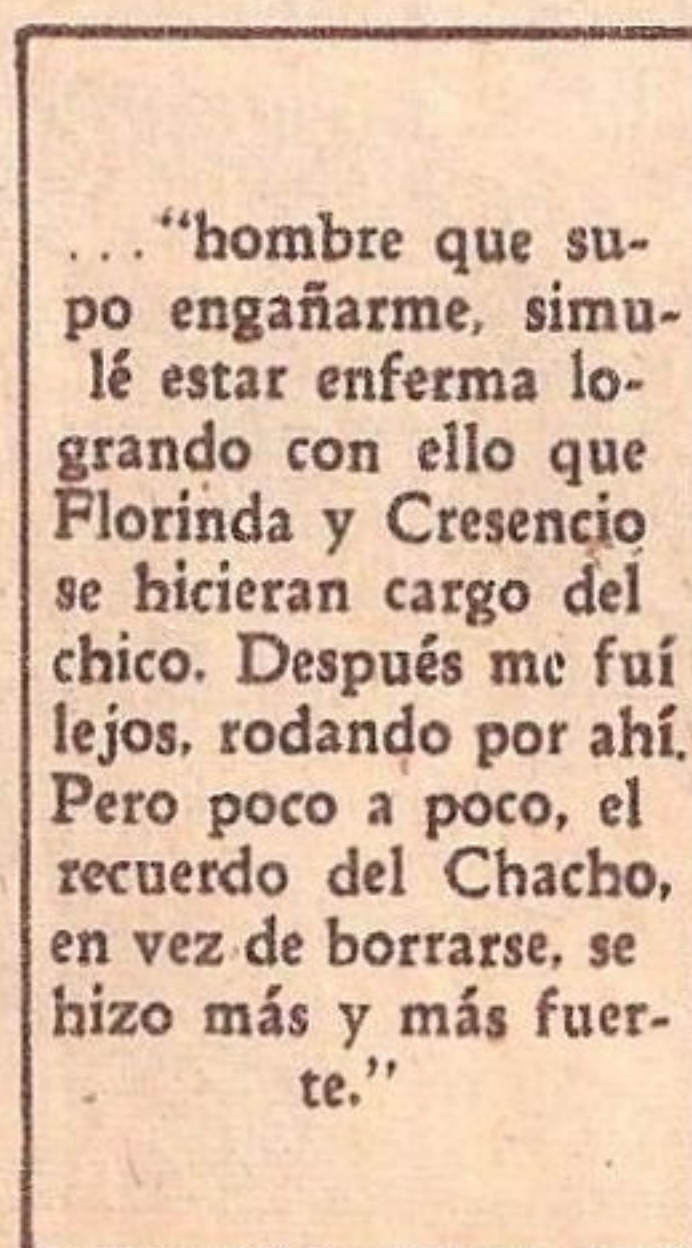
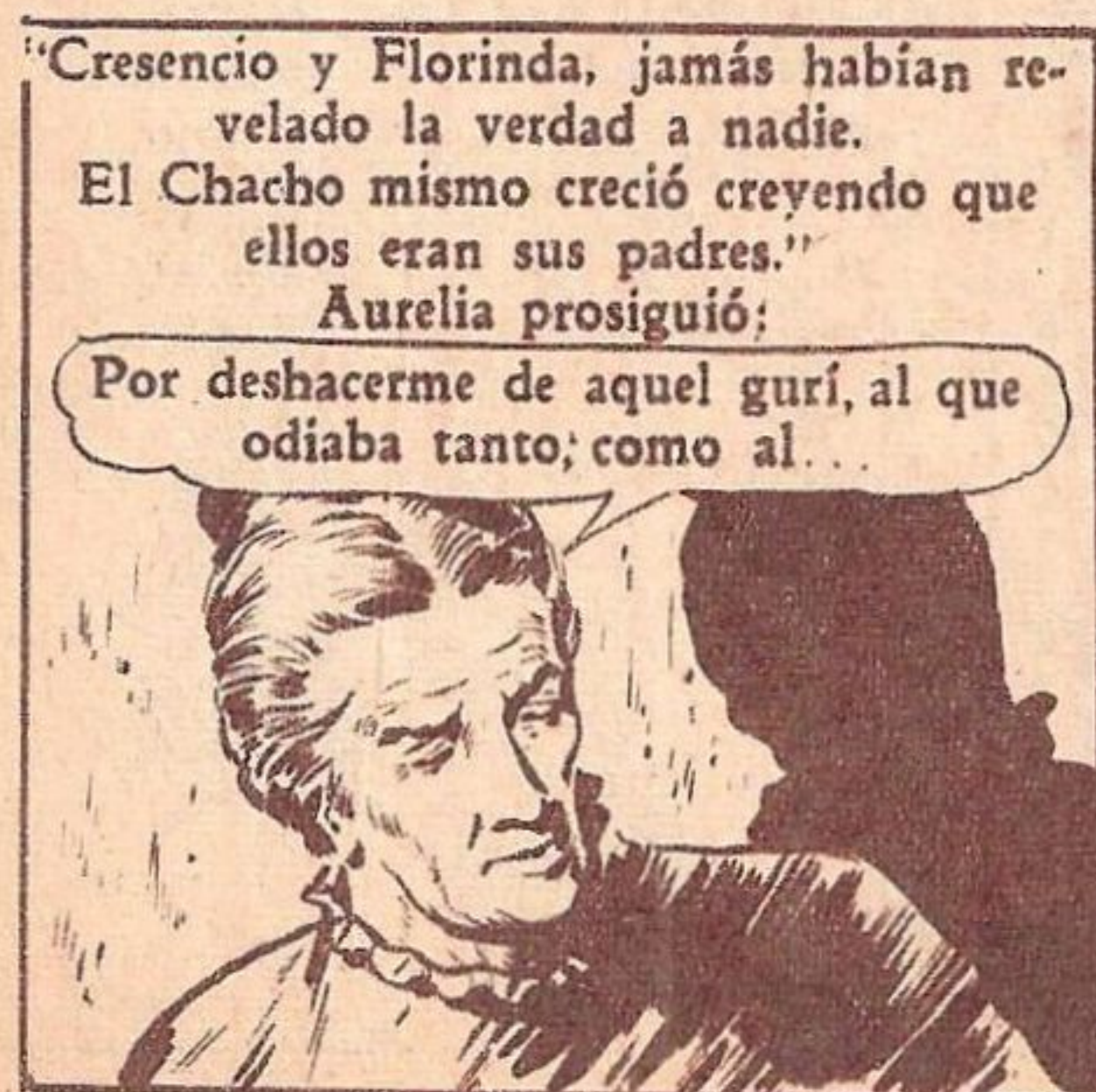
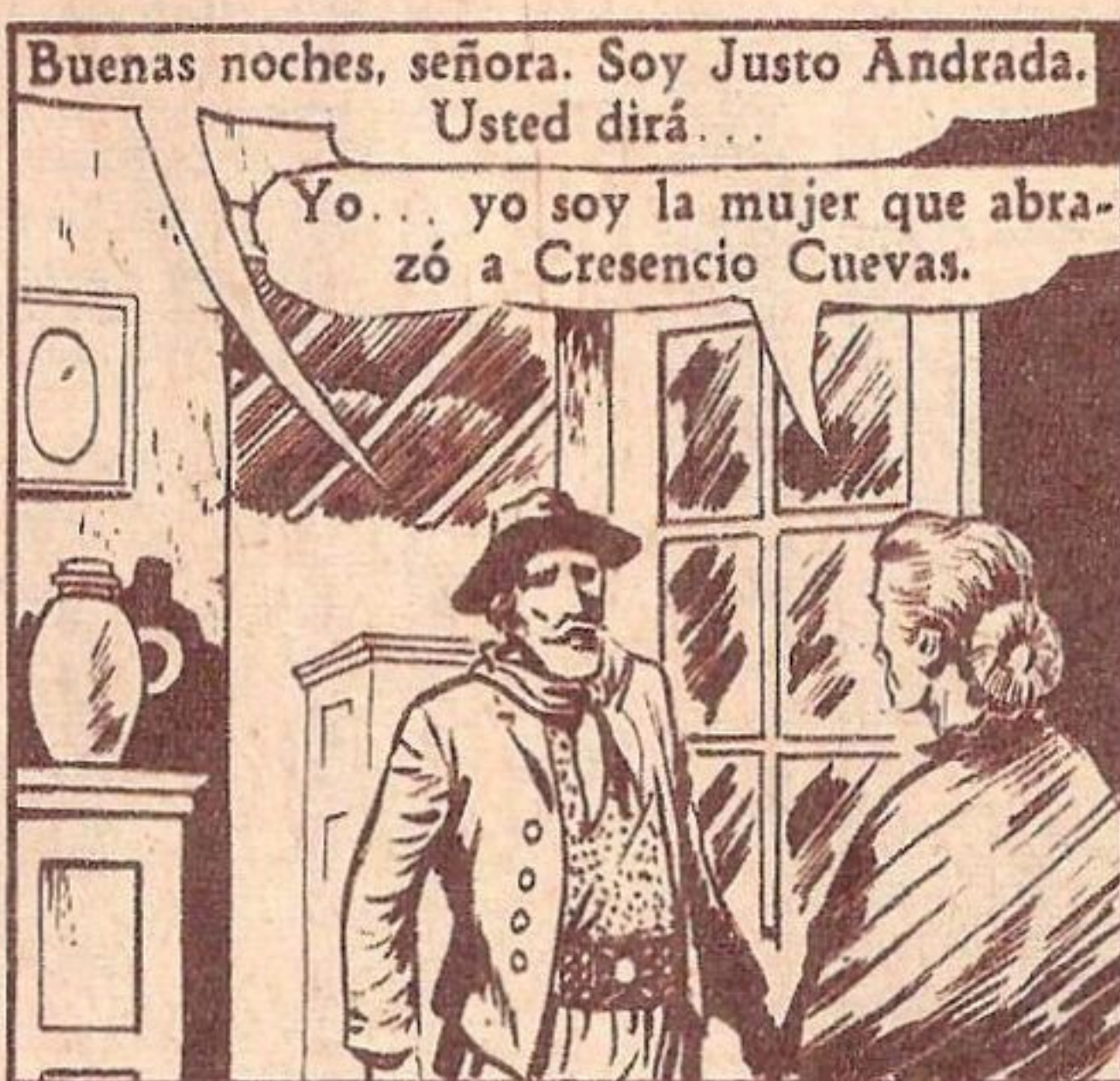
Y tras un: "buenas tardes," Clara salió del rancho, montó a caballo, y regresó a la estancia. Don Justo Andrada, al saber lo del Chacho, por boca de Clarita, ordenó:

Luego lo hizo venir a Cresencio, y cuando ambos estuvieron a solas, en el comedor, don Justo, después de sermonearlo a su manera, le dijo:

No lo saco de aquí como tendría que hacerlo, por la pobre Florinda...









Vino a rogarme, implorante, que no me llevara al muchacho. Me habló del Chacho como si fuera su hijo. y fueron tantas...



... las cosas hermosas que me dijo del mocito, que después de saber que no era mi intención sacarlo del su lado, no pudo contenerse y me abrazó, casi llorando.

¡Pero es su hijo, señora! ¡A usted le pertenece!



Sí, y precisamente por eso, porque es mi hijo, haré por él el sacrificio más grande!

¡Explíquese, por Dios, señora!



Poco queda por decir. Llegué hasta esta casa porque antes de irme para siempre tenía el deber de devolver la felicidad a los padres de mi... del Chacho.



Y ante la muda expectación de todos, Aurelia salió de la casa y entró en las sombras de la noche. Cuando el Chacho llegó con los peones, lo estaban esperando todos. Florinda, al tanto de lo que aconteciera, corrió a su encuentro diciendo: ¡Hijo de mi alma!



Y con un magnífico egoísmo de madre, se llevó con ella al muchacho. Pasó una hora larga. Cresencio, aún no repuesto de las emociones, apretó a lo criollo la mano de don Justo Andrada, que apenas si pudo decirle:

Por primera vez en la vida, le pido perdón a un hombre.



Lo dejo, Cuevas. Ahí viene alguien que lo necesita y mucho.



Cresencio Cuevas se dio vuelta. Hacia él venía caminando el Chacho, que ahora, por confesión de Florinda, ya sabía la verdad de todo. Ambos, frente a frente, se miraron en silencio. De pronto, abrieron los brazos, y uno contra el otro se apretaron fuerte...



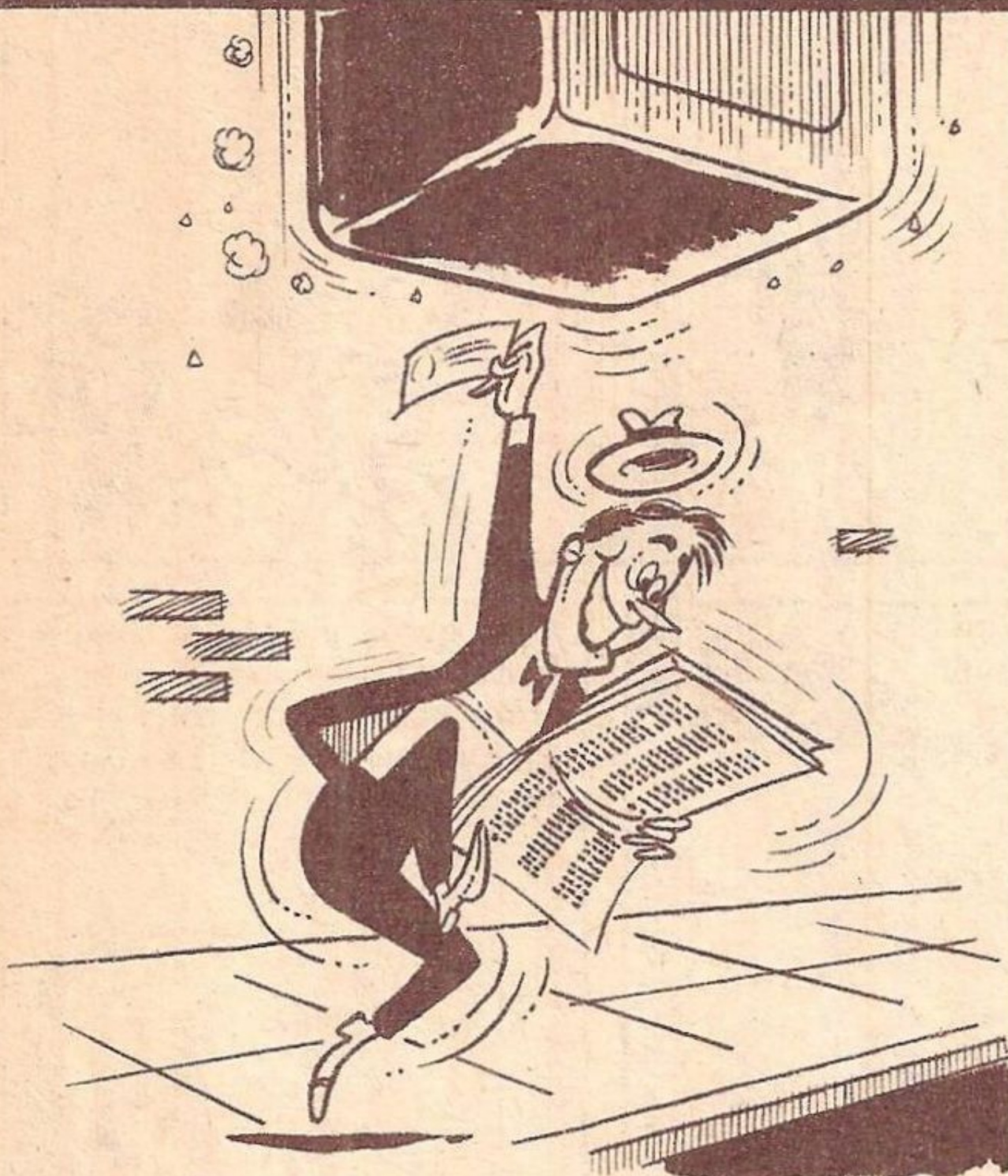
... sin decirse nada, aunque Cresencio Cuevas, de haber estado Florinda ahí con ellos, es casi seguro que le hubiera dicho: "¿Quién te dijo, vieja, que estamos de vuelta? ¿No lo estás mirando? Este es nuestro hijo. ¿No es verdad, Florinda?"

FIN



# "LA GRANDE"

Por ALFREDO FERRONI



- ¡SAQUÉ LA GRANDE! ¡AL FIN SE QUEBRÓ MI MALA RACHA!...



- ¿QUIÉN TE DIJO QUE TE SACASTE LA GRANDE? ESE ES EL NÚMERO DEL SORTEO DE LA CONSCRIPCION.



- VAYA, FERNANDEZ, Y AVERIGUE SI ES VERDAD QUE LOS DE CONTADURÍA SACARON LA GRANDE...



ALFREDO FERRONI



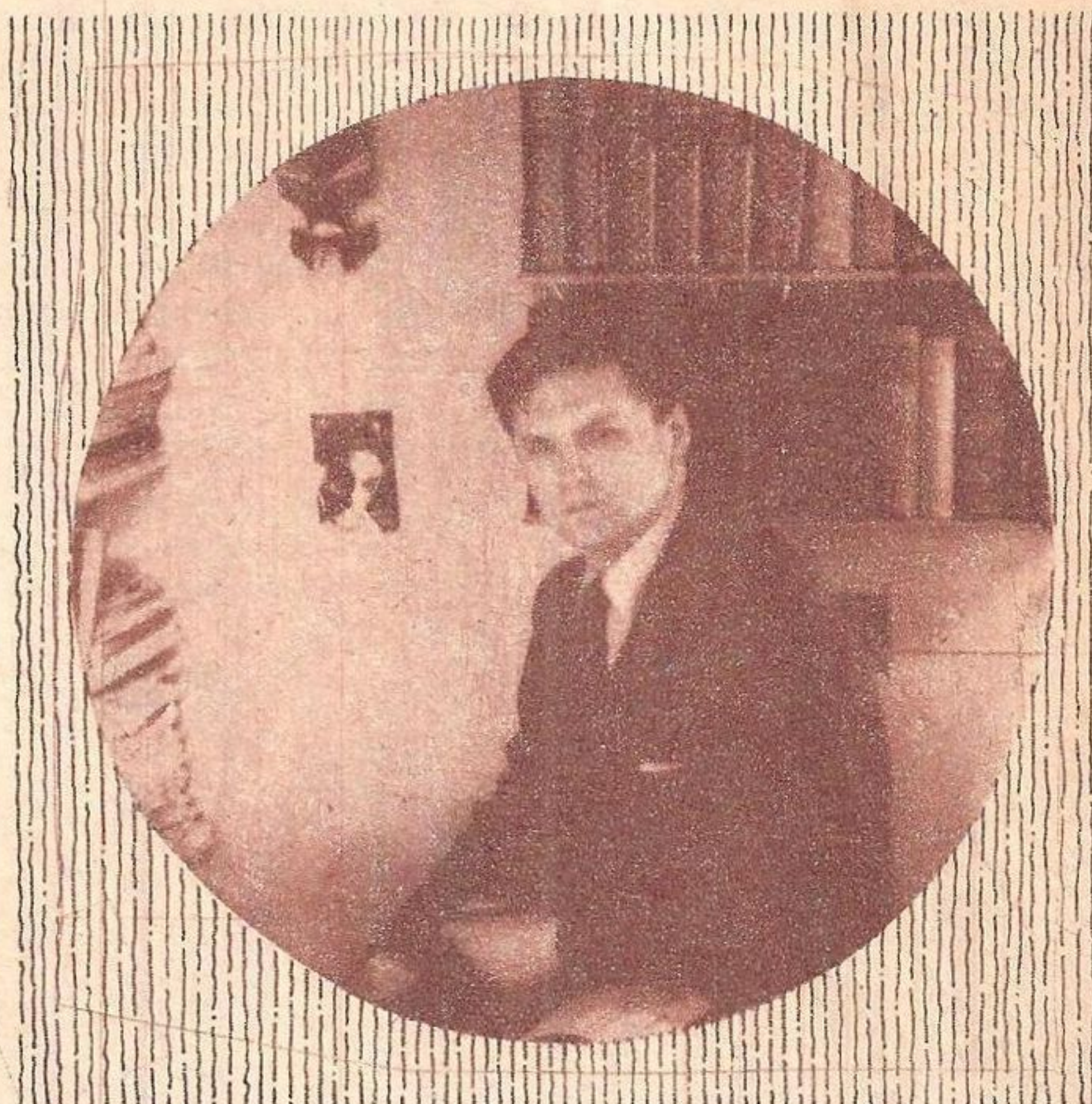
# CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias de hombres y mujeres

## ...Y FUERON INVITADOS A UNA FIESTA

DIBUJOS DE O. MORAGA

De todas las despedidas que conozco, la más bella es el "sayonara" japonés, que traducido significa: "Puesto que así ha de ser..." Nuestro "adiós" dice demasiado; trata de tender un puente sobre la ausencia, casi de negarla. "Adiós" es una oración, y quiere decir: "¡No debías marcharte! ¡No puedo soportar tu separación! Pero no irás solo ni sin vigilancia. Dios estará contigo". Pero "sayonara" no dice ni mucho ni muy poco; es una simple aceptación del hecho. "Puesto que así ha de ser..." Dentro de sus límites está toda la comprensión de la vida: detrás de ella, latente y refrenada, toda la emoción. Es la despedida silenciosa, la presión de una mano: "sayonara"... Mi historia de hoy tiene algo de todo esto.



Un domingo cualquiera de otoño, en el puerto de Buenos Aires...



María tenía 14 años pero sentía su corazón viejo, tan viejo como si ya hubiera festejado sus 100 años de tristeza. María trabajaba como sirvienta en una casa de la calle Arenales. Una casa de muchos departamentos, de piezas cerradas, aire cansado, viejo.

Ya hacía cuatro años que había llegado de Santiago del Estero. Se aventuró de a poco a dejar la casa e internarse a través de las calles.

Un día descubrió el puerto, y desde entonces aquel paisaje de mástiles y chimeneas fue su mejor alegría para su media jornada de franco.



Se volvió a mirar discretamente. La seguía. Aquel muchacho de gorra de marinero y traje viejo la venía siguiendo desde hacía un buen rato.



Nunca faltaba algún tonto que la siguiera. Ella se sabía fea, pero igual la seguían y le decían piropos que ella ni escuchaba.



Se ponía roja. La abuela Catalina le había enseñado principios que toda mujer debe observar, y ella los cumplía al pie de la letra.



¿Y la madre y el padre...? Eran dos recuerdos borrosos, dos sombras marchando hacia los montes de algarrobos. Dos que no volvieron, que se perdieron en la montaña de días tristes que se quieren olvidar. Había mucha pobreza en la casa. Las tías amontonaban a sus hijos en el rancho de la abuela. Eran demasiados nietos, y una tarde se decidió la partida de María. No hubo lágrimas ni palabras. Nada más que la orden de irse y después el silencio de siempre...

María miró una vez más a su "galán". Todavía continuaba detrás de ella. Sentía dentro de sí algo que los aproximaba. Le causaba risa ver cómo le quedaba de grande aquella gorra sobre su cabeza rapada.



¡Linda!

Déjese de pavadas, ¿quiere?

El insistió.

Hace cuatro cuadras que viene detrás de mí. ¡Váyase, por favor!

No sea vanidosa. Hace apenas tres cuadras que la sigo...



Rieron. Su orgullo de mujer había vencido a María. Nació entonces su amistad. María supo por qué no le disgustaba su nuevo amigo. Había en sus ojos una tristeza idéntica a la suya. Eran parientes en un viejo dolor. Los dos estaban solos.



Marcelo dijo ser grumete del SAVAGE. A María le avergonzó un poco declarar su profesión. Pero el muchacho no hizo caso. Comenzó a hablar de sus viajes, de los puertos y de las mujeres que había conocido. Se agrandaron los ojos de María.



Las muchachas huelen a canela y ron. Son alegres y rien y bailan todo el día. Sólo le temen al látigo de cinco puntas del amo...



¿Les pegan?

Mucho. En la Martinica tuve que ayudar a una. El patrón estaba borracho y la azotaba a más no poder...



Hablaron mucho. Se sentían muy bien así, juntos, construyendo un mundo nuevo con los pedazos pobres de aquel que tenían para ellos solos. Por fin se dijeron sus nombres y les gustó repetírselos hasta el hartazgo.

Quiero que me lleves a ver el barco donde has viajado tanto.



Marcelo no esperaba ese pedido, pero igual se atrevió a seguir adelante.



Caminaron varias cuadras. Al fin Marcelo se detuvo frente a un gran transatlántico.



¿Es éste?

Sí, es éste. ¿Qué me cuentas?



Continuaba el asombro para María. Parece una casa.

Es una casa. ¡Si vieras el lujo que tiene! Los camarotes son todos tapizados en un género brillante. Y hay espejos. Y también baños...



Marcelo estaba impaciente. Quería alejar a María de aquel lugar.

Vámonos de aquí. Nos prohíben hablar con extraños.



Yo no soy ninguna extraña para ti, creo. ¿no? Suponía que éramos amigos...

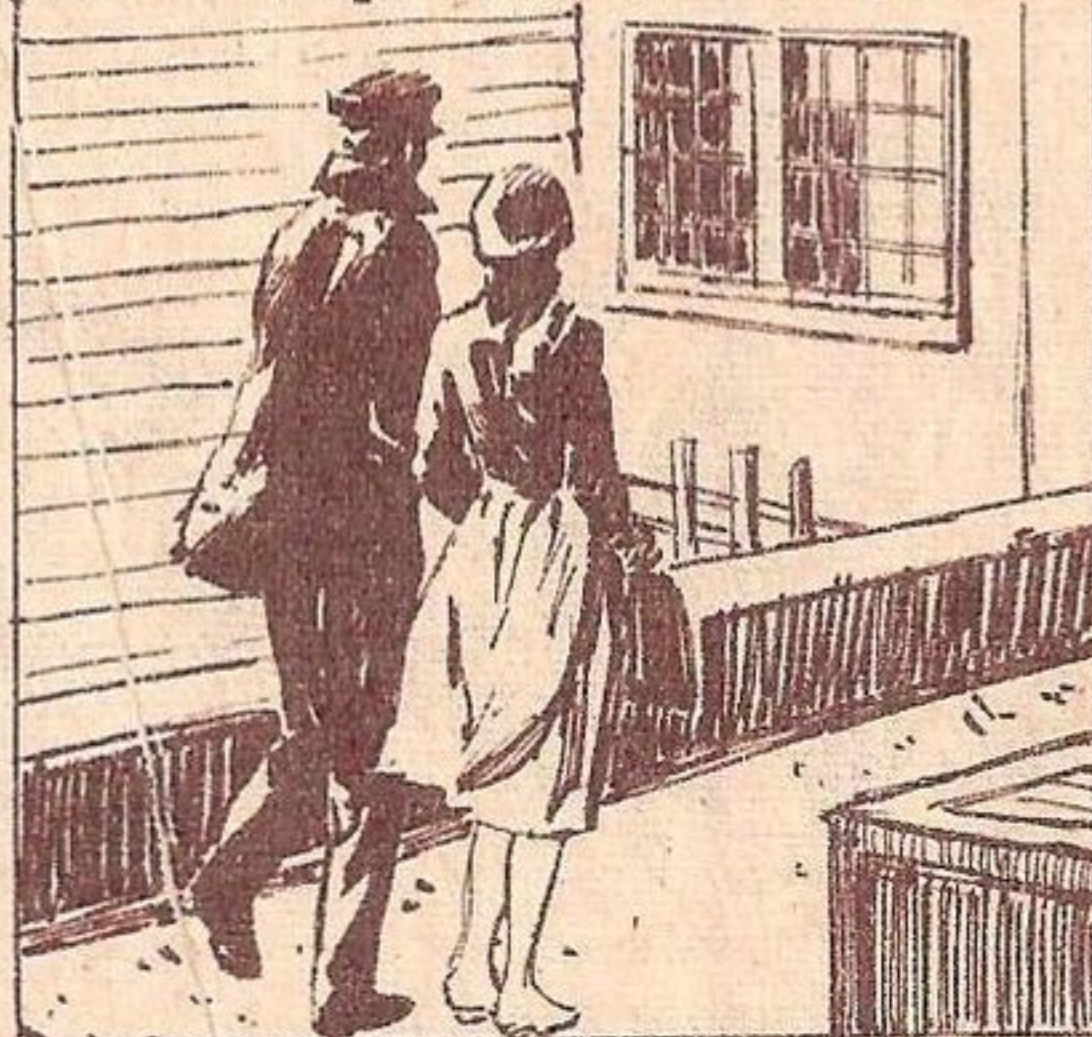
María parecía fastidiada. Pero la molestia le pasó pronto. Algo le había llamado la atención. ¡Qué raro! Juraría que me dijiste que el barco en el que trabajabas se llamaba SAVAGE y el nombre éste es SANTA TERESA.



No sabes lo que dices. Te dije SANTA TERESA. ¿Cómo crees que no pueda conocer mi barco? ¡Es absurdo!



Se fueron. Marcelo se empeñó en que se alejaran lo antes posible. Volvieron a caminar. Ninguno de los dos tenía apuro. Nadie los esperaba.



¿Qué te ocurre, Marcelo? ¿Por qué te has quedado tan callado? ¿Qué miras?



Marcelo no respondió a las preguntas de María. De un golpe la arrastró hasta los fondos de un depósito. Llegaron jadeantes.



De pronto se encontraron sus manos y se tomaron sin saber lo que hacían. Les agradaba aquella sensación de tener los dedos entrelazados. Gustaban de la tibieza húmeda que crecía entre sus palmas encallecidas demasiado pronto. Del río se levantaba un aire fresco y nuevo.



¿Qué estaba ocurriendo? María no se atrevía a preguntarlo. Un silencio grave rodeaba a Marcelo. Los ojos del muchacho estaban llenos de miedo. Se quedaron así mucho tiempo, sin saber que decirse, esperando algo. ¿Qué?

María miró a Marcelo. Lo vio preocupado, distante. Sabía que estaba necesitando a alguien, y sin saber por qué ni cómo, encontró repentinamente su boca próxima a la del muchacho.



Descubrieron dentro de ese silencio que los rodeaba la necesidad de vivir la emoción de un beso, quizá el primero... Y se besaron con una pasión tímida y una sensación nueva restando en sus pulsos.





—¿Por qué lo hiciste? Mis labios no saben a ron ni a canela.

No sé. Nunca besé a nadie. Tenía miedo. Ahora tengo mucho miedo de haberlo hecho.



Nunca viajé. Todo lo que te conté fueron mentiras. Te mentí para asombrarte, para que fueras mi amiga. Estoy solo.

No importa. Sigue contando. Yo creeré que es cierto.



No puedo contarte nada. No sé nada. Sólo tengo miedo. Un miedo tremendo. Afuera, allá, en la calle, hay un vigilante. No quiero que me vea. ¡No quiero!



Aquella confesión llenó de un repentino temor a María.

¿Por qué le temes? Sólo los delincuentes huyen de la policía.



La angustia asomó a los ojos de Marcelo. Hubo un ahogo de llanto, y luego dejó paso a las tremendas palabras de la rebeldía impotente.

¡Yo no soy ni un ladrón ni un criminal! Lo único que hice fue escaparme de un asilo. No tengo padres...



En el asilo la vida es triste. Siempre soñé con conocer el puerto y viajar.

No importa cómo. Lo importante es irse lejos.



La gorra me la regalaron porque ya no servía; el traje lo mismo, y los zapatos también. Todo lo que tengo yo es lo que no les sirve a los otros. ¡No quiero seguir así! Lejos de todo, puede ser distinto.



Ya tenían su gran secreto. Esperaron que el vigilante se alejara y salieron del escondite. Otra vez sus manos se encontraron. Desde ese momento había algo que los unía poderosamente.

Por fin llegó la hora de la despedida.

¿Vendrás mañana?



Creo que sí. Me apuraré con las cosas de la cocina. Le pediré permiso a la patrona. Seguro que vendré.

—¿Tienes dónde comer y pasar la noche? Si quieres, puedo prestarte cincuenta pesos.

Gracias, no te aflijas. Voy a lavar platos en una fonda. Me dan de comer y dormir.



No lo sabían, no lo sabrían hasta después. Era el primer amor, el romance pequeño, que comenzaban a vivir. Habían llegado a la fiesta grande del amor bueno.



Volvieron a verse al día siguiente. Se reunieron en el lugar prometido.



Un domingo, el corazón de María sufrió un dolor nuevo y grande. —Mañana parte el SANTA TERESA! Conseguí una plaza. Viajaré. ¡Por fin viajaré!

¿Qué te pasa? ¿No estás contenta? ¡Me voy!

¡Sí, claro...





María no alzó los ojos. Dio media vuelta y echó a correr.

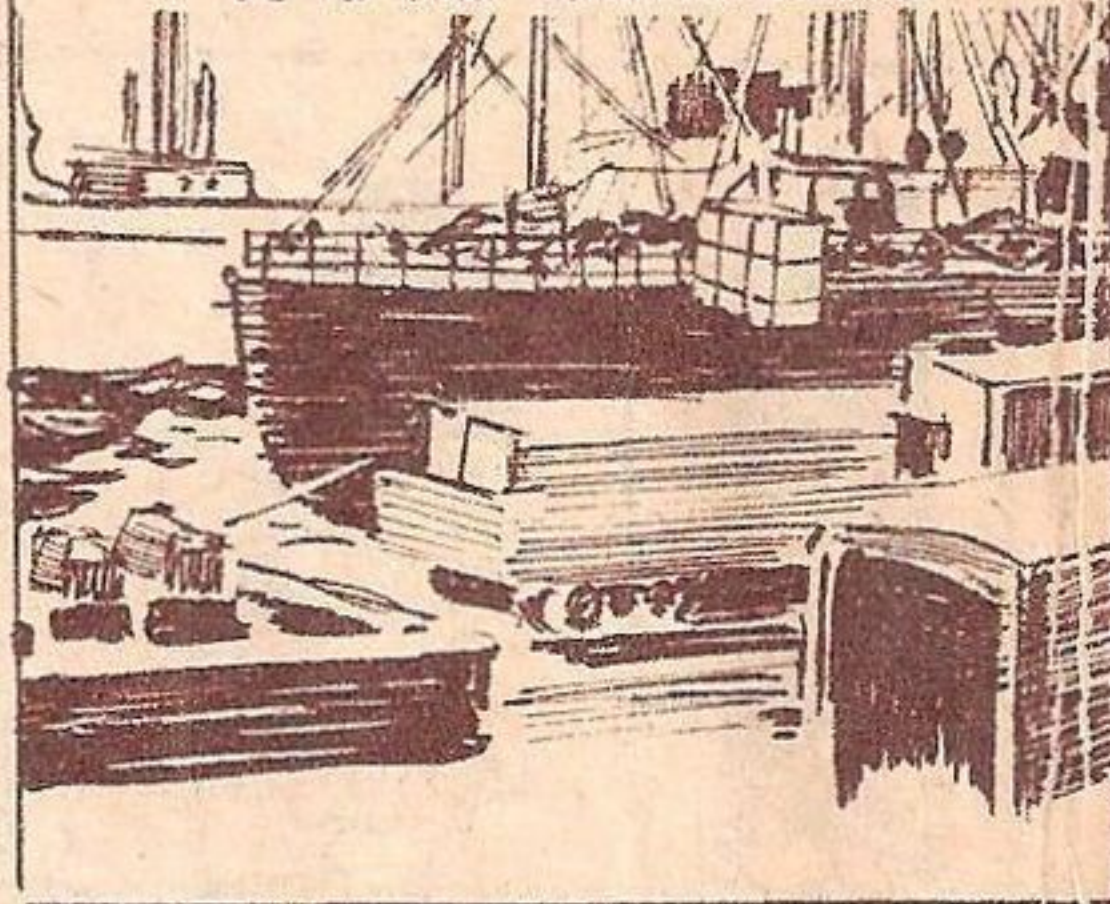
¡María!



Marcelo quedó solo. Se sentía extraño. De pronto se puso a lloviznar. Fue a guarecerse en el alero de un bar, y entonces lloró. Lloró de dicha por el sueño que se cumplía y también de agustia por una tristeza que tenía adentro y que no entendía porqué.



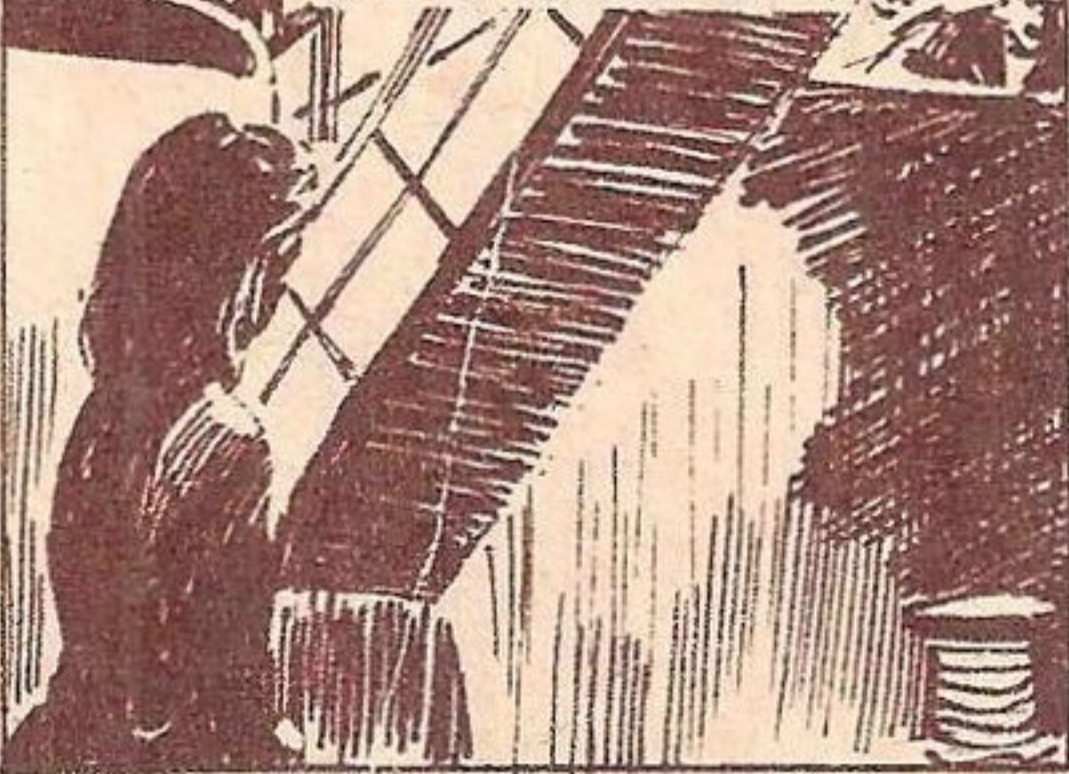
Volvieron a transcurrir los días. Marcelo buscó afanosamente a María pero ella había desaparecido. María no regresó nunca más al lugar de la cita acostumbrada.



Una tarde se cumplió el plazo. EL SANTA TERESA se iba. Tocaría puerto del Brasil y del Africa. Su gran sueño se cumplía. El asilo comenzaba a quedar lejos. ¿Y María?



Cuando levantaron la planchada, María se animó a salir de su escondite. No quería hacerse ver por Marcelo. Sabía cuánto significaba para él este viaje; cuánto había soñado con ese día y no tenía derecho a retenerlo.



Se quedó mirando largamente a la nave que se iba achicando cada vez más. Ya era tan pequeña que podía caber en su mano. Volvía a estar sola, pero menos que antes. Ahora tenía su recuerdo grande. Le parecía haber crecido de pronto. Fue entonces cuando un grito estalló en el fondo de la calle:



¡María!

¿Vos aquí? ¿Entonces...?

No pude irme. Antes que alzarán la planchada, bajé. No pude irme sabiendo que tú te quedabas aquí, sola.

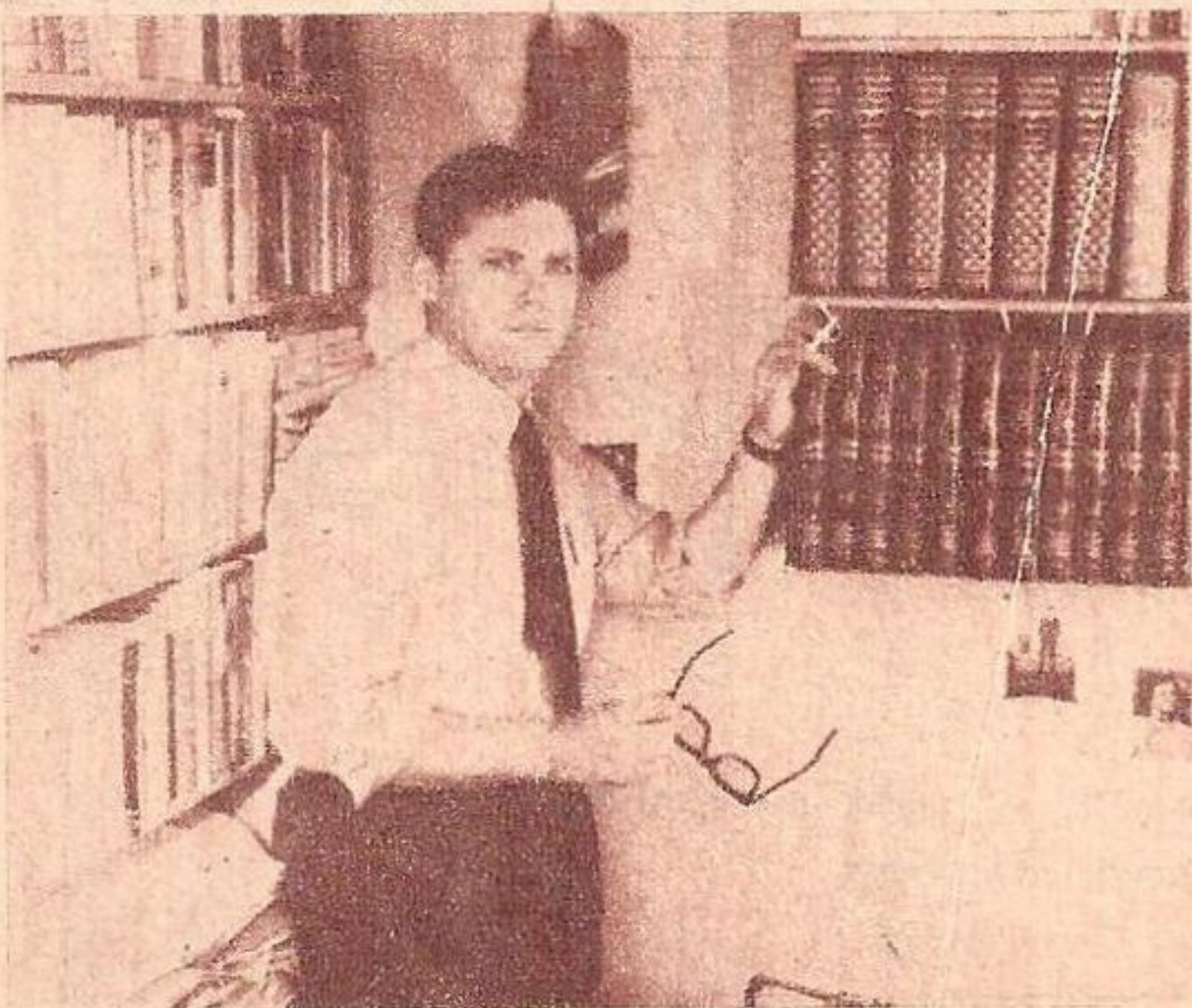


Igual que vos, tonta. Los hombres lloran muchas veces. Creía que no habías venido a despedirme. Regresaré al asilo. Tú me vendrás a visitar todos los domingos...



Caminaron un trecho. Se detuvieron. Sus bocas se llamaban. Se repitió el encanto del beso. Comenzaba a invadirse una luz radiante. Los dos ya tenían la esperanza que necesitaban para enfrentar a la vida que crecía frente a ellos, más allá de su presente, en futuro que ya no les daba miedo.

FIN



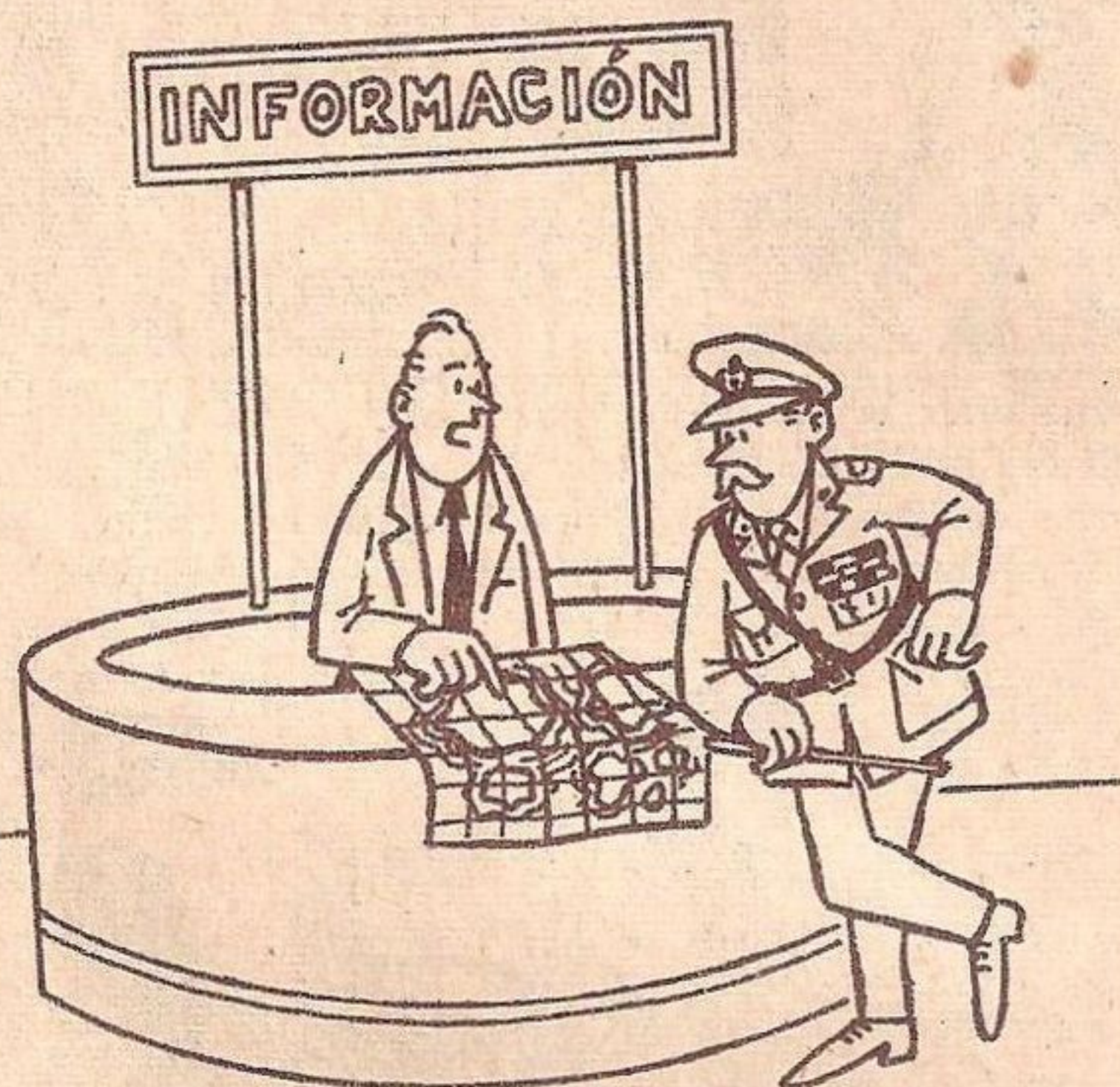
Creo que desde hoy María y Marcelo les resultarán inolvidables, ¿me equivoco? Son dos seres limpios y buenos. Hay muchos en el mundo como ellos. Sólo necesitan la oportunidad para expresarse, para encontrarse uno y otro. Vuelvo el mes entrante con un cuento que revive toda una época de aventuras, angustias. Se titula: **EN ONTIVEROS TERMINA EL MUNDO**. Hasta entonces, con mi agradecimiento de cada hora. No olviden lo que alguna vez dijera Harold MacMillan: *Hay demasiadas personas que viven en el pasado. El mundo debiera ser un trampolín nunca una cama.* **CRISTOBAL MARIA PAZ**  
(Los espera)



# GOTITAS DE ALEGRÍA



—Un florero chino es justamente lo que necesitaba, querida. En este momento acabo de usarlo.



—Le aconsejo que ataque por el flanco norte, general.



—¿Otra vez se quedó encerrado?



—¡Oh, sí, está mejorando! Ya nos hemos prometido.



# CLAVIJO

POR  
GOETHE  
*Adaptación*

DIBUJOS DE ARTURO CASTILLO

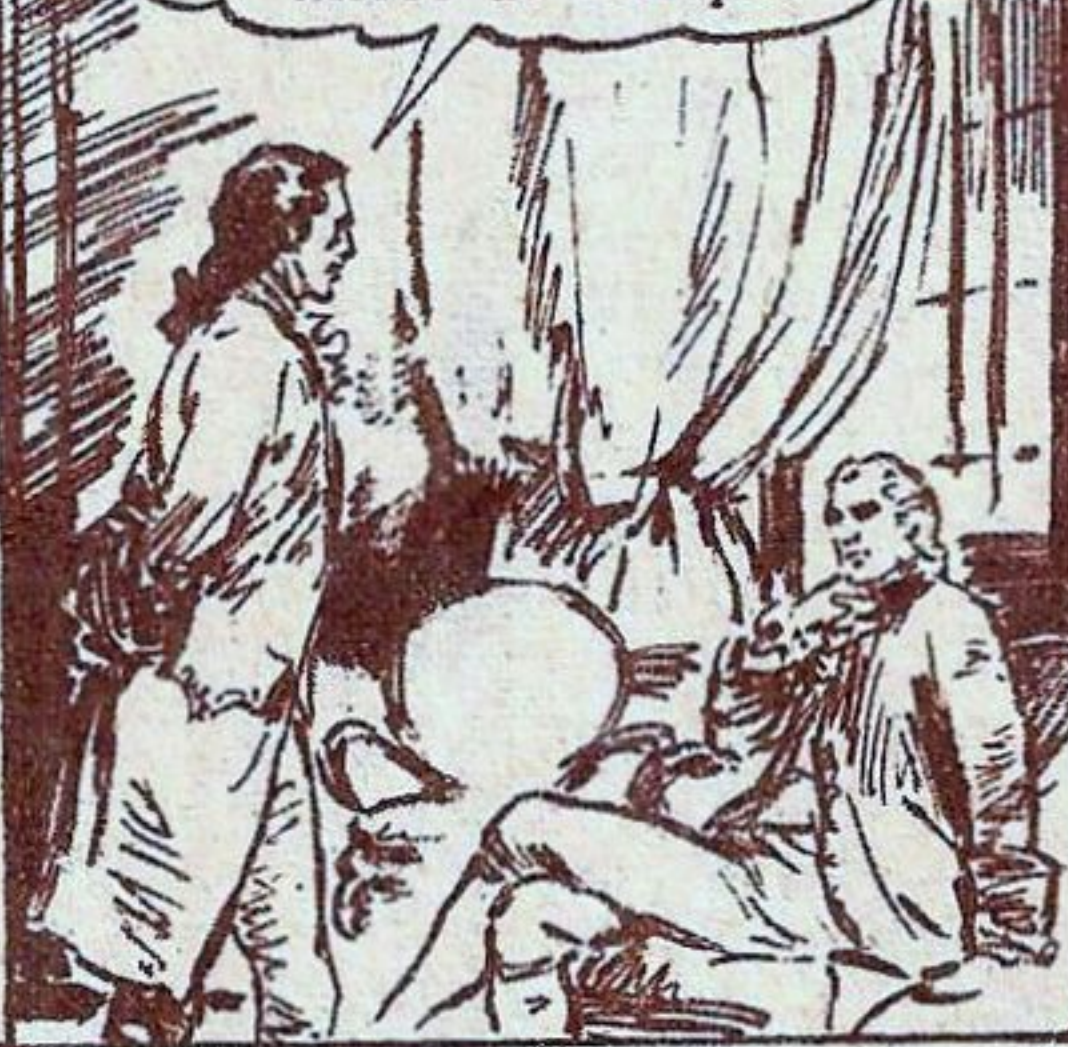
Goethe escribió **Clavijo** —según nos lo cuenta en su autobiografía— a pedido de una señorita de quien estaba enamorado. "Autorizado por nuestro antepasado Shakespeare", tradujo literalmente la escena capital de la Cuarta Memoria de Beaumarchais, que acababa de leer, y tomó el desenlace trágico de una balada inglesa. La relación entre Clavijo y María encarna el dolor que sentía el joven Goethe por su comportamiento con Federica, la amada de sus tiempos de estudiante en Alsacia. En cuanto al verdadero Clavijo —pues este personaje es histórico—, que seguía publicando su semanario en Madrid mientras su encarnación literaria moría en escenarios alemanes, podemos decir de él que había nacido en 1730, en las islas Canarias, fue guarda de los Archivos de la Corona y vicedirector del Museo de Historia Natural de Madrid.

Lo creo, Clavijo; tu éxito ha sido enorme... Pero, si no lo tomaras a mal, diría que me gustaban mucho más tus escritos cuando los componías a los pies de María.

¡Ah, Carlos! Aquellos eran otros tiempos. Reconozco francamente que entonces escribía con el corazón más abierto, y no deja de ser verdad que a ella le toca una buena parte del aplauso que desde el principio me otorgaron los lectores... Pero ¿a qué vienen tus palabras? ¿No fuiste, tú, acaso, el primero que me incitó a abandonar a María?

Estamos en Madrid, en los días espléndidos en que España extiende su poder y sus dominios por todo el mundo. Clavijo, un joven humilde y ambicioso, llegado de las Canarias, ha triunfado rápidamente en la capital del imperio español. En cierto momento, Clavijo conversa con un amigo íntimo.

Dime, Carlos: ¿no crees tú que mi semanario es ahora uno de los primeros de Europa?



¡Te habrías petrificado! Me parece que ya va siendo tiempo de ir pensando en un plan más ambicioso, más de acuerdo con la altura a que has llegado.



Clavijo reflexiona un momento y responde: —Mi plan es la corte, y no me arriesgo por menos, Carlos. ¿No he ido ya bastante lejos para ser un forastero que llegó aquí sin profesión, sin nombre ni fortuna? ¡Estimado por los primeros personajes del reino! ¡Archivero del Rey!

¡Arriba! ¡Arriba! Hacen falta fuerza y astucia para triunfar en la corte. Necesita uno mantener la mente alerta... Y las mujeres, las mujeres!... Desperdiciamos demasiado tiempo con ellas.



Tuya es la culpa, loco. Jamás pude vivir sin mujeres, y nunca me estorbaban en nada. Claro que no les digo tantos requiebros.





...como tú, ni me macero después que las dejas con sentimentalismos, con remordimientos... Te noto pensativo, Clavijo. ¿Qué te pasa?



No puedo librarme de la idea de que he abandonado a María, de que la he engañado..., o como quieras tú que se diga.

¡Bueno, bueno! ¡Empezamos con los sentimentalismos?

Escucha, Carlos: no puedo comprender lo que ocurre dentro de mí. La quise de verdad; me atraía, me cautivaba. Cuando me encontraba a sus pies le juraba y me juraba a mí mismo que siempre había de estar así, que había de ser su esposo tan pronto como tuviese una posición, un empleo... ¡Y ahora, Carlos...!



—Ahora —responde Carlos—, ahora que posees una posición, un empleo que todos envidian, un nombre consagrado, es ocasión de que pienses en aliarte con una familia ilustre y rica, mediante un casamiento que dé solidez económica y social a tu dicha.



¿Entiendes?

Carlos, en quien están representados los amigos más o menos filisteos que rodean a Clavijo, que pretenden regir su vida y ahogan a menudo en ellos los buenos sentimientos; Carlos, que representa el puro espíritu mundano, continúa desempeñando su papel de Satanás y desviando a Clavijo de sus nobles intenciones. Este, al fin, se siente libre de remordimientos.

Tienes razón. Dejémoslos de problemas de conciencia y no olvidemos que en la actualidad nuestro principal trabajo debe ser el de hacernos necesarios al nuevo ministro.



¡Bravo! ¡Bravo, Clavijo! Advierto que tu cabeza funciona bien.



—Mi cabeza sí funciona bien, pero no el corazón... No es fácil borrar de él la imagen de María, aunque lo conseguiré a fuerza de voluntad... Sí, sí, Carlos... Ahora llevemos este número a la imprenta, y ¡arriba! ¡A conquistar la corte, el amor de alguna heredera rica y de linajudo abolengo!



Veamos ahora qué ocurre en casa de María Beaumarchais, la joven que Clavijo ha abandonado después de darle palabra de casamiento. María vive en casa de su hermana Sofía, esposa del señor Guilbert. La escena comienza en momentos en que Buenco, un caballero español, rico y de edad madura, es recibido por la señora de Guilbert.



¡Señor Buenco, qué amable sois al visitarme diariamente!

Me preocupa la salud de María. ¿Cómo pasó la noche?

Llorando, señor Buenco. Mi esposo y yo estamos desesperados.



No tardará en llegar a Madrid vuestro hermano, pues sé que María le escribió para que viniera.

Así es... En tanto llega Enrique, vuestra amistad noble y desinteresada, señor Buenco, es para nosotros un gran consuelo.



—Sois muy amable, Sofía, pero quizá mi amistad no sea tan desinteresada como creéis... en lo que se refiere a mis sentimientos, a mis aspiraciones.



Ya sé. Estáis enamorado de María... ¡Ah, cuánto mejor hubiera sido que ella hubiese puesto sus ojos en vos en vez de fijarlos en Clavijo!



No soy tan joven ni tan guapo como ese traidor, pero, como buen español, jamás dejaría de cumplir la palabra dada a una mujer.

¿Como buen español, dijisteis? ¿Olvidáis, acaso, que Don Juan era español?



Bueno calfa un instante; luego responde:—Pues bien, como buen español, me ofrezco a reparar la falta de otro español dando mi nombre a vuestra hermana.



¿Me concedéis su mano?

Ella misma es quien debe concedérsela o negársela... pues bien sabéis que ha jurado no aceptar otro esposo que Clavijo o, si éste no la conduce al altar, Cristo.



Una sombra de tristeza atraviesa el corazón de Buenco. En momentos en que va a retirarse, entra María.

¿Cuánto demora nuestro hermano, Sofía!



Debe de estar en camino y no tardará en llegar... No olvides que viene de otro país.

María comienza a pasearse de un lado a otro de la habitación. De pronto se detiene y exclama: — ¡Qué deseos tengo de ver a Enrique, mi juez y salvador! Apenas me acuerdo de él...

Pues a mí me parece estar viéndolo: era un mancebo de trece años, ardiente, franco y bravo, cuando nuestro padre nos mandó aquí.



—Yo no recuerdo nada de eso, pero, por la carta que me envió al conocer mi desgracia, comprendo que su alma es recta y generosa —expresa María—. “Si eres culpable, decía allí, no esperes perdón; al peso de tu miseria se añadirá el desprecio de un hermano y la maldición de un padre. Pero, si eres inocente, entonces, la mayor venganza, la más terrible venganza, caerá sobre el traidor.”

¡Tiemblo! ¡Tiemblo al pensar en la llegada de Enrique! Pero no tiemblo por mí, que soy inocente ante Dios... ¡Tiemblo por él, por Clavijo!



¡Esto sí que está bueno, señorita! ¡Tembláis ante la perspectiva de que ese miserable recibiera el castigo que merece?

Es que a pesar de todo... lo amo. ¡Lo amo!



—Si pudiera enseñarte a despreciarlo... Ese infame, ese monstruo...

—No, hermana; despreciarlo no podría, porque no se desprecia a quien se ama... Odio lo que siento por él cuando el espíritu español sopla sobre mí.



“Los otros días —agrega María—, cuando tropezamos con él, su presencia encendió en mí pleno e intenso amor. Pero, después, ya en casa, al pensar en cómo se había portado conmigo y en la cínica mirada que dejó caer sobre mí sin apartarse de aquella brillante dama que lo acompañaba, entonces me sentí española de corazón, tomé mi puñal, llevé conmigo un veneno, me disfracé.”



¿Os asombráis, señor Buenco? Hice todo eso en mi pensamiento, se entiende.

¡Pobrecilla!



—Mi imaginación me llevó tras él —continúa María—; lo vi a los pies de su nuevo amor, tan cariñoso y humilde como cuando me hechizó a mí... Levanté el arma y apunté al corazón del infiel... Mas, ¡ay!, de pronto volví a ser la infeliz francesa que no sabe de filtros de amor ni conoce el puñal para sus venganzas.



¡Pobres de nosotras! **Vaudevilles** para divertir a nuestros enamorados; abanicos para castigarlos, y, si son infieles... Dime, hermana: ¿qué se hace en Francia cuando un hombre nos es infiel?



Se lo maldice y se le deja que se vaya.

Entonces ¿debo dejar yo que se marche Clavijo?



Buenco, deseoso de sacar partido para sí, interviene en la conversación: —Creo, señorita, que eso es lo mejor que podéis hacer. Ese hombre ha faltado a una solemne promesa; os ha ofendido, lastimado. María, sin prestar atención a las palabras del caballero español, se entrega a sus reflexiones. Luego...



...comenta: —Cuando no era más que Clavijo; cuando aun no era archivero del Rey, sino un forastero, un recién venido a quien acababan de presentar en nuestra casa, ¡qué amable y bueno era! Nos amábamos, y todas sus aspiraciones parecían hijas de su amor. Por mí fué por quien luchó en demanda de nombre, posición y fortuna.



“Ahora los tiene y yo...”  
María calla al ver entrar a Guilbert, su cuñado



Ahí está vuestro hermano.



María cae sobre una silla, sostenida por su hermana y por Buenco, quien trata de calmarla. Entra Enrique Beaumarchais.

Salud, hermanas, amigos... ¡María! ¡Hermana querida!



—Hermano mío! ¡Oh! Gracias a Dios que estás aquí...

Me basta verte, hermana querida, y ver el rostro de las personas que te acompañan para saber que eres inocente.



¡Voy a vengar la ofensa! No ha de sobrevivir más tiempo a su burla ese canalla.

¡No, no, Enrique!... Aguárda... ¡Ay, mi corazón! ¡Mi pobre corazón!



María se ha desplomado sin conocimiento. Mientras Sofía, Guilbert y Buenco la atienden, Enrique Beaumarchais sale precipitadamente.

No demoraré un minuto más la venganza. Clavijo es el nombre de ese traidor... Ya sabré yo dar con él.



Han pasado cuatro horas. Estamos en casa de Clavijo, quien se halla en su alcoba vistiéndose para concurrir a una fiesta en la corte. Entra un criado.

Señor, han llegado dos extranjeros. Desean hablar con vos de un asunto muy importante según me dijeron.

Hazlos pasar y diles que aguarden un momento.





Introducidos por el criado, entran en la sala Enrique Beaumarchais y el caballero Saint-George. Se sientan. —Os agradezco, amigo mío, que os hayáis prestado tan generosamente para ayudarme en este trance en que debo salvar el honor de mi hermana — dice Enrique.

Sois mi amigo y mi compatriota, Beaumarchais... Si yo, que tengo en este país ciertas influencias, no os tendiese mi mano, ¿qué podríais hacer?



No olvidéis lo que os he recomendado, si queréis llevar a buen término vuestro plan: prudencia y astucia: nada de bravatas a lo mosquetero francés.

Perded cuidado, amigo mío... Callad. Creo que nuestro hombre es ese guapo mozo que viene allí.



Clavijo se presenta y saluda a los forasteros, a quienes interroga acerca del motivo de aquella visita. —Hemos venido, en primer lugar, para conoceros, pues vuestro nombre, saliendo de las fronteras de España, extiende ya su fama por Francia, nuestra patria.

Por vuestras palabras, deduzco que mi semanario es apreciado allá en todo su valor.



Vuestro semanario sí, pero no vuestra conducta.

No os entiendo, caballero.



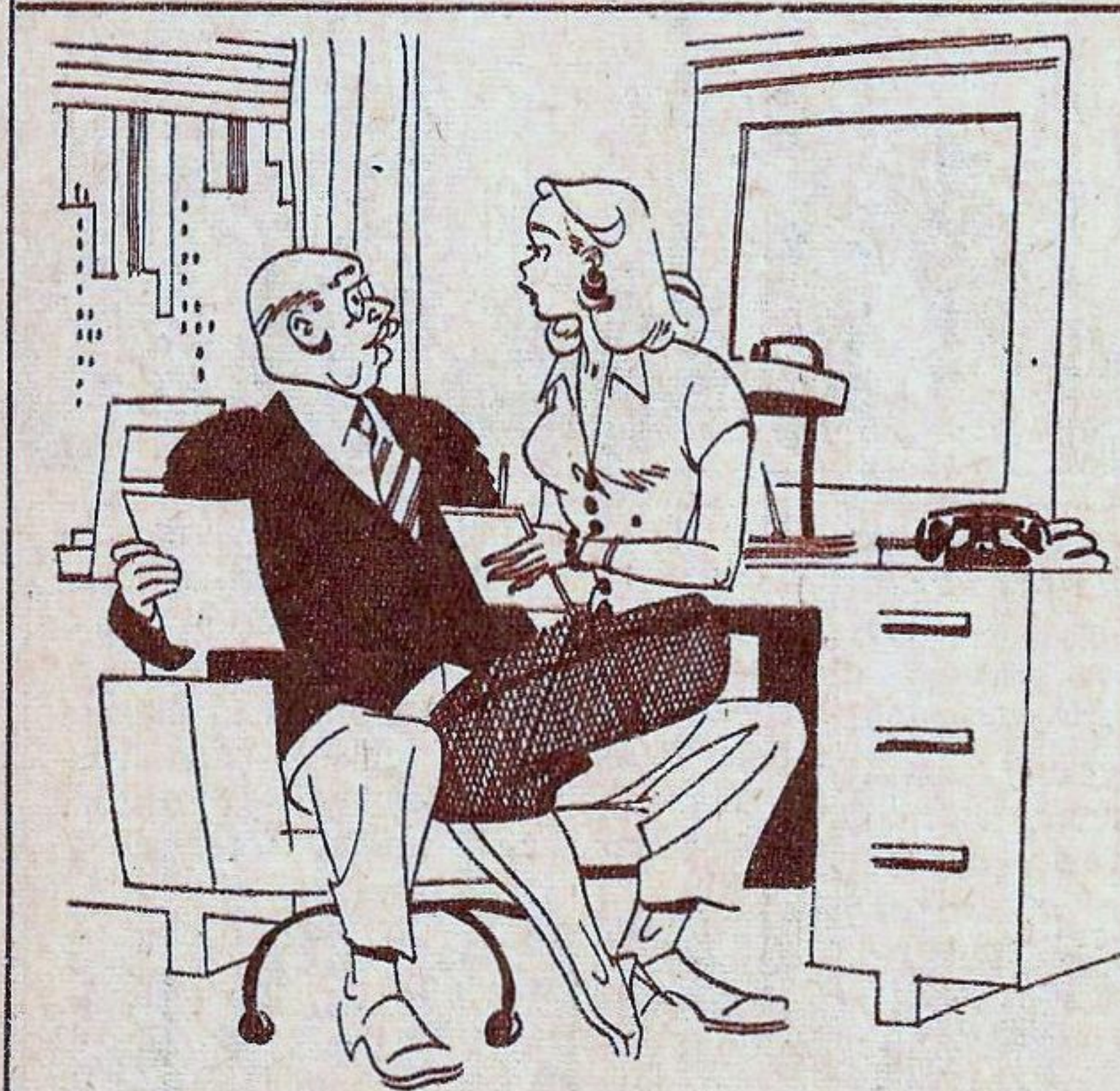
Me entenderéis cuando os explique el verdadero motivo de mi viaje a España y de esta visita. Pero antes tendréis que escuchar cierta historia que voy a relataros.

La verdad es que no dispongo de mucho tiempo, pues debo asistir a una fiesta en la corte. Dejad esa historia y decidme de una vez a qué vinisteis a mi casa.

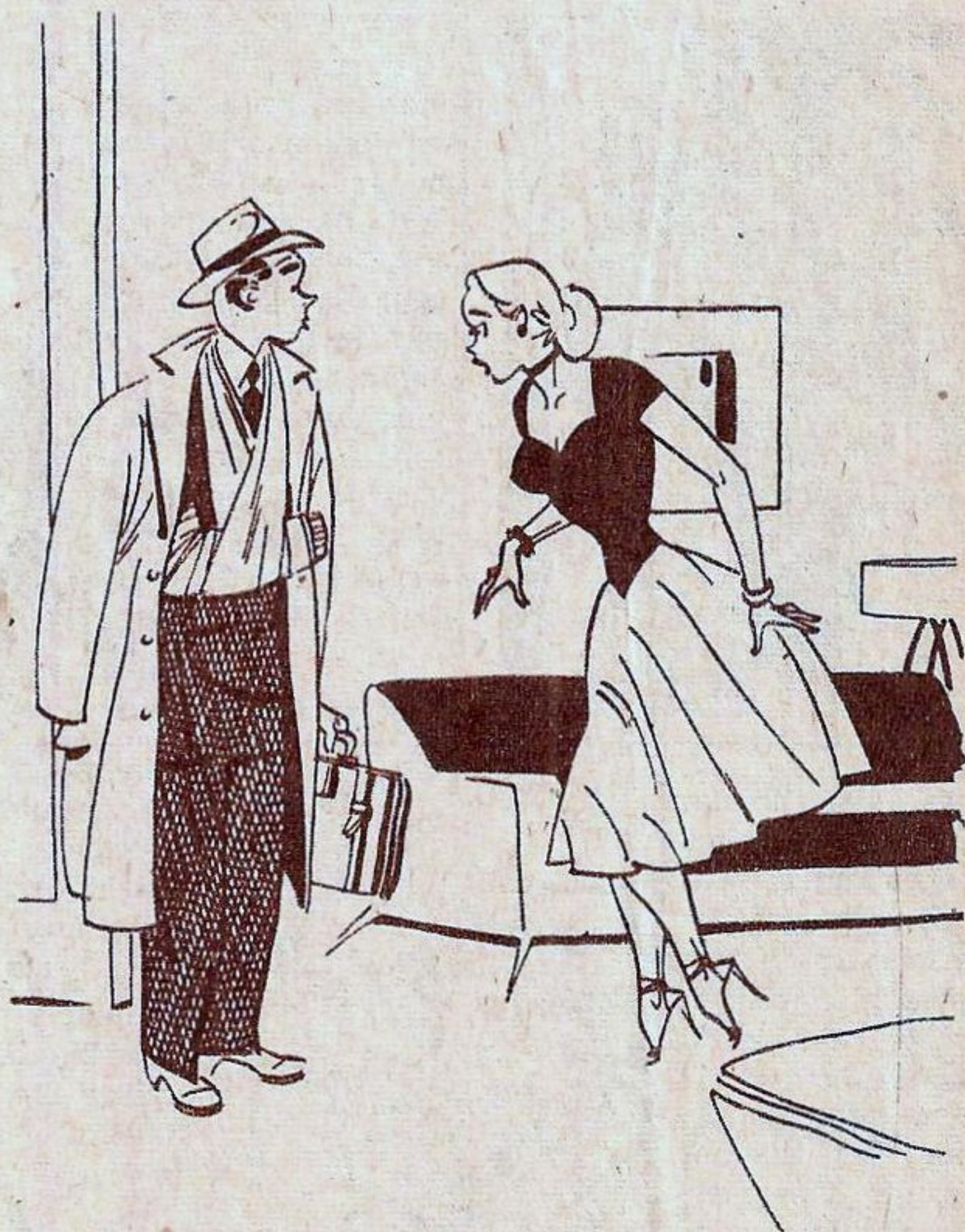


*Columberos.blogspot.com.ar*

## ELLAS Y NOSOTROS



—En esa carta ofrecen una máquina que reemplaza a la secretaria, señor Smith... ¿Piensa comprarla?



—Oh, querido. ¡Has ido a lastimarte la mano derecha justamente ahora que necesitaba que me dieras un cheque!



Dejad vos la fiesta en la corte, porque tendréis que escuchar la historia que os prometí aunque para ello me vea obligado a utilizar la fuerza.

¡Caballero! No voy a tolerar...



Clavijo intenta rebelarse, pero la furia que advierte en la mirada del joven Beaumarchais lo contiene. Por otra parte, el parecido de éste con María le hace sentir su verdadera situación. —Bien —dice al fin con voz vacilante—, os escucho; pero ¿este caballero?...

Este caballero es mi amigo y está perfectamente enterado de cuanto tengo que deciros. Hace unos ocho años, un...



...“comerciante francés, poseedor de poca hacienda y gran número de hijos, tenía muchos clientes en España. Uno de los más ricos de éstos fué a París y le hizo una proposición,”

Dadme a dos de vuestras hijas; las llevaré conmigo a Madrid y cuidaré de ellas.

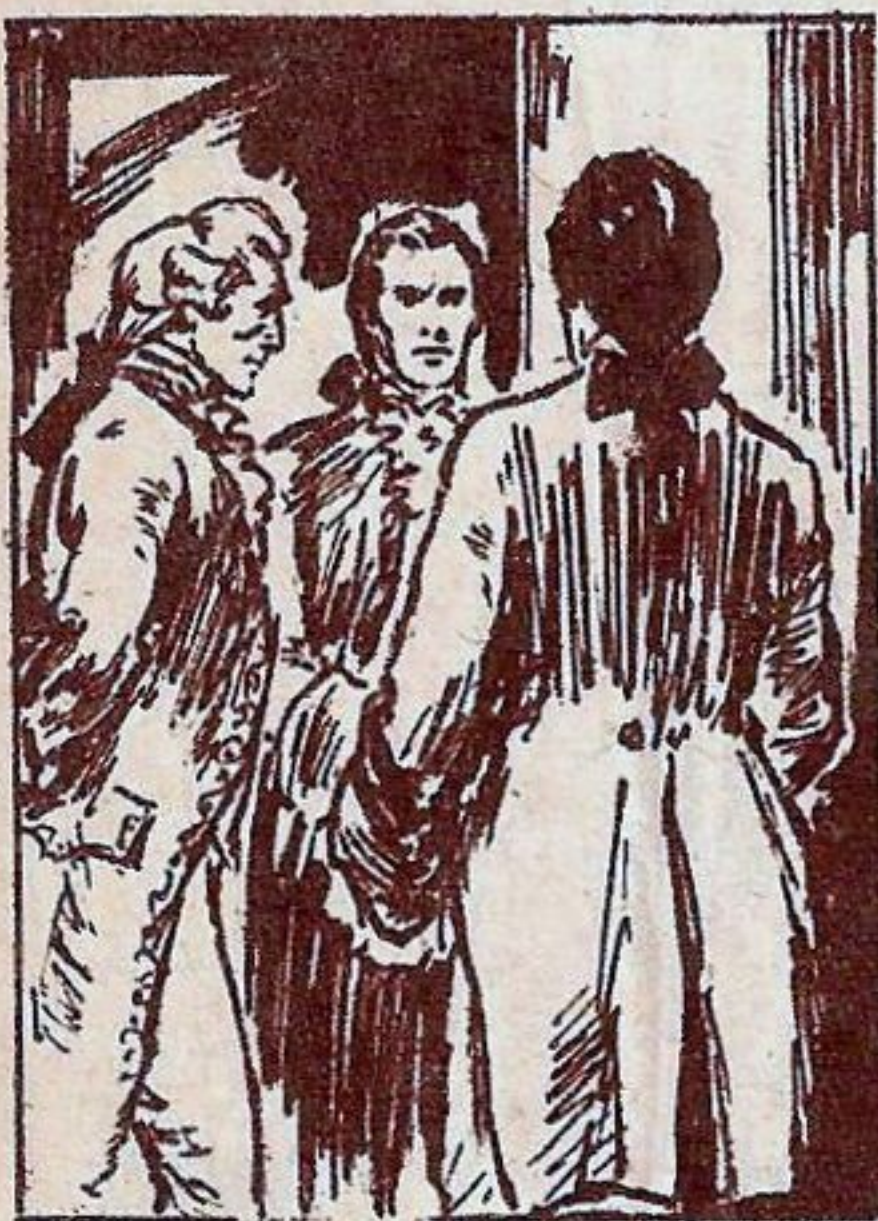


Soy soltero, entrado en años, sin familia; harán la felicidad de mis días postreros y, cuando yo muera, quedarán dueñas de una de las más acreditadas casas de comercio de mi país.



Os complaceré, puesto que sois un hombre bueno y honrado, y puesto que lo que me proponéis favorece a mis hijas y les proporcionará en el porvenir una fortuna que yo no podré darles.

“Así —prosiguió Beaumarchais su relato—, fuéronle confiadas al anciano español la hija mayor y la menor del comerciante francés. Instaladas en Madrid, todo marchó perfectamente al principio. Ambas jóvenes cuidaban a su protector y le ayudaban en la dirección y administración de la casa de comercio.



Murió al fin el anciano comerciante, pero no pudo cumplir con la promesa que en vida hiciera a sus “hijas” como las llamaba cariñosamente, pues los contrastes de los últimos años lo arruinaron. Las pobres muchachas recibieron un golpe terrible y resolvieron regresar a Francia, al hogar paterno.

Sin embargo, no realizaron el viaje, porque la mayor se casó en Madrid con un hombre excelente, que unía a sus cualidades morales una regular fortuna. El matrimonio formó un hogar feliz y llevó consigo a la menor de las hermanas.



Esta joven hermosa tenía infinitos pretendientes, pero a todos los rechazaba deseosa de permanecer largo tiempo al lado de su querida hermana y de su generoso cuñado. Mas he ahí que un día, un joven natural de las islas Canarias visitó aquel hogar y fue presentado a la bella francesita.



Clavijo, cuyo semblante ha ido adquiriendo una grave expresión a medida que Beaumarchais avanza en su relato, experimenta una gran turbación.

Humilde y carente de dinero, aquel hijo de las Canarias deseaba aprender la lengua francesa, y la joven, con...



...“el consentimiento de su hermana y cuñado, se ofreció para enseñársela. En aquella casa, entre lección y lección, se le ocurrió al joven la idea de publicar un semanario —a la manera de **El Espectador** inglés— para diversión y entretenimiento de la sociedad madrileña. Sus amigas francesas lo ayudaron.”





"Animado por la esperanza de que triunfase su periódico y de ser pronto un hombre de cierta consideración, el joven atreviéndose a hacer proposiciones de matrimonio a la menor de las hermanas. Se le dieron esperanzas."



Tratad de obtener un empleo en la corte o cualquier medio de vida que os permita formar un hogar, y entonces, si mi hermana os ama, yo os concederé su mano.



Gracias, señora. Nunca he sido tan feliz como en este momento.

"La más joven rechazó propuestas ventajosas, ayudó al ambicioso joven a soportar las angustias de la espera animándolo para que publicase el primer número del semanario, el cual apareció con un título rico en promesas."



Clavijo se agita en su silla, presa de la mayor confusión, y Enrique Beaumarchais prosigue: —La publicación obtuvo extraordinario éxito; el propio Rey, encantado por ella, otorgó a su autor públicas muestras de favor y le prometió el primer puesto de importancia que quedase vacante.



"Desde aquel momento, el joven canario alejó del lado de su amada a los demás pretendientes y se dedicó a cortejarla públicamente. Pasaron de este modo tres años, al fin de los cuales llegó el empleo prometido por el Rey... y desapareció el novio."



La turbación de Clavijo llega al colmo. Desconcertado, deja escapar un suspiro. Beaumarchais continúa impertérrito: —El noviazgo había causado demasiada sensación para que su desenlace fuese mirado con indiferencia y no perjudicase el buen nombre de la novia. Todo el mundo hablaba de ello, y, cuando...



... "la joven intentó atraer con sus razones y su llanto al infiel, éste la trató cruelmente y la amenazó con hacerla desterrar de España si volvía a molestarlo. Fue en estas circunstancias cuando la hermana mayor escribió a Francia para poner al tanto a los suyos de la afrenta que les había sido inferida."



"Dicha carta conmovió de manera espantosa al hermano de las jóvenes. Con licencia paterna para arreglar el asunto, como en un vuelo se vino de París a Madrid, y ese hermano... soy yo." Clavijo, a pesar de haber adivinado la verdad desde el comienzo, se estremece y balbucea:



¿Vos?

Sí, yo. Vengo para vengar a mi inocente y desdichada hermana del traidor que la engañó, y el traidor... ¿eres tú!

¡Caballero!... Yo he... Yo no dudo...



—No me interrumpa —le grita Beaumarchais—. Y ahora tenga la bondad de declarar ante este caballero, que ha venido de Francia expresamente para ello, si mi hermana, a causa de su conducta, ha merecido...

... "de usted la afrenta de que ha sido objeto." —No, señor —manifiesta Clavijo muy turbado pero con dignidad—; su hermana, la señorita María Beaumarchais es una dama honesta y virtuosa.

¿Le ha dado alguna vez motivo de queja o desestima?

¡Nunca! ¡Jamás!



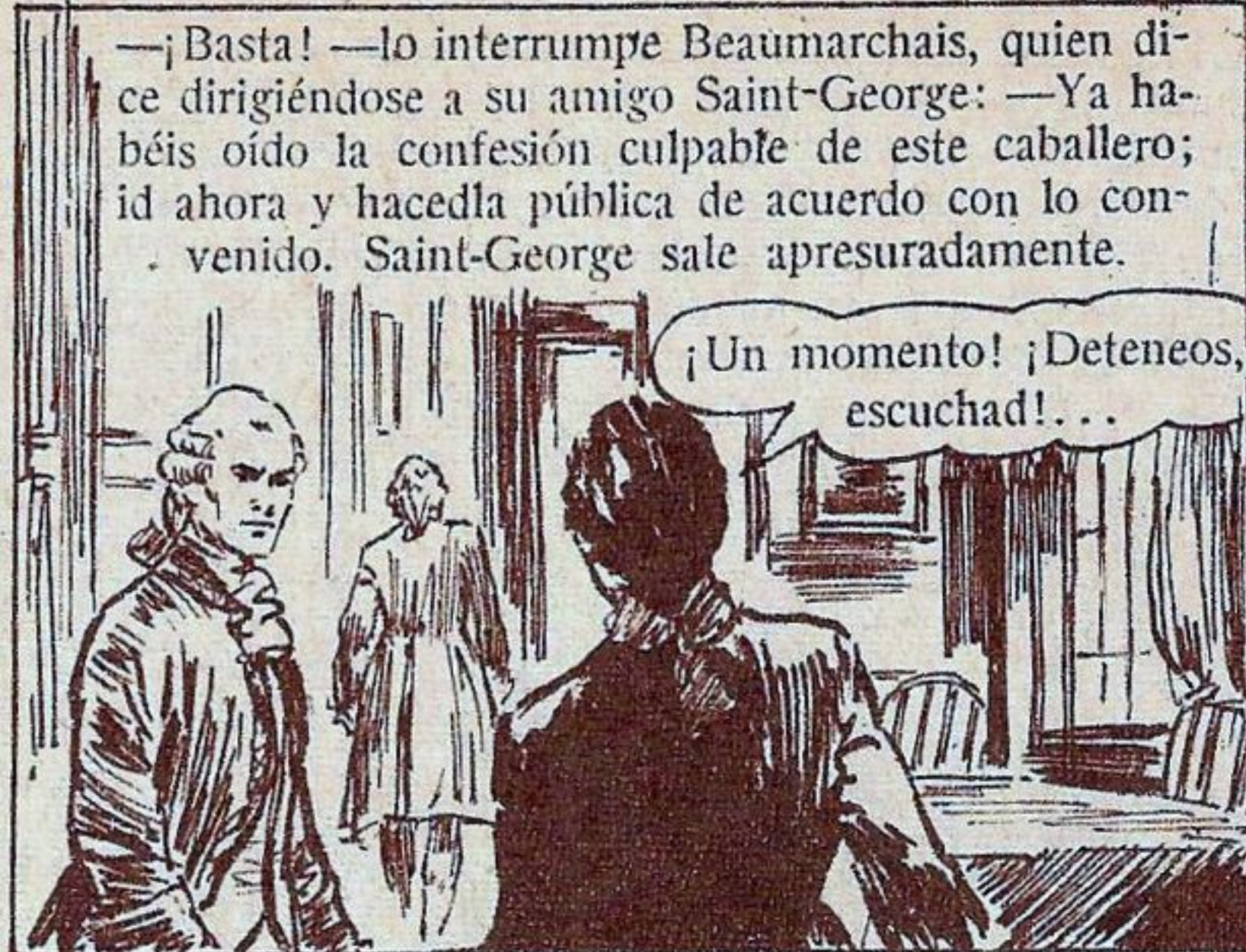


Enrique se incorpora y lo increpa violentamente: —Y ¿por qué, entonces, monstruo, fuiste tan inhumano que atormentaste mortalmente a la muchacha? ¿Acaso porque su corazón te había preferido a otros diez pretendientes mucho más honrados y ricos que tú?



¡Oh, señor! ¡Si supieseis cómo he sido incitado a ello por personas que me aconsejaban mal! ¡Cómo...!

—¡Basta! —lo interrumpe Beaumarchais, quien dice dirigiéndose a su amigo Saint-George: —Ya habéis oído la confesión culpable de este caballero; id ahora y hacedla pública de acuerdo con lo convenido. Saint-George sale apresuradamente.



¡Un momento! ¡Deteneos, escuchad!...

Clavijo va a lanzarse hacia la puerta, pero Beaumarchais lo obliga a sentarse. —No os mováis; voy a haceros una proposición. Conveniente para mí es que no os caséis con mi hermana, pues, de ser cuñados, no podría tomar de vos la venganza que deseo... Afrentasteis a una doncella honrada porque la creísteis indefensa, en un país donde podíais haceros proteger gracias a vuestras recientes influencias en la corte.



Así se portan los infames, los miserables.

Lo primero que os exijo es que declaréis por escrito, en presencia de vuestros criados, que, sin el menor motivo, habéis engañado, burlado y humillado a mi hermana.



“Con esta declaración voy a Aranjuez, donde reside nuestro embajador; se la muestro, la hago imprimir, y pasado mañana todo Madrid está inundado de ejemplares.”

No escribo esa declaración.



Yo tampoco escribiría en vuestro lugar, pero aquí viene lo otro: si no la escribís, tendréis que batiros conmigo. No me moveré de aquí hasta que decidáis una u otra cosa.



Clavijo comienza a pasearse por la habitación, pensativo. Su sentido común le dice que no debe redactar la declaración que se le pide. De pronto toma una espada que cuelga de la pared, resuelto a batirse, al parecer, pero vuelve a colocar el arma en su lugar. Una voz le dice interiormente: “Abominable crimen... No, no puedo arrebatarse a la infeliz María, tras haberla abandonado, este noble y valiente hermano, su único sostén y consuelo... Jamás reposaría mi conciencia si derramase su sangre.”



Y aquella voz interior es cada vez más persuasiva, más poderosa: ¡“Ah, desdichada María! ¡No fue esto lo que te prometí cuando me entregaste tu amor puro y generoso! ¡Dónde está la bienaventuranza que te hice soñar entre mis brazos, el paraíso que te ofrecí en mis apasionados besos?... ¡María! ¡María! ¡Si quisieras perdonarme, si llorando a tus pies pudiese expiar mis culpas!... ¡Por qué no? Mi corazón se desborda, el alma se abre a la esperanza...”

¡Caballero!

¿Qué habéis resuelto?



—Escuchadme. Mi conducta con vuestra hermana no tiene disculpa. La vanidad me perdió —expresa Clavijo—. Temía que las perspectivas de un glorioso porvenir se vinieran abajo con tal matrimonio. Si hubiese podido saber que María tenía un hermano honrado y valiente como vos... Caballero: deseo reparar la injusticia de mi proceder casándome con vuestra hermana.



Concededme su mano, señor Beaumarchais.

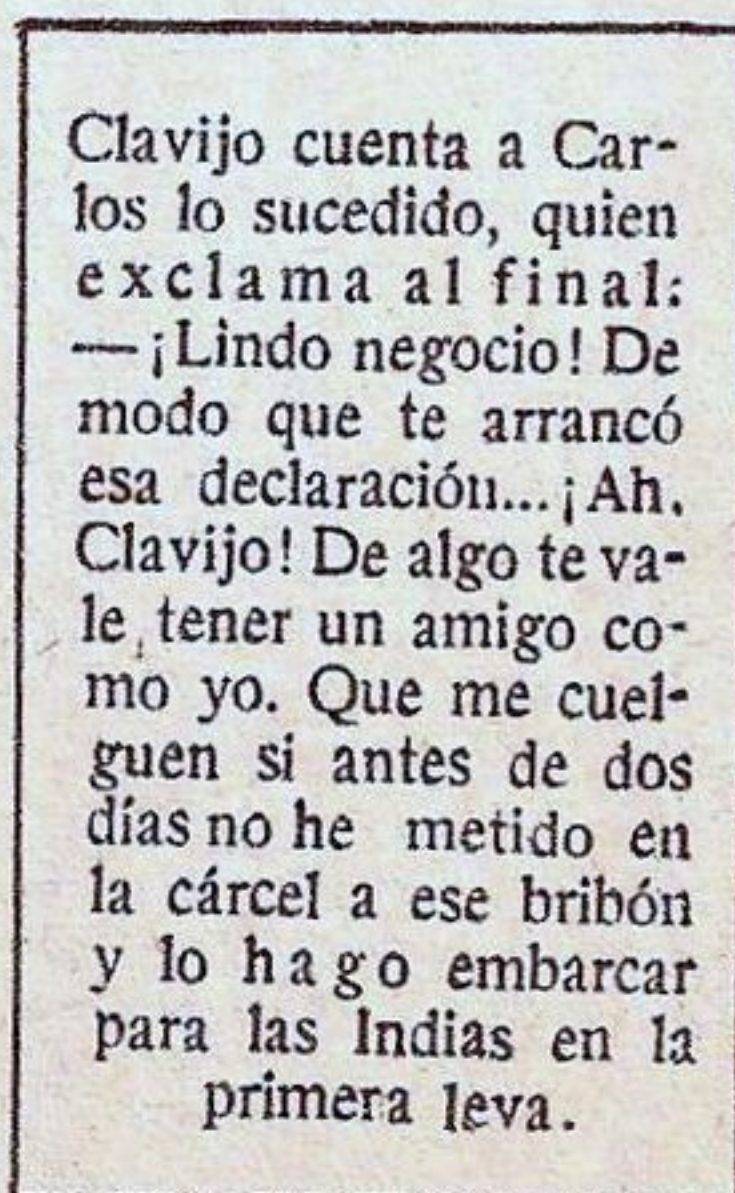
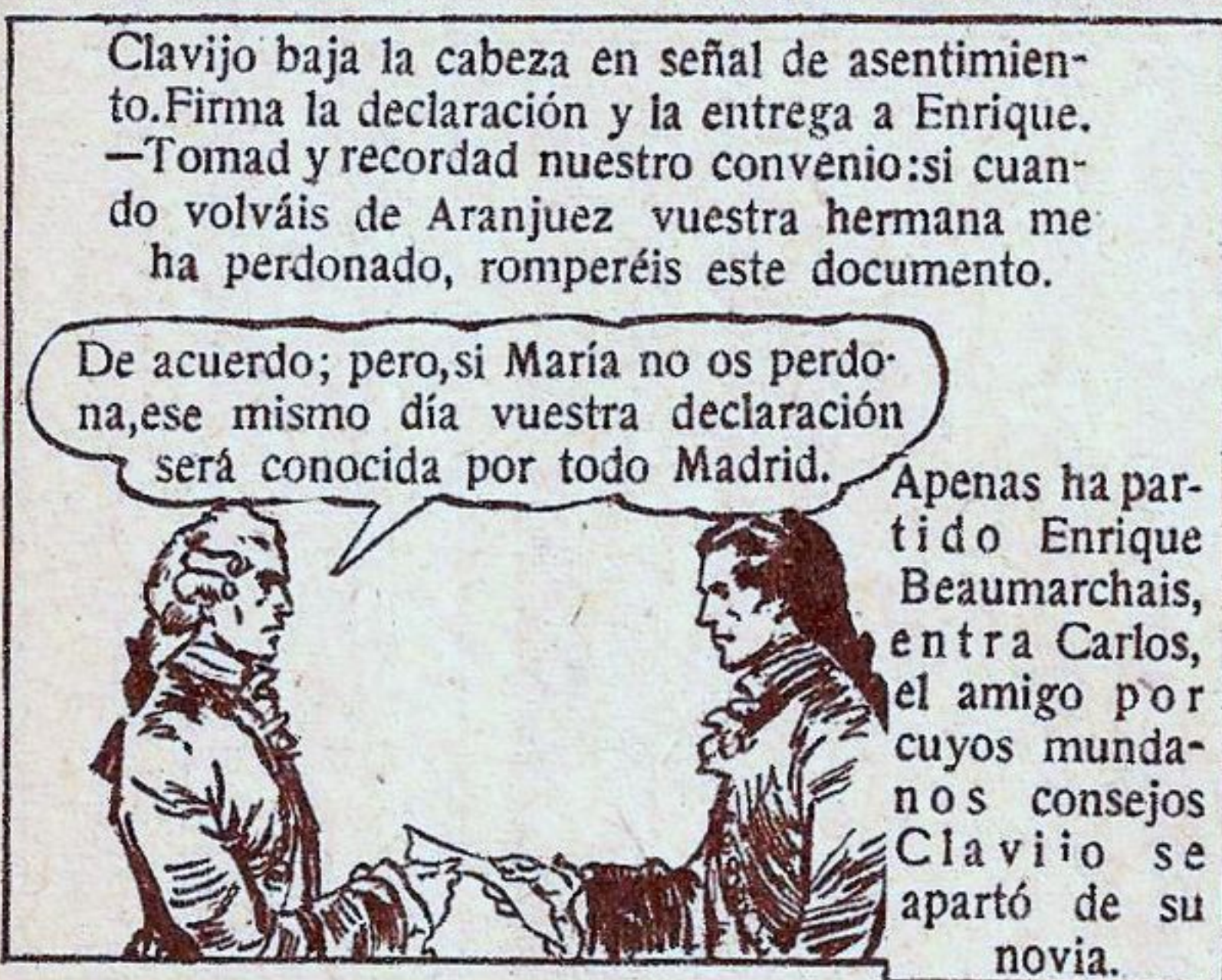
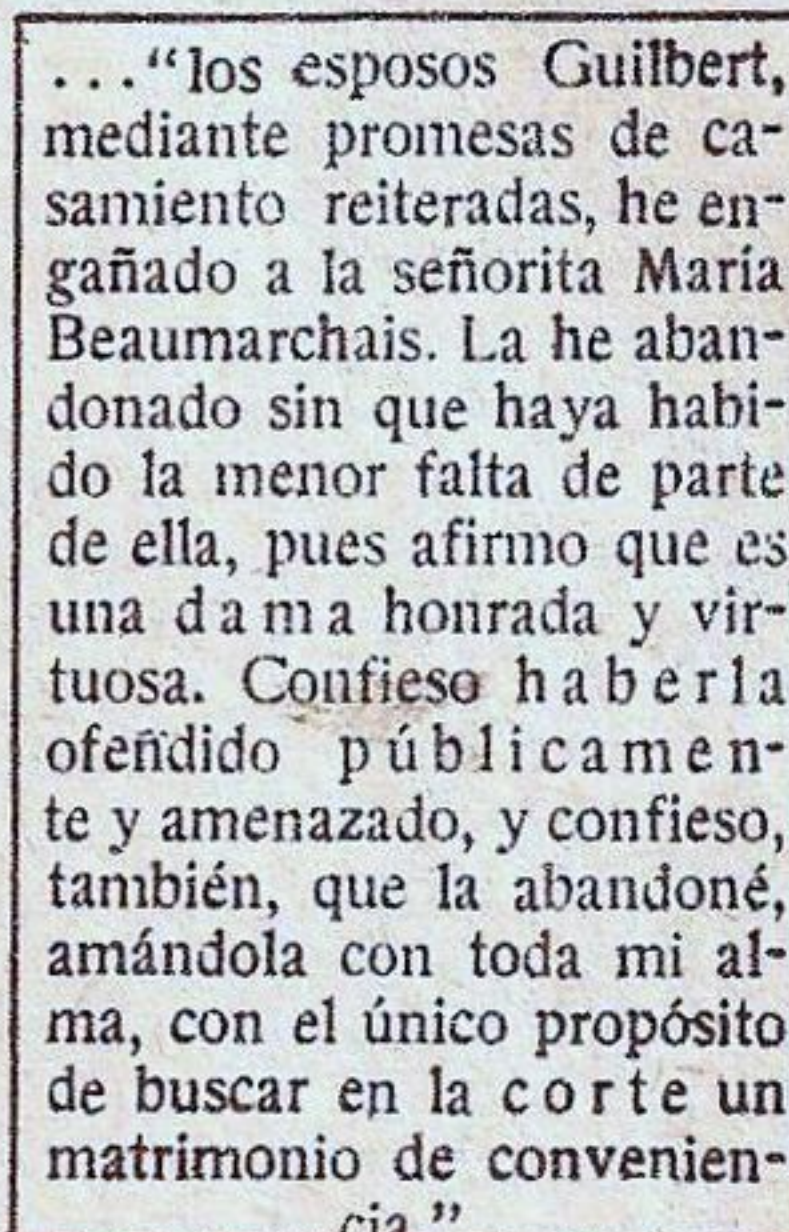
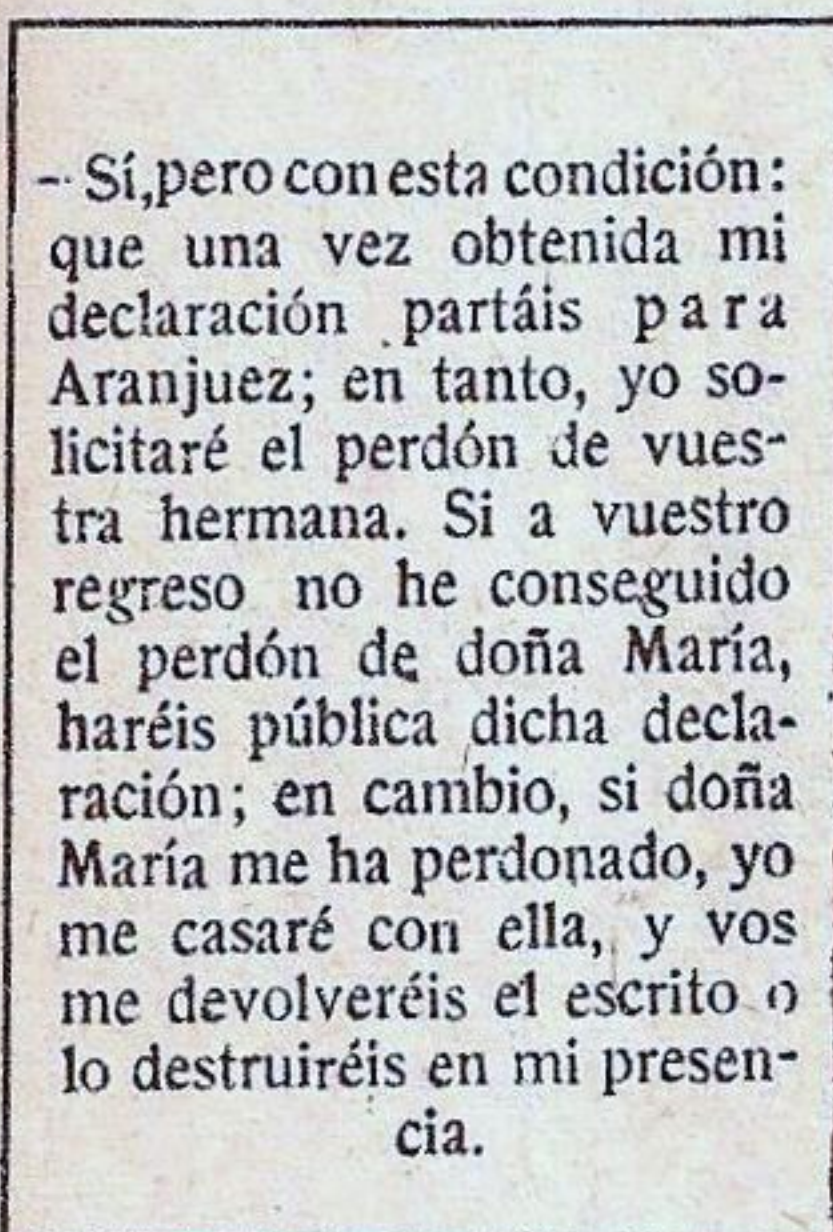
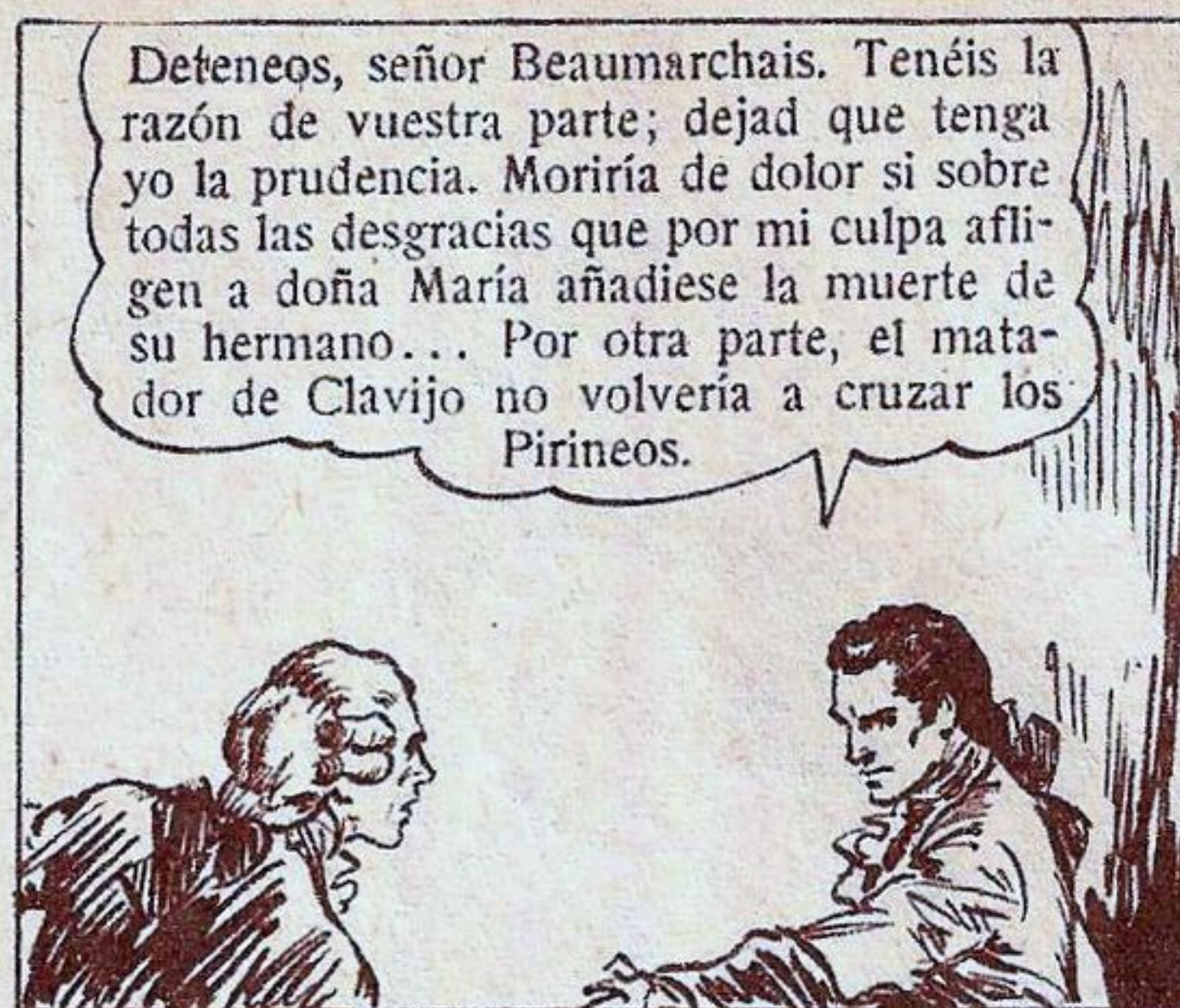
Enrique, que ha trazado sus planes para martirizar a Clavijo y sacar de la situación el mayor partido posible, responde con firmeza: —¡Ya es tarde! Mi hermana ya no os ama, y yo os aborrezco... Escribid la declaración que os pedí.

Os he ofrecido, caballero, reparar todo el mal que hice. Hacer mi esposa a doña María... Iré a arrojarme a sus pies para suplicarle que me perdone, que se digne aceptar...



Insisto en la declaración.





## SEA UD. INGENIERO EN RADIO TELEVISION

**ESTUDIO GRATUITO Y EMPLEO**  
A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DE TODO  
EL PAIS Y DEL EXTERIOR, APRENDIENDO  
EN SU DOMICILIO  
**INSCRIPCIONES LIMITADAS**

**CURSOS de DIFUSION TECNICA:**  
**MATEMATICAS SUPERIORES para RADIO y TV**  
**TELEVISION ACUMULADORES ELECTRICOS**

Escriba, enviando sus datos personales, a  
"UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS"  
SECCION ELECTRONICA

**CASILLA DE CORREO N° 1790**  
**BUENOS AIRES**



No, no, Carlos. Yo soy el que no permitiría eso.



¿Qué? ¿Te has vuelto loco! ¿No comprendes que te ha tendido las redes para que te cases con la hermana?

Te equivocas. El no desea el matrimonio; todos en la casa se oponen, y María ni siquiera quiere oír hablar de mí.



Pues si ninguno de ellos desea el matrimonio, ni tú tampoco, ¡asunto resuelto! Te ha obligado a firmar esa declaración para sacarte dinero; por tanto, te ha hecho víctima de una extorsión y debe ir a la cárcel... Como ves, puedes librarte de Beaumarchais legalmente.



Es que el que desea ahora casarse con María soy yo, Carlos. Jamás la hubiese abandonado de obedecer a mis sentimientos... Iré a arrojarme a sus plantas, a pedirle perdón. Adiós, amigo mío.

Escucha. Espera... No comprendo tu repentino cambio, tu...



Mas Clavijo se marcha dejando a su amigo con las palabras en la boca. Va a casa de Guilbert, donde, tras de confesar a Sofía su arrepentimiento, pide a ésta que hable con María para que lo reciba. María, en quien Enrique, momentos antes, ha hecho arder un odio salvaje contra Clavijo, reacciona llena de despecho.

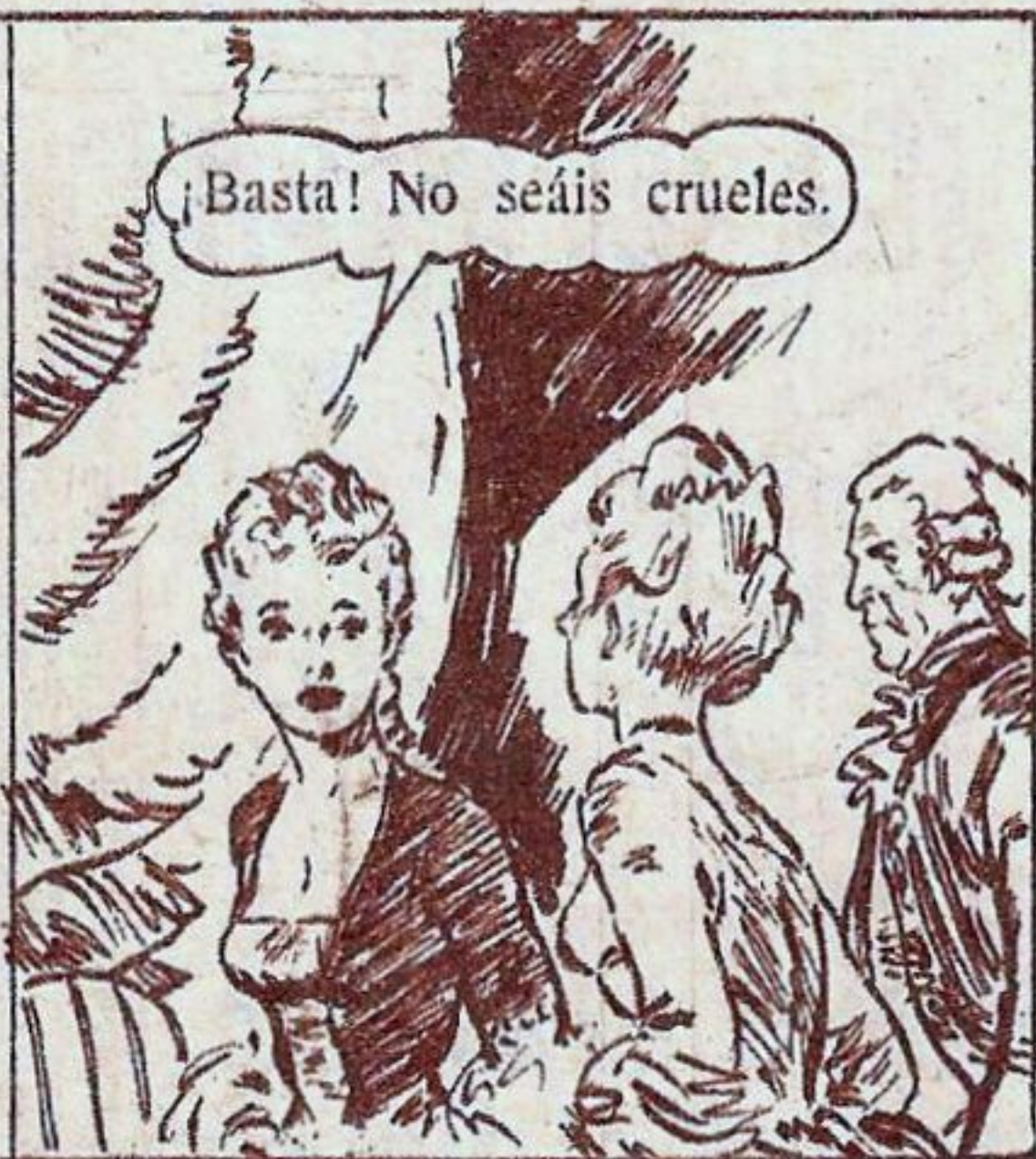
No quiero verlo. ¡Nunca! ¡Nunca más!



Sofía insiste en que lo reciba, pero Guilbert y Buenco, que no están al tanto de lo realizado por Enrique, fortalecen la decisión negativa de la joven.

—Tus palabras son dictadas por el despecho, hermana, y te arrepentirás. ¿Por qué negarte a entregar tu mano a quien ya le has entregado el corazón?

Basta! No seáis crueles.



Es que nuestro hermano, para justificarte a los ojos del mundo, le ha arrancado a Clavijo una declaración que nos perderá.

¿Cómo!

¡Dios mío! ¿Qué declaración es ésa?



Sofía los pone al tanto de lo ocurrido. —Clavijo no permitirá nunca que se divulgue el documento —dice Guilbert con desconsuelo—. Enrique está perdido, venza o perezca. Si no lo mata Clavijo irá a morir en la cárcel o en las Indias.

¡Virgen Santa! ¿Puedo yo evitarlo? Aconsejadme.

Perdonando a Clavijo salvarás a nuestro hermano.



En ese momento se abre la puerta, y entra Clavijo.



¡María! ¡María! Es preciso que me perdones; es preciso...

María lanza un grito y cae en brazos de su hermana. Clavijo se arrodilla y con temblorosa voz confiesa su arrepentimiento, declara el amor que siempre ardió en su corazón y que aun lo tortura. —¡María! ¡María! —exclama—. ¿No te conmueve ya mi voz? —¡Oh, Clavijo!





Este, tomando las manos que ella le tiende, **cúbrelas de besos.**

¡Me perdonas! ¡Esto quiere decir que me perdonas! ¡Me lo decía el corazón! ¡Gracias, María de mi alma!



De pronto aparece Enrique Beaumarchais.

¿Eh? ¿Lo ha perdonado?

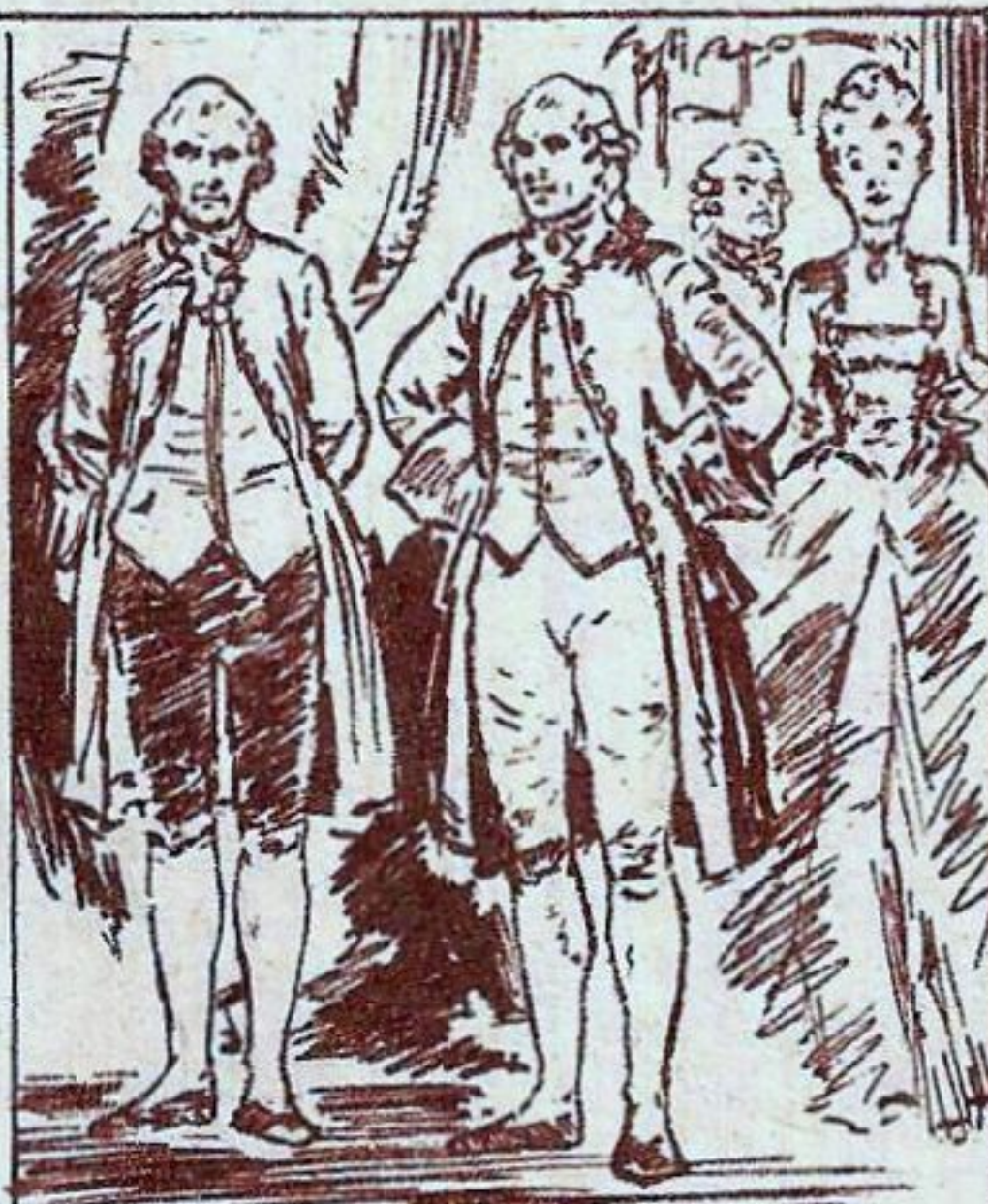


Sofía y su esposo responden afirmativamente, al tiempo que María se desvanece. Clavijo se lanza hacia Enrique. —¡Hermano mío! ¡Hermano mío! Me ha perdonado. Soy el hombre más feliz del mundo. Beaumarchais lo abraza, pero separándose de él le dice: —Acepto vuestro afecto, pero aun no puedo quererlos sinceramente como a un hermano. Saca de la cartera la declaración firmada por Clavijo, la rompe y le entrega los pedazos.

Aquí tenéis vuestro documento... Ahora os suplico que os retiréis hasta que María se serene.



Clavijo se despide cordialmente y sale. Mientras lo mira alejarse, Beaumarchais comenta: —Amigos míos, esta enojosa historia va a terminar como yo lo he deseado y como lo desea nuestro embajador: con una boda feliz. Todos muestran su satisfacción, excepto Buenco, que se despide despechado.



Yo me retiro. Tened cuidado con ese hombre. Yo lo odiaré hasta el día del juicio final como a una encarnación del diablo.



Clavijo regresa a su casa, donde halla a Carlos. Le cuenta su decisión de casarse con María, y el otro se burla. Hombre de mundo, frío, calculador y sagaz, Carlos...

...señala a Clavijo que va a cometer un error irremediable si se casa con María Beaumarchais. —Al lado de ella, volverás a la obscuridad —le dice—, perderás el prestigio que has conquistado en la corte.

Hay en Madrid centenares de señoritas ricas e ilustres que no esperan más que las pidas para casarse contigo... ¿Y tú vas a desperdiciar esas posibilidades para casarte con una humilde francesa a quien ya te has cansado de amar?



Clavijo esgrime argumento tras argumento para defender su resolución, pero uno a uno esos argumentos son hechos añicos por los sofisticados razonamientos del cortesano.

Tu dilema es el siguiente, Clavijo: debes decidirte o por María o por el triunfo, la gloria.



¡Carlos! Terminarás por aniquilarme... ¡Sálvame! Dime lo que debo hacer...



Bien, yo te salvaré. Lo primero que tienes que hacer es citar a Beaumarchais a un lugar donde, espada en mano, lo obligues a devolverte la declaración que firmaste.

Ya la tengo. La rompió en mi presencia y me devolvió los pedazos.

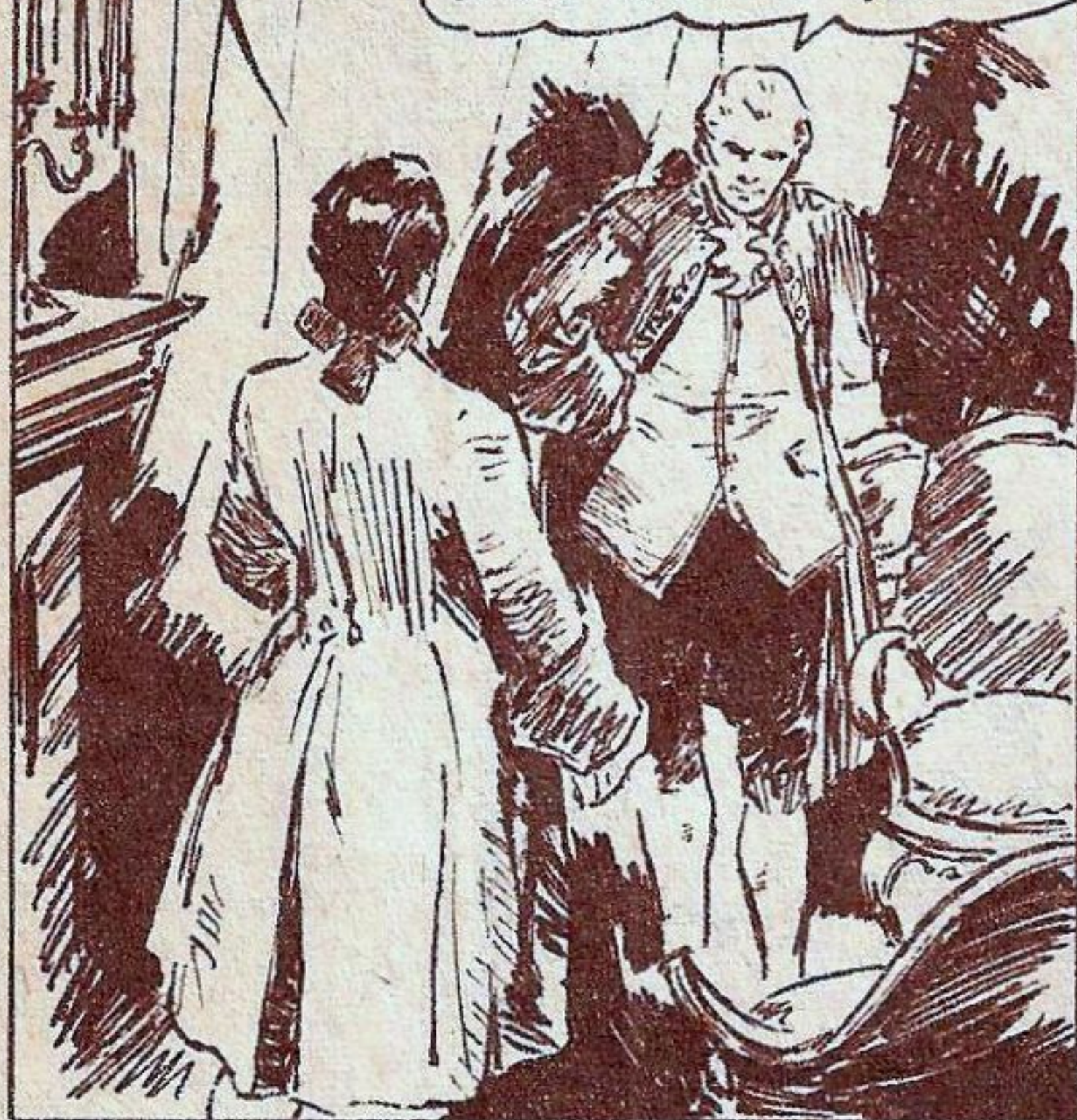




—¡Magnífico! —exclama Carlos—. Ahora es necesario deshacerse de él para que te deje tranquilo. Ya encontré el medio: lo acusaré ante la justicia de haber venido secretamente a Madrid; de haberse hecho recibir en tu casa con nombre supuesto y de haberte forzado, mediante amenazas, a escribir una declaración.

Pero es que él rompió la declaración. ¿Cómo podré probar?...

Cuando se tiene nuestra influencia en la corte, es posible probar cuanto uno quiere.



No, Carlos... No puedo consentir que un hombre digno como Beaumarchais, que defiende una causa justa, vaya a parar a la cárcel.



¡Qué tonto eres! No estará en la prisión muchos días, porque, en cuanto huela que la cosa va en serio, se conformará con un puñado de francos y regresará a su país para no abrir la boca en el resto de su vida. ¿Qué te parece?

Clavijo acepta este procedimiento, y ambos amigos se separan. En tanto, la alegría de vivir ha vuelto a la casa de los Guilbert. María ríe y canturrea mientras prepara su ajuar de boda. Sofía la contempla.

Me río de mí misma. Las muchachas somos de una extraña casta. Apenas tenemos un respiro en nuestros dolores, ya estamos pensando en cintas y adornos.

Es muy lindo eso... Sin embargo, tú estás algo triste bajo esa alegre apariencia. Es como si una gran sombra se ocultase bajo el sol que alumbra tu felicidad.



Mi salud no está del todo bien, Sofía... Este pobre corazón va a acabar conmigo... Los dolores y las alegrías han socavado mi vida con toda su fuerza.

Son los males del amor; se te pasarán cuando te cases... Mira, ahí llega nuestro hermano.



Se presenta Enrique, pálido, desencajado. Al verlo, María tiene un súbito presentimiento. Corre hacia él y se echa en sus brazos.

¿Qué tienes, hermano? ¿Qué ocurre?

Clavijo no está en casa. Su criado me dijo que partió de viaje. ¡Ah, hermana! Serás vengada si se hace culpable de un doble perjurio...



Todo eso es prematuro, Enrique, precipitado. Evítale emociones a nuestra hermana... ¡Mira! ¿Qué tienes, María? ¿Te sientes mala?

No, no es nada... No os asustéis. ¡Ay, mi corazón!



¡Guilbert, Buenco, venid! Sofía, ¿no tienes en casa alguna medicina para darle?

Yo sé de una, y hace mucho tiempo que se la pido a Dios... ¡Los latidos del corazón me quitan el aliento!



Sofía, que ha ido en busca de un calmante para su hermana, entra precipitadamente en la casa y entrega a su hermano una carta diciéndole que viene de Aranjuez.





Beaumarchais lee y se deja caer sobre un sillón. — ¡María! ¡María! — exclama—. ¡Clavijo te hace traición! El embajador dice que Clavijo ha presentado una denuncia contra mí en la que me acusa de haberlo obligado mediante amenazas a firmar una vergonzosa declaración y que si no salgo de España rápidamente me meterán en la cárcel. María cae de rodillas.



Con esta palabra en los labios, María cae de espaldas. Enrique y Sofía se arrodillan junto a ella. El primero le toma la mano, se la besa e insiste en sus deseos de venganza. Sofía, exaltada, lo interrumpe.





Perdón, Enrique... Escucha: ése era el destino de María... Mas tú debes salvar, para mí, para nuestro padre. Hay un Dios en el Cielo. Deposita en sus manos la venganza.



Vuestra hermana tiene razón, Beaumarchais. Salvaos. Venid a mi casa. Yo os guardaré allí hasta que podáis salir de España.



Enrique se arroja sobre su hermana y la besa. Se incorpora luego y abraza a Sofía y a Guilbert.



Adiós, hermanos queridos. Cumplido con ella... Nos veremos en casa de nuestro padre. Marchemos, señor Buenco.



Casi al mismo tiempo que sale Enrique llega un médico, a quien Guilbert envió a buscar con la criada.



Hay un profundo y doloroso silencio. Levantando de sobre el pecho de la hermana su hermoso rostro descompuesto por el llanto, Sofía Beaumarchais responde: —Es demasiado tarde. ¡Ha muerto!



Es de noche. Ante la puerta, abierta de par en par, hay tres hombres, con antorchas, cubiertos por negras ropas. Embozado en la capa, con la mano en el mango de la espada, Clavijo avanza. Lo sigue un criado con una antorcha.

Te dije que no pasaras por esta calle.

Lo hice para evitar un gran rodeo, amo, Don Carlos vive cerca de aquí.



¿Y aquellas antorchas?

Un entierro... Nos desviaremos, señor. Seguidme.



¡En casa de María! ¡Dios mío!... Ve, Juan, y pregunta quién ha muerto.

Bien, señor.



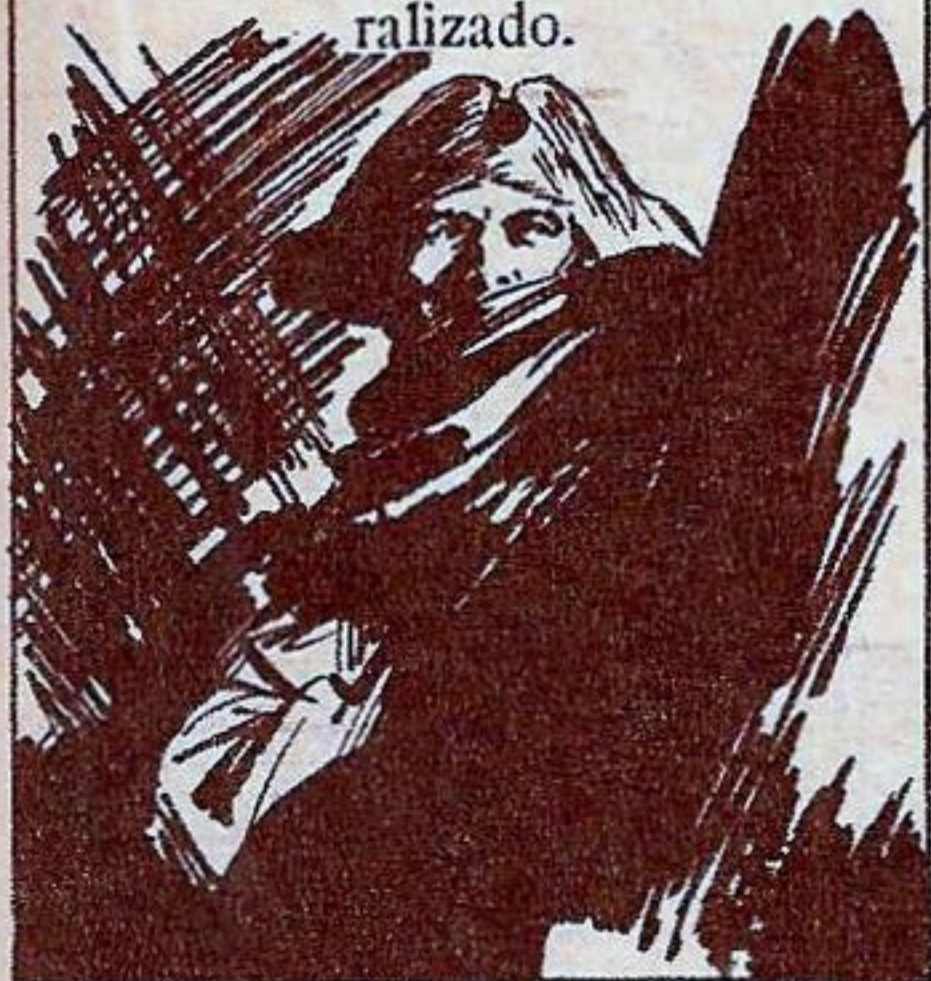
Vase el criado, vuelve a los pocos minutos y anuncia a su amo que se trata del entierro de María Beaumarchais. Clavijo da un grito y, a punto de desmayarse, apóyase en el tronco de un árbol.

¡Dios mío! ¡Muerta! ¡María muerta! ¡Esas antorchas se agitan!... Sale ya el fúnebre cortejo... Viene hacia aquí.





De pronto, los lúgubres sonos de la música hieren los oídos de Clavijo, que permanece paralizado.



El cortejo comienza a alejarse de la casa de Guilbert. Al frente, a la luz de las antorchas, se ve avanzar a los que llevan las andas, sobre las que viene el féretro.



Delante de todos, vestidos de riguroso luto, marchan Guilbert y Buenco. Clavijo, fuera de sí, se adelanta.



¡Deteneos!

¿Quién sois?



Bajad el ataúd; tengo que verla. No enterraréis a mi María sin que yo la vea.



Al decir esto, Clavijo se quita el embozo. Buenco lo reconoce.

¡Vos!... ¡Miserable! ¿No han de tener término tus infamias? ¿Ni aun en la caja está segura de ti?

¡Dejadme!

¡Los desgraciados son peligrosos! ¡Tengo que verla!

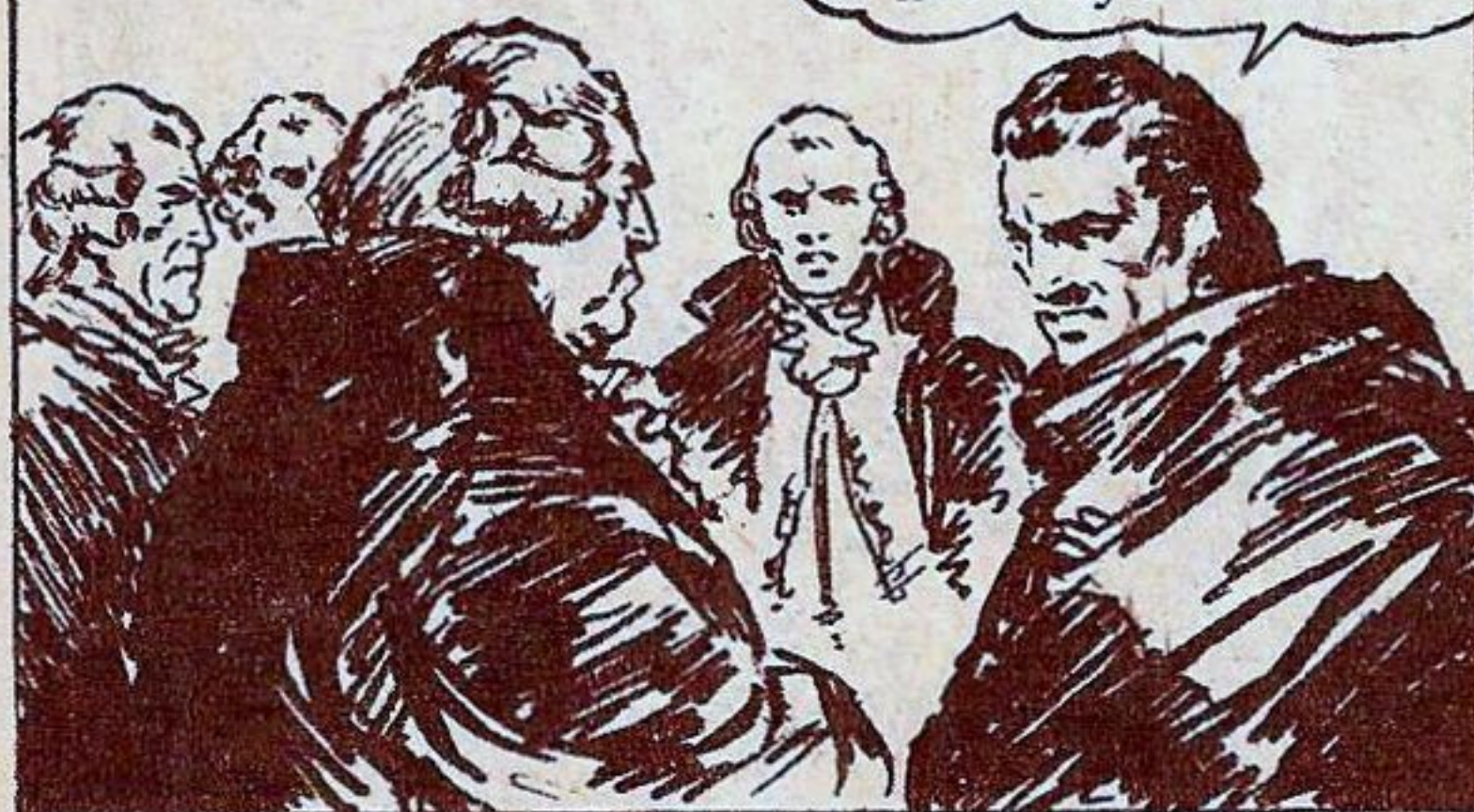


El féretro ha sido depositado en el suelo, y Clavijo echa por tierra el paño que lo cubre. María yace allí, vestida de blanco y con las manos cruzadas. Clavijo retrocede.



¿Quieres resucitarla para volver a darle muerte?

¡Calla, espíritu mezquino! ¡Payaso burlón!



## ¡SEAN UDS. LICENCIADOS COMERCIALES!



### ESTUDIO GRATUITO Y EMPLEO

A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DE TODO EL PAIS Y DEL EXTERIOR, APRENDIENDO EN SU DOMICILIO.

— INSCRIPCIONES LIMITADAS —

TAMBIEN CURSO SUPERIOR: ORGANIZACION Y DIRECCION DE EMPRESAS.

CONSULTE SIN COMPROMISO A:

"UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS"

— SECCION COMERCIAL —

CASILLA DE CORREO CENTRAL N° 5099

BUENOS AIRES

## ¡GRATIS!

Recibirá gratis las primeras lecciones. Señale el curso que le interesa. Enseñamos por Correo desde 1915:

- Contabilidad Moderno Simplificada (con Balance Mensual, Inventario al Día, etc.)
- Impuesto a los Réditos, etc.
- Mecánico Electricista de Autos.
- Constructor.
- Sastre.
- Dibujante.

Envíe hoy su nombre y dirección a:

ESCUELAS AMERICANAS

Av. Montes de Oca 636

Buenos Aires

Nombre

Calle y N°

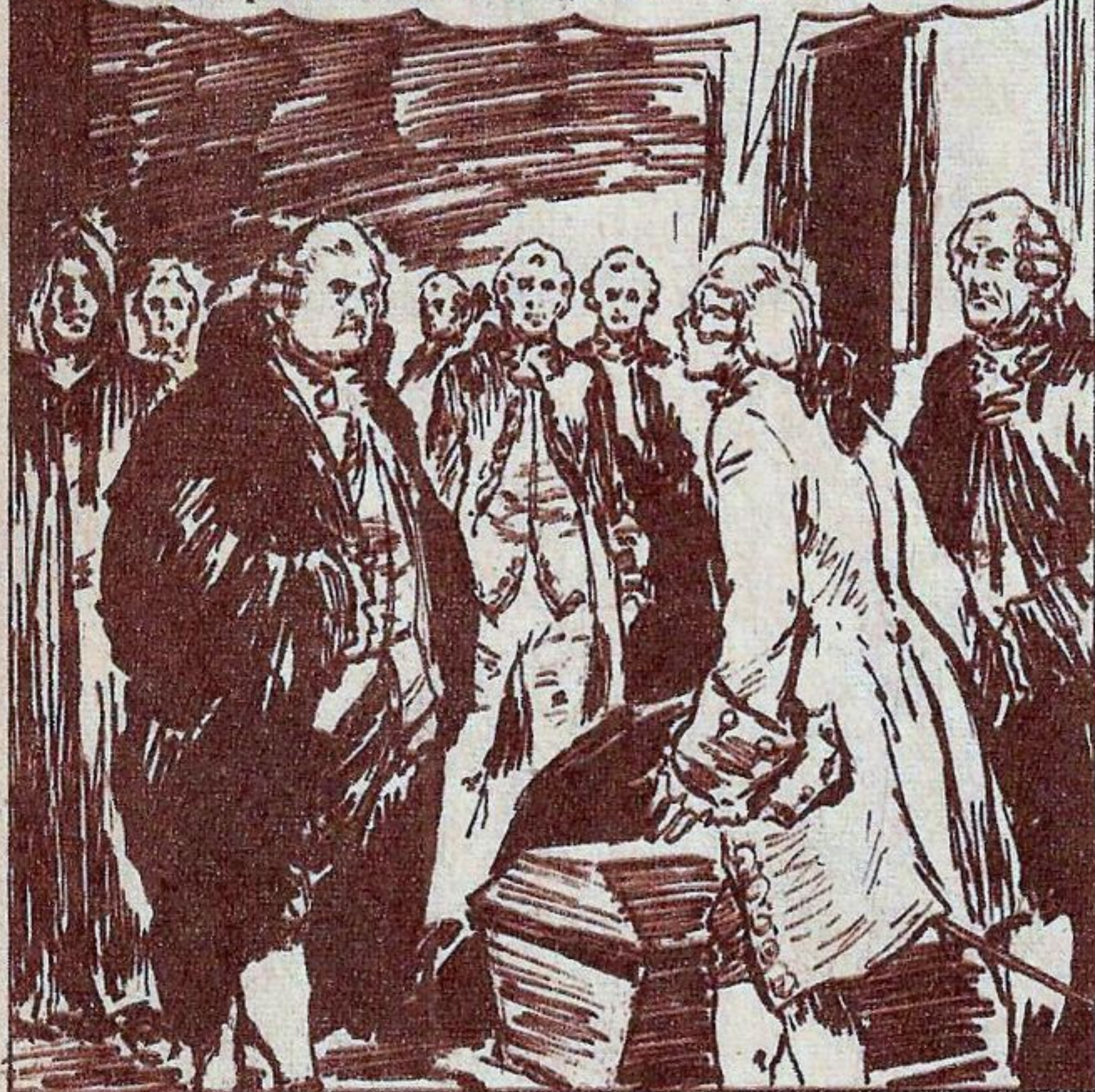
Localidad

Provincia



Se postra junto al ataúd y se cubre el rostro con las manos. En ese momento, un hombre se abre paso por entre el cortejo. Es Enrique Beaumarchais, que permanecía en casa de Buenco y no ha podido resistir la tentación de ver por última vez a la difunta.

Dejadme paso, señores... ¡Buenco! ¡Buenco! ¿Por qué me dijisteis que el entierro iba a ser mañana? Jamás os hubiera perdonado ese engaño... ¡Quiero verla!



Enrique se arrodilla junto al féretro, del otro lado del cual se encuentra Clavijo, quien, de pronto, prorrumpe en dolorosas exclamaciones. No ha oído ni visto a Enrique.

¡María! ¡Amor mío! ¡Perdóname una vez más!



Al oírle, Beaumarchais levanta la cabeza.

¿Quién llama a María?... El metal de esa voz derrama por mis venas un terrible furor.

Soy yo, Clavijo, el más desdichado de los hombres...



Beaumarchais lo mira salvajemente e, incorporándose, echa mano a la espada.

No temo tus ardientes miradas ni la punta de tu espada. Mira estos ojos cerrados y estas manos en cruz... ¡Aquí tienes mi pecho!



Buenco y Guilbert tratan de contener a Enrique, pero éste logra librarse de ellos y, lanzándose sobre Clavijo, lo hiere.

Gracias, hermano. Tú nos casas.



Sin escucharle, Enrique exclama: —¡Abre los ojos, María, mira tus galas de novia y después vuelve a cerrarlos para siempre! ¡Mira cómo he consagrado tu tumba con la sangre de tu matador!... ¡Hermoso! ¡Sobrevivo! En ese momento llega Sofía.



¡Enrique! ¿Tú aquí? ¿Qué es esto?

Mira, querida hermana. Esperaba cubrir de rosas su lecho de esposa; mira las rosas con que adorno su camino del Cielo.





¿Por qué lo hiciste, hermano?  
Todos estamos perdidos ahora!



Clavijo, desfalleciente, levanta la cabeza. —Sálvate, insensato, antes de que rompa el día. Dios, que es justo, que te ha traído aquí como salvador, te ayudará... Sofía: ¡perdóname!... Hermano, amigos: ¡perdonadme! Beaumarchais se acerca a Clavijo.

Tu sangre, al manar, apaga la ardiente furia de mi corazón. Mi sed de venganza queda saciada al extinguirse tu vida. ¡Muere! ¡Yo te perdono!



—Dame tu mano; y la tuya, Sofía... Espíritu de mi amada, si aun flotas por estos lugares, mira hacia abajo y contéplanos unidos en esta fraternidad celestial... Bendícenos... Ya voy contigo... Ya voy contigo... Sálvate, Enrique... Decidme: ¿me perdonó ella al morir?

Su última palabra fue tu desventurado nombre. Partió sin un adiós para nosotros.



Iré tras ella y le llevaré los vuestros.

Llega Carlos precipitadamente. Al ver a Clavijo moribundo, desenvaina la espada y grita:



¡Asesinos!  
¡Asesinos!

Clavijo lo contiene con un ademán. —Oye, Carlos: aquí tienes las víctimas de tus consejos. Tú desviaste mi corazón del camino del amor y la verdad, que era María...

Si quieres que te perdone, salva a Enrique Beaumarchais, mi hermano.



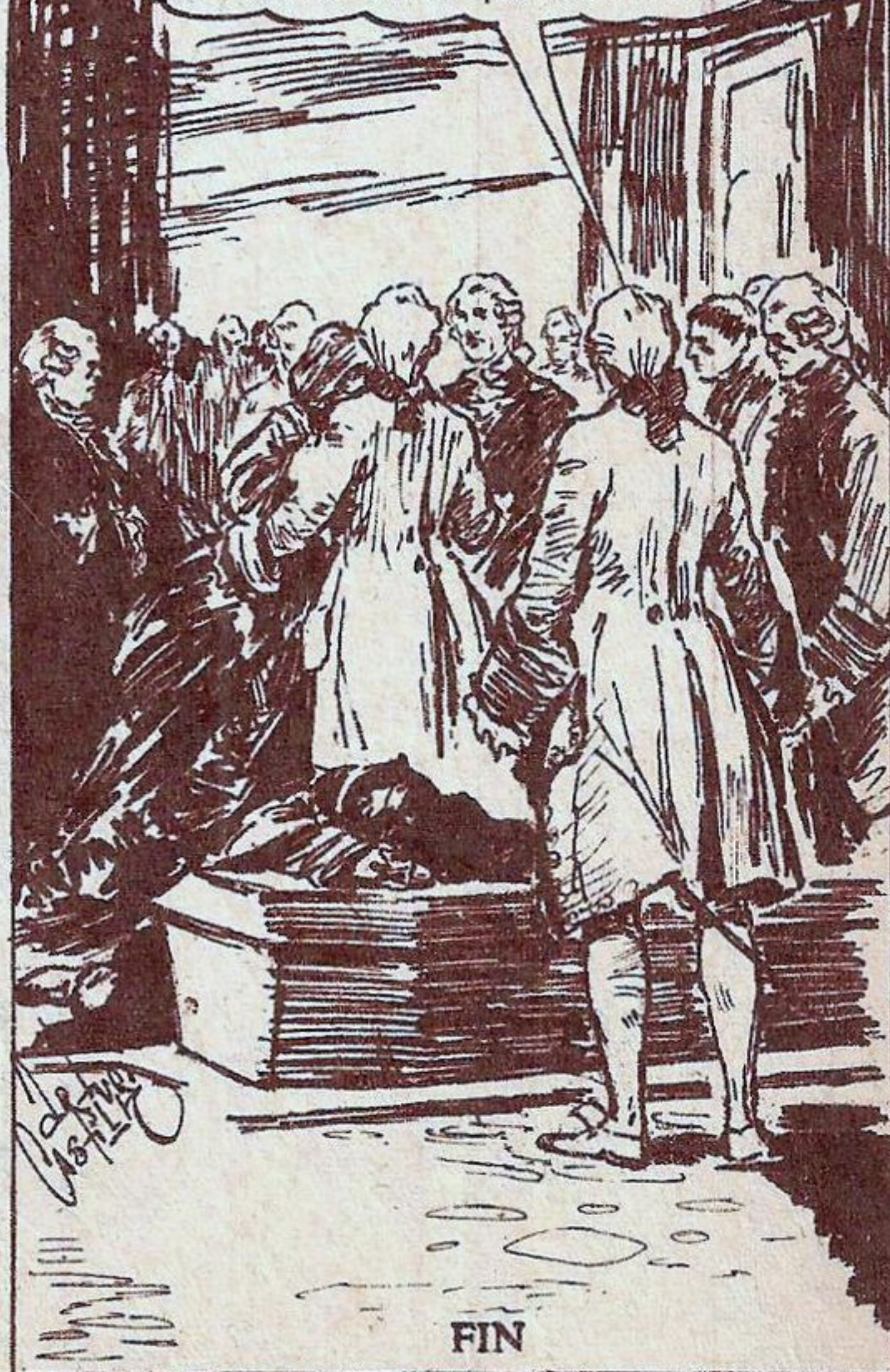
Corred en busca de un médico, pronto.

Será en vano. ¡Salva, salva a mi desgraciado hermano!... Dame tu mano en prenda de ello. Todos me han perdonado...; yo te perdono a ti. Acompáñalo hasta la frontera y... ¡Ay!



Beaumarchais se echa al cuello de Sofía y abraza a Guilbert, mientras Carlos envaina su espada.

Partamos, señor Beaumarchais. Es necesario salir de Madrid antes que amanezca.



FIN

¡Clavijo! ¡Clavijo!



Este se ha inclinado sobre María y ya no oye las voces de la tierra, mientras la suya, agonizante, susurra:—Tengo sus manos... sus heladas manos entre las mías... ¡María de mi alma... amor mío!... ¡Hemos aquí desposados para siempre!





# AQUÍ UNA SONRISA



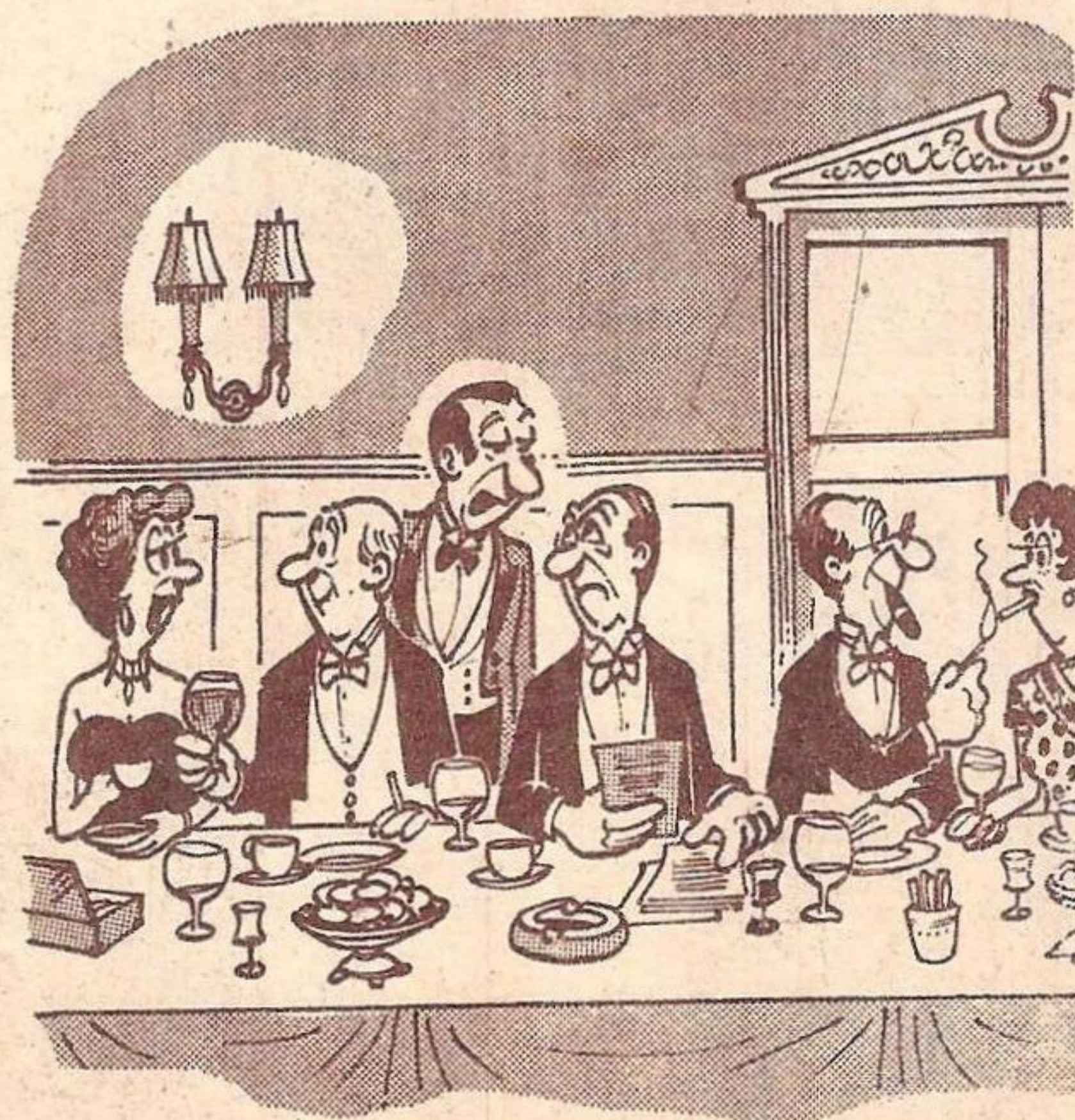
—¿Qué? ¿Nervioso yo?



—Es muy sencillo; yo le pago a la señora Andersen y a la señora Hill; la señora Gold paga lo suyo, y yo y la señora Briggs pagamos por ella.



—Ya estoy cansado de correr por todos lados. ¡Taxi!



—¿Desea pronunciar su discurso ahora, señor, o dejamos que los invitados se diviertan un poco más?



# EL VIEJO DOCTOR

por  
**SIXTO PONDAL RÍOS Y CARLOS OLIVARI**

ADAPTACIÓN ——— DIBUJOS DE FERNAND

Un lema que perteneciera a Hipócrates, y que se refiere al amor por la profesión de curar, es el lema "del viejo doctor"...

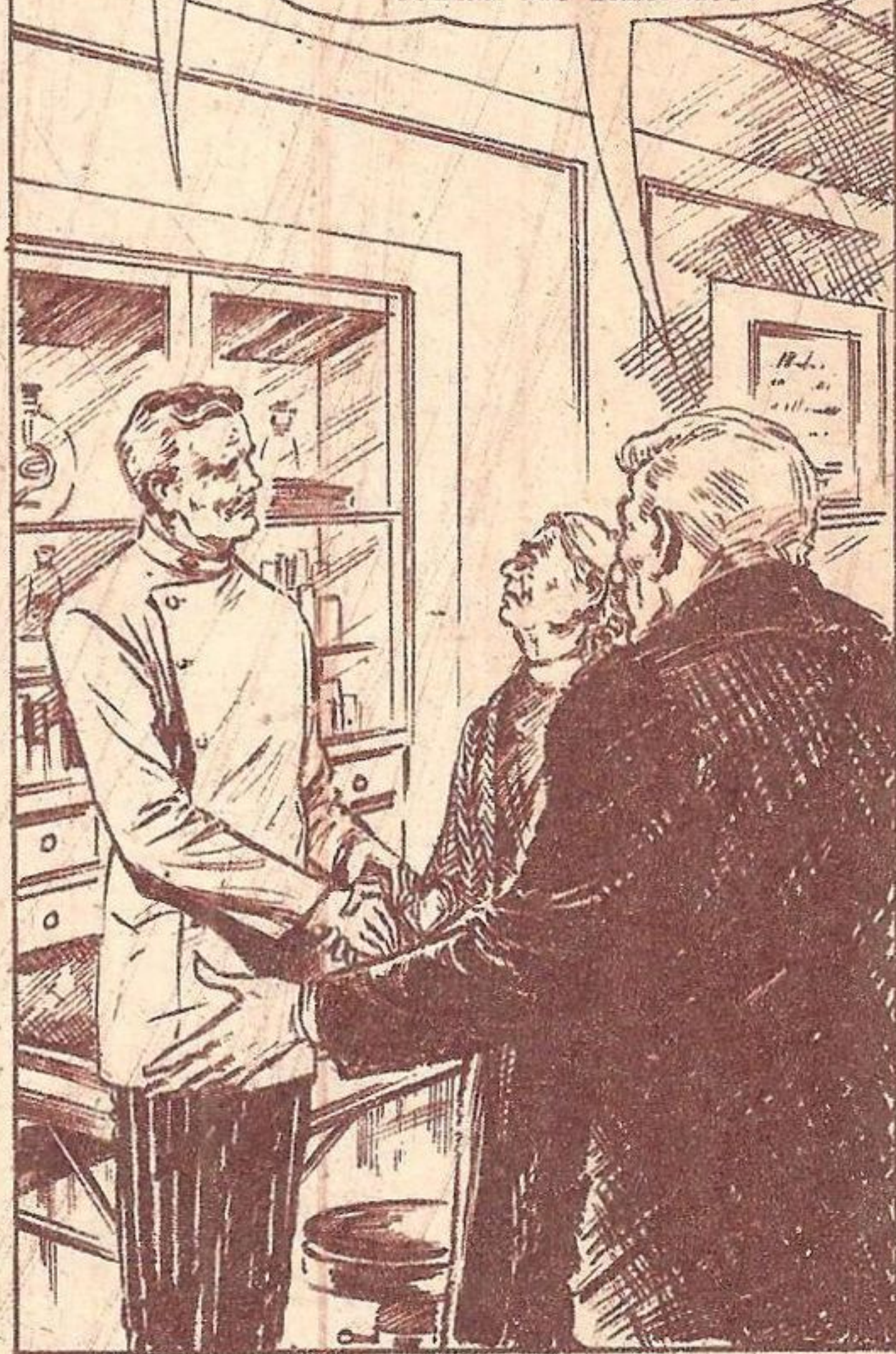


Buenas tardes, doctor Salinas.

Los Salinas —el doctor Leandro, su esposa, y sus hijos Norberto y Norma— vivieron en Carlos Calvo al 3000...

¿Cómo está hoy la viejita gaucha?

¡Es una cabeza dura y no quiere tomar los remedios!



Sus pacientes son sus grandes amigos.

¡Tuve que pelearme con ella para que comprara el "Trifex"!

¡También usted, amigo! ¡Yo le pude dar unas muestras!



Aquella pareja de ancianos venía desde la calle Puán.

¿No te gusta acaso cómo te trata el doctor Salinas?

Y... regular. ¡Es un doctor a la antigua!



¡Nosotros también somos a la antigua, Josefa!

¿Y si me hiciera tratar en la clínica de Primera Junta?



Luego, durante la consulta en lo del doctor Salinas...

¡En esa clínica le van a sorber los ladrillos de su casita de la calle Puán, señora López!



Pero, si insiste en ir, ¡vaya! ¡Lástima que será tarde cuando quiera arrepentirse!

(¡El doctor Salinas habla así de envidia!)



¡Qué equivocada estaba la señora Josefa López! ¡Envidioso Leandro Salinas? ¡Envidioso el criollísimo y noblote doctor Salinas?

Bueno, Josefa, bueno. Si quieres ir a esa clínica... ¡Vamos!





Tenía mucha clientela Leandro Salinas, pero...

Mi marido quedó cesante en la fábrica, doctor.

Leandro Salinas ya no iba a poder cobrarle la visita.

¡Vaya, señora! ¡Y Dios quiera que su marido pronto encuentre trabajo! Dijo que tenían cuatro chiquitos, ¿no?

El viejo doctor de la calle Carlos Calvo no cobraba la visita a esa señora cuyo marido estaba sin trabajo...

Tenga estos quinientos. ¡Ya me los devolverá, mujer!

Más tarde, cenando, Leandro Salinas lo comentaba con su esposa...

¡Siempre el mismo, viejo! ¡Y así nosotros nunca podremos salir de éste caserón de barrio!

La risa jovial del doctor tuvo el coro de su hija Norma.

¡Así me gusta encontrar a papá y mamá!

El doctor se puso serio.

¿A las once de la noche vienes a cenar, muchacha?

El auto de Julia se quedó parado en Olivos, y...

¡No, hijita, no! ¡Nada de historietas de colegiales! ¡Ya dejaste el secundario hace rato!

¡Y tengo mi título de maestra!

¡Una maestra que sólo habla de Marlon Brando y de Belmondo!

¡Porque en su casa no se habla más que de operaciones y huesos quebrados!

¡Es el dolor del mundo, muchacha! ¡Por qué eres tan insensible?

¡Leandro! Nuestra muchacha tiene veinticuatro años. ¡Tiene derecho a un poco de libertad!

"Te desconozco, Matilde. ¡Tú que has tenido una enseñanza rígida de parte de una madre incomparable!" reprochó el médico a su esposa.

¡Son otras épocas, Leandro!

"Es tu frase predilecta, Matilde. ¡Que a mí me hace estremecer!" murmuró, apenado, Leandro Salinas.

Si yo he sido la causa de esta discusión...

Norma hizo un gesto como para marcharse, pero el padre la atrajo con cariño.

¡Retobona! ¡Mi negrita chúcaro! ¡Siempre la misma!



¡Todas las frases amables y cariñosas son para Norberto! ¡Claro! ¡Cómo él va a ser también médico!



—A propósito: ¿Estará estudiando Norberto? No lo vi en todo el día,—preguntó Leandro Salinas.

Estudió hasta las siete. Vino a buscarlo Guelarzú...



—¡Ese vago de Guelarzú! ¡Se aprovecha del dinero de su padre! ¡Nunca será un buen médico ese chico!

¡Pero es tan buen mozo Pedro Guelarzú! ¡Ja, ja, ja!



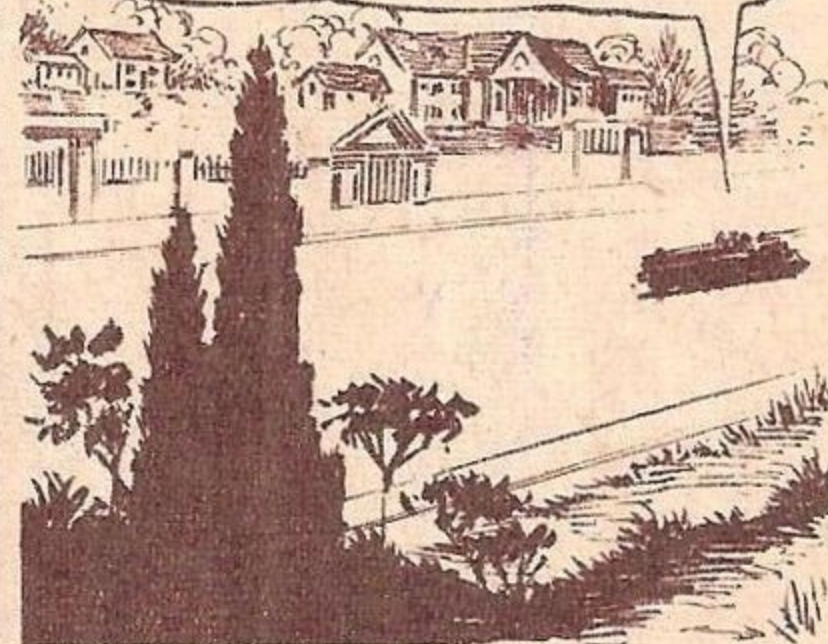
La joven escapó, riendo. Leandro miró a Matilde.

Ya sé, Matilde: "Son otras épocas". Pero la educación y el respeto están muriendo como atacados de leucemia.



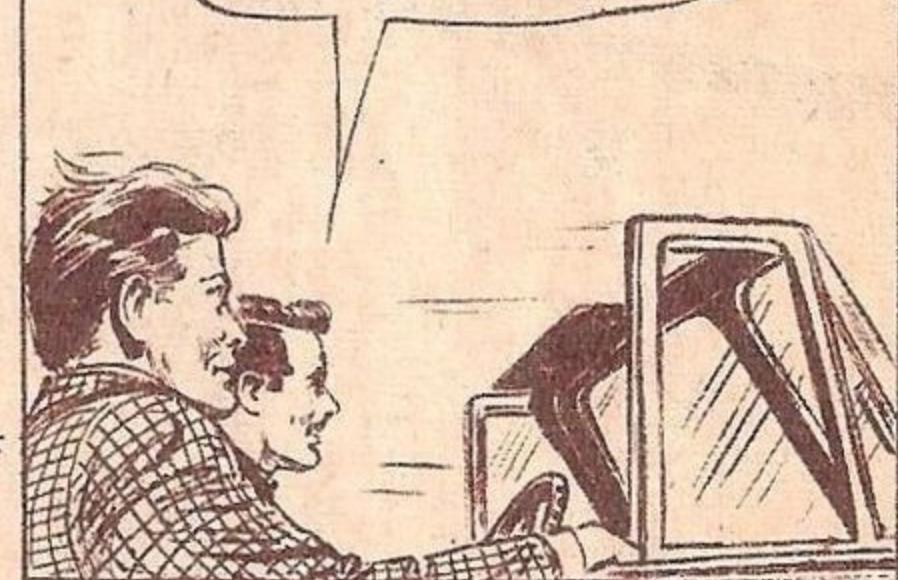
Por la avenida Libertador San Martín marcha veloz un auto.

¡Mañana nos recibimos, Norberto, y en seguida vamos a verlo al astuto de mi tío Odarila!



A los dos jóvenes amigos —Pedro Guelarzú y Norberto Salinas— le brillan las pupilas.

¡Hoy hay que tener muchos billetes para ir adelante!



El auto temerariamente dobló en Callao.

¡Ja, ja, ja! ¿Viste el salto que dio esa mujer?



Pedro Guelarzú no permitió que Norberto "se fuera a dormir como las gallinas".

¡Tengo la cartera gorda de billetes y nos vamos a divertir, ya que desde mañana seremos "respectables médicos"!



Norberto no podía quitar de su mente a Leandro Salinas.

(¡A seis horas de ese examen y yo tomando whisky...!)



A las tres y media de la mañana llegó a su casa.

¡Papá!



Intentó arreglarlo con el cuento "del repaso final".

—¡Ja, ja, ja!  
¡Vaya, hijito!  
¡Tu padre también dio su último examen luego de una noche de juerga y aquí me tienes!



Leandro Salinas tenía una fe ciega en "Norbertito", su cachorro.

¡Otro doctor Salinas de hierro!

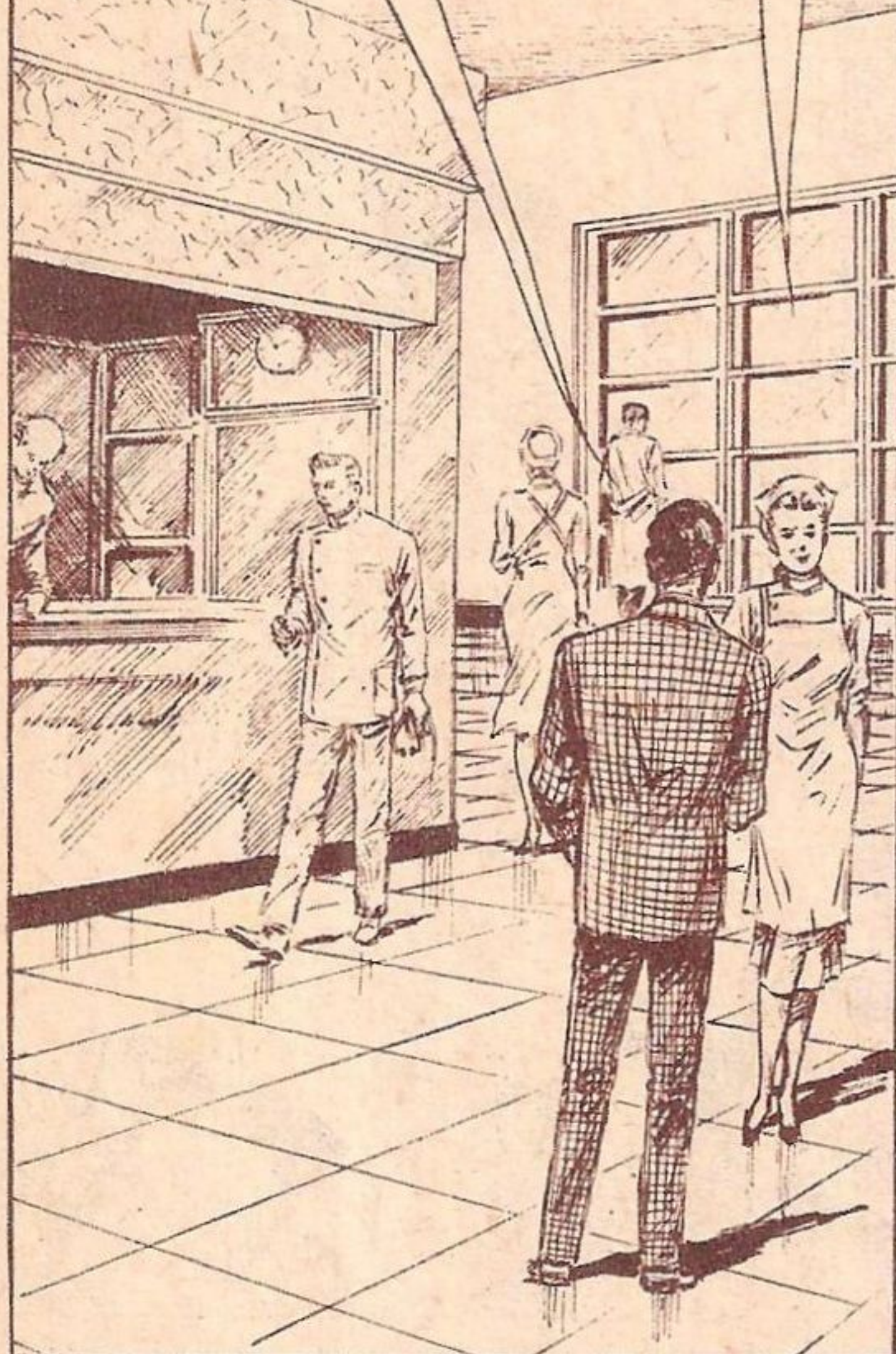




Al día siguiente, en el hospital...

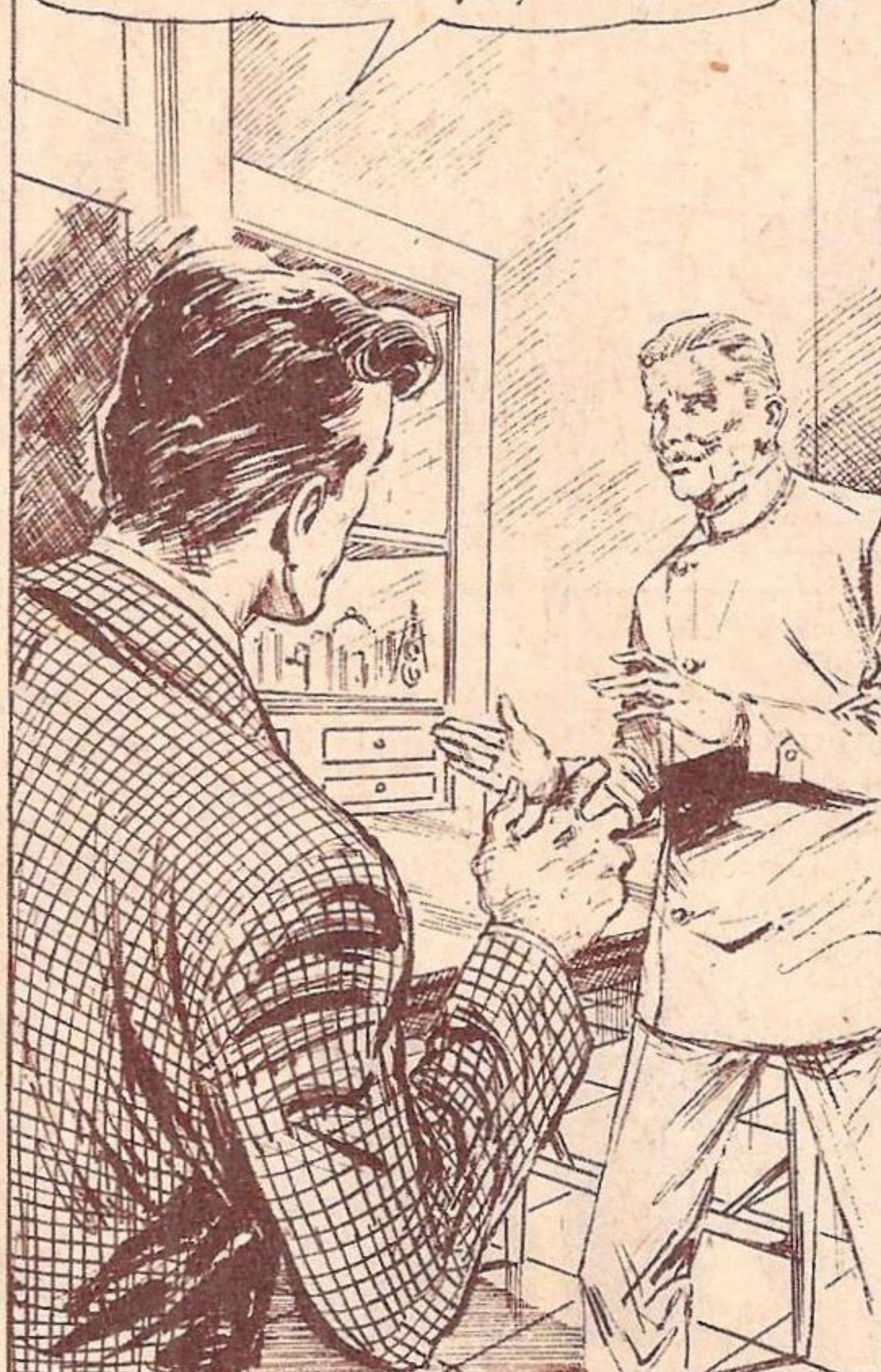
¿El doctor Salinas, por favor?

Está terminando de operar, señor.



Y cuando Leandro Salinas se enfrentó con su hijo...

¡Puedo ir comprando la chapa, papá! ¡Felicítame! ¡Soy médico!



Gruesas lágrimas rodaron por el rostro un poco ajado de Leandro.

Es el mejor premio que...

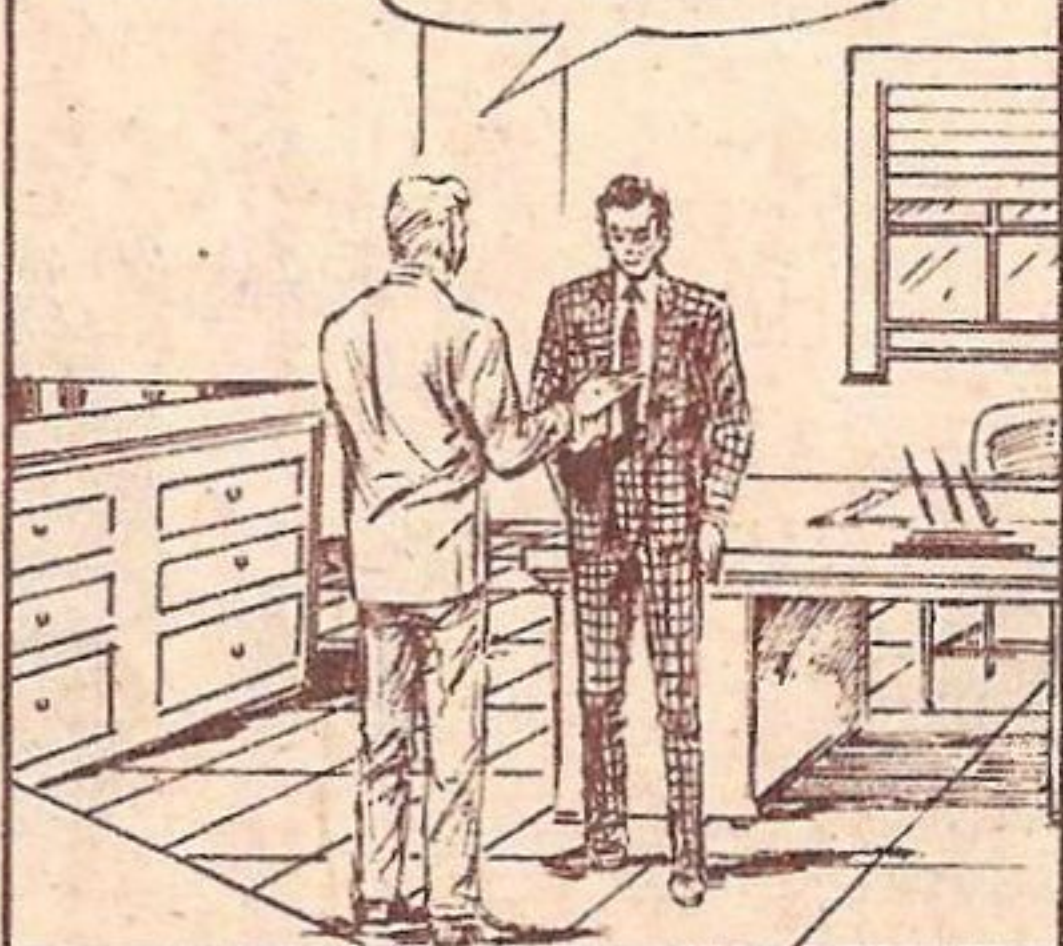


Se frenó, intentando una modificación de la frase.

¡Serás médico cuando se haga carne en ti el diario trajín sin descanso; la comprensión de la angustia y el dolor,...



...la humildad que enseñó Cristo; y también su maravillosa bondad y decencia! Pero, por ahora, muchacho...



El viejo doctor abrazó al joven galeno estremecido de emoción.

Tu flamante chapa la tengo ya en un cajón de mi oficina. ¡Los Salinas! ¡Consultas de 0 hora a 24!



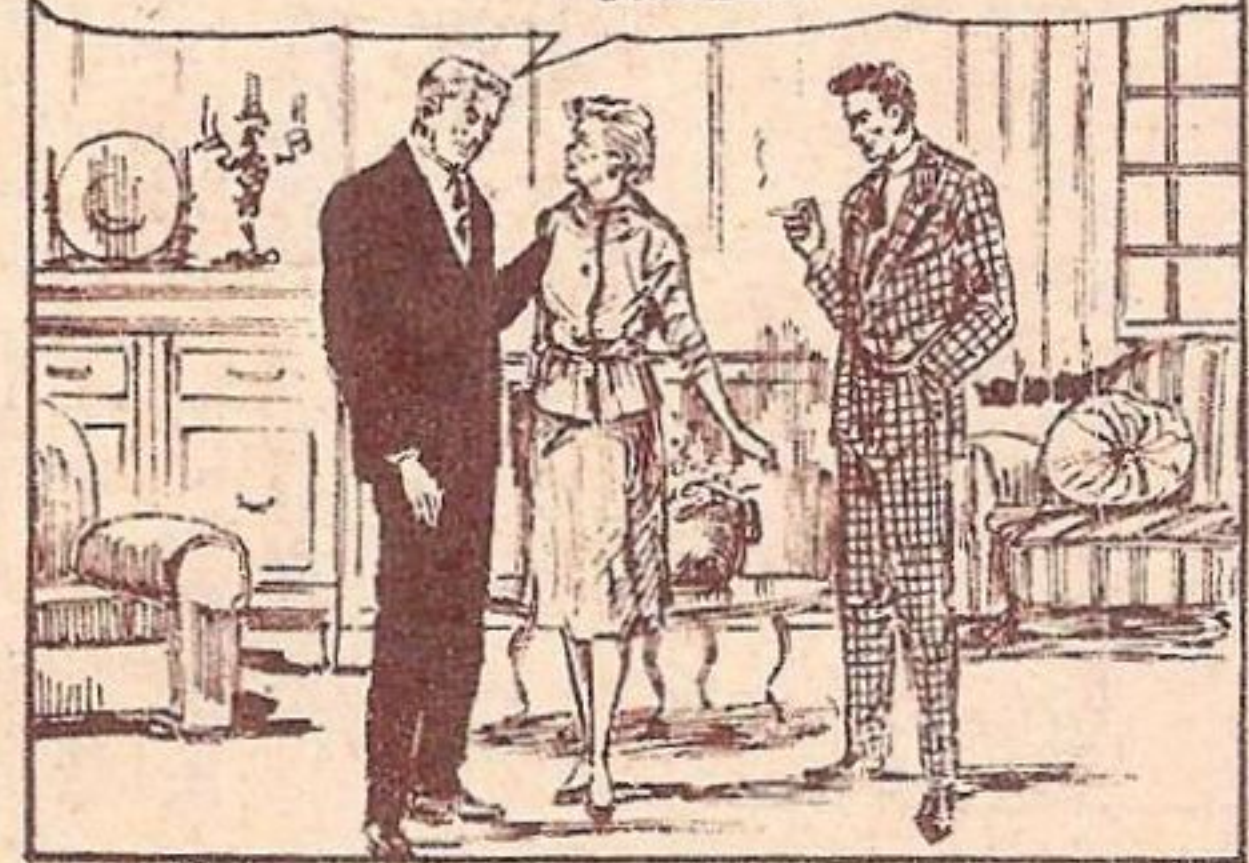
Norberto hubiera querido decir a su padre lo que minutos antes le propusiera Pedro Guelarzú: - "Formar un grupo de médicos amigos, jóvenes y "desprejuiciados", para que esa profesión médica que habían abrazado, no tuviera que parecerse a la mendicidad".

(¡Y nos haremos ricos muy pronto!)



En la antigua finca de la calle Carlos Calvo había mucha alegría.

¡Y hoy invito a mis pacientes con una copa de sidra! ¡Por el doctor Norberto Salinas!





Norma había aprovechado para salir de paseo con su amiga Julia.

¿En ese garage tienes tu nuevo auto, Julia? ¡Apúrate!

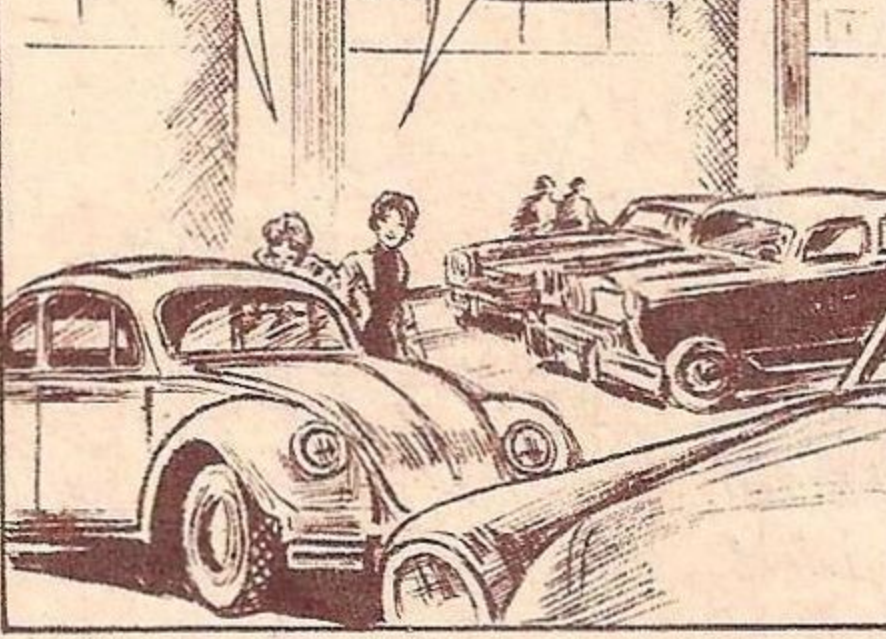
¡Pareces la dueña del auto, y no yo!



Julia se había puesto nerviosa. La llave del auto no coincidía.

¿Cómo es posible?

¡A ver! ¡Déjame intentar a mí!



"Dos hermosas mujeres roban un 'volswagen', expresó una voz a espaldas de ambas. Ni Julia ni Norma conocían a aquel sonriente señor.



"Me llamo Juan Carlos Bamonte. ¡Este auto es mío, señoritas!", expresó riendo ante el estupor de las jóvenes.

¿El de ustedes no será, por casualidad, aquél otro?



¡El error quedó aclarado!

¿A que usted tuvo la culpa? ¡Usted, la de los ojos verdes!

No..., ¡el auto es de Julia! Yo...



La tarjeta del hombre estaba en las manos de Norma. Decía: "Juan Carlos Bamonte. Abogado".

¿Vamos, Norma?



Ella, un tanto atolondrada, pretendió subir de nuevo al coche que no les correspondía. Los tres rieron jovialmente.

Me gustaría invitarlas a un té en "El Aguila", salvo que...



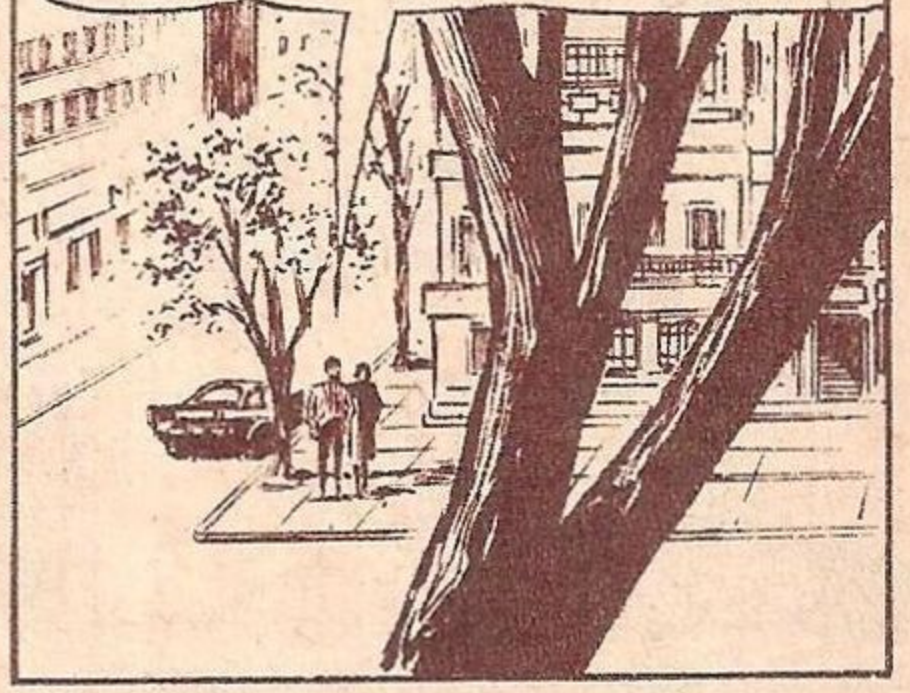
"Vamos a la 'Ideal'", contestó Julia, llevándose de un tirón a Norma.

¿No lo encuentras parecido a Tony Perkins?



En menos de un día, la amistad se hizo amoroso entusiasmo.

Quiero hablarle por teléfono, Norma. Así tal vez pueda decirle lo que siento.



Cinco días después, Juan Carlos Belmonte besaba a Norma.

¡Me enamoré de ti cuando dijiste no sé qué cosa sobre mis ojos verdes, Juan Carlos!



El buen mozo trataría de ocultar cuanto pudiera su verdadera situación ante la sociedad. ¡Era un excelente abogado pero prefería ser dueño de casas de juego!

(¡En este momento no podría retirarme! ¡Es inútil!)

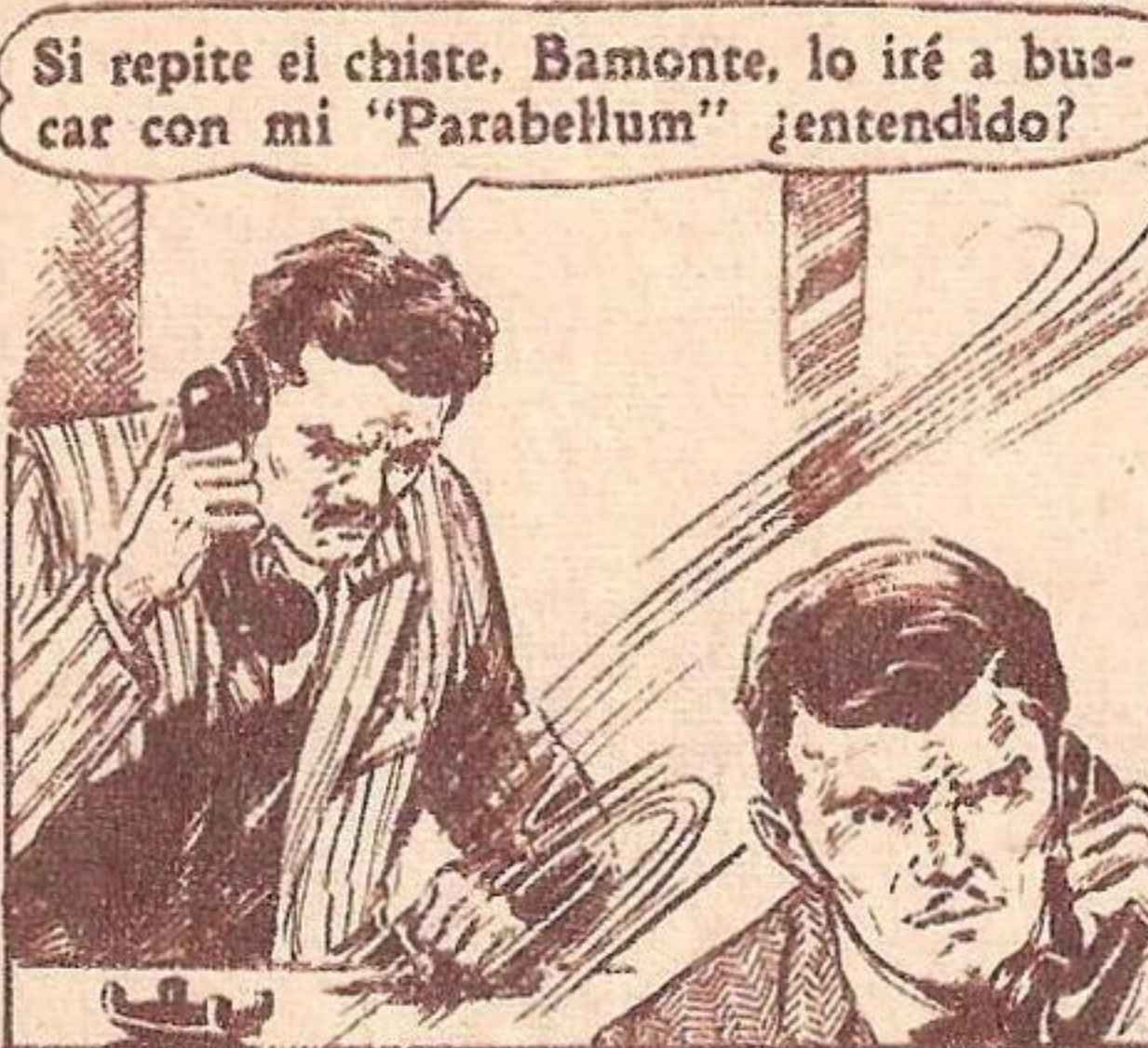


Bamonte mantenía una firme y enconada rivalidad con un individuo apellidado Mowak, de "actuación internacional"





Héctor Mowak se salvó apenas de ir preso.



Juan Carlos y Norma tomaron el té, como ya lo hacían todas las tardes. Pero Bamonte "estaba en otras regiones".

No, querida: no me sucede nada... nada.



En la billetera del jugador siempre había billetes grandes.

¡La primera vez que veo el de diez mil pesos!



¿Tu padre es un doctor de cinco por cinco, entonces?



¡El viejo y honestísimo doctor Leandro Salinas!

¡Este ha sido un mes flojo, Matilde! ¿Sabes que tu viejo apenas reunió nueve mil quinientos pesos?



Norberto escuchaba mientras terminaba de comer su postre.

(¡Quince días de recibido y un sólo cliente! ¿Para eso me hice doctor? ¡Un obrero gana ocho mil mil pesos por quincena!)



Norberto telefonó a Pedro Guelarzú.

Sí, me harás ese gran favor, Pedro... ¡es urgente!



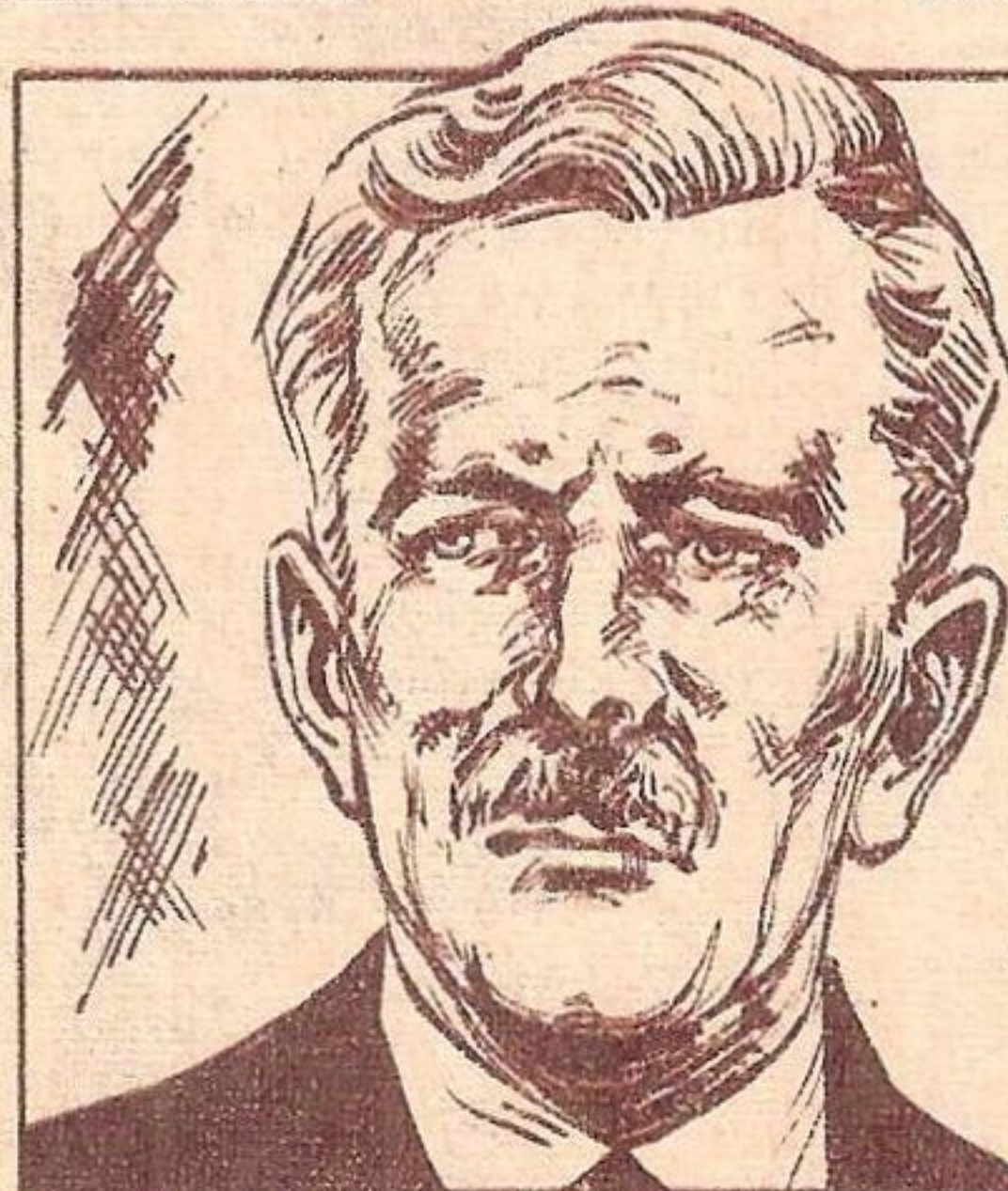
Al día siguiente, Norberto Salinas quedaba incorporado al grupo de médicos de aquella clínica "de precios salados".

¿Sabes cuánto nos repartimos el mes anterior? ¡Cuarenta mil! ¡Cuarenta mil cada uno, se entiende!



Cuando Norberto dijo a su padre lo que acababa de aceptar...

Bueno. ¡Qué tengas suerte, hijo! Y que sea con decencia, ¿eh?



El astuto Leandro Salinas estaba convencido de que esa clínica no era sino...

(¡Un grupito de pillos! Pero, como dice, mi señora: "Son otras épocas". ¡Y yo le tengo confianza a Norberto!)



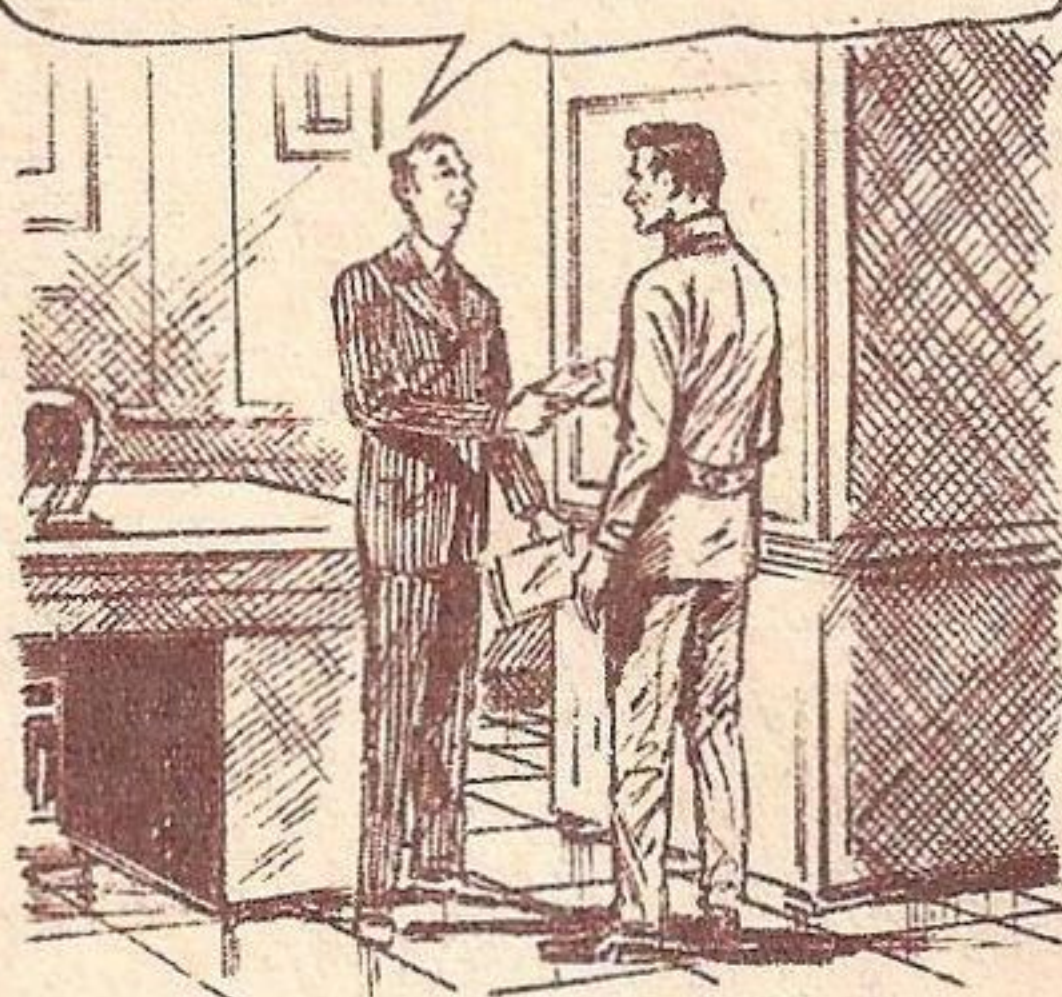
Luchaba a favor de ese sentimiento especial que le aferraba al varoncito de la casa...

(¿Norberto salirme "hebra del revés"? ¡Nunca! ¡Nunca!)



El doctor Norberto Salinas, en cambio...

Sus veintisiete mil, doctor Salinas.



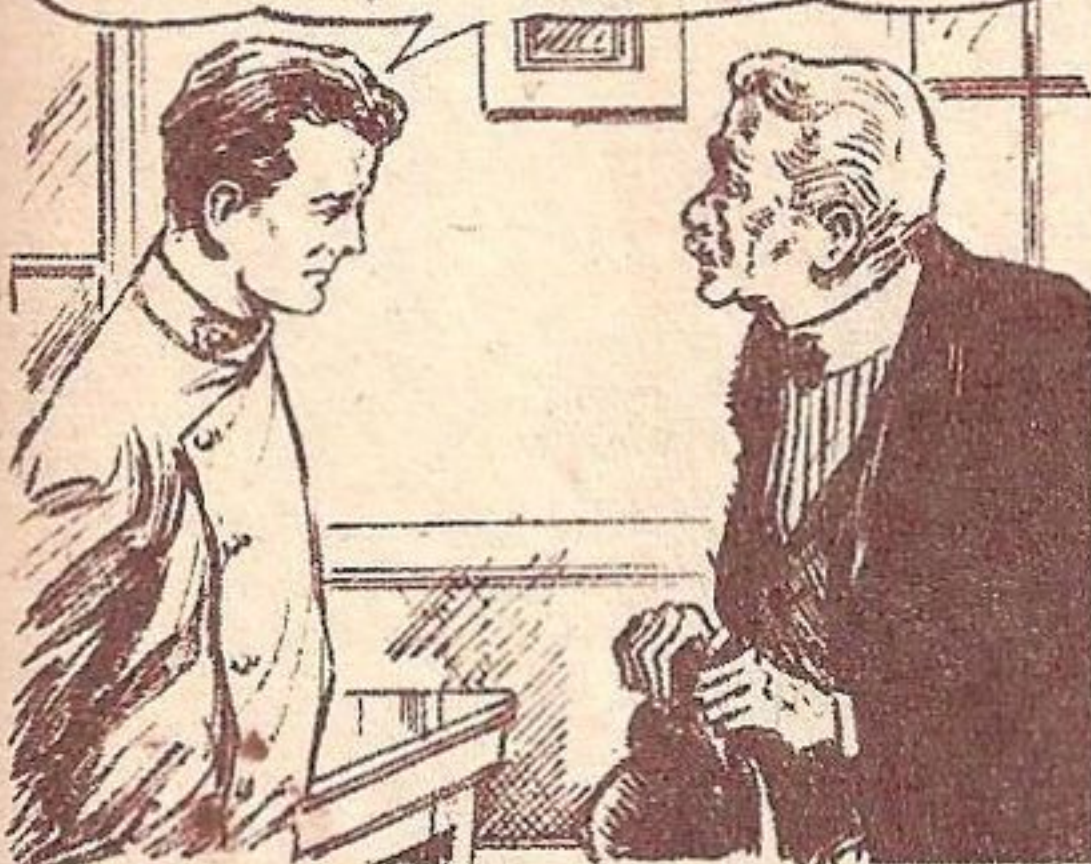
Aquellas dos intervenciones al apéndice —realizadas con tanta oportunidad como teatralidad— elevaron las acciones del joven doctor.

(¡Veintisiete mil! ¡Es un robo! Bueno, compraré el "Fiat".)



En un mes, Norberto Salinas demostró ser hábil galeno, y sereno comerciante...

¿Le rematan la casa? ¿Si están enfermos qué culpa tengo yo?



Esa noche llamaron al doctor Salinas en su domicilio...

Sí, déjeme anotar la dirección, señor.

¿Es para mí, Matilde?



Llamaban a Norberto. Este dijo que iría en seguida. Pero siguió durmiendo. Leandro Salinas atendió al paciente que había llamado a las dos de la mañana. Luego...

¡Abre, Norberto! ¿Quién? ¡Tu padre!



Norberto aceptó con ojos adormilados el duro reproche de su padre. Se atrevió a decir: "¿Se creen que un médico no tiene derecho a dormir?"

¡Un médico no tiene derecho a dormir cuando lo pide a gritos un ser humano que sufre!



¿Tú eres hijo mío, Norberto? ¿Tú eres "un Salinas"? ¡No! ¡Ya no te conozco más, muchacho!

¡Usted está así conmigo desde que sabe que gano mucho dinero en un lugar que usted aborrece!







"Nos tendremos que ajustar el cinto, Matilde", dijo el médico a su esposa. "Ahora habrá que contar solamente con el consultorio".

¡Y conque tú seas menos "mano suelta", Leandro!

¡La señora del textil vino a pedirme cien pesos!



Los pacientes iban desfilando por el consultorio...

¿Me recuerda, doctor Salinas? Soy Gabriel López...



"El esposo de la señora Josefa", contestó Leandro.

¿Y cómo anda la viejita? ¡Respuesta, me imagino!



El pobre anciano contó su problema. ¡Su afligente problema!

¿Y esos desalmados van a comerle la casita de la calle Puan?

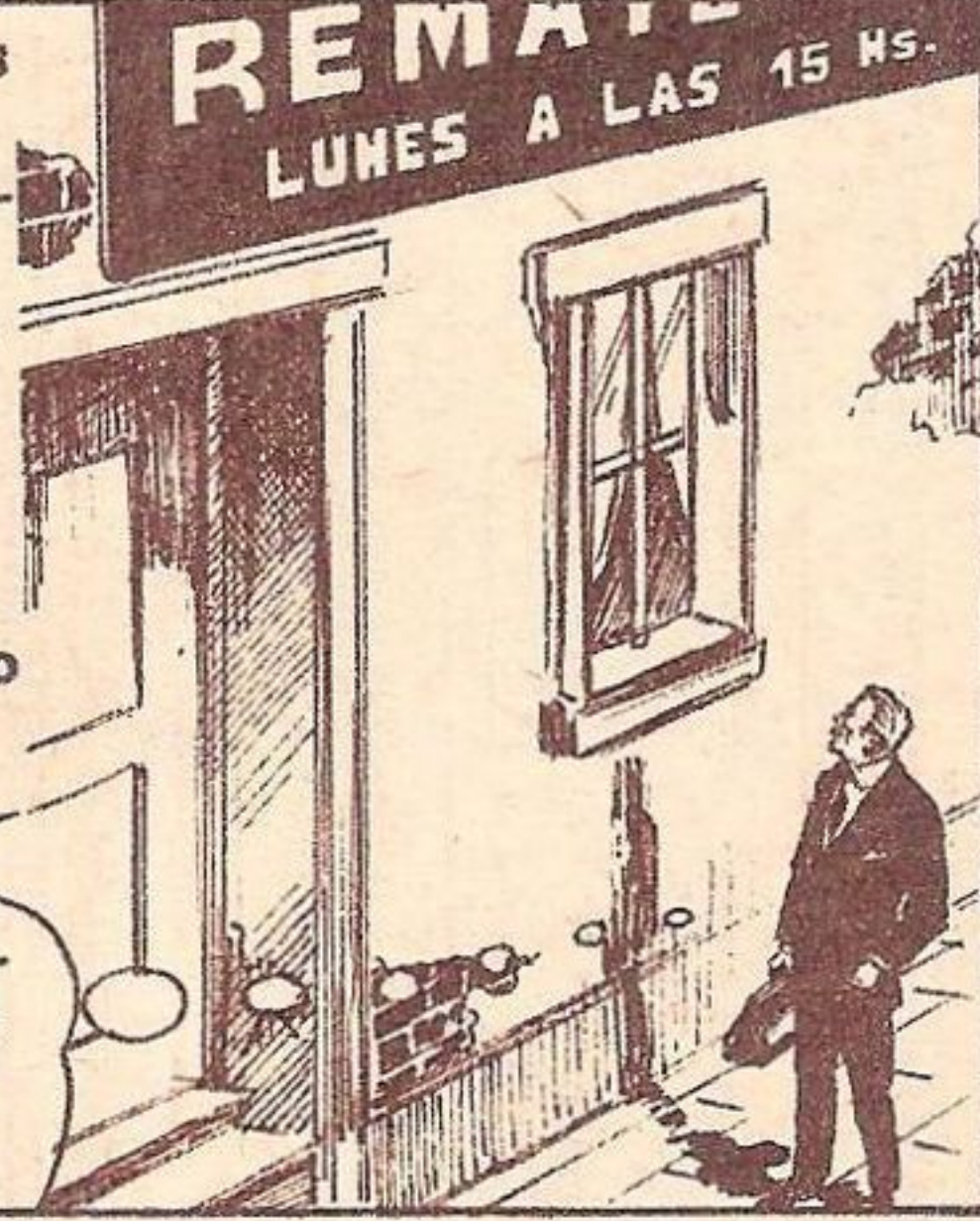


¡Y lo que es peor! ¡Mi esposa se muere!



Leandro Salinas pasó seis horas al lado de la anciana. Cuando se retiró —desalentado— de la finca de Puán, sus ojos tropezaron de nuevo con el dramático cartel de remate...

(Y el pobre viejo va a quedar en la calle. ¡Y a su edad!)



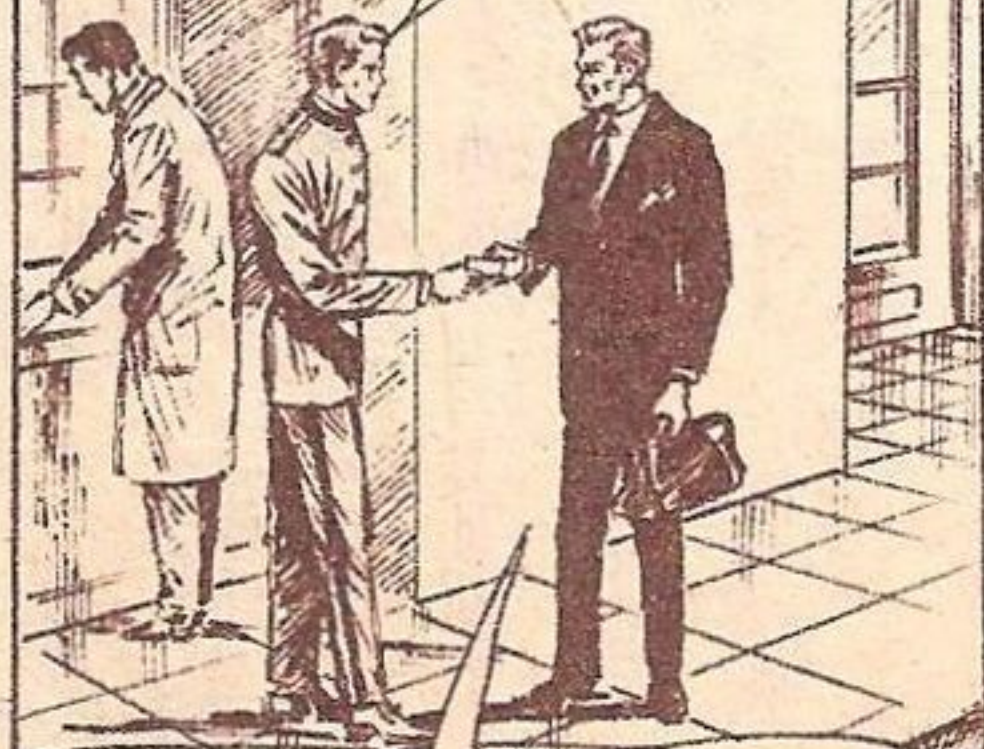
La anciana moriría, horas más, o menos. Leandro Salinas sintió que su sangre gaucha hervía en las arterias...

(¡Yo los arreglaré a esos maullas!)



En el hall de la lujosa clínica...

¿Señor?



Quiero hablar con el director. ¡Tome mi tarjeta!

Le hicieron pasar rápidamente. Y también rápidamente, el viejo médico soltó su indignación contra Marcos Odarila...

¡Parece mentira que usted sea médico de mis tiempos, Odarila! ¡Usted, el jefe de una gavi-lla!





Odarila esperó hasta tener oportunidad propicia...

¿Quiere saber el nombre del médico que arruinó a los López? ¡Muy bien! ¡Llamaré al doctor Salinas!



La hoja de una espada ancha y helada penetró violentamente en el pecho de Leandro Salinas...

¡Mi hijo? ¡El... un canalla! ¡Un asesino!



¡Cómo exagera, mi estimado colega! La anciana López iba a cumplir ochenta años, y...



Abatido, Leandro volvió a su casa de la calle Carlos Calvo, acostándose inmediatamente. ¡Le dolía tanto la cabeza! ¡Sólo bebió un calmante. No pudo dormir en toda la noche...

(Norberto no vino a dormir. ¿Le habrán avisado que yo...?)



Dos penosos sucesos se habían encadenado alrededor de Norberto Salinas, en ese día pavoroso. En efecto; Pedro Guelarzú le advirtió de la visita "del viejo" a su tío Odarila, allá en la clínica. Y a las nueve de la noche lo había llamado su hermana Norma, "urgentemente".



Esa "urgencia" de Norma llevó a Norberto hasta el Dock Sud. ¡La vida le daba otro golpe feroz!

¡Ya te explicaré, Norberto! ¡Pero primero, sálvate la vida!



Un hombre joven y apuesto se desangraba en aquella habitación de gris aspecto.

¡Hay cinco mil para usted si le para la hemorragia, doctor!



"¿Y este individuo brutal y grosero?", se preguntó Norberto sin entender los alcances de la pesadilla que estaba viviendo...

¡Norberto! ¡Lo quiero! ¡Vamos a casarnos dentro de un mes!



¡Lo ha herido un asesino!





¡Héctor Mowak había cumplido! Ante la nueva intervención policial a una de sus casas de juego, el gangster internacional baleó a Bamonte.

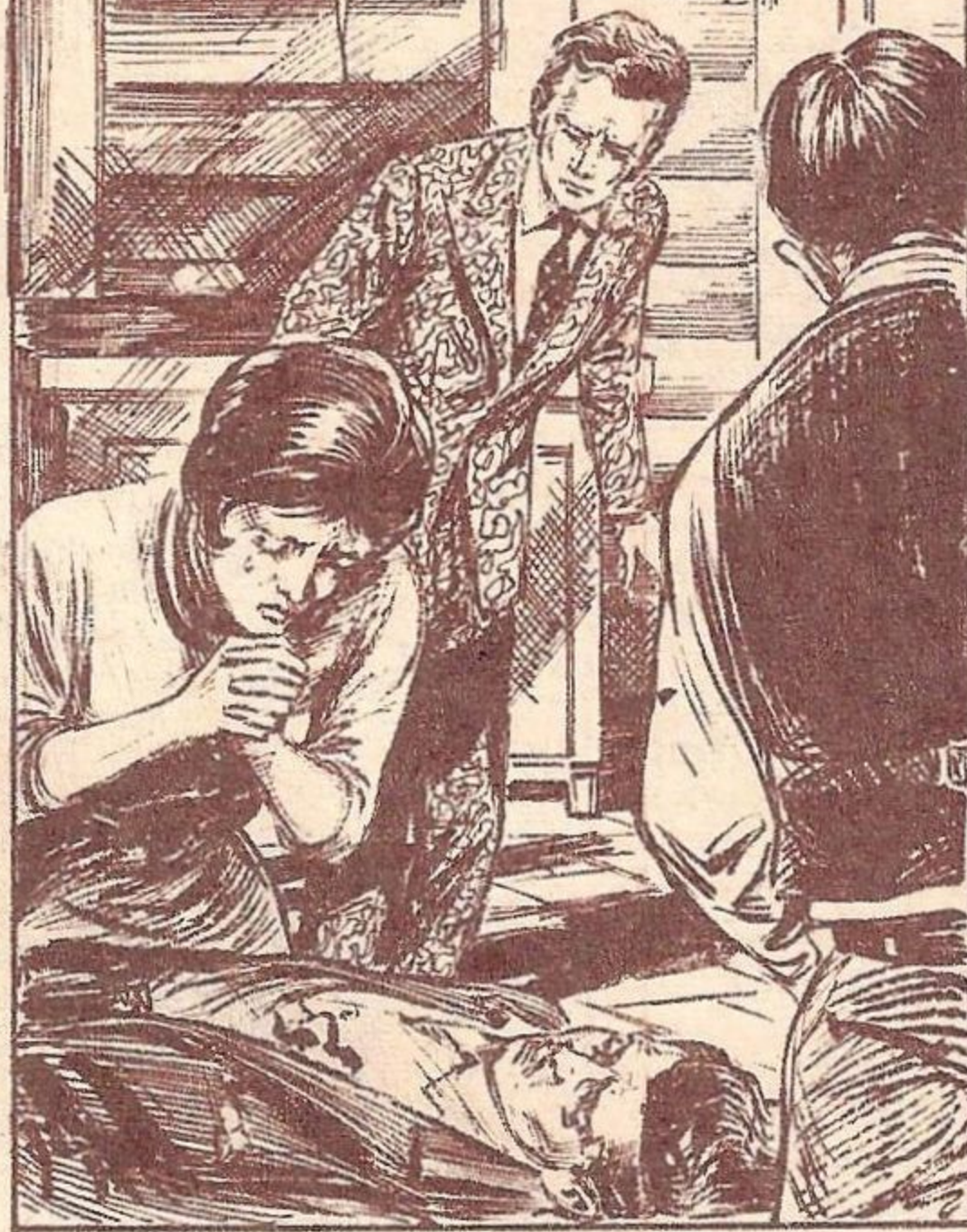


No puedo operar a este hombre y dejar todo oculto. El secreto profesional no debe usarse...



...para que los delitos permanezcan en la sombra.

¡Sálvale la vida, Norberto! ¡Por favor! ¡Sálvalo!



"Lo hará, o yo le pondré seis plomos en el cuerpo", dijo el grosero individuo que antes pusiera cinco mil pesos ante las narices del médico. Pero Norberto Salinas no lo escuchaba...

Lo haré por ti, hermanita,



Era una operación delicadísima. Norberto la realizó con escasos medios. Luego...

Vayan a comprar estos antibióticos. Quiero hablar contigo, Norma. ¡Es urgentísimo!



Recién ahora ella conocía la vida que hacía Juan Carlos Bamonte. Y se lo explicó a Norberto con sinceridad: "¡Yo lo quería honestamente! ¡No sabía de sus pasos por el delito! Y hoy, cuando aquel individuo lo hirió, y Juan Carlos tuvo fuerzas para contármelo todo y pedirme ayuda..."



...tú llamaste a tu hermano para mezclarlo en un turbio asunto que me llena de horror.



Sensibilizado por sus contrastes de ese amargo día, el doctor Norberto Salinas rompió a llorar.

¡Todo es una pesadilla espantosa!



El amigo de Bamonte que había "prestado" su casa del Dock Sud para que fuera convertida en sanatorio del jefe, llevó a Norberto hasta la puerta de calle, pidiéndole "por favor".



¡El mayor silencio, doctorcito, o estamos todos perdidos!



"También mi hermana estaría perdida", pensó Norberto cuando tomaba la avenida Mitre hacia la capital. Luego, ya en su domicilio.

¡Hijito! ¡Papá está con fiebre! ¡Rogué a Dios para que llegaras pronto!

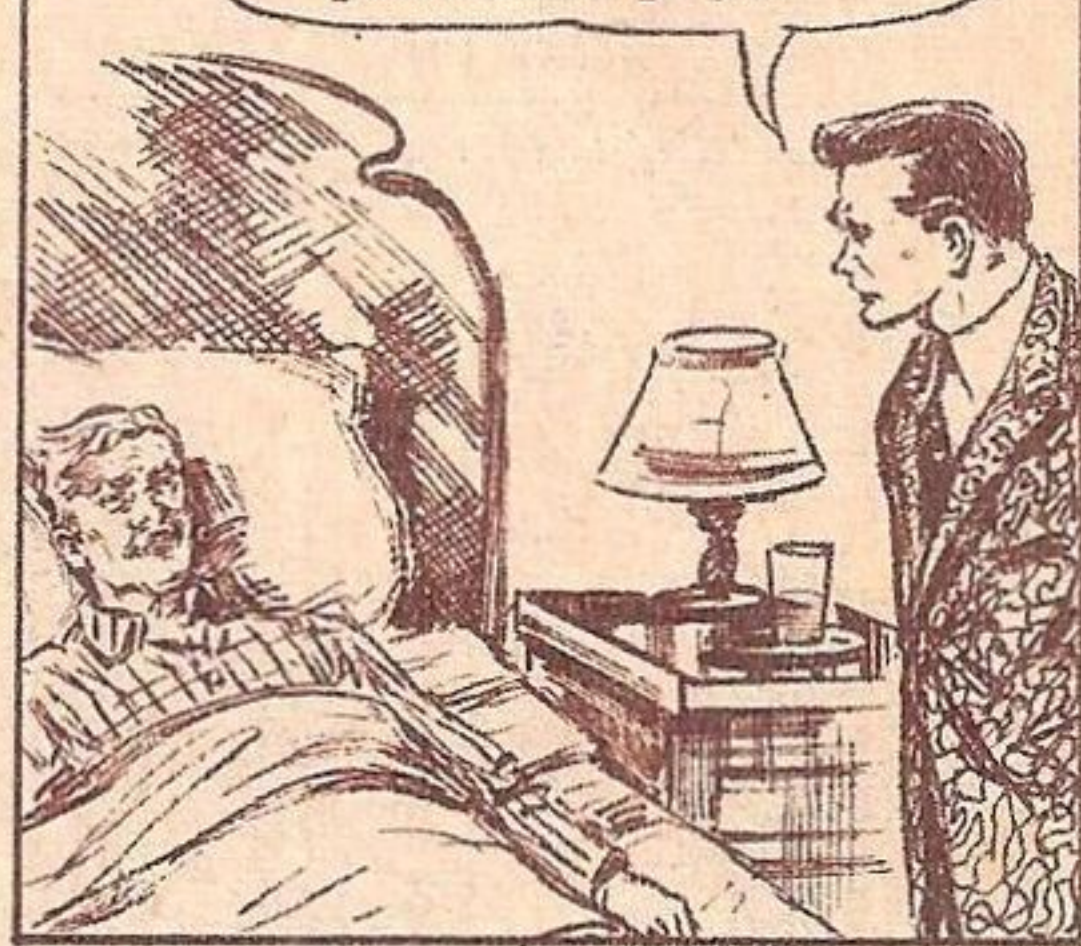


Un caso grave... me tuvo toda la noche, mamá.



Padre e hijo estuvieron un buen rato frente a frente.

Me alegro de que no sea nada de importancia, papá.



El viejo doctor suspiró tristemente pero sin atreverse a "gritarle en la cara al hijo poco honesto, todo lo que se merecía".

Supe lo que ocurrió en la clínica, papá.

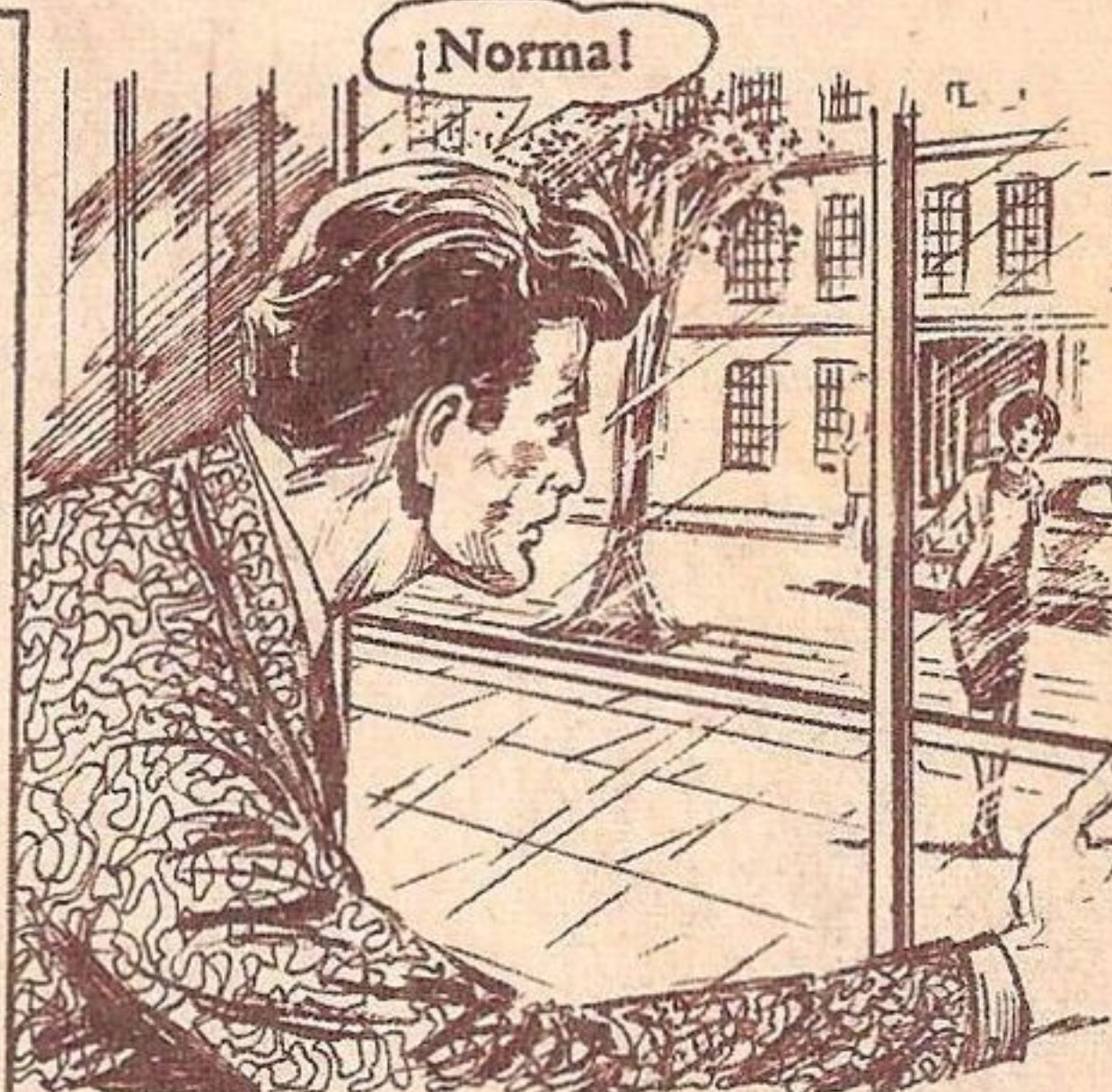


¡Entonces pon un candado en tus labios, Norberto! ¡Y basta! ¡Mi estómago se resiste a hablar de eso!

A las diez de la mañana, el viejo doctor dormía.

Su pulso era bueno. Norberto besó la frente del veterano luchador de la medicina.

"¡Te pido un millón de disculpas, papito!", dijo y se retiró de la habitación. Por la ventana que daba a la calle vio...



¡Normal!

Salió antes de que la joven irrumpiera en la casa y fuera vista por la señora Matilde.

¡El ha muerto! ¡Y todos esos seres repugnantes huyeron como ratas! ¡Que será de mí, Norberto!



¡Silencio! ¡Quieres atraer más escándalo? ¡Ven, Norma, ven!



En el auto de su propiedad, Norberto llevó a Norma hasta Flores. Conversaron con más serenidad.

¡Hay que prepararse para lo peor, hermanita!

¿Por qué lo peor? ¿Acaso somos culpables de algo?



"Yo sí", contestó Norberto con hilo de voz. Siguieron buscando el aire de la fresca mañana, andando a poca velocidad; en silencio.



La policía se dispuso aclarar la extraña muerte de Bamonte.

¡Era un amigo mío, y pondré en claro todo lo oscuro de este asunto! ¡Y muy pronto!





Un diestro hombre de investigaciones tuvo la idea de telefonar a los veinticuatro números anotados sobre el em-papelado de la pieza en la casa del Dock Sud.

¿Me da con el doctor, por favor?



Del otro lado contestaron: "El doctor Leandro duerme; el doctor Norberto ha sa-lido". Todo sucedía un día después de la muerte de Juan Carlos Bamonte...

¡Ya lo tenemos al misterioso doctor! ¡O Leandro o Norberto pero ya lo tenemos!



Un anciano de piernas un tanto flojas salió a atender al policía.

¿El doctor Salinas? ¡Tiene que acompañarme, doctor!



El gesto azorado del viejo doctor fue mal comprendido por el hombre de la ley, que murmuró: "¿Ahora tiene miedo, doctor? ¿Y no lo tenía cuando operó clandestinamente al finado Bamonte?"

Otra puerta se abrió en la casa de la calle Carlos Calvo.

¡Yo lo acompañaré, señor! ¡Yo operé a Bamonte! ¡Pero mi conciencia está tranquila! ¡No cobré ni un centavo!



"Norma te explicará todo, papá", expresó con firmeza el joven doctor Salinas. "Repito que no tengo cargos de conciencia en este caso. Desdichadamente ese hombre se moría", agregó Norberto.

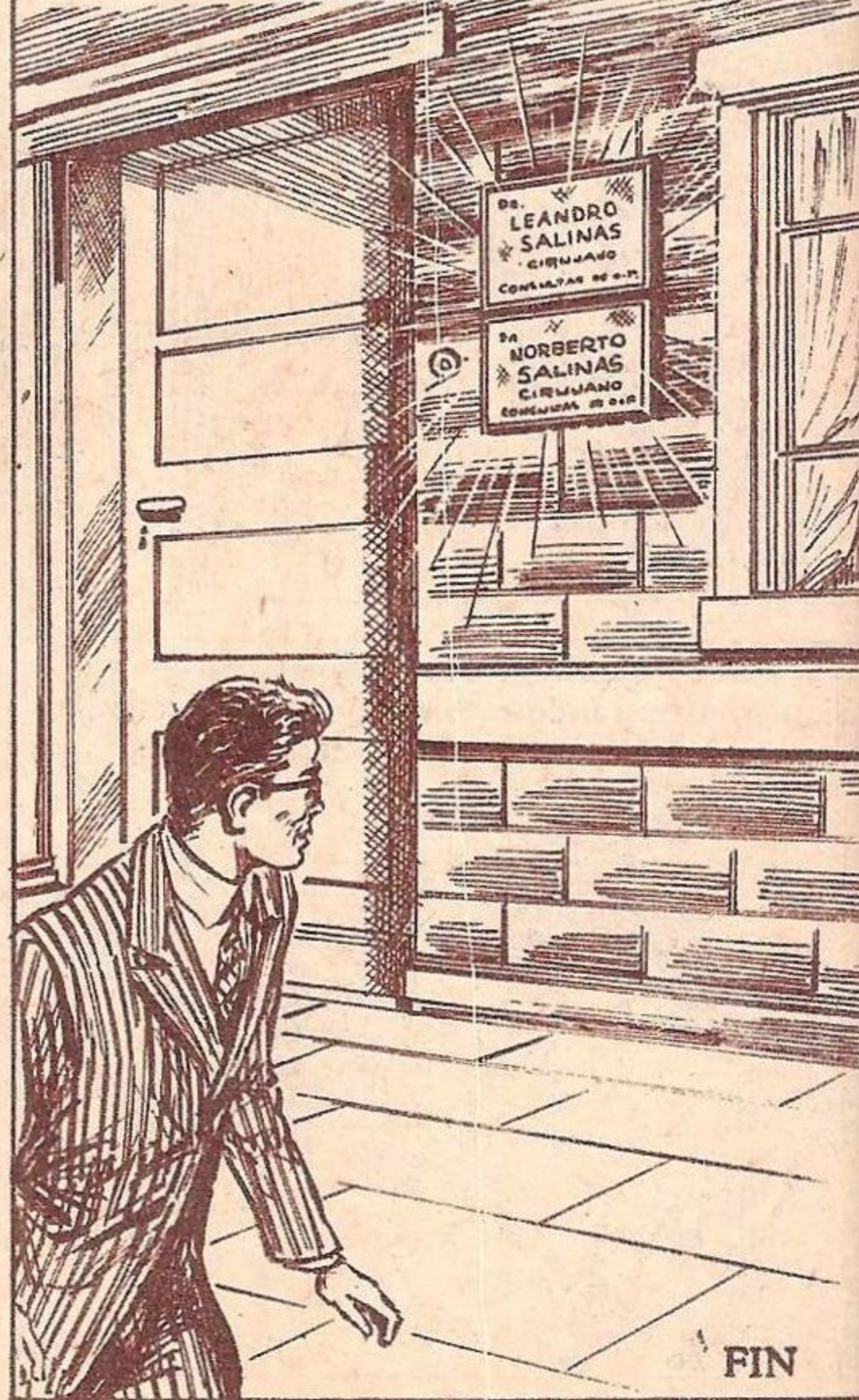


"Interpreté indebidamente 'el secreto profesional', papá. ¡Pero iba la vida de Norma en ello! ¡Norma te explicará...!" concluyó encaminándose hacia la salida.



Ya en la calle, y sin estruendos de ninguna naturaleza, la policía llevó detenido a Norberto Salinas, médico profesional.

El sol daba sobre las chapas unidas de ambos doctores. Y arrancaba de ellas, dorados, y espe-ranzados destellos...



FIN



# MOMENTO HUMORÍSTICO



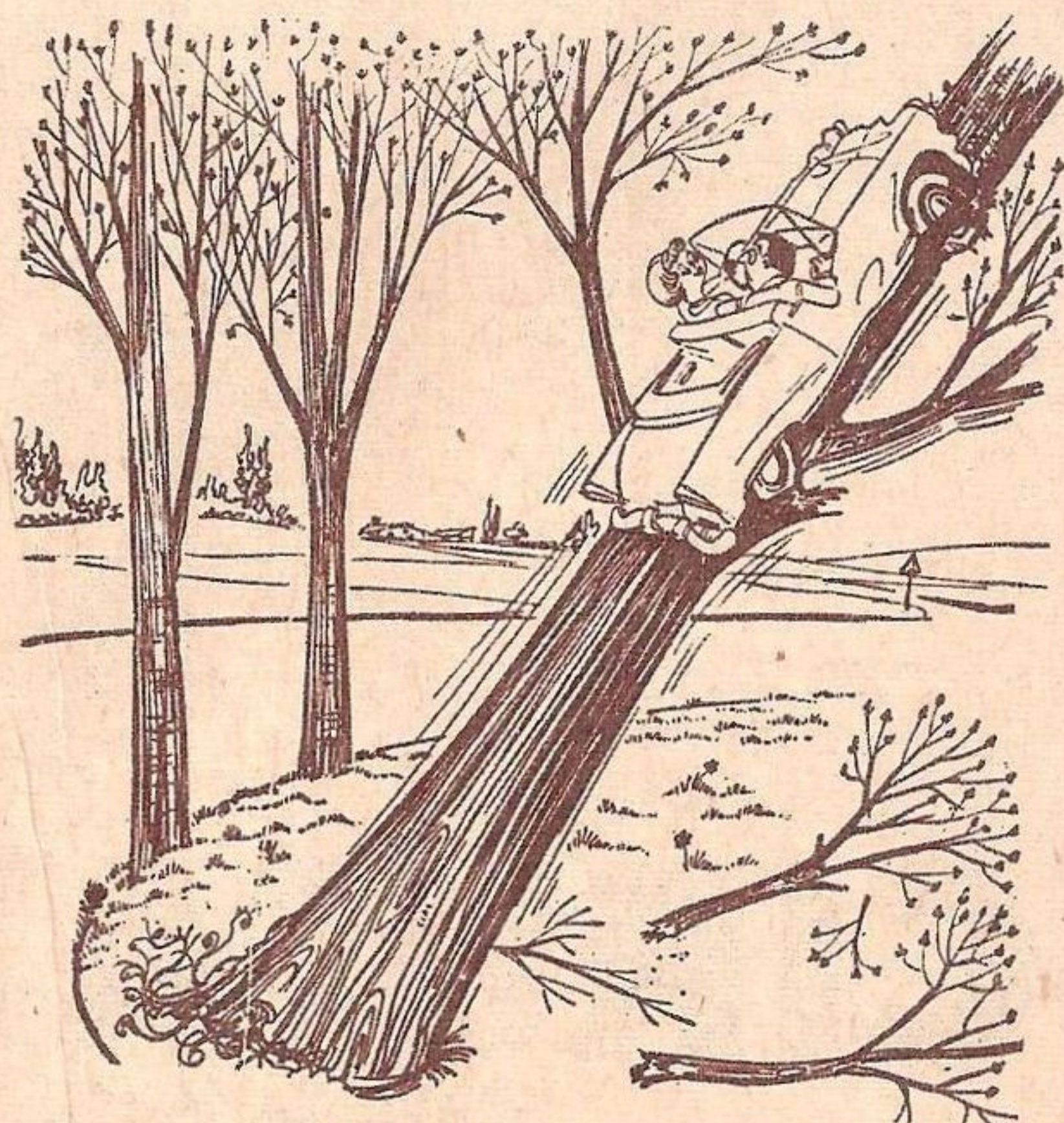
—De vez en cuando tengo que controlar sus libros. El caso es que no puede vivir con lo que le pagamos.



—¿Formará ésto parte de nuestro castigo?



—Estas latas de comida para perros son una bagatela. Llevaré media docena y cuando volvamos a casa compraremos un perro.



—¿Cómo debo hacer para hacerlo retroceder?



# YO MISMA confecciono CAMISAS



*en 3*  
Lecciones Será  
una Experta  
CAMISERA

BASTA DE CURSOS  
LARGOS Y CANSADORES!!!

Ahora solamente con 3 lecciones de nuestro curso, usted sabrá confeccionar camisas de Hombres, Damas y Niños. Refaccionar cuellos y puños.

Usted sabe que una camisa de medida cuesta muchos cientos de pesos. Ahórrese la diferencia confeccionando y arreglando para usted y los suyos o para su venta.



Academias  
**TACUARI**

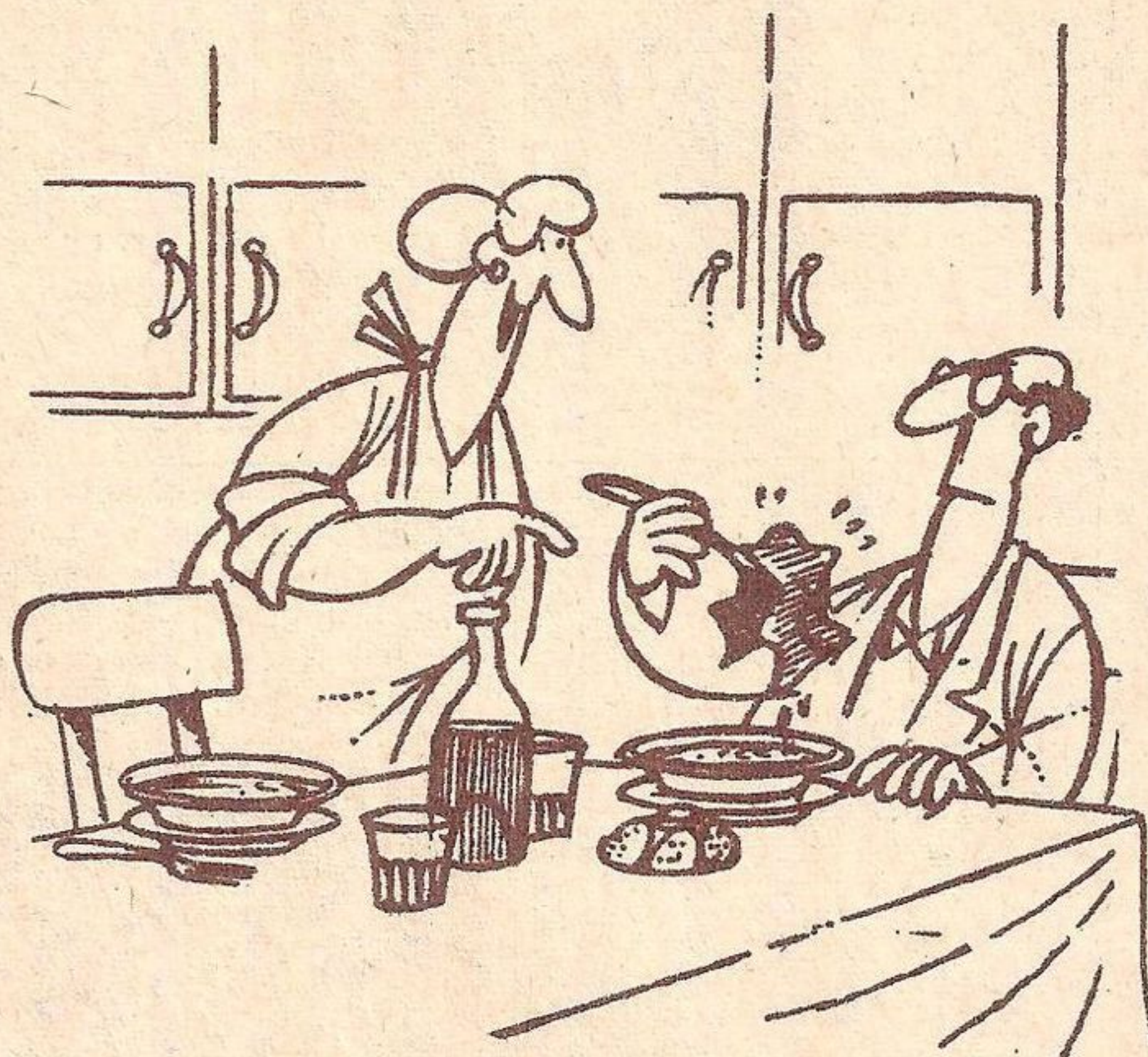
PRIMERA Y ÚNICA  
ESPECIALIZADA  
EN CAMISAS

GRATIS sírvase enviarnos informes del curso para aprender a hacer CAMISAS

NOMBRE .....  
DIRECCION .....  
LOCALIDAD .....  
PROVINCIA ..... INT

M O R E N O 8 7 6 Bs.As.

## Y AHORA, RÍASE



—¡Oh, menos mal que encontraste la receta! Y pensé que la había perdido.



—Esas cosas ya están totalmente pasadas de moda, querida; las usaban hasta las mujeres de las cavernas.



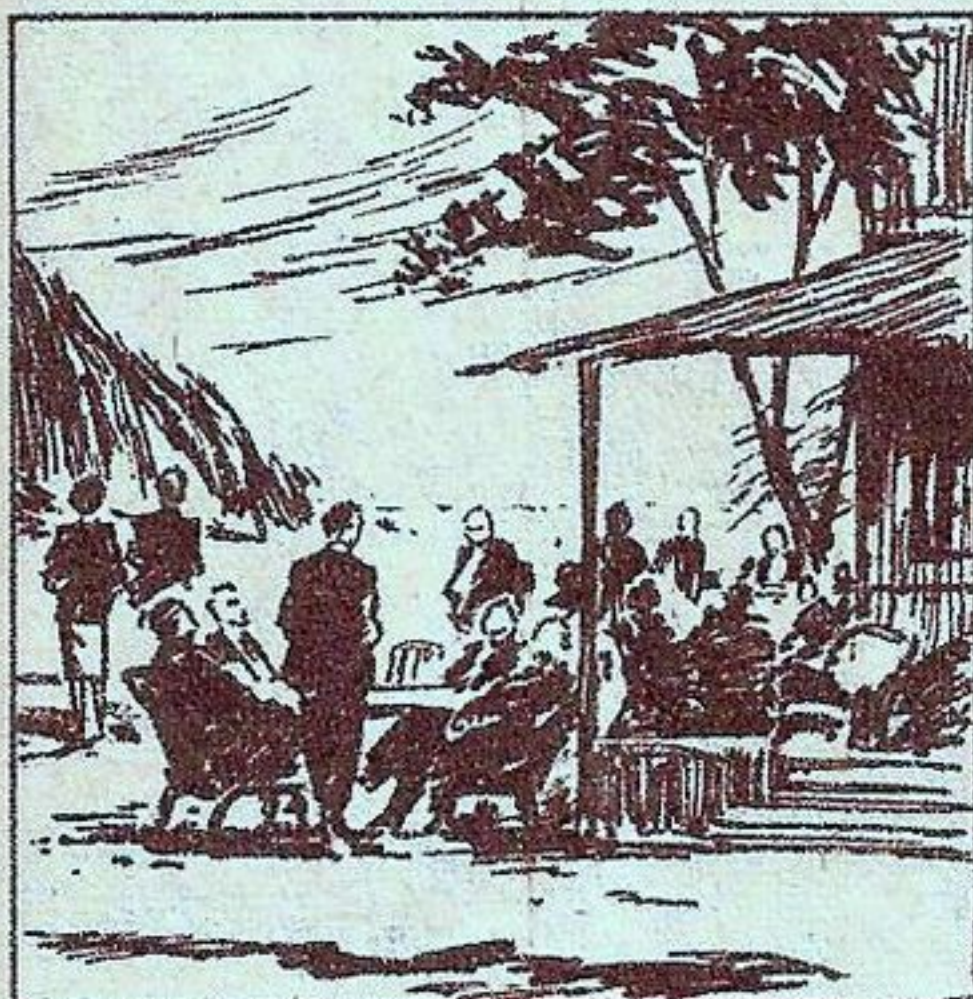
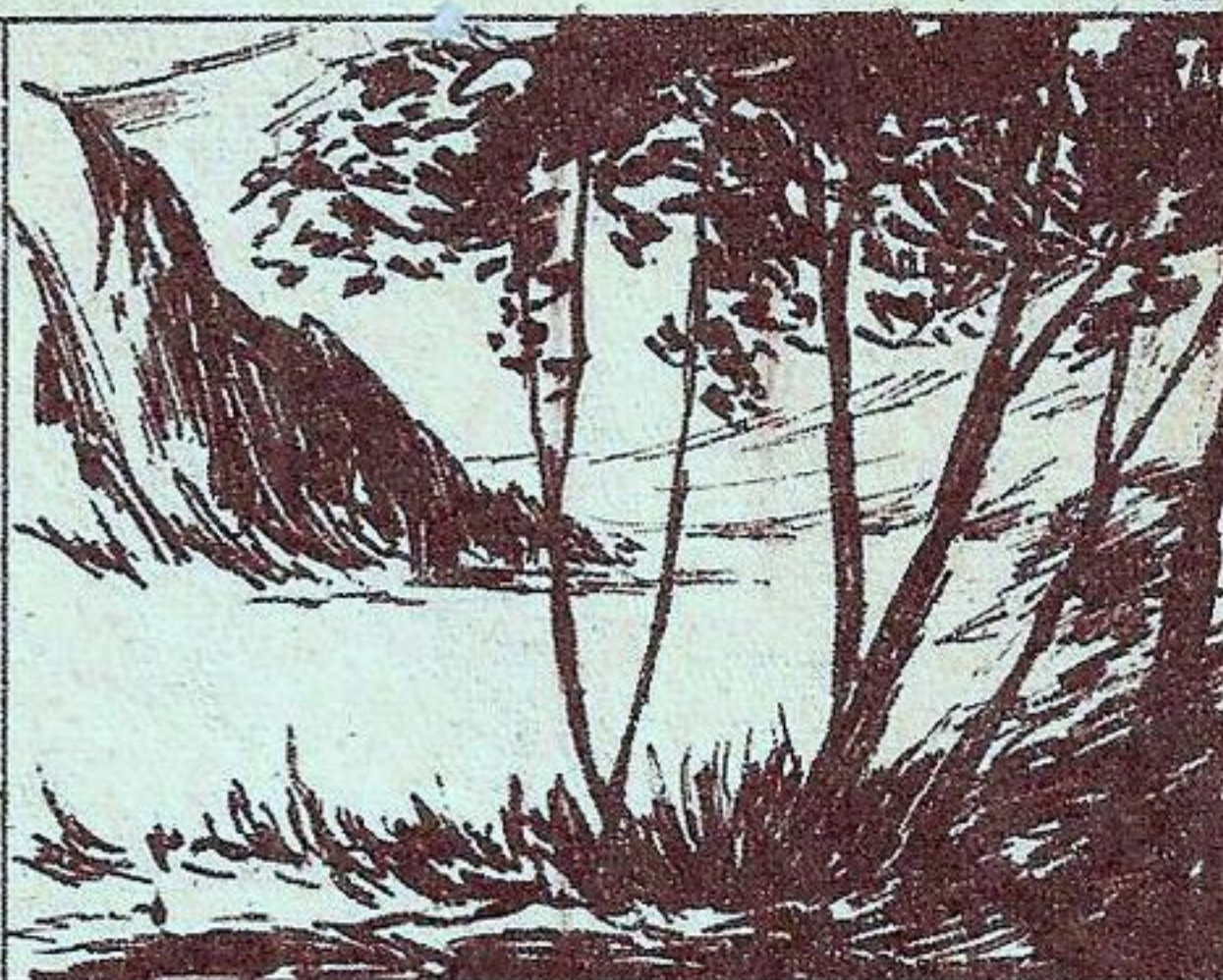
# LA DICHIA

Por GUY de MAUPASSANT

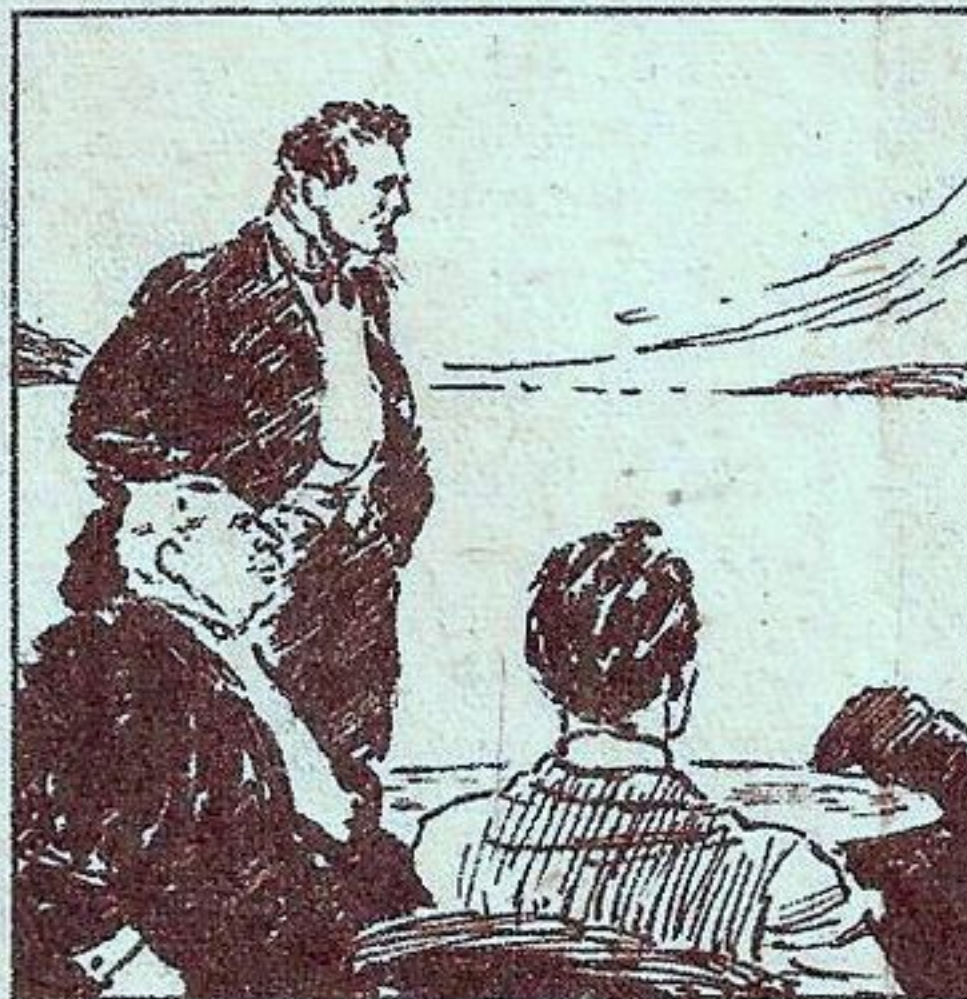
Adaptación

Dibujos de ARTURO CASTILLO

La villa dominaba el mar, la puesta de sol había enrojecido el cielo y lo salpicaba de resplandores dorados. El Mediterráneo, sin una ola, como una inmensa placa de metal bruñido, espejaba con los moribundos resplandores de la tarde. Lejos, las montañas recortaban su perfil negro sobre la rojiza claridad del crepúsculo.



Era la hora del té, y se hablaba de amor, se discutía este viejo asunto. La dulce melancolía del anochecer impregnaba las frases de ternura, y la palabra "amor", mil veces repetida, revoloteaba como un pajarillo, influía en todos como aparición misteriosa. "¿Se puede amar mucho tiempo?" "¿Es posible que una pasión dure toda la vida?" —¡Sí! —decían unos. Y afirmaban los otros: —¡No!



Todos, hombres y mujeres, recordaban sus propias experiencias sin atreverse a confesarlas, temerosos de que fueran demasiado transparentes. De pronto, alguien señaló a lo lejos y dijo:



Fijaos bien: ¿qué veis en el horizonte?

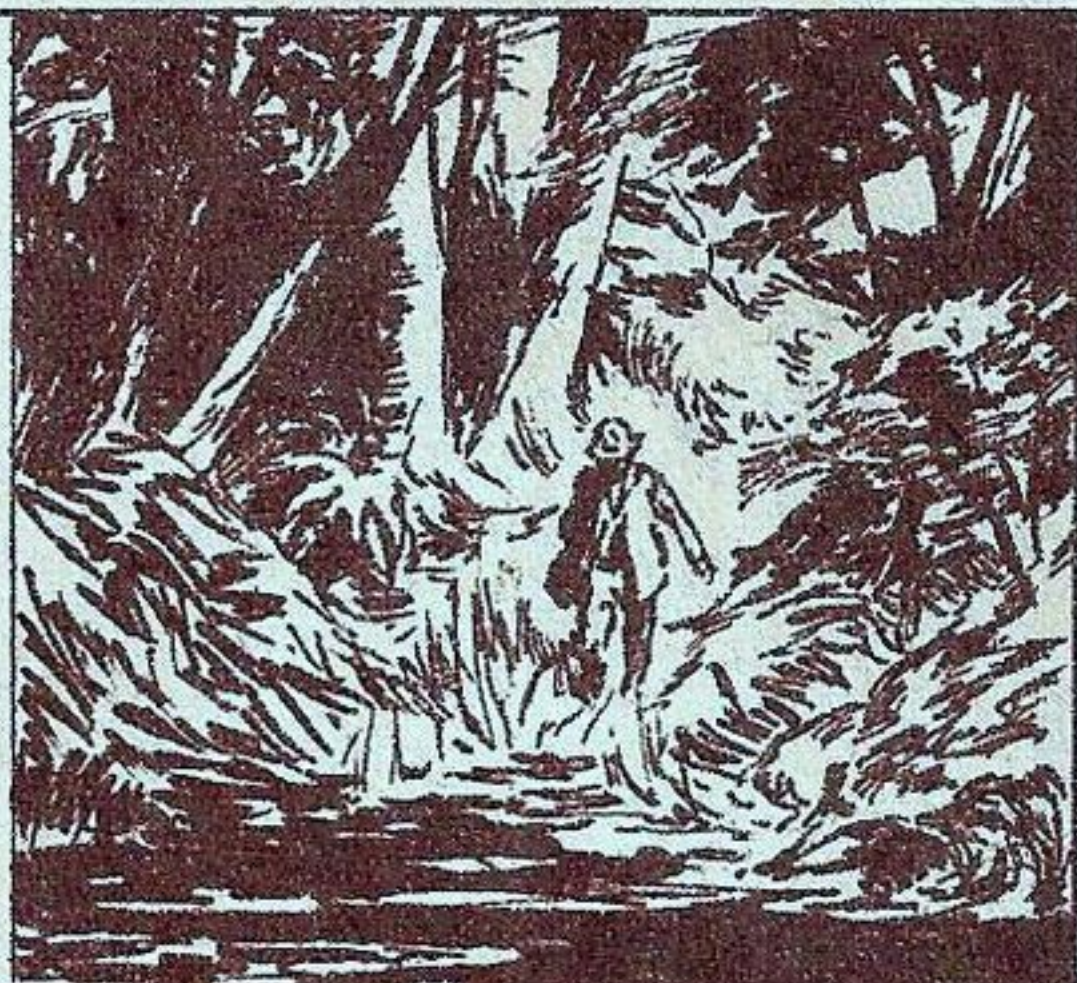
Limitando el mar aparecía una masa gris, enorme y confusa. Uno de los invitados respondió: —Córcega; es Córcega. Dos o tres veces al año aparece así, a causa de ciertos fenómenos atmosféricos. Surgían con brumosa vaguedad las crestas de las montañas, y algunos creyeron ver cómo blanqueaba en las cumbres la nieve.

Todos quedaron sorprendidos, casi aterrados, por la brusca aparición de aquella tierra que salía del mar como un fantasma. Un caballero anciano comentó entonces:



He conocido en esa isla un ejemplo hermoso de amor constante y feliz. Oigan ustedes.

Fuí hace seis años a Córcega. Esa isla, ruda y agreste, es, a pesar de hallarse tan cerca de Francia, muy poco conocida. Por un mes recorrí la isla, como si me hallara en los confines del mundo.



Ni posadas, ni carreteras. Comía y me hospedaba en miserables caseríos.



Una tarde, después de nueve horas de camino, llegué a un estrecho valle, no lejos del mar, donde descubrí una casita solitaria. Alrededor de ésta, un viñado, algunos castaños y un pequeño huerto aseguraban, al parecer, la existencia de los moradores y constituían una verdadera fortuna en aquella miserable región.



La mujer que me recibió era bastante anciana, grave y limpia. El hombre, que se hallaba sentado en una silla de paja, se levantó para saludarme; luego volvió a sentarse y no dijo palabra. Ella indicó: —Se ha quedado sordo; tiene ya ochenta y tres años. Me sorprendió que hablara en correcto francés, y le pregunté:



¿Son ustedes de Córcega?

No; somos del continente; pero hace ya cincuenta y dos años que vivimos aquí.





Una sensación de angustia y de espanto me sobrecogió al imaginar medio siglo de vida en aquel triste paraje, tan lejos de las poblaciones donde se agrupan las gentes civilizadas. Llegó un pastor viejo, y se sirvió la cena: un potaje, patatas y coles.



Terminada la frugal comida, me senté a la puerta con el corazón oprimido por la melancólica tristeza de aquel paisaje. La mujer se acercó a mí y me preguntó: —¿Viene de Francia? Le respondí que sí.

¿Será usted parisiense, acaso?

No, señora; soy de Nancv.



Visiblemente emocionada, la anciana repitió: —¿De Nancy? El hombre presenciaba la escena impasible, sin enterarse de nada; la mujer insistía en sus preguntas.

¿Conoce familias de Nancy?

A todas.



¿Conoce a los de Sainte-Allaize?

Sí, mucho; eran amigos de mi padre.



—¿Cómo se llama usted?— preguntó. Cuando lo supo, dijo en voz baja, como si despertase lejanas memorias: —Ya sé, ya sé. Y ¿qué se hicieron los Brisamanes? Respondí que todos habían muerto, y la anciana inquirió:

¿Y los Sirmont? ¿Los ha conocido?

Sí; el último, Enrique, es general.



Entonces ella, estremecida por la emoción, angustiada por algún sentimiento confuso, poderoso y sagrado, por el ansia de confesar aquello que tuvo guardado en su corazón medio siglo, dijo:

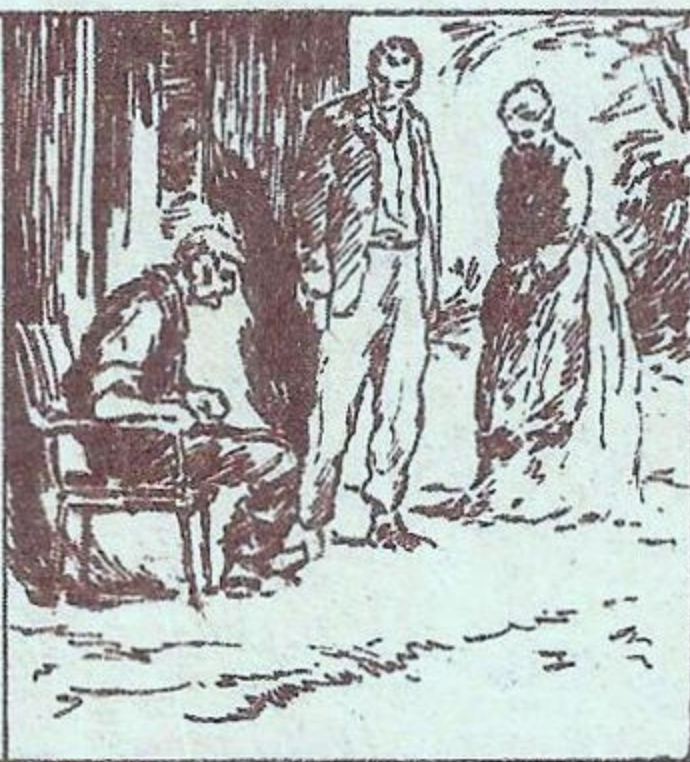
Enrique de Sirmont es mi hermano.



Clavé los ojos en la anciana, sorprendido, asombrado. Y de pronto recordé la vieja historia. La señorita Susana de Sirmont, joven, hermosa y rica, había huído con un sargento de husares del regimiento que mandaba su padre.



El sargento era un guapo mozo, hijo de labriegos, y vestía con arrogancia el uniforme. ¿Cómo pudo Susana enamorarse de él? ¿Cómo se conocieron? Nada se supo. Una tarde huyeron. Los buscaron inútilmente. No se tuvieron jamás noticias de Susana y la creyeron muerta... ¡Y he ahí que después de medio siglo se me aparecía en aquel triste valle!



—Lo recuerdo todo; es usted Susana Sirmont — expresé al fin.



Su cabeza se inclinó para contestar afirmativamente, y observé que sus ojos se llenaban de lágrimas. Señalándome al viejo inmóvil, Susana dijo dulcemente: —Es él. Comprendí cuánto lo quería; su amor era inextinguible. Entonces pregunté:

¿Ha sido dichosa?

Muy dichosa! Ni un instante me arrepentí de quererlo.



La miré con tristeza, sorprendido, maravillado. Una señorita enamorada ciegamente de un labriego podía ser dichosa con él en absoluto aislamiento: el amor puede tanto. La vida sin ostentosos lujos y sin delicadezas mundanas, la soledad y la escasez, no vencieron aquel amor. Lo quería mucho; era lo que suele llamarse un amor eterno.

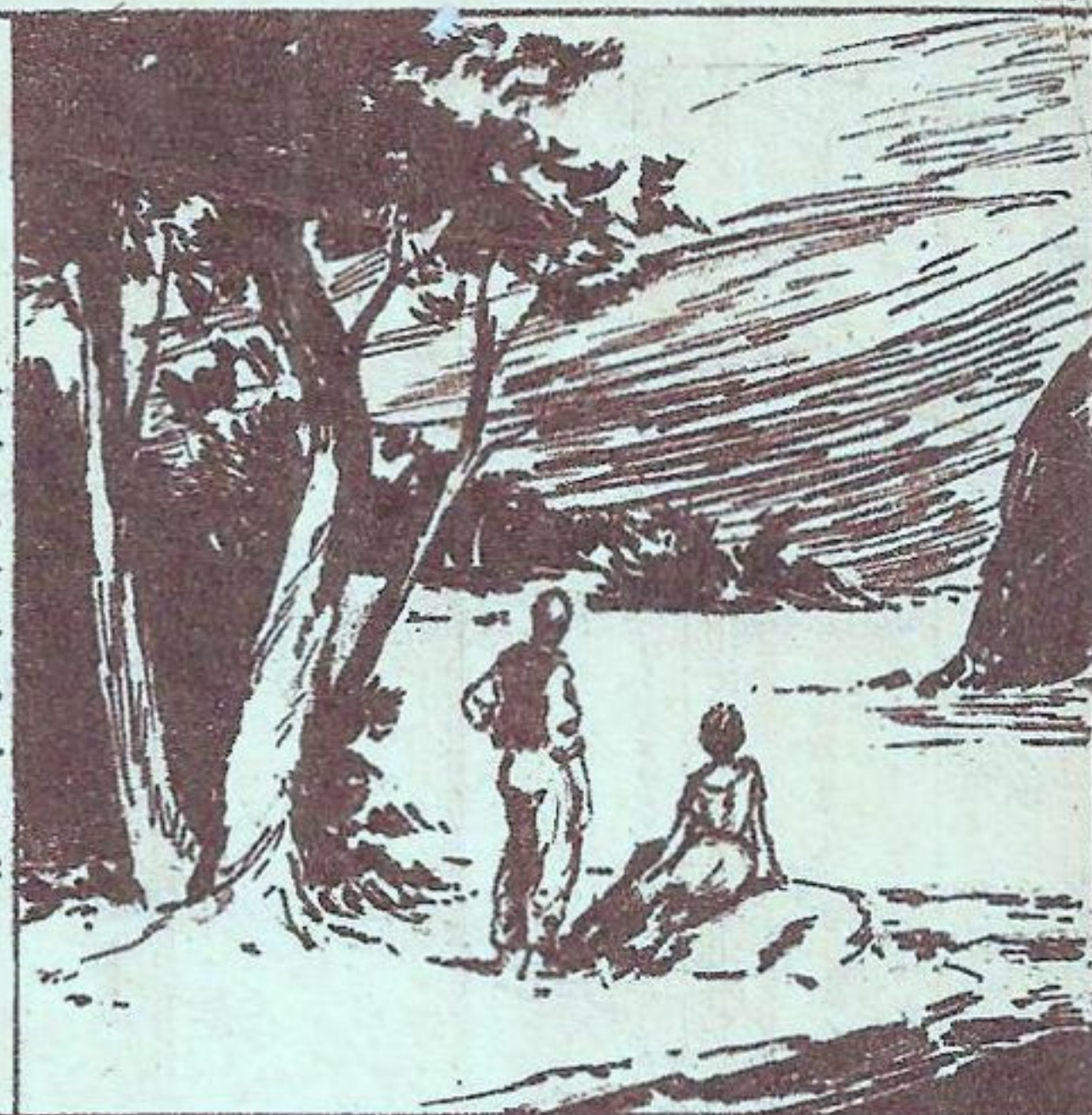




Un pobre vestido, comer sólo patatas y coles, en una cazuela, sobre un banco rústico. dormir en un jergón junto a él... Nunca sintió haber perdido por él comodidades y elegancias; nunca lamentó carecer de lujosos muebles y espaciosas habitaciones. El, sólo él, constituía su felicidad.



En la primera juventud abandonó a sus iguales, a su familia; renunció a los goces de los ricos para vivir pobremente, sola con él, en un valle angosto.



El, para Susana, lo era todo. Todos los deseos, todas las ilusiones, todos los sueños y esperanzas reducíanse a él; a aquel amor llenaba toda su existencia. De ningún modo hubiera sido más feliz.

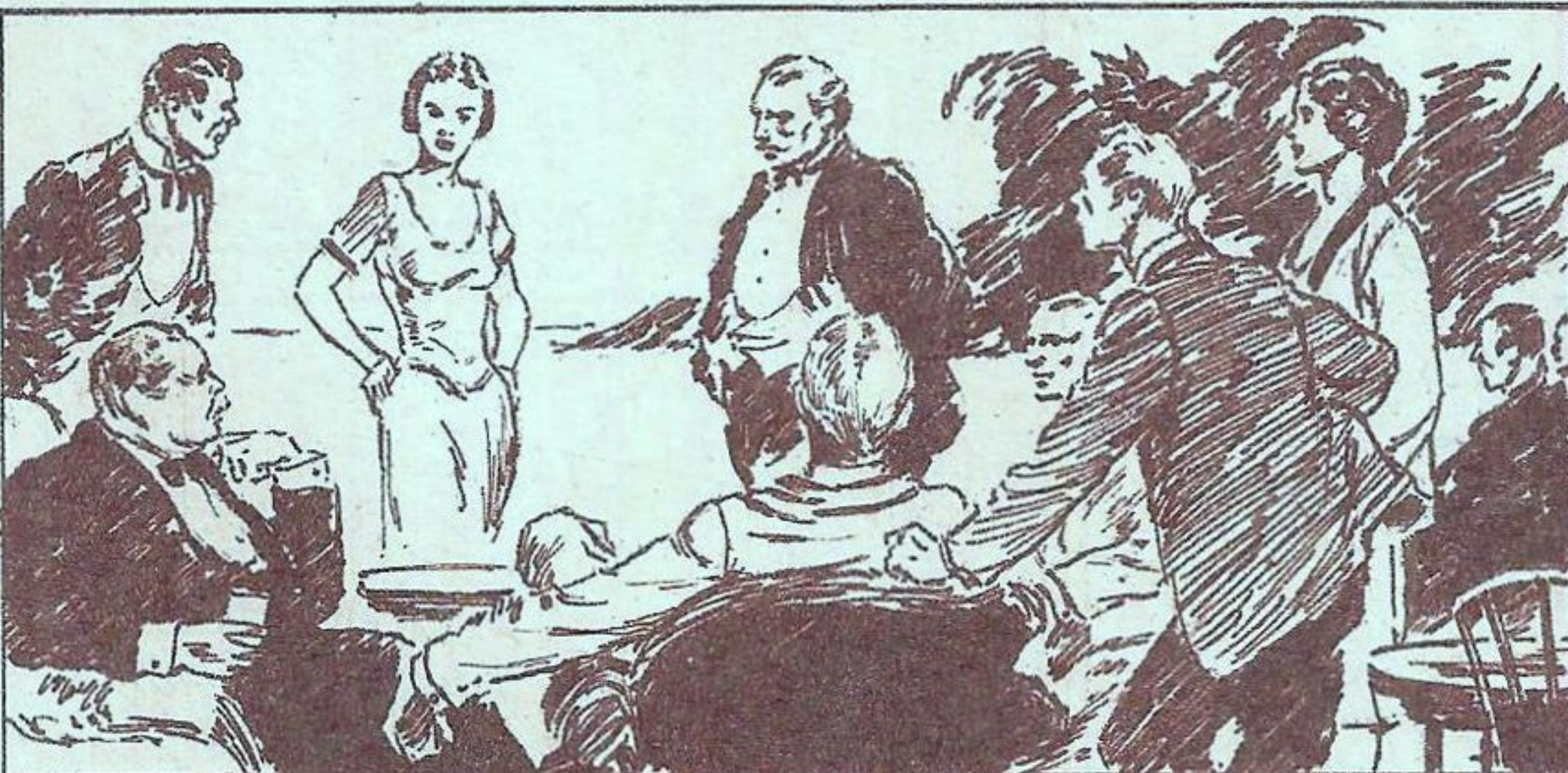
Por la noche, mientras oía la fatigosa respiración del viejo soldado, medité sobre aquella sencilla historia, sorprendido de encontrar la dicha completa realizada con recursos tan insignificantes.



Al amanecer me despedí afectuosamente de los dos viejos enamorados.



El narrador había terminado. Una señora comentó: — Susana Sirmont se contentaba con muy poco. Resignándose a tanta escasez, demostró sus modestísimas aspiraciones: era una simple.



Otra señora replicó: — ¿Una simple? Quizá; pero era dichosa.



Y a lo lejos, en el horizonte, la isla de Córcega se borraba, se desvanecía como una leve aparición que se hubiera ofrecido solamente para recordar la historia de aquellos humildes enamorados.

*Fine*



# YO MISMA confecciono CAMISAS



*en 3*  
Lecciones Será  
una Experta  
CAMISERA

BASTA DE CURSOS  
LARGOS Y CANSADORES!!!

Ahora solamente con 3 lecciones de nuestro curso, usted sabrá confeccionar camisas de Hom-  
bres, Damas y Niños. Refaccionar cuellos y puños.

Usted sabe que una camisa de medida cuesta muchos cientos de pesos. Ahórrese la diferencia confeccionando y arreglando para usted y los suyos o para su venta.



Academias  
**TACUARI**

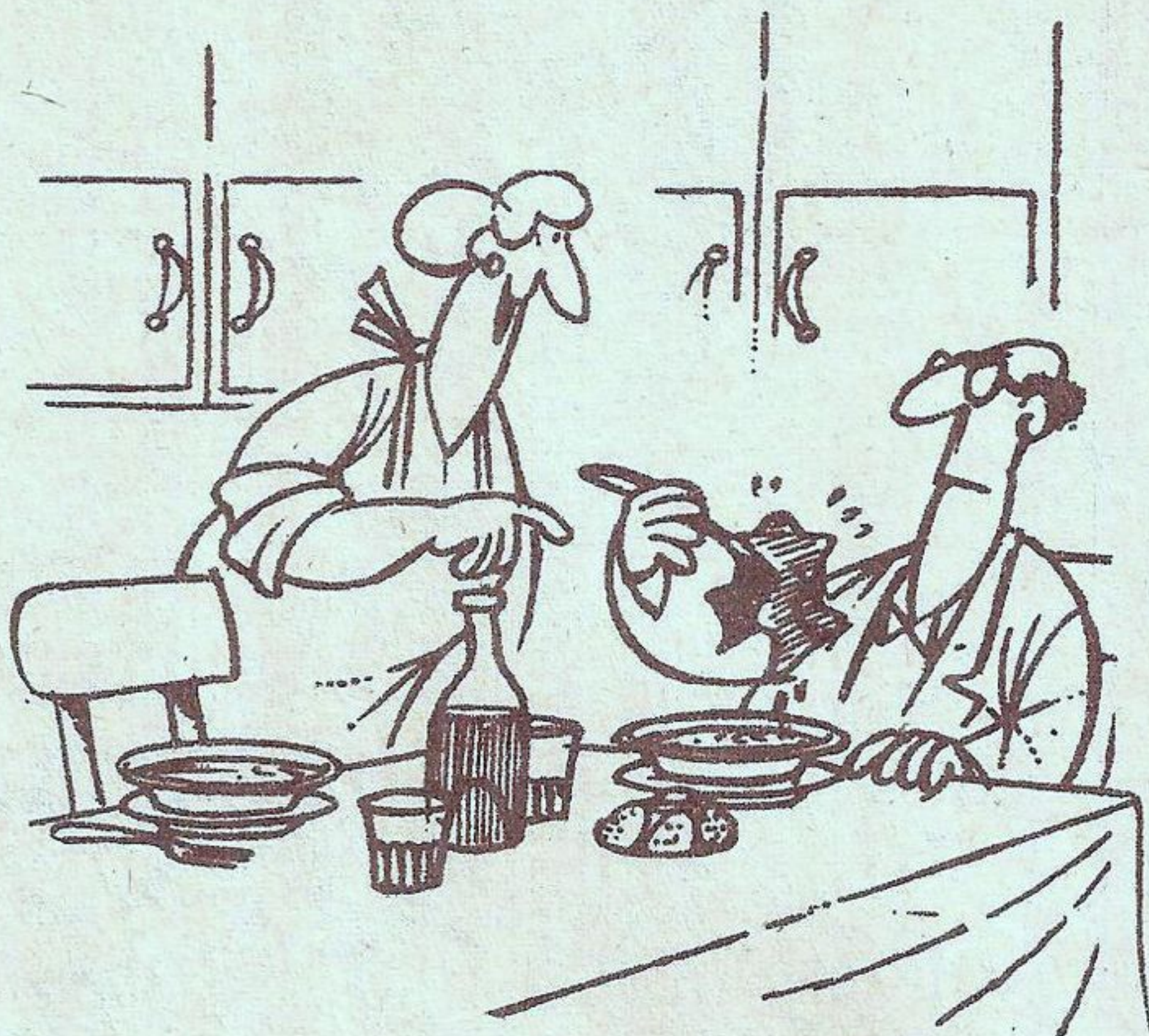
PRIMERA Y ÚNICA  
ESPECIALIZADA  
EN CAMISAS

GRATIS sírvase enviarme informes del curso  
para aprender a hacer CAMISAS

NOMBRE .....  
DIRECCION .....  
LOCALIDAD .....  
PROVINCIA .....

M O R E N O 8 7 6 Bs.As.

## Y AHORA, RÍASE



—¡Oh, menos mal que encontraste la  
receta! Y pensé que la había per-  
dido.



—Esas cosas ya están totalmente pa-  
sadas de moda, querida; las usa-  
ban hasta las mujeres de las caver-  
nas.

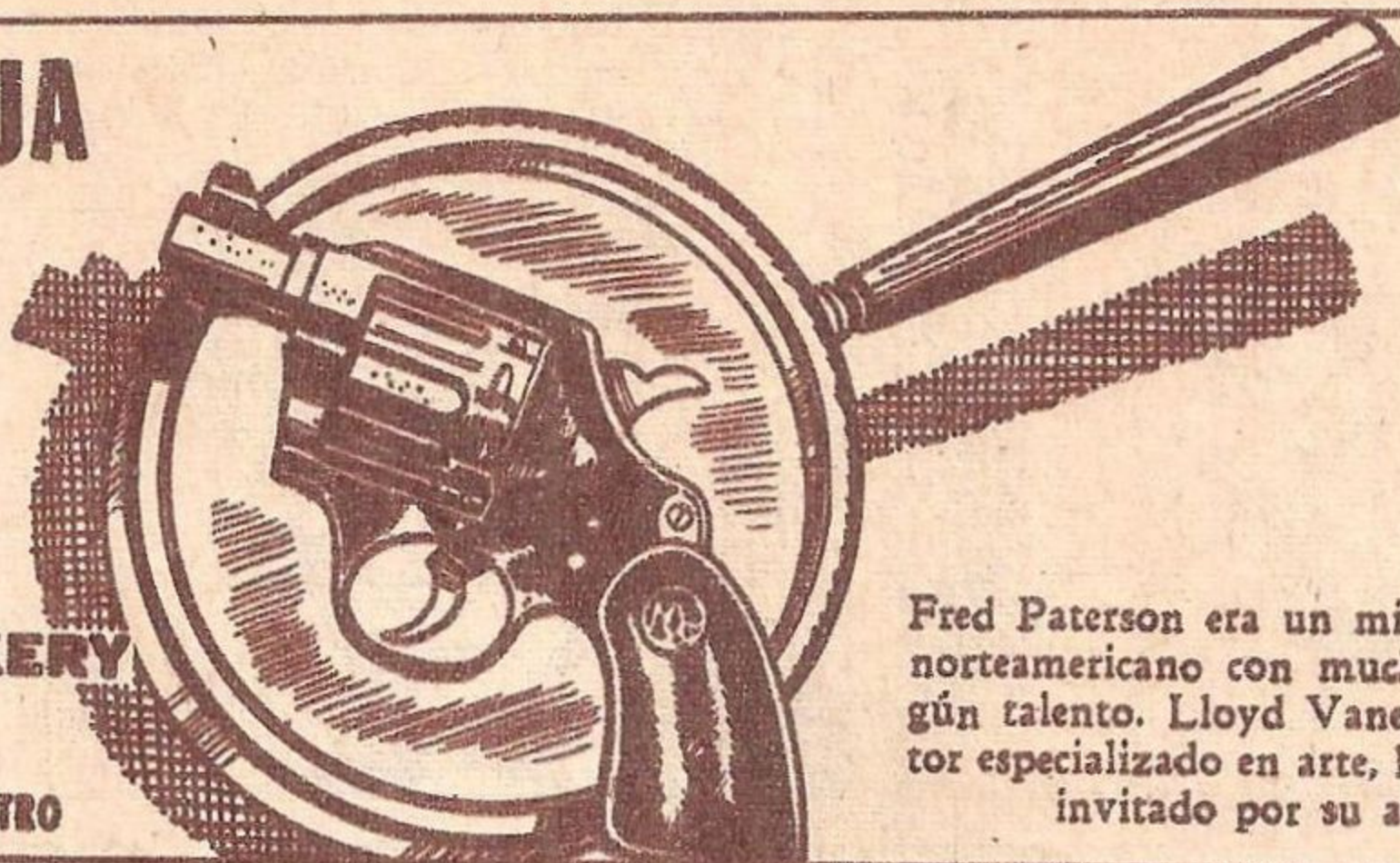


# LA ESTATUA DE LA PUREZA

POR  
**AQUILES MONKERY**

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE J. L. CASTRO



Fred Paterson era un millonario y escultor norteamericano con mucho entusiasmo y algún talento. Lloyd Vaner, periodista y escritor especializado en arte, había llegado ese día, invitado por su amigo Fred...

...para pasar unas vacaciones. Conversaba con Ana Lubescu, esposa de un pintor rumano exilado, al cual Paterson apreciaba mucho artísticamente.



Aún no he tenido oportunidad de conocer a la flamante esposa de Fred. ¿Es tan bella como dicen?



Al menos, son muchos los hombres que piensan así. Si asiste esta noche a la Opera la encontrará, y podrá juzgar personalmente. Mi esposo estará allí, con seguridad...



¡Iré!

Los Paterson pasaron unos días en su lujoso piso de París, y los invitados, acostumbrados a sus excentricidades, no se ofendían por ello. Estaban muy bien atendidos en la mansión. Vaner se trasladó a París esa noche, y en la Opera encontró a Juliet, la hermana de Fred.



¿Cómo estás, Lloyd? Desde la última exposición, en Bruselas, no nos veíamos!



Es cierto. Tengo entendido que Fred hizo una magnífica "adquisición". Me refiero a su reciente boda.

¿Tú también tienes curiosidad por conocerla? ¡Ven, don Juan, te presentaré a Donna!



Donna, ... te presento a Lloyd Vaner, el crítico más difícil de contentar. ¡Pero ten cuidado con él porque es muy enamoradizo!





¿Es cierto eso, señor Vaner?



¡Ni una palabra! Juliet vive difamando a la gente...

El personaje que estaba junto a Donna terció en la conversación: — Aunque fuera cierto. ¡Asediar a Donna es luchar contra una muralla infranqueable! Es la esposa perfecta, casta y fiel.



Juliet los presentó: — El señor Lubescu, pintor rumano... Lo del "asedio" lo dice por experiencia, supongo. Tal vez... respondió Lubescu, sonriendo extrañamente mientras sus ojos devoraban a Donna.

Días después, mientras Lloyd pescaba en el lago cercano a la mansión.

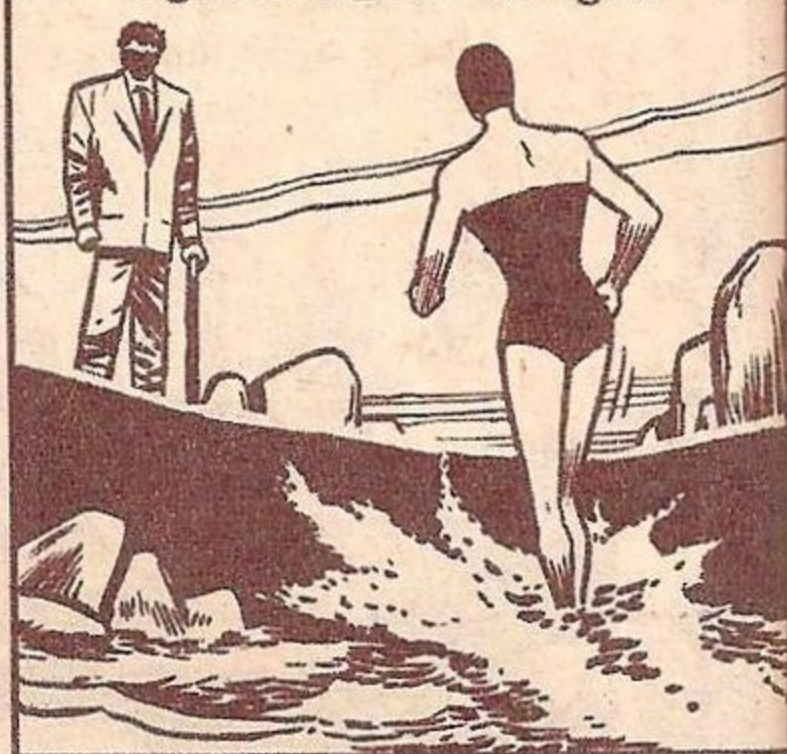


¿Qué tal la pesca, Lloyd?

Era Donna. Conversaron un rato, y luego ella regresó a la orilla opuesta. Pero Lloyd la vio detenerse, observando una figura que la esperaba, y cambiar de rumbo...



Lubescu, apoyado en su bastón, la siguió. Al fin, Donna tuvo que resignarse a salir del agua.



"¡Vaya tipo desagradable!" — pensó Lloyd. ¿Qué pensaría Fred, si descubriese ese asedio del rumano? Frunció el ceño, preocupado. Conocía el carácter irascible del escultor.



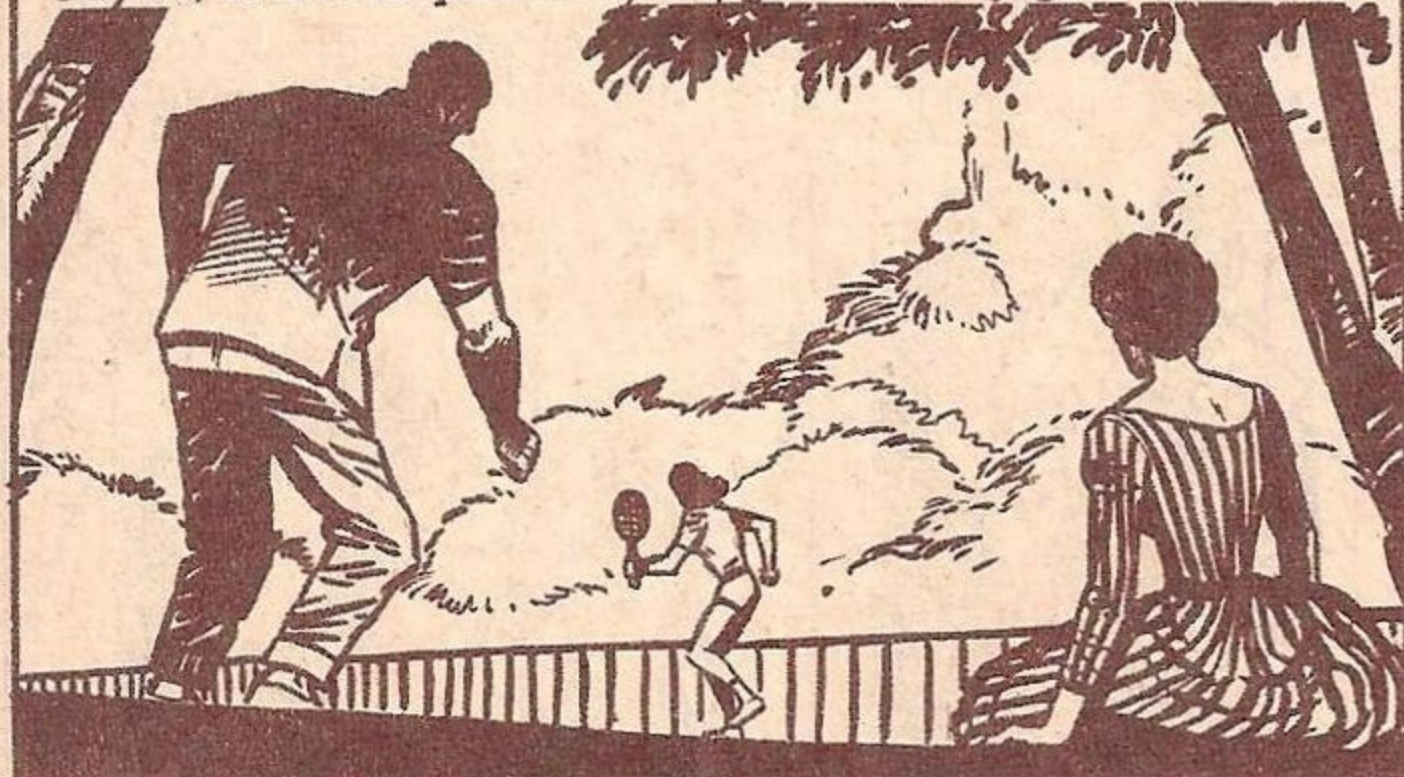
Esa noche, conversando con Ana Lubescu, descubrió lo que ya sospechaba: las relaciones con su esposo eran más que tirantes.

Ya todos conocen su comportamiento escandaloso, excepto Fred, que parece ciego. Pienso irme la semana próxima, con él o sin él. ¡Estoy harta!



— Su determinación me parece prudente. Si conozco algo a Fred, esto puede derivar en una tragedia...

Al día siguiente, mientras contemplaban a Juliet y al doctor Taylor, el médico personal y amigo de Fred, jugando al tennis.



Lloyd vio a Lubescu que se acercaba a Donna. Esta hizo un gesto de fastidio, pero después que el rumano le dijo algo, ambos se encaminaron hacia el bosque, por la orilla del lago.





Ana también los vio. ¿Y acaso Fred? El hecho es que el escultor realizaba en ese momento un paseo solitario en bote.



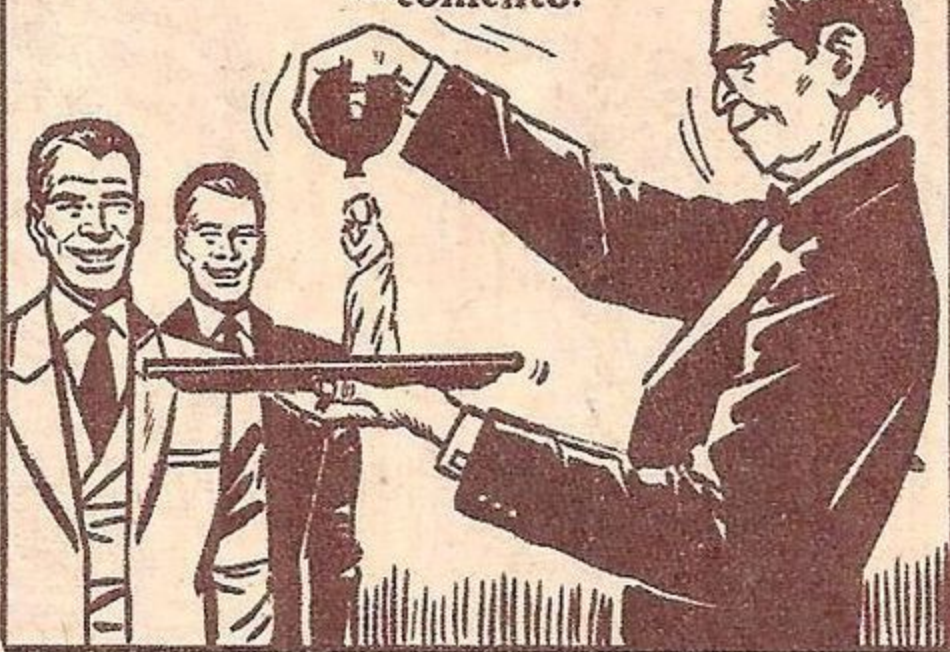
Media hora después, regresaron Donna y Lubescu. Fred, continuaba su paseo. Pudo observarlos bien. —Ojalá no haya sucedido nada desagradable.



El rostro de Ana expresaba algo más que fastidio contenido. En sus ojos había un brillo siniestro, y una firme determinación.



Esa noche, el doctor Taylor pidió al cocinero que hiciera una réplica de "La Estatua de la Pureza", del escultor renacentista italiano, Sabini. —¡Observen qué obra maestra! —comentó.



Al realizar Taylor un movimiento brusco se derramó agua, y ésta comenzó a diluirse lentamente.



Ana Lubescu comentó, con maligna sonrisa: ¡Es increíble que la "pureza" se destruya con tanta facilidad! ¿No es cierto, doctor?



Si se destruye con agua pura, debemos pensar que esa era una falsa "pureza", Ana.



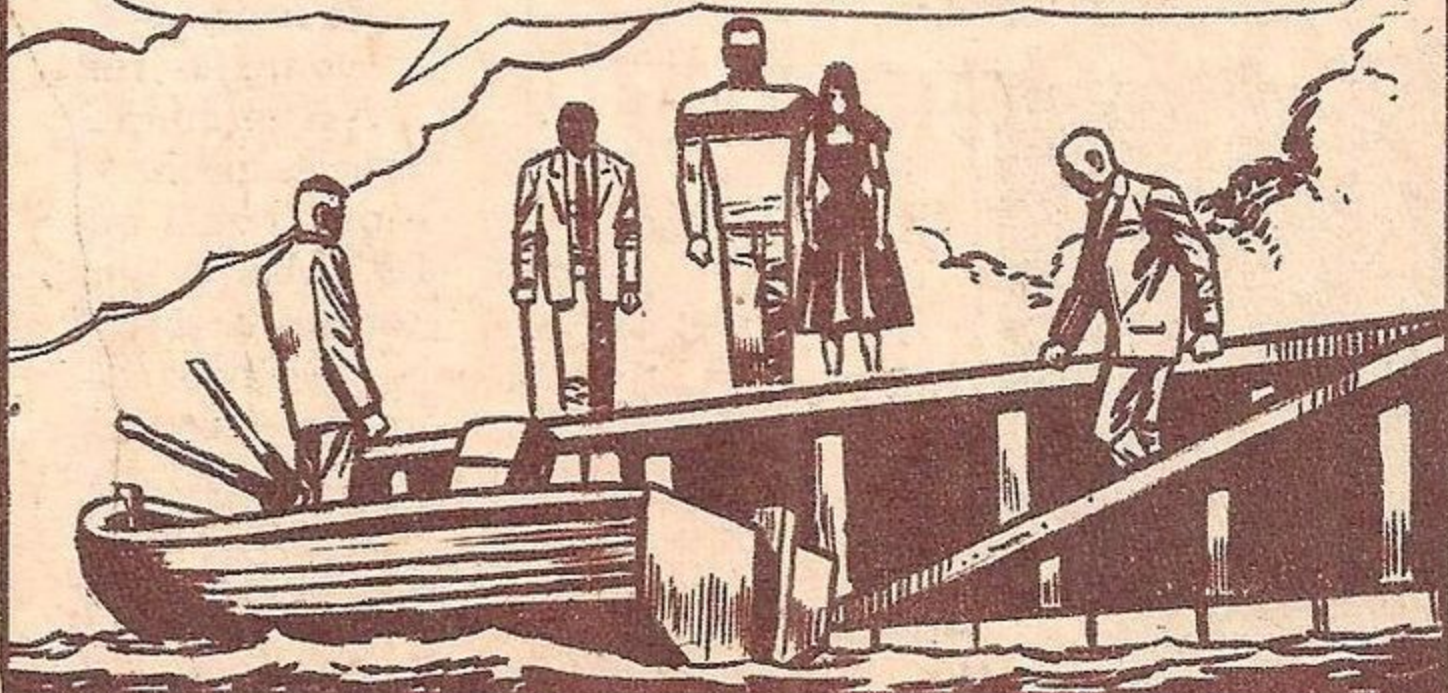
Lloyd tiene razón, Ana. En cambio, la nueva "Estatua de la Pureza" que yo estoy realizando, no se destruirá jamás. Mi modelo es Donna...



Paterson explicó: "La modelo de Sabini había sido su propia mujer. Esta le fue infiel, y al día siguiente la estatua apareció rota."



La conversación continuó afuera. —¿Y qué hizo el escultor Sabini? —inquirió Lloyd. Un silencio helado se hizo después de la respuesta de Fred. Mató a su mujer, por supuesto... y después se suicidó.

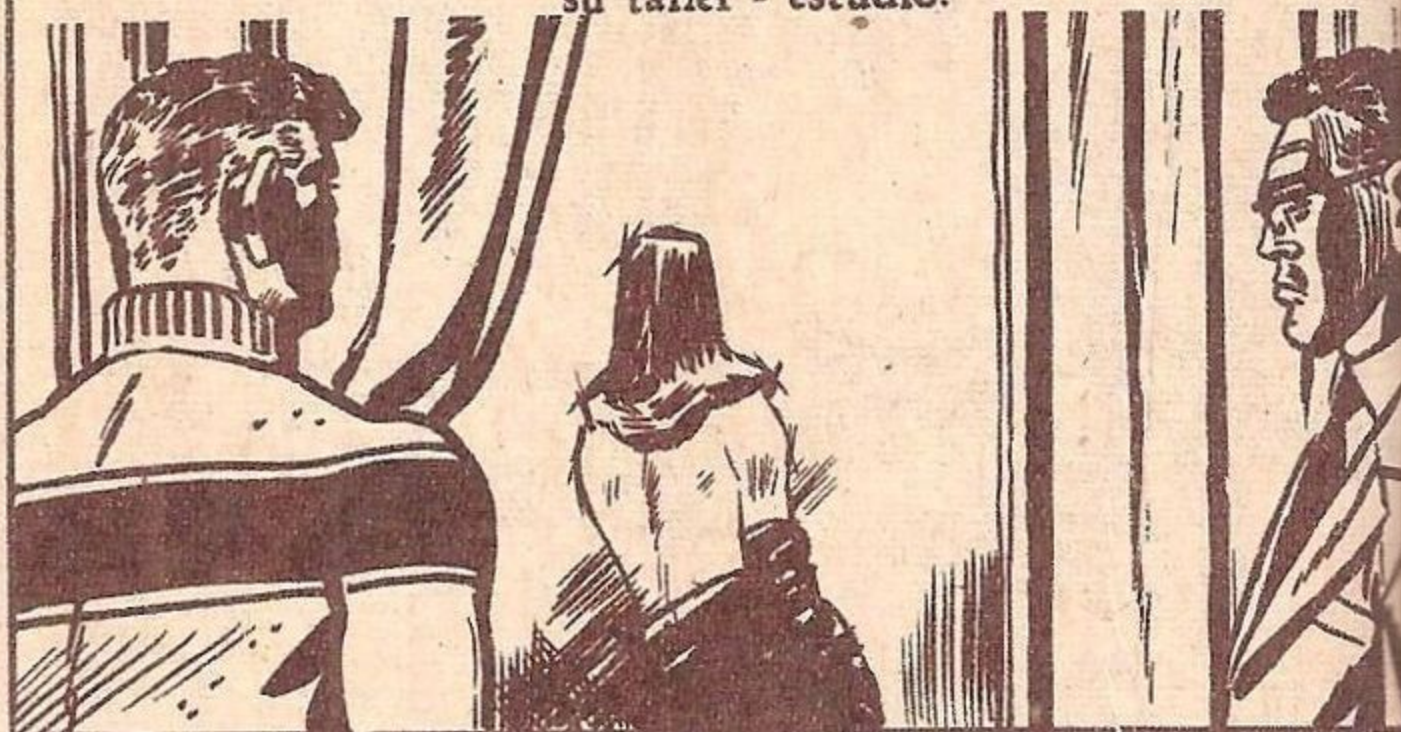




¡Pero yo seré su continuador! Y estoy seguro que en este caso, la "Estatua de la Pureza" no se romperá jamás. ¿No es así, Donna?



Donna, evidentemente turbada, no supo qué responder. —¡Vengan! Les mostraré lo que será mi "obra maestra". Está casi terminada... continuó Fred. Y poco después entraban en su taller - estudio.



¿Qué opinas, Lloyd?

Es una obra digna del modelo, Fred. Veo que has progresado...



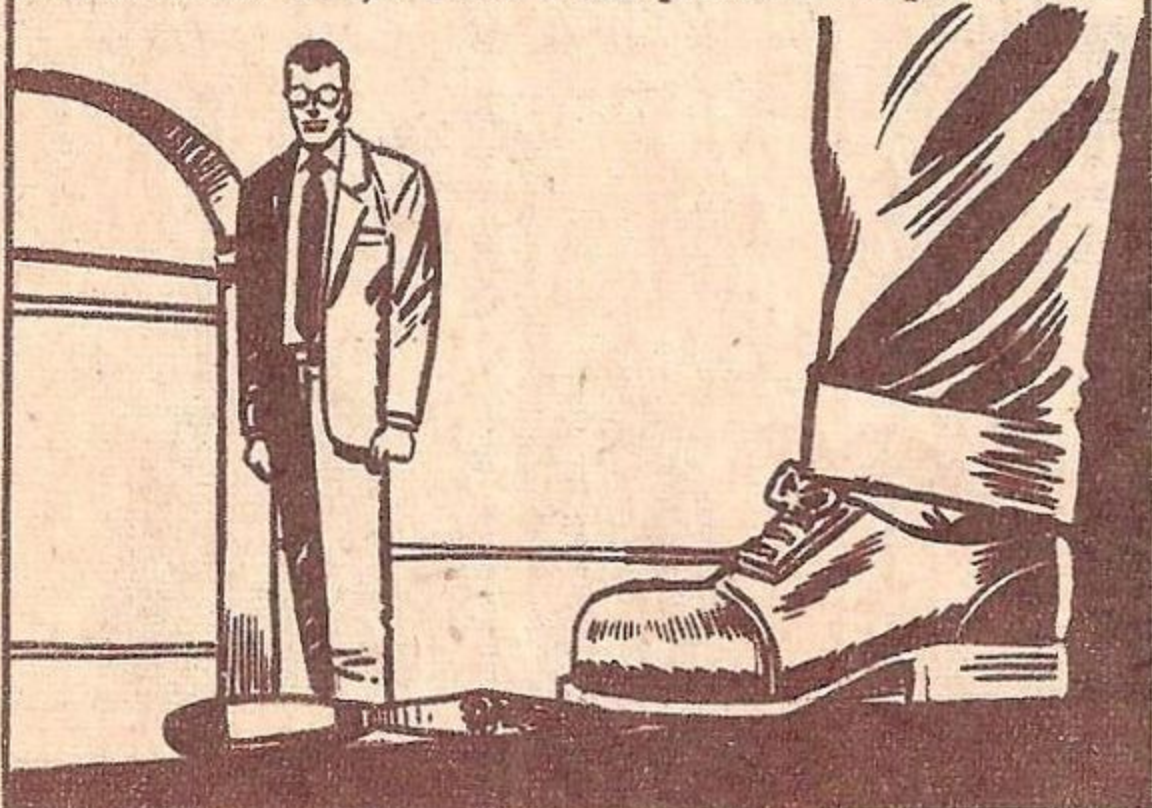
¿He logrado expresar "la esencia de la pureza" en esta estatua? ¡Déme su opinión como artista!



Eso depende... de lo que llámemos "pureza", Fred. Yo tengo ideas muy personales. Algún día las desarrollaré en un libro.



—Es difícil de explicar. Ya lo hablaremos más extensamente. Lloyd notó a sus pies un escoplo caído.

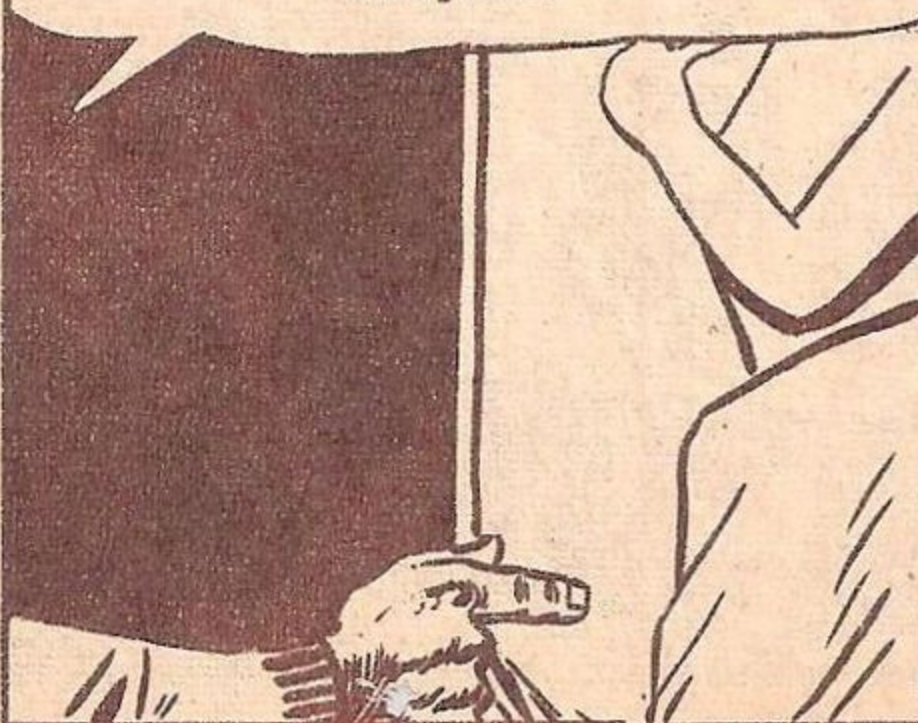


Fred sirvió unas copas, de su "bar privado". —De cualquier modo... ¡Brindaremos por La Pureza y por la eternidad de mi estatua! Lloyd lo miró, pensativamente.



(¿Qué ideas pasarán por la mente de Fred? Lo conozco. Oculta algo.)

¡Donna es su inspiradora, su verdadera realizadora, y ella es la única que puede romperla!



—Tengo sueño, Fred. Voy a retirarme... Donna se fue. Así terminó aquella noche. Lloyd sentía que las nubes de una tormenta trágica se iban acumulando en los espíritus. Al día siguiente, Fred anunció que no estaría en todo el día.

Tengo una oferta para realizar una escultura alegórica para el gobierno francés. Pienso estar de vuelta por la noche.





Lloyd salió a recorrer los alrededores de la mansión. Era cerca del mediodía, cuando descubrió una cabaña, en un lugar apartado. Se acercó y quedó sorprendido al escuchar.

Eran las voces de Donna y Lubescu: —¡No se atreva a tocarme! Lo cité porque quiero terminar con esto de una vez. —No, Donna, esto recién empieza.



¡He traído dinero, y sé que le hace falta! ¡Tómelo, y déjeme en paz! No destruya por un capricho la felicidad de Fred y la mía.



Pero en ese momento, escuchó la voz de Fred, que gritaba en el bosquecillo cercano:

¡Donna!... ¡Dooooonna!...  
¿Dónde estás?



Lloyd se contuvo y no entró en la cabaña. Oyó una voz alterada y temerosa.



Alzando la voz, Lloyd se adelantó hacia el escultor.

¡Hola, Fred! ¿Y ese ceño fruncido? ¡Una vez que me decido a raptar a Donna para que me enseñe tus dominios...!



En el interior de la cabaña cesaron las voces, y salió Donna.

¡Querido, qué sorpresa...! Mostraba a Lloyd nuestra cabaña-museo...

Pensé... pensé que podrías posar hoy...



—¡Claro! ¡Gruñón! ¿No ibas a estar ausente todo el día? Cambié de parecer. Iré a la tarde a París.



Lloyd miró hacia el suelo. El bastón de Lubescu, partido, estaba allí. ¿Lo habría visto Fred?

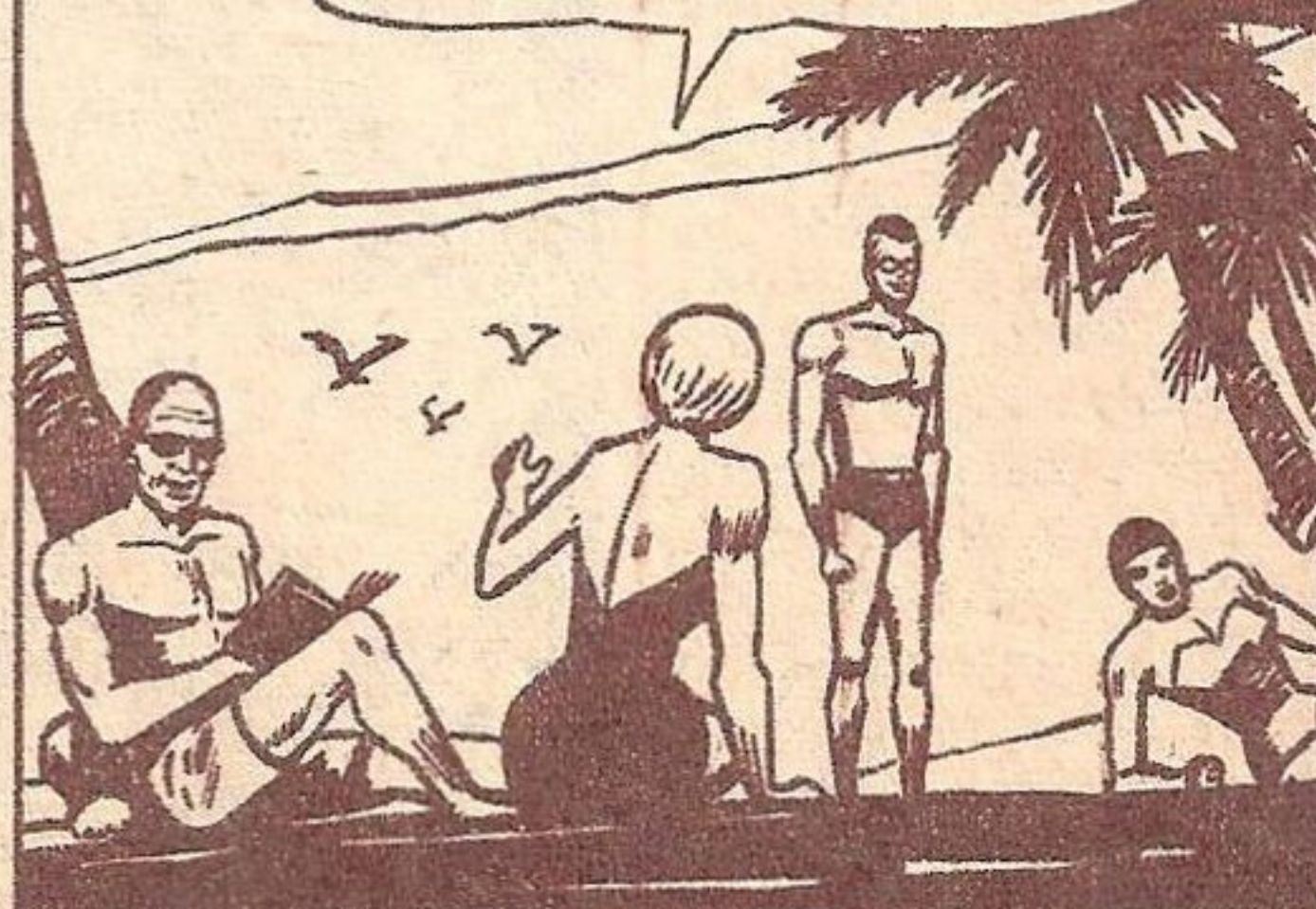


Esa tarde, después que Fred partió hacia París, Lloyd se encontró con Donna y el doctor Taylor, que regresaba del bosque con sus pinceles. ¡Con qué gusto cambio los pinceles por el estetoscopio! He pintado un paisaje del lago que me conmovió...

Donna no dijo nada, pero Lloyd notó que se sentía molesta bajo su mirada y que buscaba irse.



Esta noche el doctor Taylor tocará el laúd, y Donna cantará esas hermosas canciones de amor medievales.





¿Por qué se le habrá ocurrido a Fred invitar a este tipo tan desagradable? ¡No veo el momento en que vaya!



Mientras Donna cantaba, esa noche, Lloyd presintió que muy pronto ocurriría en la mansión algo desagradable. Y confirmó sus temores, al observar...



...la mirada de Lubescu: había en ella algo bestial, algo horrible. Donna sintió sobre ella esa mirada, y con una excusa, dijo que se retiraba a dormir.



Poco después, en su habitación, Lloyd comenzó a quitarse la chaqueta para acostarse, sin poder olvidar el rostro de Lubescu. En ese momento, oyó unos tímidos golpes en la puerta.



Era Donna.

¿Puedo hablarle? Desde hoy a la mañana, pienso que... le debo una explicación. Y además, debo agradecerle su actitud, en la cabaña.



Fueron al taller de Fred, para que nadie los molestase.

¿Cuánto tiempo cree usted que podrá soportar el asedio de ese individuo? ¿Y cuando Fred se entere?



—Eso es lo que temo, Lloyd! ¡Puede ocurrir cualquier cosa! Pero si le digo algo a Fred, es capaz de matar a Lubescu.

¡Hum! Sí, Fred es muy violento.



No sé qué hacer... ¡Pero tengo que solucionarlo muy pronto o pasará lo peor!



—Yo no puedo hablar con Fred, si usted quiere, y evitar que reaccione violentamente. —¡Oh, no! ¡No, por favor! ¡Aún no! Creo... creo que no sería prudente. Tal vez consiga alejar a Lubescu de otro modo. Lloyd tenía la impresión de que había algo importante que Donna no se atrevía o no quería decirle. Pero no la forzó.



Al salir, Lloyd encontró a Martín, el mayordomo. Tuvo la sensación que los vigilaba.

Que pase buenas noches, señor Vaner.

Buenas noche, Martín...





Al día siguiente, mientras desayunaban, Fred apareció hosco y desencajado.

¿Qué te ocurrió, Fred? ¿Algún contratiempo en París?



La verdad es que no me fue muy bien. A propósito, tú tampoco tienes buen semblante, Donna. ¿Pasaste mala noche?



—He tenido jaqueca, Fred. —¡Pobrecita! Eres frágil como un cristal...

¿Te molestará posar hoy?

Francamente, Fred, ¡preferiría no posar nunca más!



Paterson dejó su taza con ademán lento. —Está bien, supongo que tendrás tus motivos. —dijo secamente. La atmósfera se tornó opresiva. Juliet intervino.



Creo comprender a Donna, Fred, como mujer. Pareciera que tú sólo estuvieras enamorado de tu obra, y...



En ese momento...

¡El señor Lubescu ha desaparecido! La señora Ana dijo que no durmió en su cuarto.



Julie, sin tomarlo en serio, comentó con aire jocoso:

Tal vez, caminando sonámbulo, se cayó al lago.



No creo que esto sea para bromas, Juliet. Algo le ha pasado... ¿Buscaron en el taller? Tal vez estuvo allí trabajando.



—No, señor. —fue la respuesta de Martín. Fred se encaminó hacia el taller. Y al entrar...



¡Juliet!... ¡Lloyd!... Miren esto... ¡Miren!

Lloyd se acercó, seguido por los demás. En la habitación, evidentemente, había habido una lucha...





... y Fred, con el rostro descom-  
puesto por la ira, contemplaba  
su "obra maestra".



¡Hecha pedazos! ¡Mi estatua...!

En efecto: la "Estatua de la  
Pureza" —como su antecesora  
del Renacimiento, estaba hecha  
años.



Fred tomó un martillo del suelo.

¿Por qué...? ¿Quién tuvo la culpa de  
esto? ¿Quién fue...? ¡Contesten!



Donna se cubrió el rostro con las manos y estalló en un llanto  
histérico. El doctor Taylor esbozó una sonrisa nerviosa. Lloyd  
se preparó a intervenir.



Pero entonces habló Juliet.

Esto tiene relación con la desaparición de Lu-  
bescu. ¡Debemos encontrarlo!

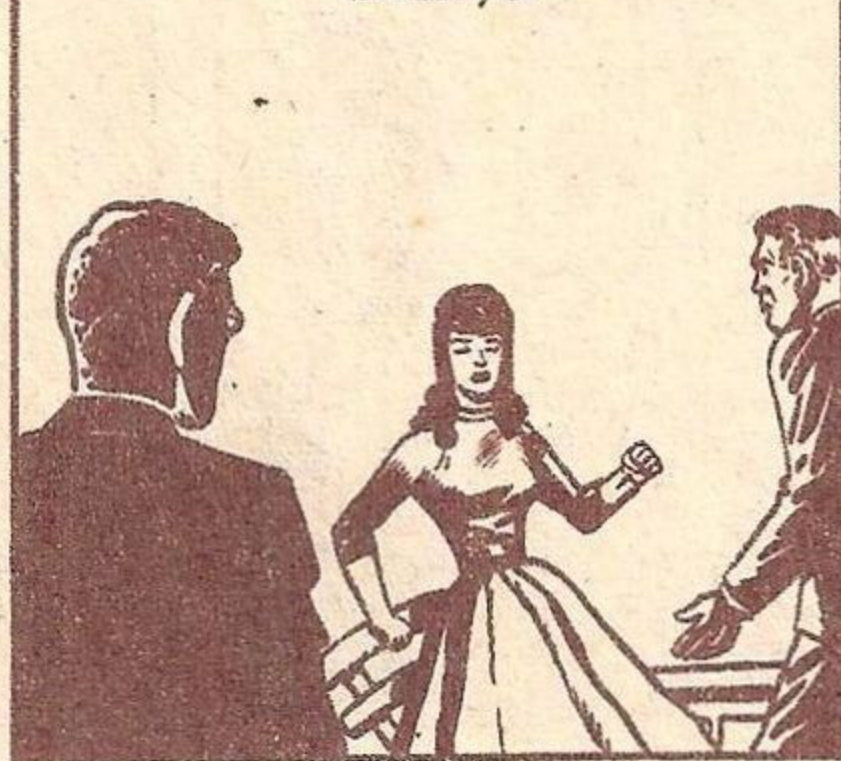


Lloyd se inclinó sobre unas man-  
chas en el piso.

¡Sangre!... ¡Esto es  
sangre!



Donna se puso intensamente pá-  
lida. —Siento que voy a... —y se  
desmayó.



Fred dio un puñetazo sobre la mesa.

¡Voy a desenredar esta madeja! ¡Y  
cuando lo haya hecho, ella tendrá que de-  
cirme la verdad!



Estoy seguro que si actúas con violencia, Fred, te  
arriesgarás a cometer una injusticia...



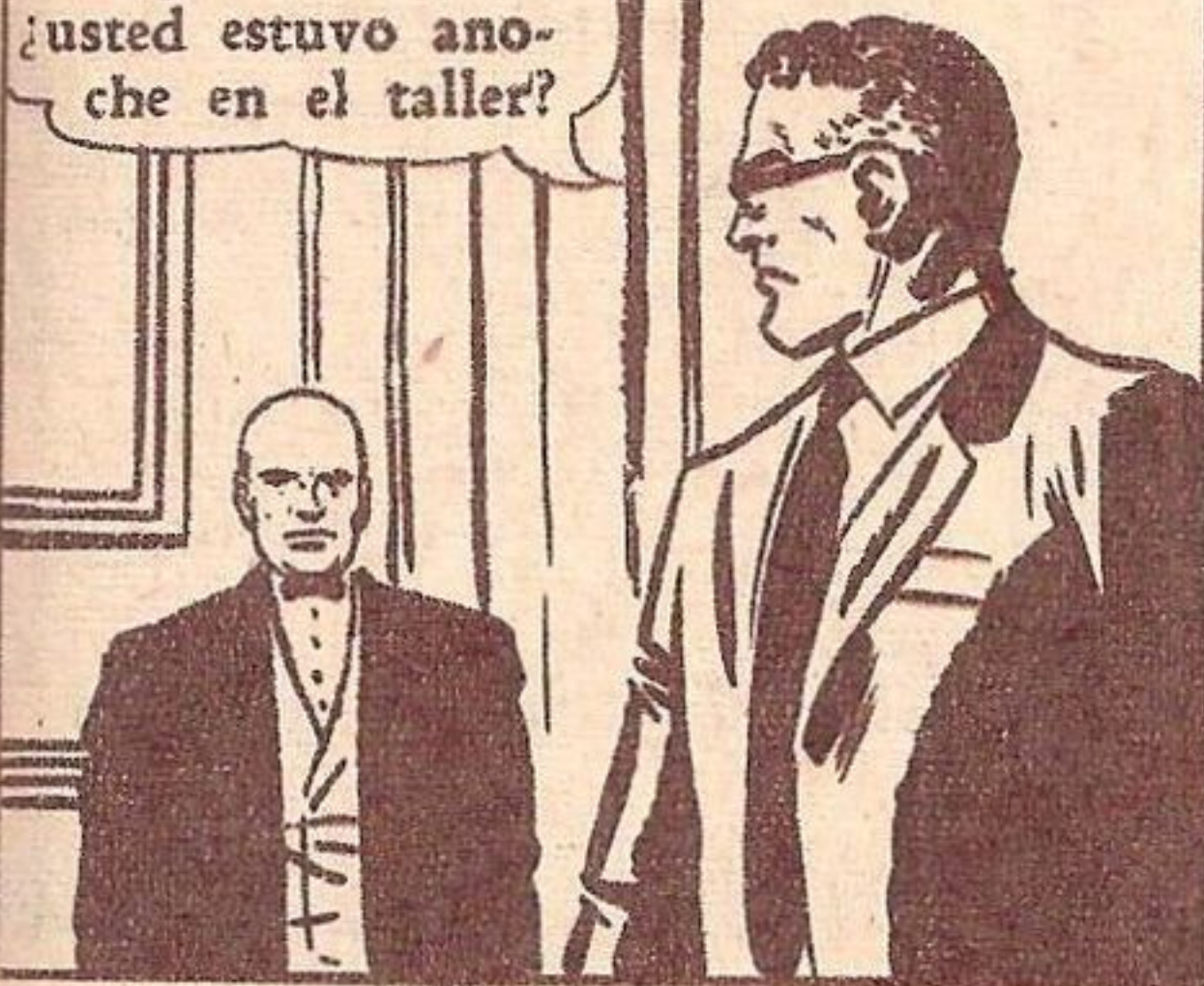
—Me pregunto dónde estará el escoplo que vi  
ayer tirado en este lugar. —Es verdad...  
¡Ha desaparecido del taller! —comentó Fred.





En ese momento, entró Martín otra vez.

Dígame, Martín, ¿usted estuvo anoche en el taller?



—Cerré las ventanas, después que salió la señora... —¿Y no vio el escoplo? Los ojos del mayordomo miraron hacia el lugar donde había estado la herramienta.



Pero inmediatamente repuso:

No... no he visto ningún escoplo, señor Vaner. Pero pude no advertirlo. No estaba atento a esos detalles...



—Está bien, gracias, Martín. Lloyd estudió el terreno debajo de la ventana del taller. Había plantas pisoteadas y quebradas.



Juliet y Ana Lubescu llegaron, agitadas.

¡Lloyd! Hemos encontrado huellas... ¡Vengan, por favor!

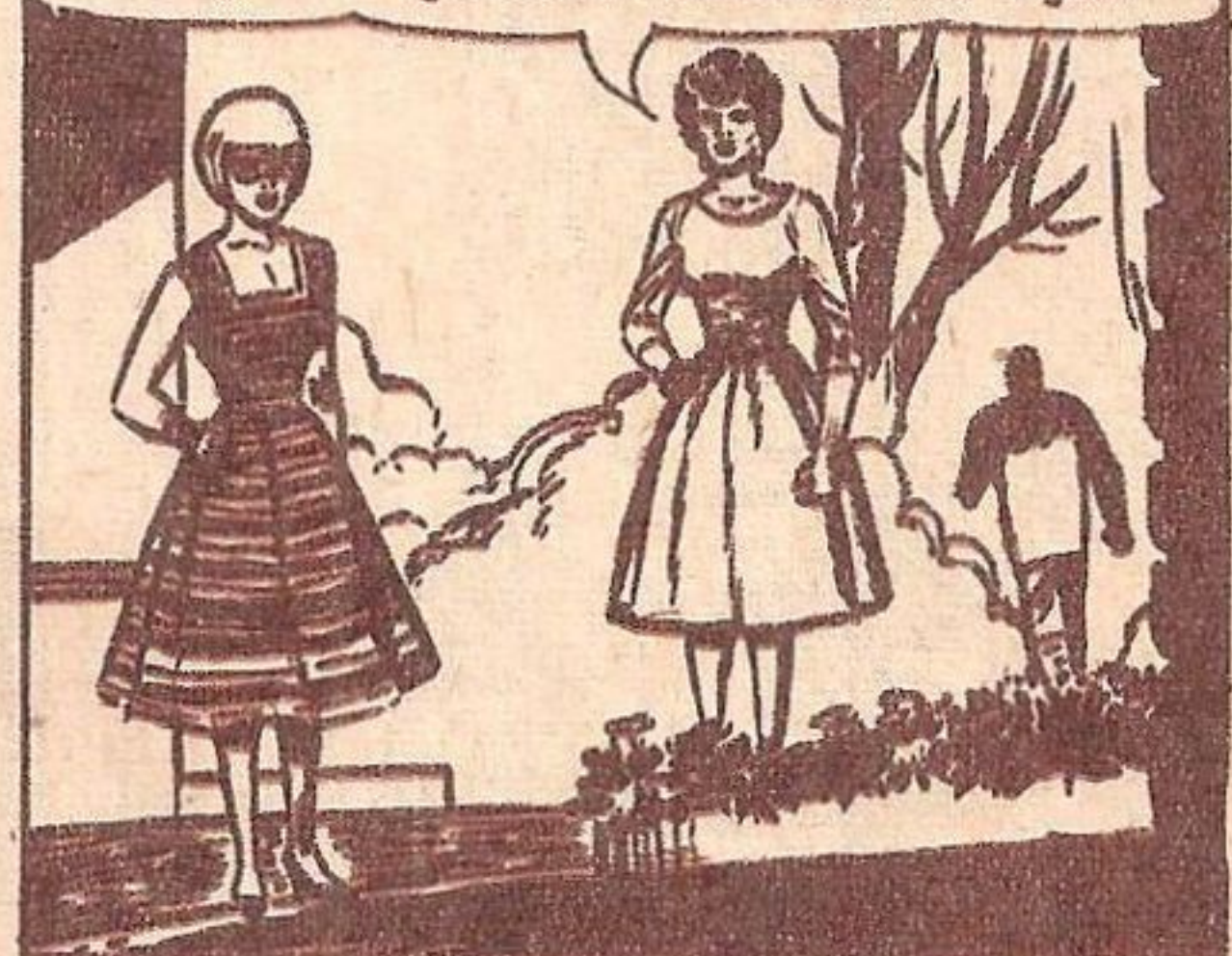


—Sí... coinciden con estas. Alguien fue arrastrado, desde esta ventana. Parece que continúan por el sendero, y van hacia el bosque.

Pueden llevarnos hacia Lubescu. Tal vez esté herido.



Estaba segura que esto terminaría así. Ayer, justamente, discutí con él, porque no quería que nos fuésemos de aquí.



Lloyd continuó su búsqueda, seguido por los otros.



De pronto, descubrió algo en el suelo. Lo recogió, y...





Era un gemelo con la inicial de Lubescu. 'Por aquí pasó, sin duda, vivo o muerto'.

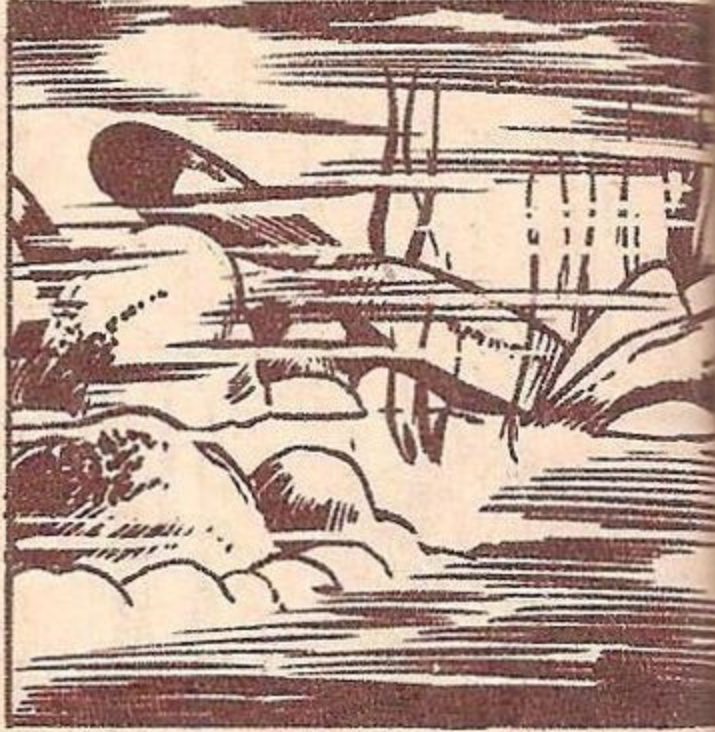


En las rocas cercanas a la orilla, el rastro se perdía. Pero Juliet, observando el agua, lanzó una exclamación:

¡Allí! ¡Miren... en el fondo!



Era el escoplo, que descansaba entre unas piedras, bajo el agua cristalina. Presumiblemente el arma homicida.



¡Donna está herida! Al quitarle ese vestido cubierto, que se puso a propósito, lo descubrí. Quiere hablar con Fred.



Taylor explicó: —Tiene una herida cortante, superficial, en la espalda. Dice que fue Lubescu quien la atacó, y luego, defendiéndose, ella... lo mató. —¿Qué...? todos se miraron sorprendidos.



¡Es mentira! Donna está mintiendo, para protegerme. ¡Fui yo, quien lo mató!



¿Y dónde dejaste el cuerpo, Fred? Hasta ahora, este es un asesinato sin cadáver...



¿Eh...? No... no creo conveniente que lo vean ahora; ya diré todo, cuando venga la policía.



Eres tú el que está mintiendo. Gracias, Fred, pero tú sabes que no lo mataste. ¡Debo decir toda la verdad! Es mejor así.



Lubescu conocía un momento desgraciado de mi pasado, que no te hubiera gustado conocer. Fui cancionista.





¡No confiaste en mi amor y con razón enloquecí y te enloquecí con esa maldita estatua! ¡Ese miserable habrá pretendido chantajearte!



Si usted hubiera hablado con Fred, desde un principio, todo se habría aclarado, Donna.



¡Yo tuve la culpa! ¡La obsesioné con mi falsa idea de la "pureza", con mi mezquina obra! ¡Fui un egoísta y merezco esto y mucho más!

Pero aún subsiste el misterio de Lubescu.



Sí. Quizá, Lubescu no haya sido asesinado, después de todo. Tal vez sólo esté herido...



Todos lo miraron, intrigados. —¿Qué quiere decir? —preguntó Ana, con un extraño temblor en la voz. —Simplemente esto: —¿Cómo pudo Donna luchar con sus fuerzas, contra Lubescu, y vencerlo? Pienso que intervino otra persona...

...y esa persona no pudo ser otro que Martín. ¿No es así, Donna?

Lloyd tiene razón. Después de todo, es mejor que no oculte más nada.



Martín... es mi padre, Fred. El... cumplió una condena, hace años. Quisimos ocultarlo, pero nada duradero puede construirse sobre la mentira, ya lo ves.



—Quedas en libertad para tomar las determinaciones que quieras. ¡Pues claro que sí, mi pequeña tonta!



Ahora, debemos encontrar a Lebescu. ¿Dónde lo llevó su padre, Donna?



—Lubescu entró al taller, cuando Lloyd salió —relató Donna— y amenazó con hablar esa misma noche con Fred, si no accedía a sus requerimientos. Furioso, porque me resistí, rompió la estatua.



¡Miserable! ¡Lo hubiera hecho trizas, si...!



Calma, Fred... Siga usted, Donna. ¿Qué ocurrió entonces?



Me atacó. En ese momento entró papá. Lucharon, y Lubescu huyó, con el escoplo clavado cerca del hombro.



Debe haberse fracturado algo, al caer, por eso se arrastró. Martín quedó atendiendo a su hija.



Lloyd se volvió sorpresivamente hacia Ana.

¡Pero usted sí sabe dónde está! ¿No es cierto, Ana?

Pues bien... ¡Sí, lo sé! Y ya debe estar muerto...



El odio fulguró en los ojos de la mujer. —Está en la cabaña-museo. Se arrastró, pidiéndome que buscara al doctor Taylor, sin que nadie se enterase. —Y usted lo dejó allí, para que muriera...



¡Vayamos inmediatamente! Puede estar con vida. El lugar de la herida no es mortal...



Se encaminaron a la cabaña. —La ventana está abierta. Aún vive... —observó Lloyd. Y creyeron ver una figura que se escondía.



Fred avanzó impetuosamente. Lloyd lo contuvo.

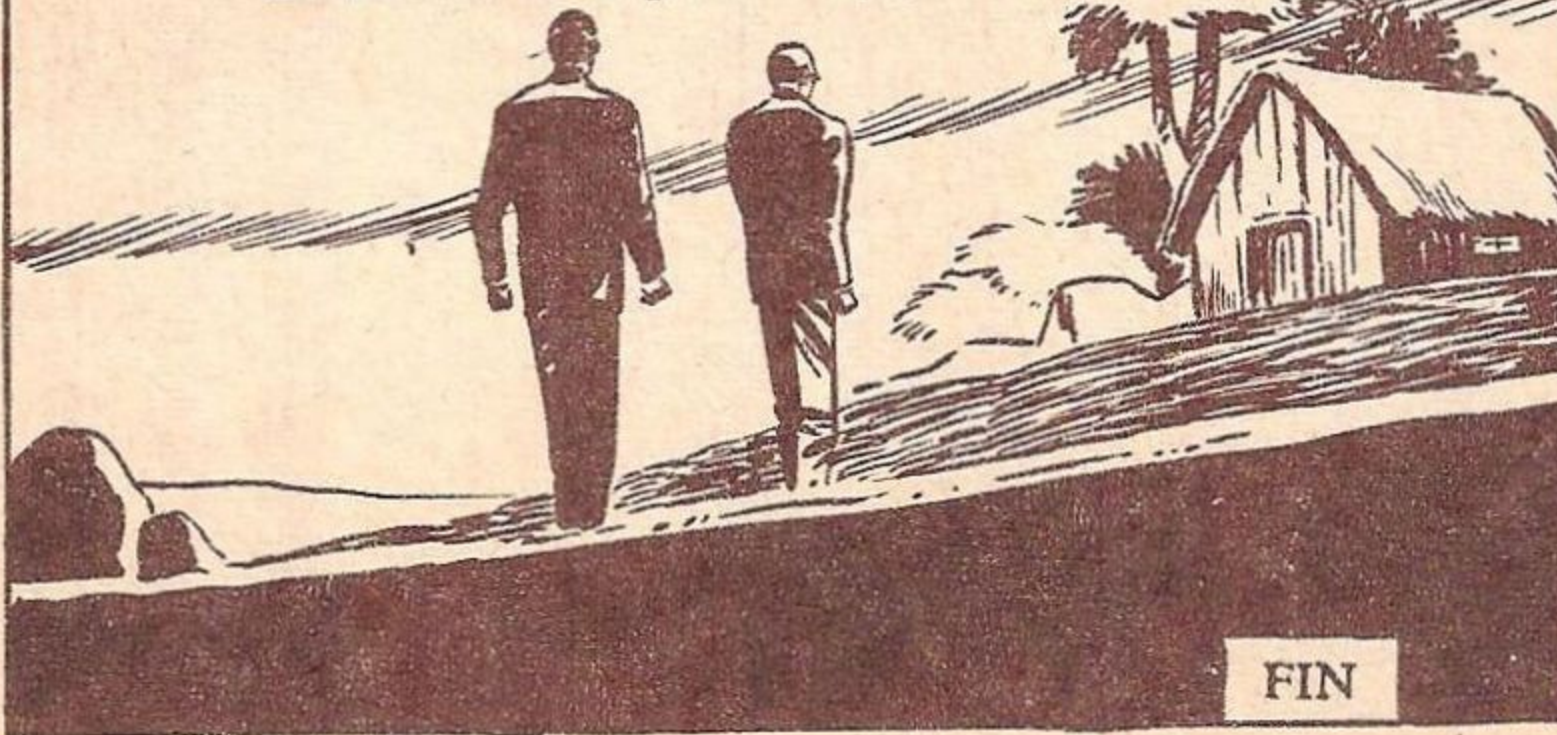
¡Quieto! Ya tuvo suficiente castigo. ¡No te dejaré!



Tienes razón. Gracias, Lloyd. ¡Vamos, Donna! Tú debes acostarte. No quiero ver la cara de esa alimaña. ¡Ah! Y tu padre vivirá desde hoy con nosotros, como corresponde. Tomaremos otro mayordomo.



Lloyd y Taylor se acercaron a la cabaña. Oyeron la voz de Lubescu. —Tengo buen material para una historia. La llamaré... "La Estatua de la pureza". ¿Qué les parece?



FIN



# RINCÓN ALEGRE



—¡Oh, no! No he olvidado nuestro aniversario de casamiento. A la hora exacta haré que los muchachos de la oficina me acompañen en tres minutos de silencio.



UN REGALO PRACTICO  
E IDEAL

**407.-**  
POR MES



**25**  
RUBIES

Nº 1915.— CHESTERFIELD Watch, Suizo 25 rubíes, enchapado en oro, AUTOMATICO, SUMERGIBLE CALENDARIO PROTEGIDO CONTRA GOLPES, segundero central, \$ 3700.- ó 10 cuotas de \$ 407.-

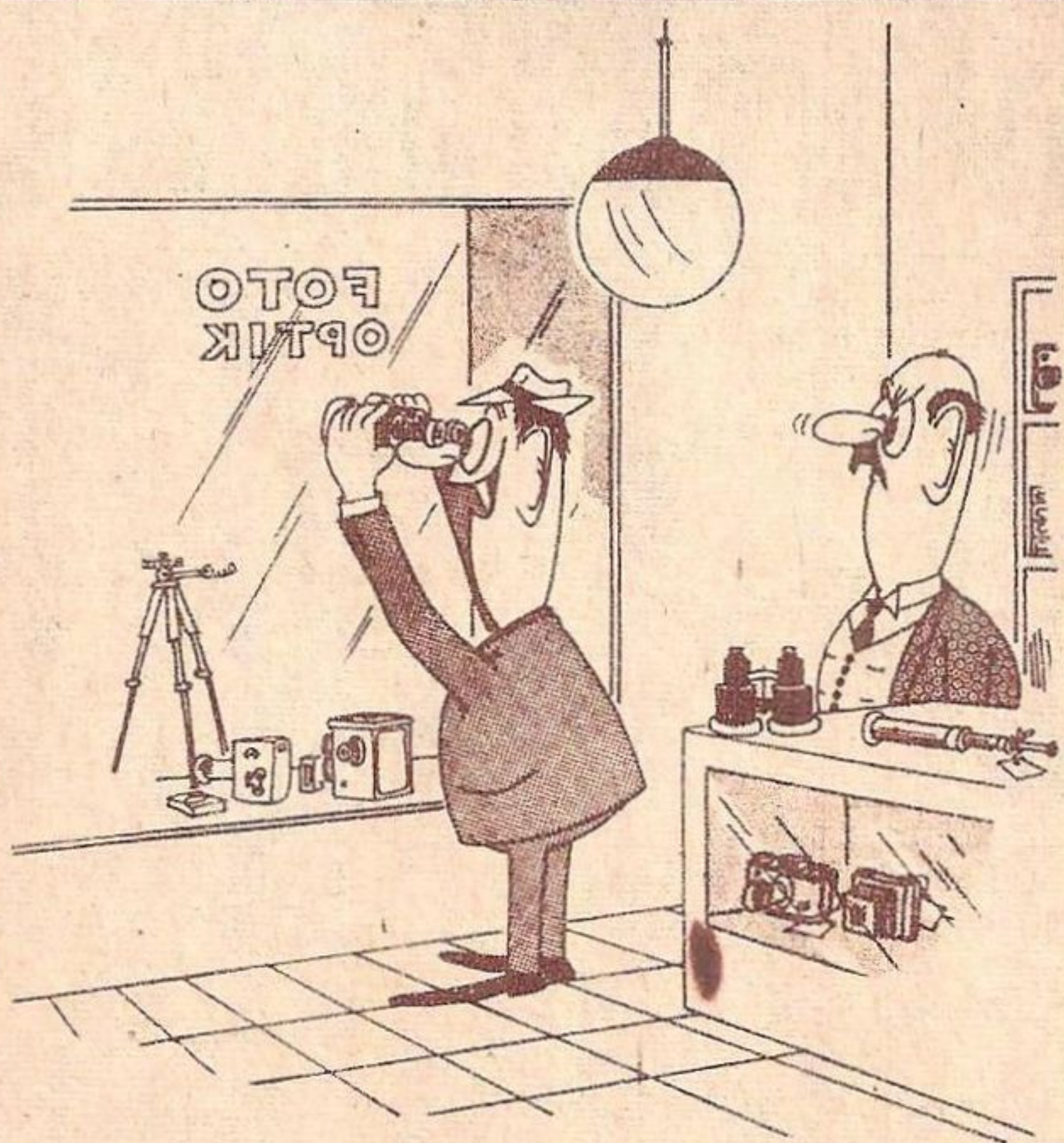
**CREDITOS en toda la República**

*Huberman S.R.L.*

JOYEROS — CAP. \$ 400.000.-

Av. CALLAO 232, Piso 1º - T. E. 45-9379

**LA JOYERIA Y RELOJERIA DE TODOS  
LOS DEPORTISTAS**

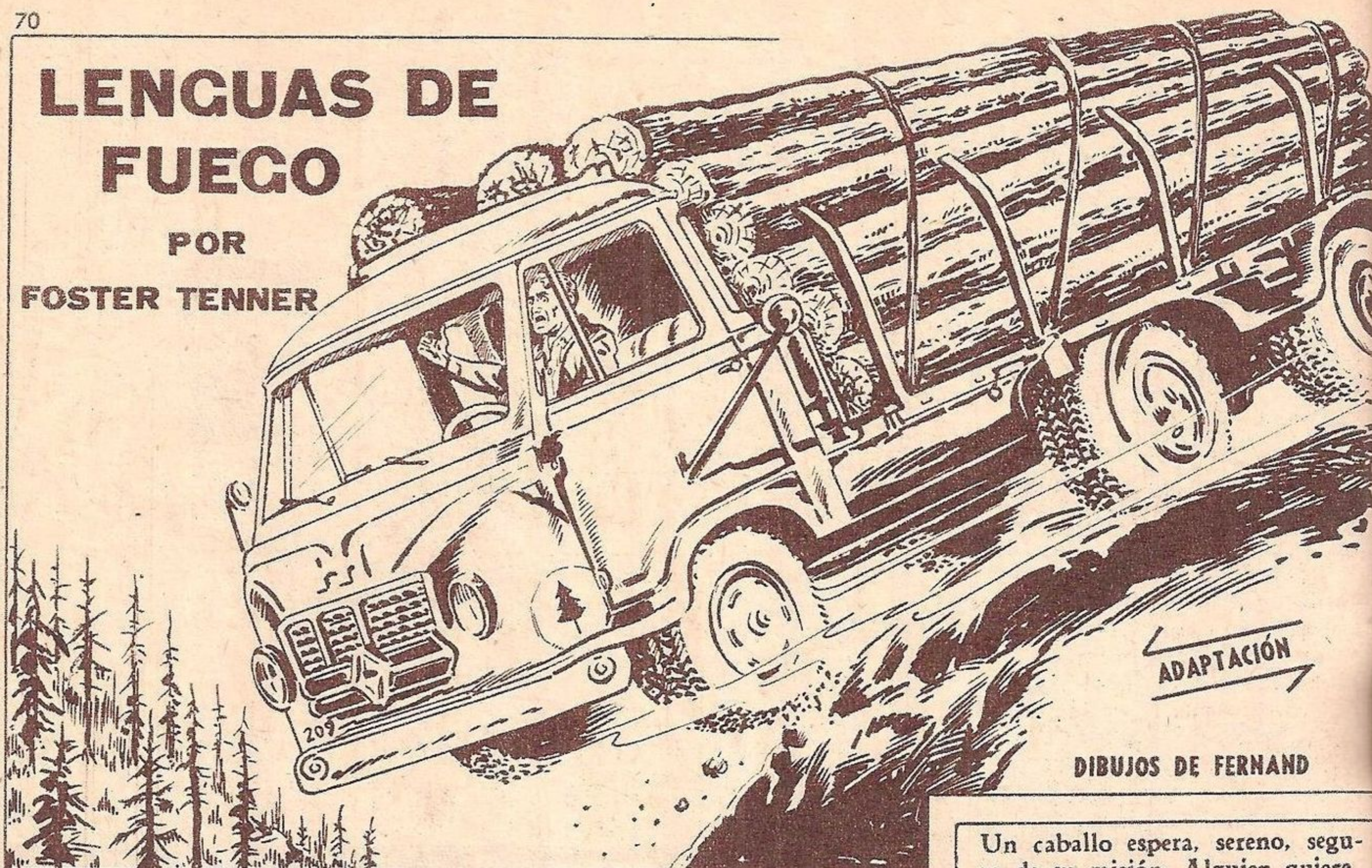


—Son muy buenos. ¡Excelentes! Con ellos puedo ver que en el negocio de la esquina los venden a un diez por ciento menos.



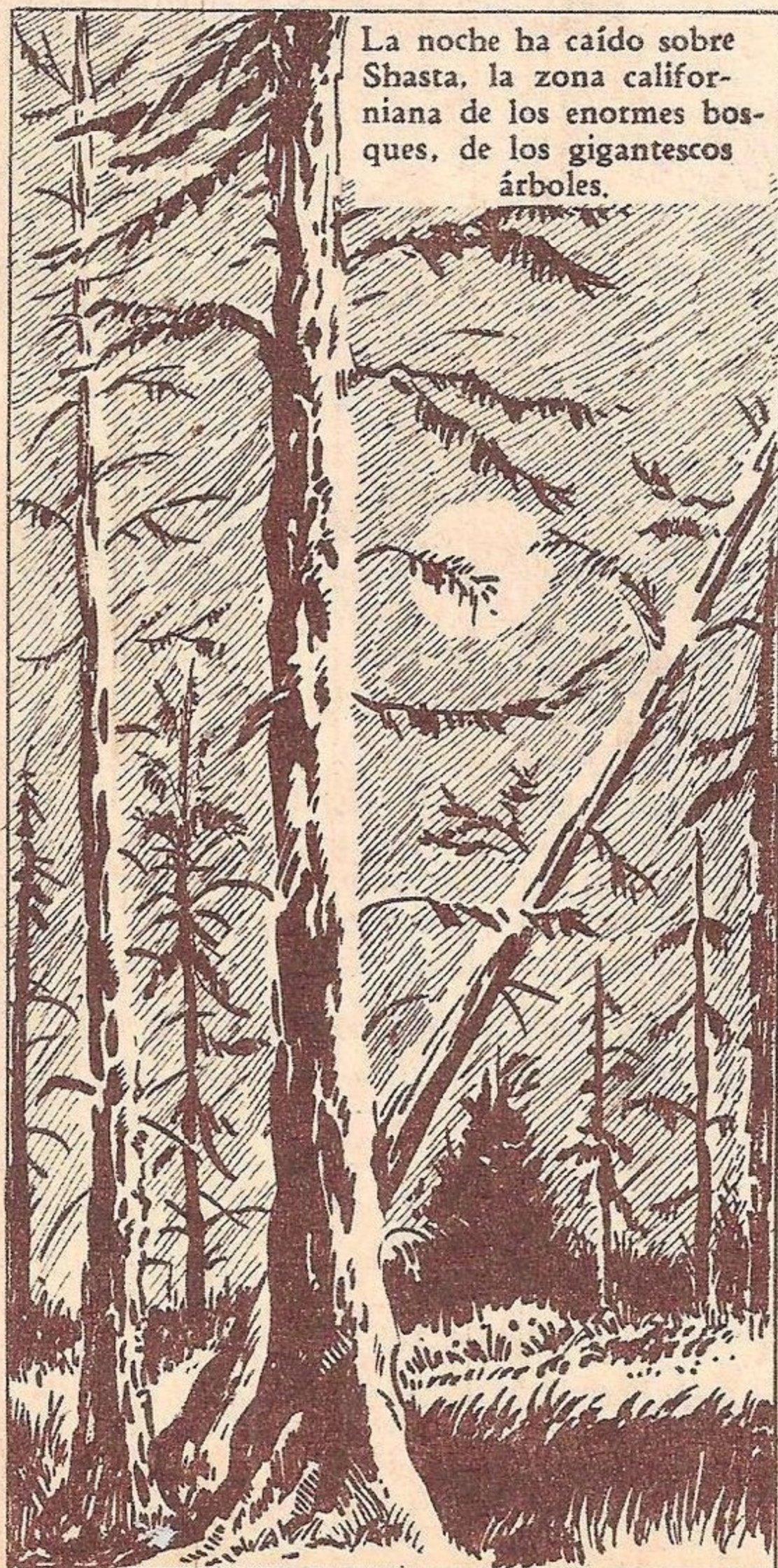
# LENGUAS DE FUEGO

POR  
FOSTER TENNER



ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE FERNAND



La noche ha caído sobre Shasta, la zona californiana de los enormes bosques, de los gigantescos árboles.

La puerta se abre lentamente en casa de Lina Yatt.



Un caballo espera, sereno, seguro de su misión. Alguien quiere huir aprovechando las primeras sombras de la noche.



Lina Yatt, una mujer madura y temperamental, dueña de esa masa de árboles que se abre ante sus ojos, grita: "¡Mara! ¡Mara!"



Al lado del caballo hay una muchacha de cabellos rojizos...



¡Esta vez me marchó y sin darte un beso, tía Lina!



Pero la joven aún no conoce a Lina Yatt.

¡Sobrina tonta! ¡Ven aquí y conversemos! ¡Habrás visto muchacha descarada!



La mujer —de rostro severo y sensible corazón— atrajo hacia sí a la muchacha. ¡Por dentro sonreía Lina Yatt!

(¡Así era yo cuando tenía su edad! ¡Indómita!)



Mara no tenía padres, y era única hija de Louise, la querida hermana menor de Lina, fallecida varios años atrás.

¿He sido, o no, como una madre para ti, Mara?



“¡Sí! ¡Sí! ¡Pero yo no quiero volverme loca en esta región del silencio, con esos árboles como fantasmas! ¡Soy joven; me marchó a San Francisco!”, gritó encolerizada Mara Hubey.



Lina permaneció quieta, pétrea, durante un largo minuto. Luego...

“Creo... que me voy contigo, Mara, hijita.” Dicho eso volvióse hacia la casa de troncos.



¡Cuarenta años desde que la construyó el abuelo Martín!

¡Por ser nostálgica has arruinado tu vida, tía!



“Ahora voy a cambiar. ¡Adiós al pasado! ¡Liquidaremos todo esto y compraremos una casita en San Francisco!”, exclamó Lina.

¿Tan decidida estás, y lloras? ¡Hum!



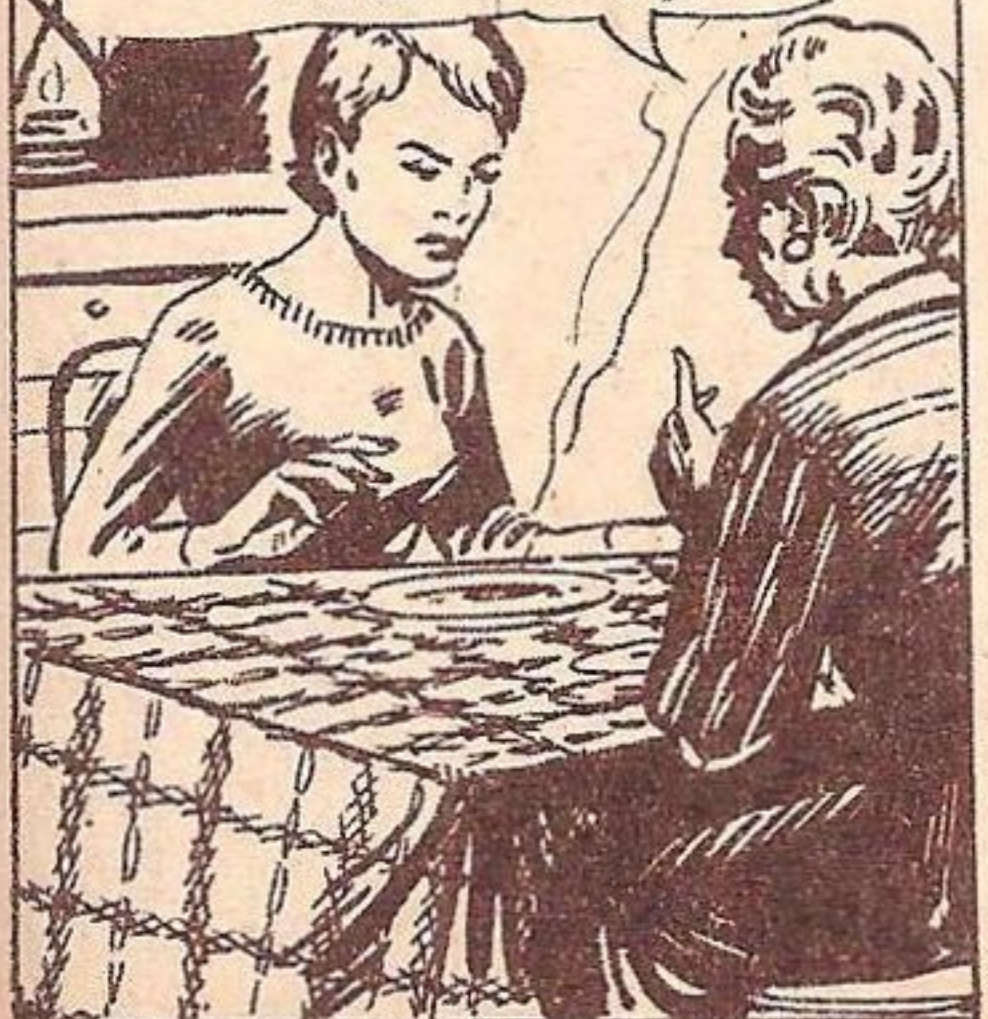
“¡Abandonamos Shasta! ¡Lo acaba de decidir Lina Yatt! ¡Y así se hará, aunque con lágrimas!”, aseguró la bravía mujer.

Ahora ven, Mara. La sopa nos espera, humeando generosamente.



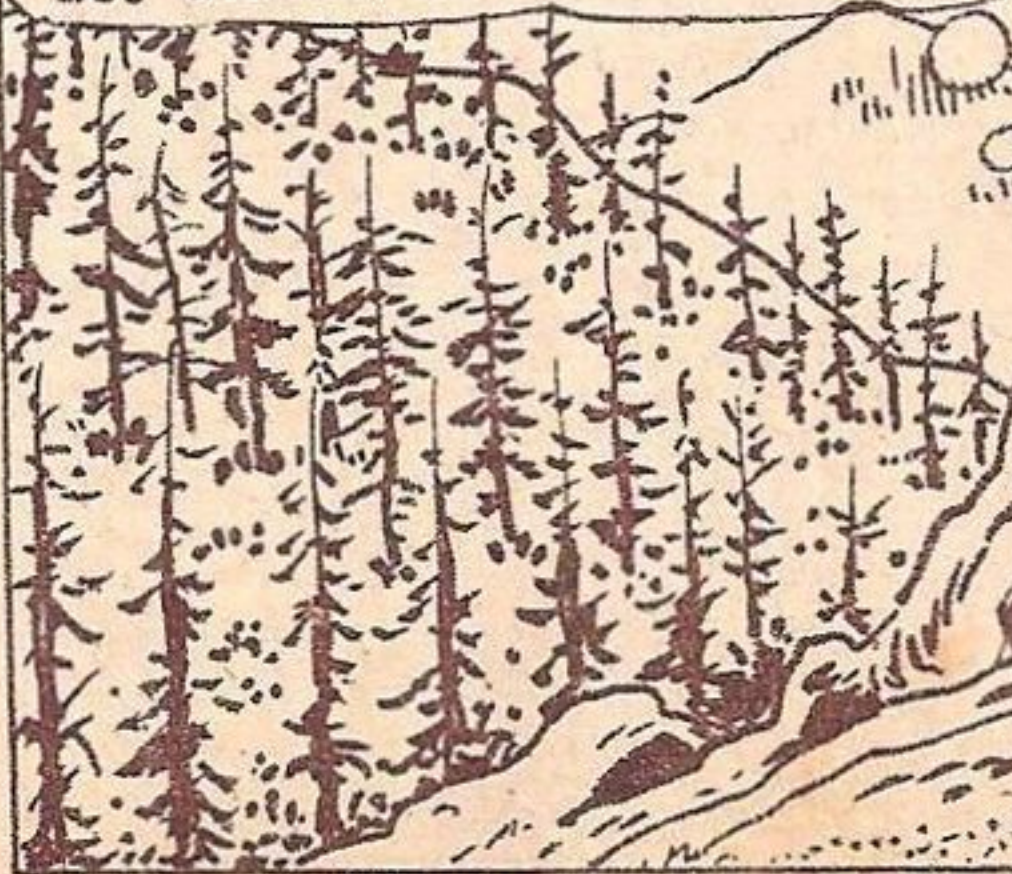
Durante la cena, prepararon un plan de acción.

Escribiré a Telemac Pruden pidiéndole cinco mil dólares. Se los devolveré en cuanto venda el bosque.



Lina Yatt se había acostumbrado a vivir modestamente con lo que le daba su pequeña granja. Los árboles crecían, envejecían —así como ella— ganando altura.

(¡Nunca quise matar los queridos árboles del abuelo Martín!)





Pero ahora había una sobrina que era como la hija que no tuvo. ¡Y le tenía tanto cariño a la bella y activa Mara!

(¡Por ella mataré ese puñado de árboles! ¡Y luego, a la ciudad! ¡A ese sitio de ruidos y escándalo!)



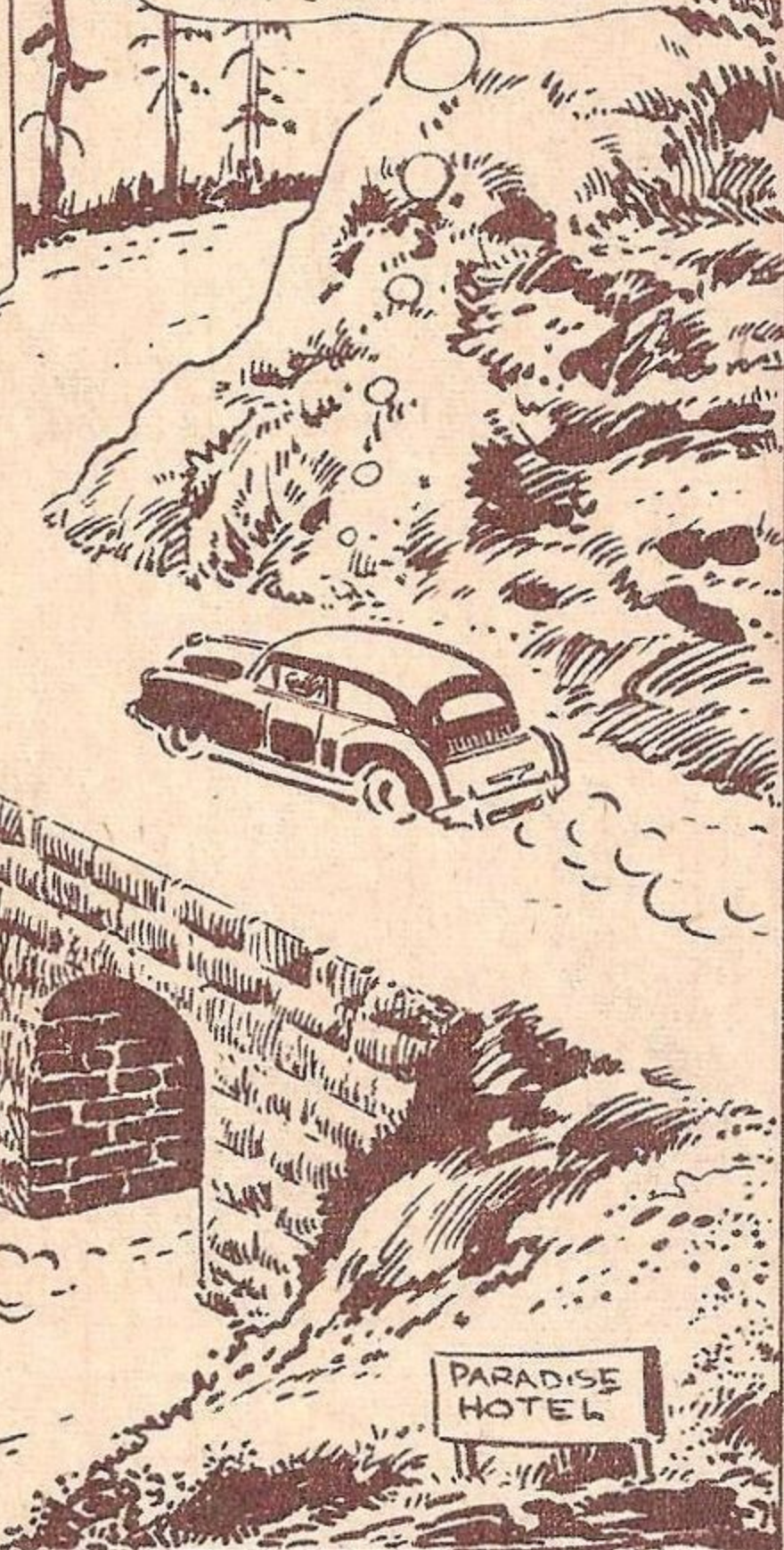
Telemac Pruden —que en sus mocedades fuera uno de los festejantes de Lina Yatt, recibió la carta de ella y se mecía los muchos cabellos grises, sonriendo.

(¡Lina Yatt! ¡La bella e imposible Lina... de 1930!)



El hombre trepó en su Ford modelo cuarenta y apretó el acelerador. "¡Un hermoso paseo a los bosques de Shasta! ¡Cómo estará Lina?", se preguntaba mirándose en el espejo del coche.

(¡Ah, qué vida! ¡Los años no pasan sólo para ti, Telemac!)



A la vista del lugar y de "la mujer que más amara", se estremeció como un colegial enamorado.



Lina llamó a Mara...

¡Mara! ¡Ha llegado el gentilísimo Telemac Pruden! ¡Albricias!



Telemac y Lina se miraron con simpatía y comprensión.

¡Hola, Telemac! ¡Bueno, puedes darme la mano, hombre...!



¡Querida Lina Yatt!

Tomaron unas buenas tazas de té.

¡Mara! ¡Telemac dice que cocinas muy bien y haces un té maravilloso! ¡A lo mejor te consigue novio!



Entre risas y charlas nostálgicas, los dos maduros seres llegaron al tema central.

¿Van a abandonar este paraíso para ir a enloquecerse en la ciudad? ¡Oh, no lo hagan!



Mara dejó de sonreír, y su tía gruñó:

De nada vale tu advertencia, Telemac. Dime, ¿vas a prestarme la suma que te pedí?



"No sólo te prestaré ese dinero, sino que me quedaré en Shasta para vigilar al que venga a derribar los árboles. ¡Suelen ser elementos de peligro; en su mayoría pandilleros o gangsters!", exclamó el hombre con mala cara.





Al parecer, Pruden se había accidentado en una pierna, golpeado violentamente por una máquina.



¿No sería que quisiste hacer tu voluntad, Telemac? ¡Ay, cómo te conozco, amigo mío!



“¡Mi socio era un tramoyista que quería hacerme pasar gato por liebre y yo no soy tonto! Cuando lo estaba investigando me rompí el tobillo”, trató de explicar el hombre.



¡Siempre fuiste muy pendenciero, Telemac! ¡Te conozco!

Pruden sabía mucho de árboles y su talado, pero nunca serviría para asociarse con otro.



¡Esta vez tu socio será... Lina Yatt! ¿Te parece bien?

Lina no quería aprovecharse de la bondad de su viejo amigo.

¿De manera que me asocias en la explotación forestal?

Sí; tengo confianza en el viejo “gallito” Telemac Pruden.



¡Gracias, hermosa! ¡Salimos ya mismo para la ciudad?

¡Contrataremos a la mejor empresa de San Francisco!



En la ciudad, y mientras Pruden retiraba el dinero del banco...

¿Así que la Empresa Holdie es la más seria del país? Bien. Contrataré a la Empresa Holdie.



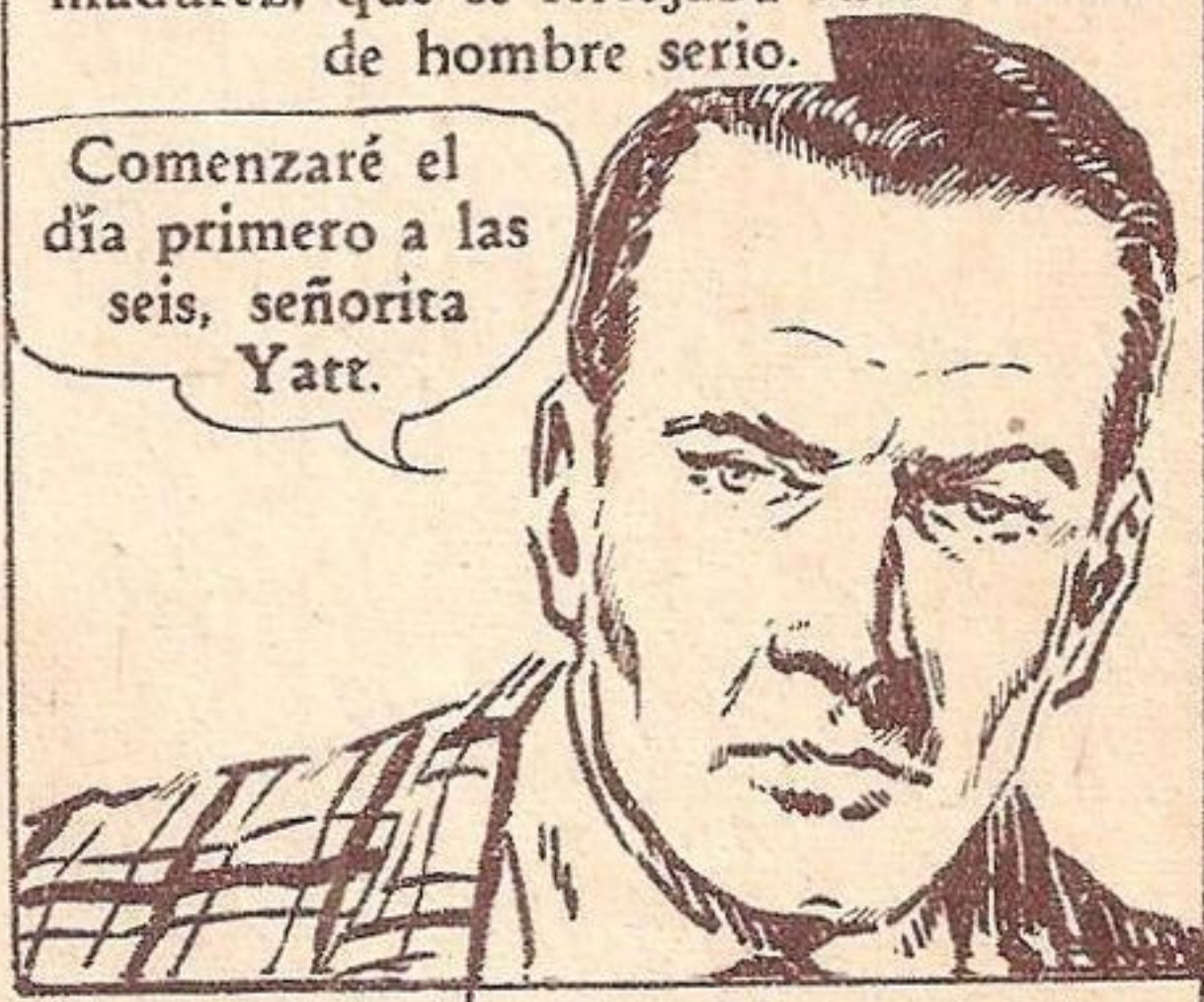
Así era Lina Yatt. Decidida y rápida para los negocios.

¿Puede empezar el día primero, señor Holdie? ¡Magnífico! ¡Piense que necesito hacer dinero, y pronto!



Tom Holdie tenía treinta años de edad y un aspecto de rudeza, laboriosidad y madurez, que se reflejaba en su rostro de hombre serio.

Comenzaré el día primero a las seis, señorita Yatt.



Lina se impresionó del tono delicado que usara el maderero para con ella y su sobrina Mara. Luego abundó en comentarios:

Un verdadero caballero, ¿eh, Mara? ¡Creo que vamos a dar una sorpresa a Telemac!



Grande fue la sorpresa de Telemac Pruden.

¡Con Tom Holdie me he peleado últimamente!



Lina resistió la mirada fulmínea de Telemac.

¡Ya he firmado el contrato!



¡Por no esperarme! ¡Siempre la misma cabeza dura!

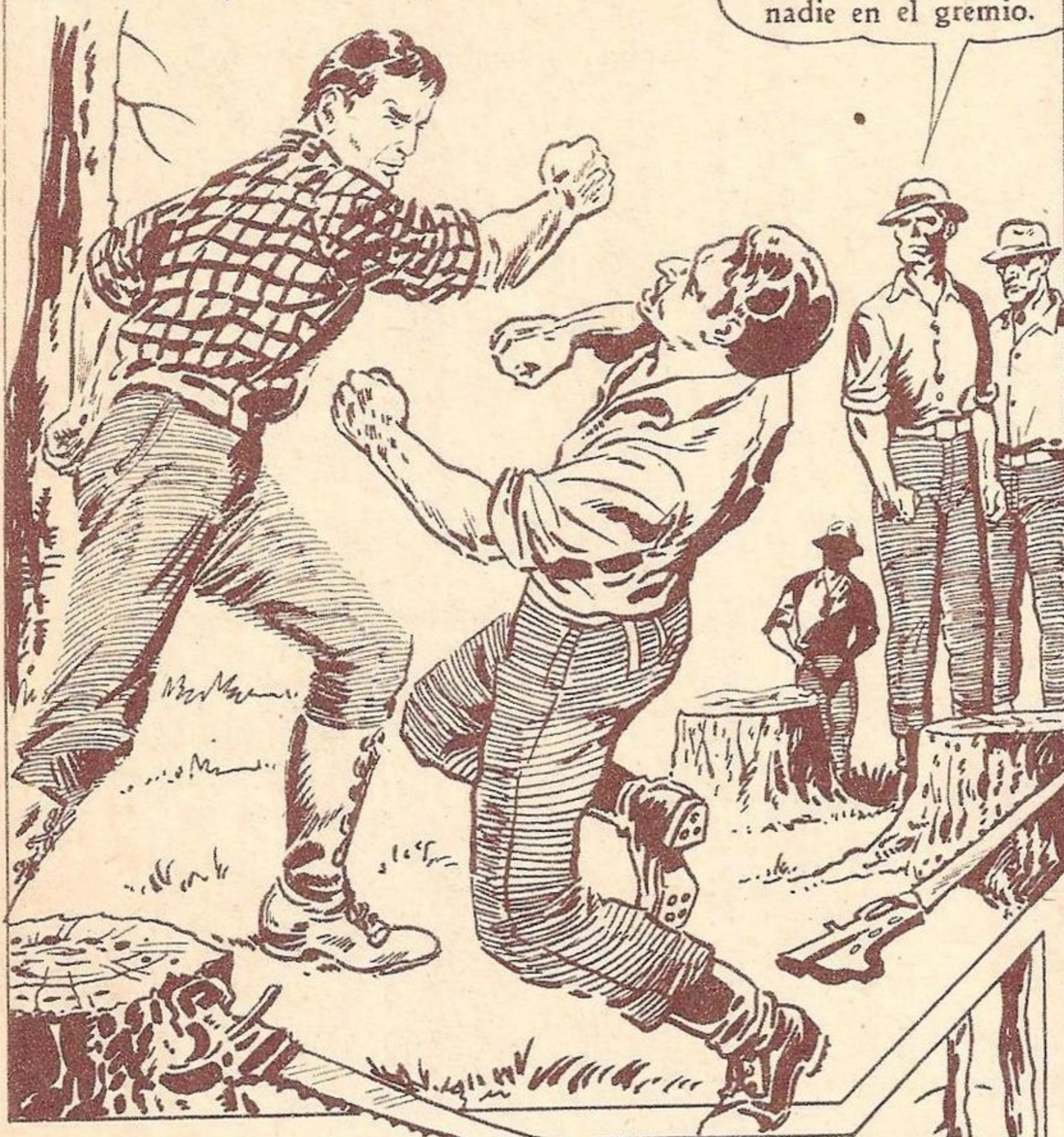
Lina Yatt estiró la mano imperiosamente.

¡Cinco mil dólares! ¡Y te digo que Tom Holdie me parece un gran muchacho! ¡No es así, Mara?





Tom Holdie tenía fama de "brazo de acero" con su gente y durante el trabajo entre la foresta.



¡Es un tirano! Pero también un tirano que paga mejor que nadie en el gremio.

Pese a la resistencia de Pruden, Lina y Mara dispusieron la casa de Shasta para la llegada de los hombres de Tom Holdie.



¡Demasiadas comodidades para esos pandilleros! ¡Bah!

Pruden gruñía a toda hora.



¡Te arrepentirás cien veces por haber contratado a Holdie! ¡Un tigre es mejor que Tom Holdie!

Lina se encogía de hombros.

¡Sostengo que ese muchacho de cara seria es buena persona! ¿No lo crees así, Mara?



La joven iba a contestar cuando el ronquido de los camiones de la Empresa Holdie atronaron el lugar. Tom saludó apenas y se quedó mirando los árboles.



Bueno; ahora no lo veo muy educado, ¿verdad, tía?

Lina justificó al hombre: "Se nota que es un apasionado de su trabajo. ¡Le interesan solamente los árboles que ha de talar!"



¡Una tierra magnífica para la agricultura, señorita Yatt! Cuando dejemos libres estos campos...

... "usted los podrá vender al doble de su precio real."

¡No son más las tierras, señor Holdie! ¡No son más! Todo es alquilado. Pero yo tengo los árboles.



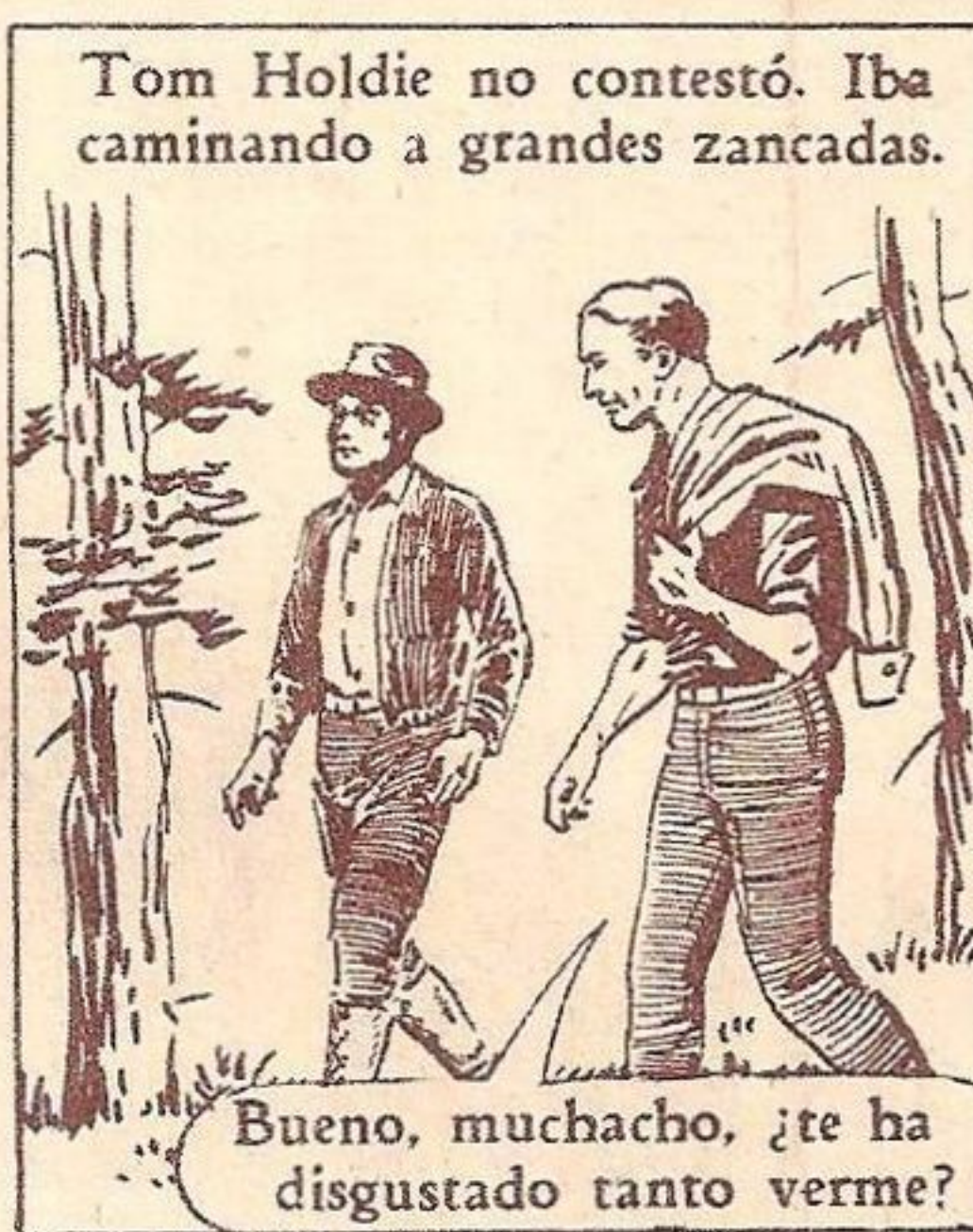
Tom trató de sonreír.

Madera excelente. ¡Muchos pies de gran madera! ¡Hará dinero!



¿Pronto...?







Tom Holdie agachó la cabeza y murmuró casi en un suspiro doloroso:

No tengo más remedio.  
¡Quédate!



El gigantesco Spencer soltó una alegre carcajada y palmeó a Tom.



¡Así se habla! ¡No te arrepentirás por tu buena acción, muchacho! ¡Puedo retirarme ya, mi general?

Holdie volvió hacia la casa de Lina Yatt. La arruga que llevaba siempre en la frente, se le había pronunciado más.



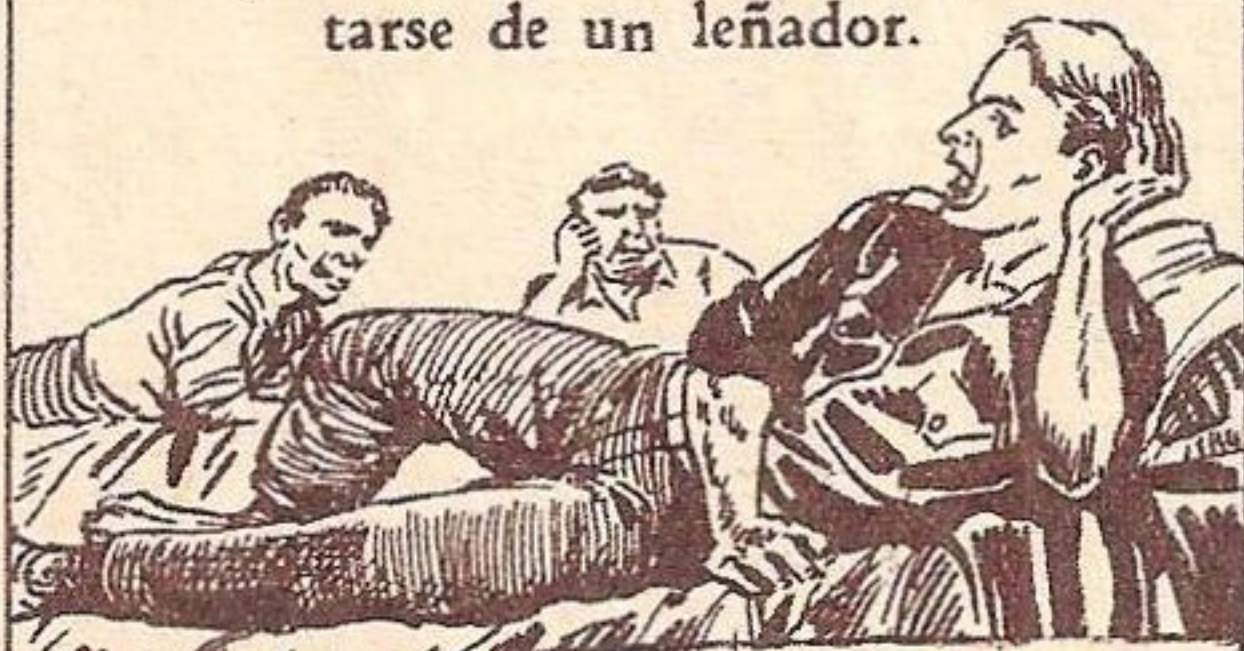
¡Todo el mundo a descansar! ¡Quiero puntualidad! ¡A las seis de mañana aserraremos el primer árbol!

Y se marchó hacia el lugar que los dueños de casa le destinaran.

(¿Qué misterio es éste? Bueno, mejor no pensar de más.)



Spencer estuvo cantando hasta bien entrada la noche. Tenía voz de barítono, y bastante buen gusto por tratarse de un leñador.



—¡Ahora "Río pantanoso", Spencer! ¡Vamos, otra más, amigo!

Mientras cenaban, Lina comentó a Mara y a Pruden: "¿No les parece que éste triste lugar de California se ha animado bastante?"



¡Conozco demasiado el carácter tiránico de ese Tom Holdie que ni siquiera sabe sonreír!

No me gusta. No me gustó ya desde un principio.

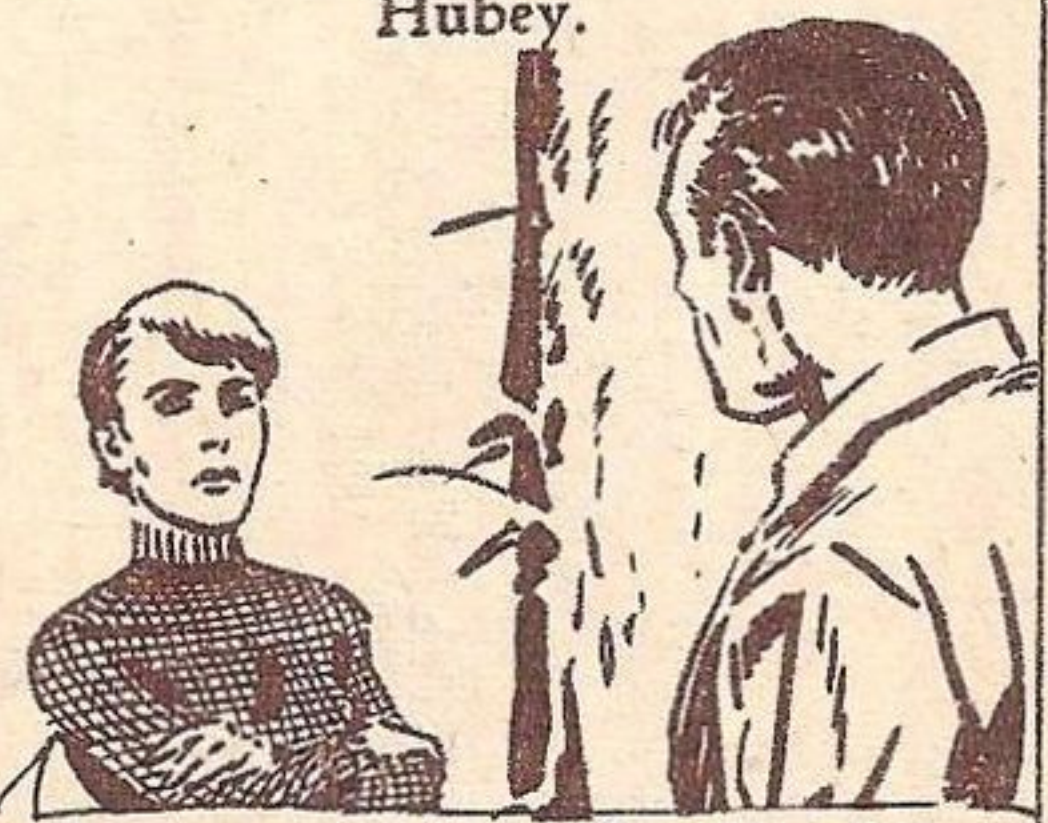


A las seis de la mañana siguiente, Tom Holdie aserraba el primer árbol del extenso bosque. Entonces el hombre se acercó a Lina Yatt y le dijo cortésmente: "¡Que sea con toda fortuna, señorita Yatt!"



Lo mismo digo a usted, señorita.

La mirada serena, azulada, del joven empresario, se posó en el rostro imperturbable de la bonita Mara Hubey.



¡Que sea pronto, señor Holdie! ¡Quiero marcharme a San Francisco y cuanto antes mejor!

Tom tuvo un gesto de sorpresa:

¡No cambiaría la vida al aire libre, por cien ciudades juntas! ¡Conoce la vida en la ciudad, señorita?



"No", contestó secamente la joven, agregando: "¡Y no quiero oír hablar mal de las ciudades! ¡Estoy harta de bosques, y pastos, y ríos!"

¡Llévese pronto esos árboles, señor Holdie! ¡Y traiga el dinero que dará un poco de dicha a mi corazón!



¡Oh! ¡Siento haberla contrariado!



Saludó con cierta torpeza, y colocándose el sombrero, marchó a sus ocupaciones. Lina reprendió a su sobrina:



¡Está bien, tía! ¡No dirigiré más la palabra a ese hombre!

La semana fue muy provechosa. El día domingo fue utilizado por Tom para irse a San Francisco. Mara lo vio irse; sentía envidia.



(¡Pronto me iré yo también a la gran ciudad!)

En la nueva semana de labor llovió torrencialmente.

¡Al trabajo! ¡Qué me importa la lluvia? ¡No puedo perder días!



Volvía a aflorar una amistad de muchos años.

"Ellas tienen apuro por este dinero", se decía a cada rato el responsable Tom Holdie. El veterano Pruden se había dado cuenta de cómo había tomado su trabajo el joven maderero, y ya lo trataba mejor.

¿Un cigarrillo, Tom? ¡Fuma, hombre! ¡Bah, descansenos un poco!



Veinte "descansos" en la semana significan cinco árboles menos.

Telemac guardó el cigarrillo rápidamente. Tom rompió a reír, y a poco Pruden soltaba también la carcajada.

¡Eres un excelente tipo, Tom, aunque por tu culpa yo me rompí este tobillo!



¿Por mi culpa, viejo cabeza dura; empecinado del demonio?

¿Te acuerdas cuando fuiste con mi padre a talar aquel estupendo robledal en Fresno? Ahí corté mi primer árbol.

Tu padre era un gran hombre.



¿Y tu hermano menor, el que se pasó la vida en Europa? ¿No supiste más nada de él?

No.



Holdie deseaba eludir conversaciones que le dolían.

El domingo visitaré al mayorista. Creo que podré traerles los primeros cinco mil dólares por la madera cortada.



¡Tráelos, Tom! ¡Bienvenidos los dólares!



Mara Hubey se hallaba en la estación ferroviaria ese domingo. Vio a Tom Holdie trajeado, calzado, acicalado como para una fiesta.

(¡Tomaré ese tren a San Francisco! Tengo uno de regreso a las dos de la tarde.)



Mara permaneció alejada del hombre todo el viaje. Le intrigaba ese "paseo" de Holdie a San Francisco. Llegados a ésta...



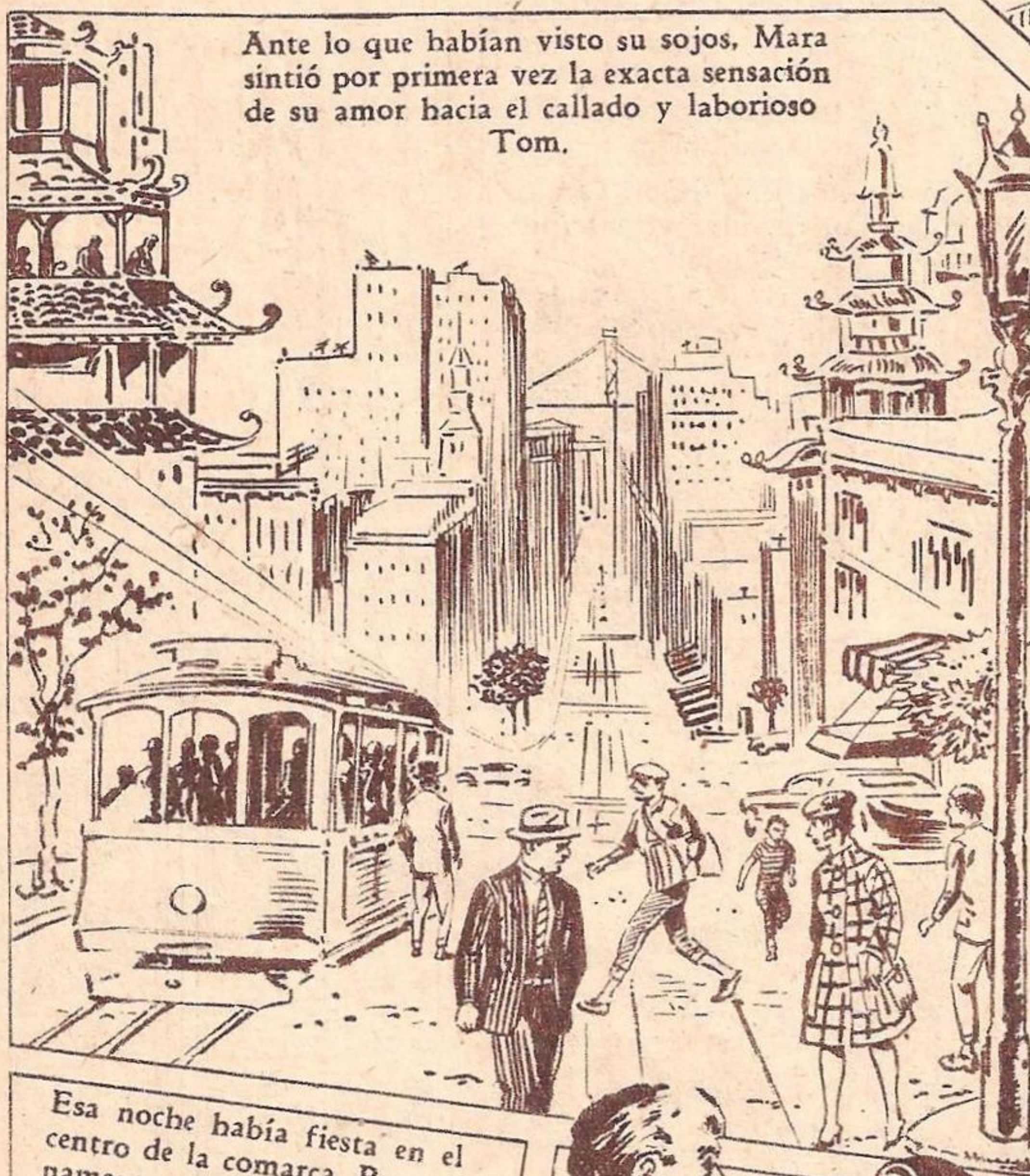
(¡Ah! ¡De manera que...!)

Una hermosa mujer esperaba a Tom Holdie al comando de un auto no muy flamante, pero aún atractivo en sus líneas. Y se marcharon.

(¡La novia del señor Tom!)



Ante lo que habían visto su sojos, Mara sintió por primera vez la exacta sensación de su amor hacia el callado y laborioso Tom.



¡El corazón saltaba en su pecho! ¡Estaba angustiada, desesperada! Regresó a Shasta y no contestó a las preguntas de su tía.

¡Estuve paseando, tía! Soy mayor de edad, ¿no es así?



Lo soltó con rabia; con pena infinita.

¿Y ahora, muchacho? ¿Lo harás meter preso a tu hermanito?

¡No tienes derecho! ¡No tienes derecho, maldición!

Esa noche había fiesta en el centro de la comarca. Repentinamente se hizo presente en ella Tom Holdie. En su rostro había sombras.

¡Spencer!



El nombrado se acercó fanfarroneando. Había bebido más de la cuenta. Tom lo tomó de la camisa y le dijo por lo bajo: "¡Me han contado tu nueva hazaña! ¡John Margus dice que le estafaste en ocho mil dólares, y te ha denunciado! ¡Eres un miserable; un...!"





Mara Hubey observaba la extraña escena de esos dos hombres. Finalmente vio a Tom yéndose cabizbajo hacia la casa del bosque, y al individuo llamado Spencer volver al baile, sonriendo.



Desde un rincón, cierto hombrecillo calvo estudiaba los movimientos de Spencer —era en realidad James Spencer Holdie, el hermano menor de Tom—. En un momento dado el hombrecillo dio una phoneada. —Sí, supongo, sheriff... ¿Va a venir?

El sheriff de Shasta era el hombre menos activo del mundo, pero cuando le dijeron que por la captura del "alias Spencer" podía hacer méritos para que le aumentaran el sueldo, voló.

¡Lo siento, sheriff! ¡Spencer ha desaparecido!

¡Eres un inútil! ¿Cómo lo dejaste escapar?



Tom pasó espantosa noche. Aún continuaba pagando a "Barwen y Compañía" los daños causados por el diabólico James Spencer Holdie, en una estafa del año 1959 que Tom consiguió silenciar con dinero. ¡James Spencer era casado y tenía un hijo de corta edad!

(¡La pobre Grace y el chiquito! ¡Oh, estoy harto, harto!)



Extenuado por esa noche de aquellarre, Tom se presentó a sus obligaciones con un genio tremendo. No quiso atenderlo al camionero que le advertía "por el peso exagerado de los troncos que debía transportar a San Francisco".

¡El camino está malo, barroso! ¡Se lo digo por su bien!



Tom, nervioso, desencajado, aplicó un trompis al camionero.

¡Bájese, vagabundo! Bájese ya mismo del camión!



Telemac Pruden hizo un rápido análisis de la situación. Fuera de ese hombre despedido, y él — aparte de Tom — nadie manejaba camiones entre los leñadores.

¡Y había que hacer llegar la carga a la ciudad!

(Si se lo digo a Tom, me saltará a la cara: "¡Eres viejo para manejar este monstruo con acoplado!")



Pruden se incrustó en la cabina del camión y arrancó. Tom Holdie se enteró quince minutos después. Menó la cabeza y sonrió: "¡Este viejo Pruden! ¡Siempre el mismo testarudo!" Tom buscó a su hermano Spencer, sin hallarlo.



(¡Con seguridad que el sheriff vendrá pronto por él!)



Lina Yatt y Mara se acercaron al dueño de la Empresa Holdie con las ollas de té caliente. Era la ración de la media mañana.

¿Qué le sucederá a Tom? ¿Está nervioso, violento!



Algún contratiempo con su novia.

“¿Su novia? ¿Qué sabes tú de eso, Mara? ¡Eres fastidiosa!”, exclamó Lina, ignorando que la joven había visto la escena en la estación de San Francisco.



El pesado camión cargado con los troncos recién cortados, tomó la curva hacia Río Sacramento. Pruden abrió tremendos ojos.

(¿Spencer? ¿Qué hará por estos lugares solitarios?)



El bandido esperaba el paso del camión de la empresa forestal.

¡Lléveme a San Francisco! ¡Mi esposa está muy enferma!

¡A otro perro con ese hueso, Spencer! ¿Qué ha hecho usted?



Spencer alargó su brazo y alcanzó a Pruden en el rostro con un directo traidor. El veterano cayó a tierra. El malhechor se hizo cargo del camión y escapó a enorme velocidad.

¡Espere! ¿Piensa... que es un... bólido de carrera?



El camión se alejó del maltrecho Telemac Pruden que sangraba muchísimo de la nariz. A poco, el pobre hombre se desvanecía.



Cuando volvió en sí, encontróse con un impresionante espectáculo. Del lado oeste se elevaban lenguas de fuego a gran altura. El bosque todo iba a incendiarse! Pero, ¿por qué?

Ante el mismo enigma se encontraban los funcionarios de la Dirección de Mantenimiento Forestal.



Sí, señor; ¡gran incendio en el sector R. 10, por causa aún no aclaradas!

El helicóptero de La Dirección elevóse prestamente. Su piloto irradió más tarde el siguiente mensaje: “Camión volcado y presa de las llamas. Causa del siniestro”...



El espectáculo igneo fue observado también en la zona perteneciente a Lina Yatt.

Tom

Holdie saltó sobre su jeep y tomó el camino a Río Sacramento. El encontraría al veterano Pruden.



¡Nada menos que tu hermano, ese forajido! ¡Pobre Tom, pobre!

Holdie ayudó a Pruden.

¡No, ¡no! ¡Te acompaño hasta el lugar del desastre, Tom! ¡Vamos, vamos, hijo!



Tres millas más y el camino estaba cortado por la impresionante pira. Tom sintió que las lágrimas afluían a sus ojos.

¡El era el preferido de mi finada madre! ¡James no se portó bien nunca, nunca! ¡Dios lo perdone!



Las sirenas de las autobombas de la Dirección Forestal, dejaron escuchar su helado y extenso alarido.

Vamos, Pruden. Ahora les toca a ellos trabajar.





La perfecta organización que se oponía al inmenso incendio fue triunfando lentamente, merced a sus medios ultramodernos.



¡Reconozco que hoy el fuego puede ser vencido más rápidamente que en 1920, cuando derribé mi primer árbol!

El sheriff de Shasta conversaba con Tom Holdie sobre Spencer...

Los restos que sean enviados a San Francisco, por favor, sheriff.



No se preocupe, Holdie. ¡Y lo siento tanto!

Divulgada la verdadera historia de los hermanos Holdie, Lina Yatt exclamó: "¡Estaba segura de que Tom era todo un hombre!" Por su parte, Mara Hubey era presa de un auténtico estupor. ¡Aquella mujer era la cuñada de Tom!



"La mujer que junto con su hijito era ayudada también por este callado y extraordinario muchacho", agregó Pruden. Mara, entonces, contó el paseo a San Francisco en aquel domingo anterior.



¡Oh, Bendito Dios! ¡Mi pequeña se ha enamorado! ¡Qué dicha!

Invitaré especialmente a Tom para que cene con nosotros, y escuche tu declaración de amor, Mara.

¡Es seguro que tendré que hacerlo yo! ¡Tom Holdie es un tímido!



Pero Tom no tuvo que decir palabras para contestar al cariño que asomaba a las pupilas de la joven. Respondió con la limpidez de intenciones grabadas en sus ojos azules. Y se besaron...



La excelente madera de los doscientos árboles que pertenecían a Lina Yatt, redondeó una buena suma de dinero. ¡Iban a poder comprar en San Francisco una casa el doble de grande de lo pensado anteriormente por tía y sobrina!

¡Magnífico! ¡Como que tengo que albergar a un esposo, tía Lina!



Y también a un huésped, querida Mara! ¡Pagaré mi pensión puntualmente! ¡Ahora tengo dinero, y como soy un hombre honrado, elijo...



... "el hotel" que más me agrade! ¡Y hasta es seguro que pediré la mano de su digna dueña, miss Yatt!"



¡Como lo hice tantas veces, sin suerte, en estos últimos cuarenta años! ¡Es cierto, amor mío?



Un hálito de felicidad escapaba de los bosques y marchaba, airosamente, a la conquista de la enorme y ruidosa ciudad, cien millas al norte, y en el Estado de California.

FIN



# FELICITACIONES...



Ud. es el  
hombre  
"clave..."  
usted es

## DIBUJANTE MECANICO



Estudie en el ma-  
yor Instituto Téc-  
nico de Estados  
Unidos sin moverse  
de su casa.

Cada día es más buscado el hombre "Clave" en la industria. Todas las fábricas necesitan **dibujantes mecánicos**. Gane muy bien dibujando, creando y proyectando maquinarias de todo tipo. A poco de iniciado un curso, bajo la dirección de nuestros experimentados profesores, ya estará Ud. en condiciones de interpretar proyectos de construcciones mecánicas

### INTERNATIONAL CORRESPONDENCE SCHOOLS

Avda. de MAYO 1370 - Buenos Aires

#### CURSOS PROFESIONALES

- ☐ Ingeniería Mecánica
- ☐ Ingeniería Eléctrica
- ☐ Ingeniería Química
- ☐ Arquitectura
- ☐ Ingeniería Civil
- ☐ Ingeniería de Construcciones
- ☐ Ingeniería Industrial

#### CURSOS TECNICOS

- ☐ Técnico en Radio y TV.  
(con tres equipos de práctica)
- ☐ Técnico en Motores Diesel
- ☐ Técnico Electricista
- ☐ Dibujo Mecánico
- ☐ Administración Comercial
- ☐ Químico Industrial

- ☐ Técnico en Construcción
- ☐ Perito Mercantil
- ☐ Tornero
- ☐ Contador
- ☐ Matemáticas y Dibujo Mecánico
- ☐ Técnico en Dinamos y Motores
- ☐ Técnico Mecánico Electricista
- ☐ Refrigeración
- ☐ Dibujo Arquitectónico
- ☐ Técnico Textil
- ☐ Mecánica del Automóvil

#### IDIOMAS

- ☐ Inglés (con discos)

#### ARTES DOMESTICAS

- ☐ Corte y Confección (con telas gratis)

Indique con una cruz (x) el curso que le interesa

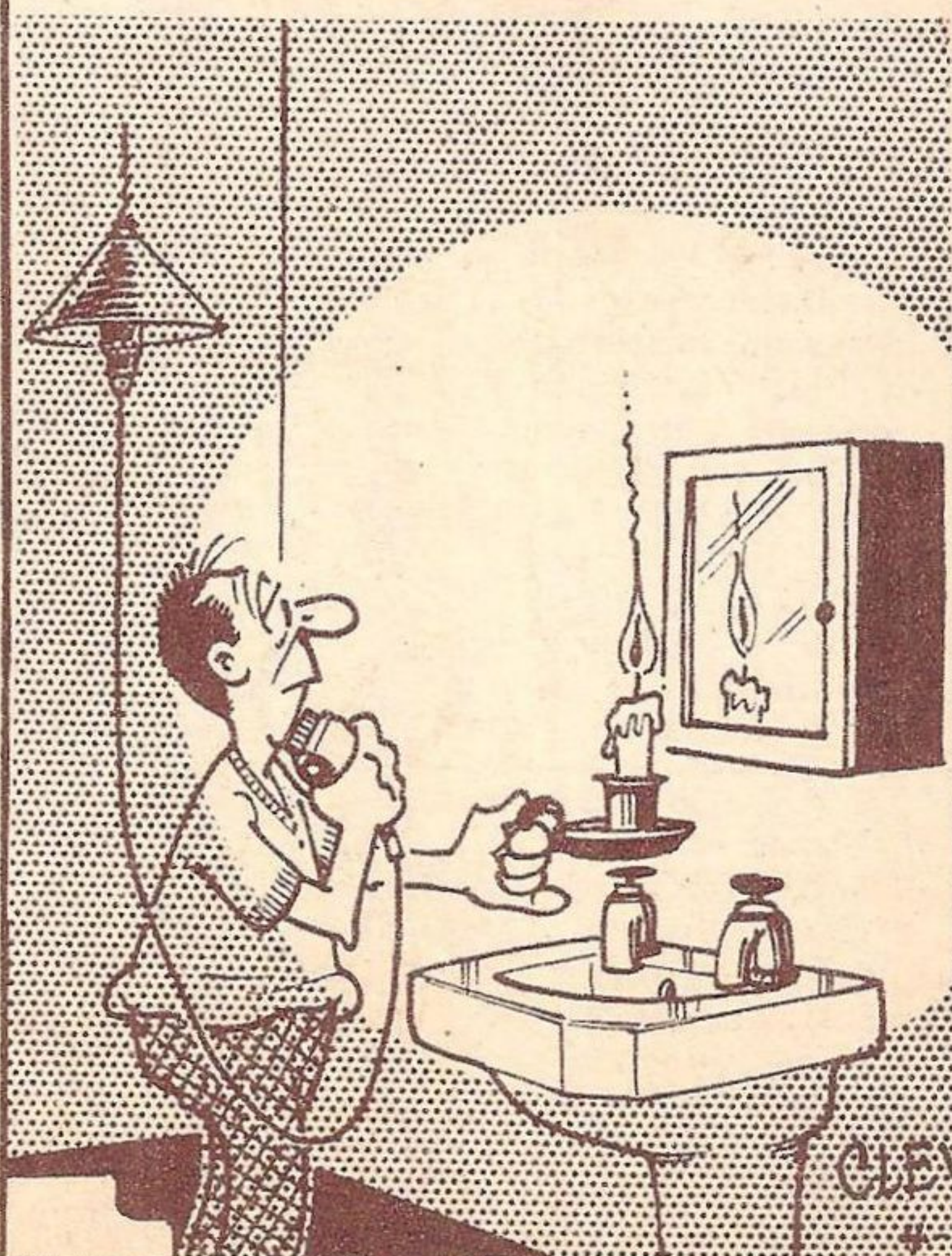
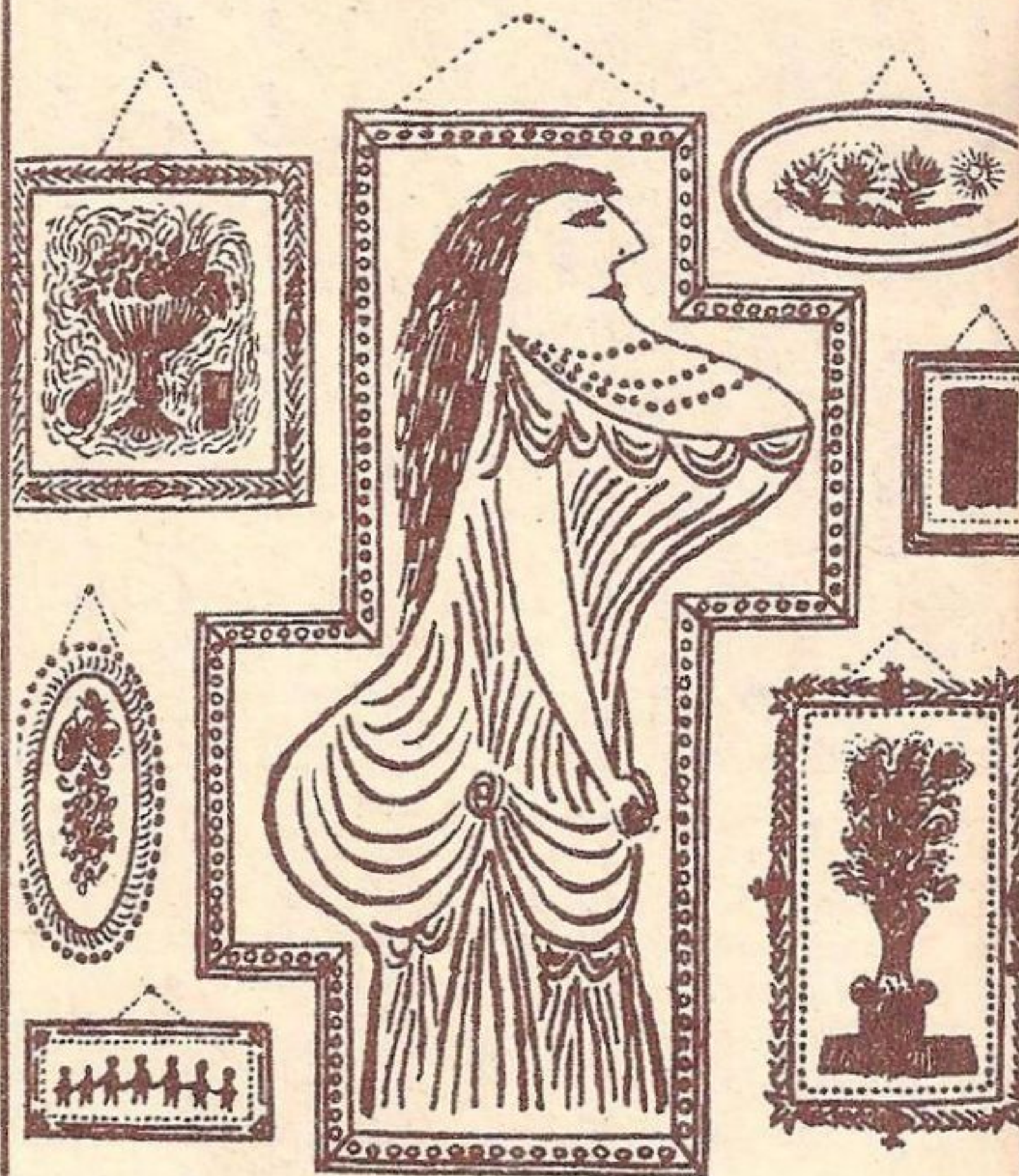
NOMBRE ..... LOCALIDAD .....  
DIRECCION ..... PROVINCIA .....

Me interesa el curso de .....

Tenemos convenios de capacitación de personal con más de 7000 empresas comerciales e industriales

ALAMA

# SIN PALABRAS



C-12-62-75



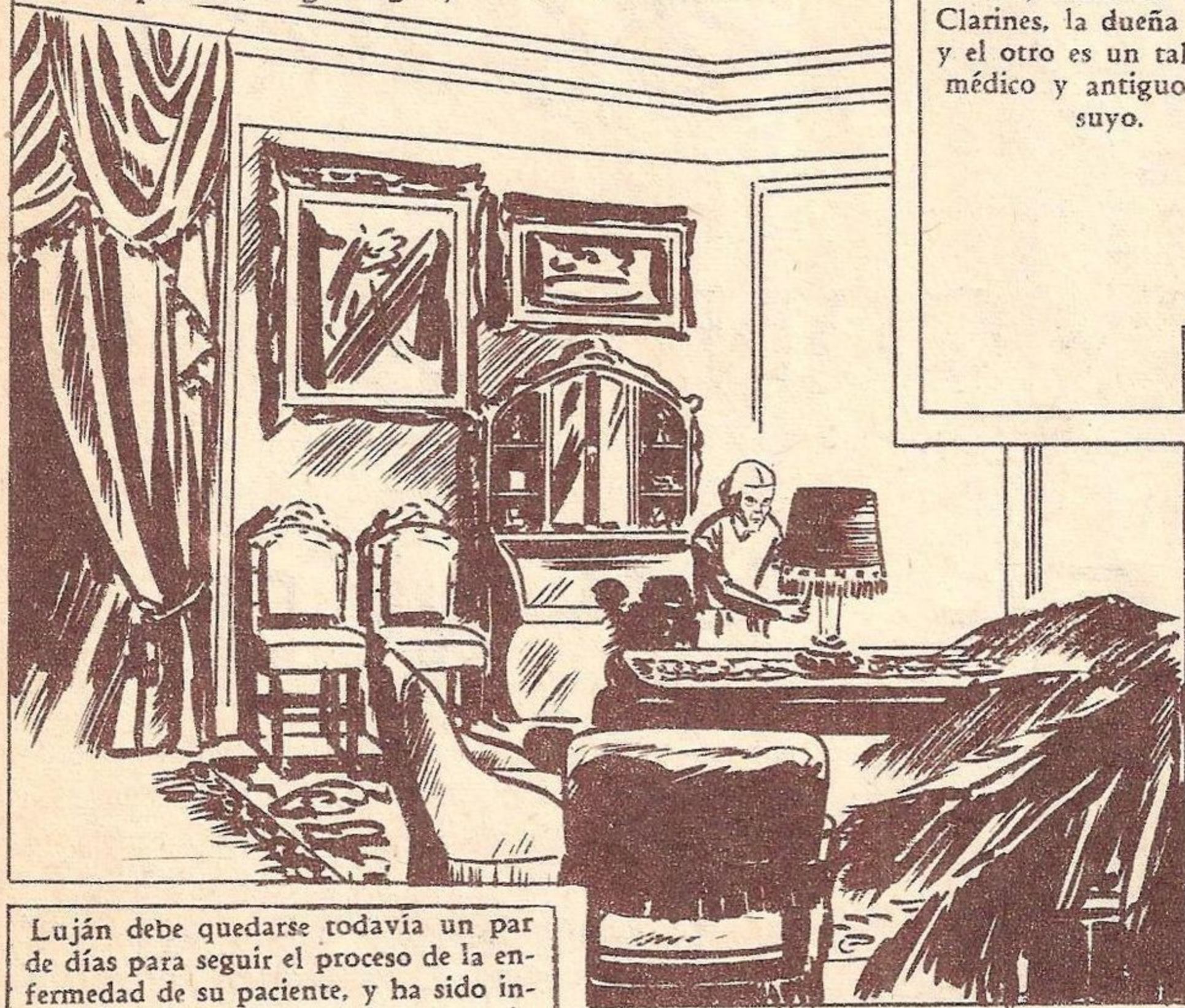
# Doña CLARINES

ADAPTACIÓN

Por S. y J. ALVAREZ QUINTERO

DIBUJOS DE MARTHA BARNES

En una habitación de muebles antiguos, pero ricos y bien cuidados, hay una viejecilla activa y despierta ocupada en cerrar contraventanas y encender la lámpara que primero fue de petróleo, luego de gas, y ahora de luz eléctrica.



Apenas concluyó de hacerlo, cuando entraron dos caballeros. Uno, don Basilio, hermano de doña Clarines, la dueña de casa, y el otro es un tal Luján, médico y antiguo amigo suyo.



Don Basilio es un señor que viste con desaliño. El otro es reposado y tranquilo. Viene con aspecto de haber andado a caballo unas cuantas leguas, y lo cierto es, que habiéndose trasladado hace sólo unos meses al pueblo vecino para ocupar el puesto desierto de médico de la localidad, se había encontrado por casualidad con su amigo en Guadalema, que se niega a atenderse por el médico del lugar. Y como en Guadalema vive don Basilio, y Guadalema no es por cierto muy grande, los dos amigos se han mostrado encantados con el encuentro.

Luján debe quedarse todavía un par de días para seguir el proceso de la enfermedad de su paciente, y ha sido invitado a hospedarse en la casa en la cual ahora acaban de entrar.

En fin, que te agradezco muy de veras tu hospitalidad. La verdad es que la comida de las fondas me aterra, y las camas, ¡no se diga!



No se hable más de ello. Tata, ¿todavía estás ahí? Pues a ver si entre Marcelita y tú disponéis habitación para el señor. También le puedes decir a mi hermana que aquí está mi amigo Luján que desea saludarla.

Tata, que es la viejecilla que cerraba las ventanas, le dice en voz baja a don Basilio:

¡Va a soltar una descarga de fusilería!



¡Ya lo sé! Pero si no es ahora, será luego más tarde.



La viejecita, encogiéndose de hombros, sale de la habitación para volver al poco rato y, encarándose con Luján, comienza a hablar:

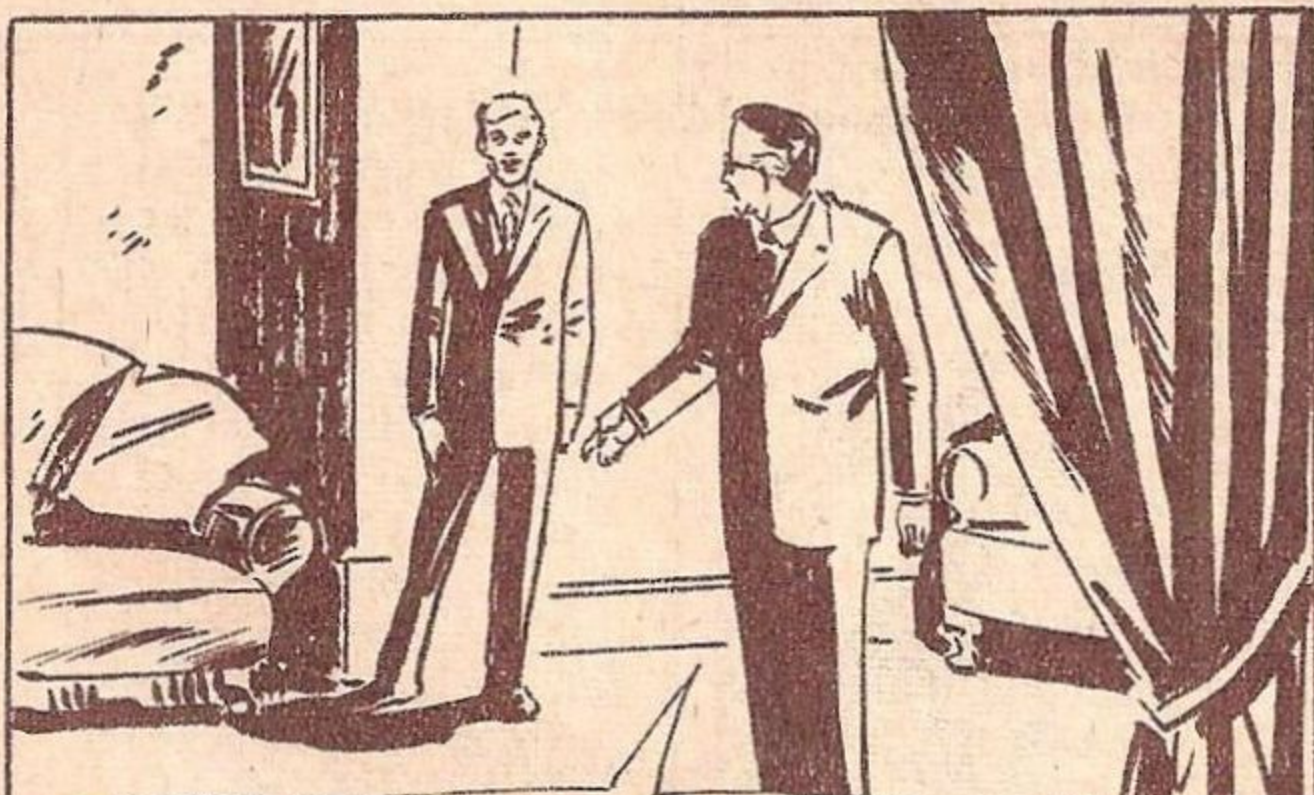


Bueno, señor, es costumbre de la señora que sus servidores demos los recados a todo el mundo de la misma manera que ella los da.

Bien. Me parece muy bien.



—Pues mire usted. Yo le he dicho que había llegado un amigo de don Basilio. Y ella me ha dicho, “que dime con quién andas y te diré quién eres.” Que está en el oratorio y que no sale porque no quiere ver visiones.



¿Qué es, Basilio? En los cuarenta y nueve años que tengo no me ha ocurrido cosa igual.

¡Ay, querido Luján! Dios te ha enviado a Guadalema a cumplir al lado mío, en el caserón de los Olivenzas, un alto deber profesional. Mi hermana Clarines ha perdido el juicio.



¿Qué me cuentas?

—Lo que oyes. Sufrió una conmoción moral extraordinaria, y desde entonces, su carácter se desquició. Dio en mil manías y aberraciones y ha llegado a tal punto, que creo un deber de conciencia, ya que estás aquí.

¿Quieres explicarme?



Consultar contigo el caso.

¡Diablo, diablo!



Sí, esta desgracia que yo te anuncio con el temor de que tu ciencia pueda llevarme a la certidumbre, es ya un hecho para toda Guadalema: “Doña Clarines está loca”



¿Qué vida lleva ella?

La más extraña que puedas imaginarte. O en sus habitaciones misteriosamente encerrada. Si alguien viene a verla, no...



...está seguro de que ella no lo insulte y lo haga salir volando por las escaleras. A excepción de Tata, la vieja, que desde niña la conoce y la quiere, no hay criado que pueda resistirla ocho días seguidos.

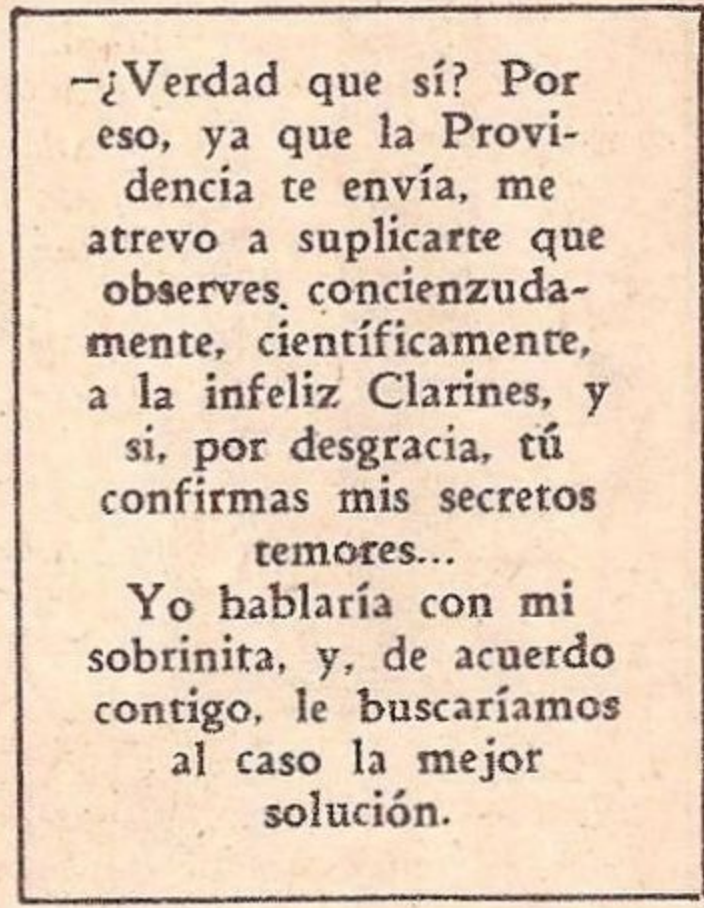


Ninguno para en esta casa. ¡Y cuidado que se les paga con largueza! ¡Pues ninguno para! Todos se van jurando y perjurando que está loca.



¿Y quién le administra sus bienes? ¿Quién lleva el cargo de su hacienda?







Mil gracias. No podía yo sospechar que manos tan lindas...

Vamos, hombre, ven a tu alcoba, cepíllate un poco, y vamos a dar una vuelta por ahí.



Cuando se van los dos amigos, Marcela piensa en voz alta:



Es muy simpático este señor, y parece que tiene más sesos que el tío Basilio. Poco se necesita...

Pero no dura mucho la soledad de Marcela, ya que, en ese momento, sale por la puerta de sus habitaciones doña Clarines seguida por Tata. Doña Clarines es una señora de buen porte y poderosa simpatía.



Viste con gran originalidad, con gusto personalísimo, dentro de una graciosa sencillez. Se expresa en tono campechano y noble a la par; enérgico, sin sombra alguna de afectación.



Marcela, que siente por ella una mezcla de miedo y admiración, intuyendo que va a hablarle de algo que no desea, trata de desviar su atención.

Tía...



Espérate un momento.

¿Estorbo?

Sí.



Me lo había maliciado. ¿Qué vamos a comer mañana?

Lo que hoy.



Y hoy lo que ayer.



Y siempre lo que a mí se me antoja. ¿Quieres no replicarme, Tata? Todo este preguntar ahora que se ha de guisar, es entretenerse para oler lo que aquí se guisa.

¡Dios de Dios! Pero, ¿cómo adivina usted las intenciones?









Esas aficiones de la tía me pusieron sobre la pista.



No la entiendo a usted...

Me entiendes perfectamente. El domingo pasado se prolongó la visita más de lo acostumbrado; has venido colorada y con un dedo manchado de tinta.



Marcela se mira disimuladamente la mano derecha, y doña Clarines capta al vuelo aquel gesto.

De la mano derecha, sí. Yo te pregunté: "¿Qué tienes, chiquilla? ¿Qué sofoco es ese? ¿Cómo has tardado tanto?"



Es que la niña estaba... escribiendo.



Marcela se compunge, pero doña Clarines no se deja ablandar.



No, nada de lagrimitas ahora. Me has engañado como yo no merezco. Tienes un novio como un castillo, le escribes ahí enfrente, y ahí enfrente...

...recibes sus cartas, que vienen a nombre de doña Sebastiana, la tía de tu amiga. Son las únicas cartas de amor que habrá recibido esa tarasca en el siglo y medio que lleva a cuestas.



Perdóneme, tía. Quiero mucho a mi novio, y temí que usted se opusiera a las relaciones.

¿Por qué había de oponerme?



Como tiene usted ese genio tan raro...

¿También tú? Yo nunca me aparto de lo justo; y las rarezas de mi genio consisten en que le digo las verdades al lucero del alba. Alguna falla tendrá el señorito. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?



Miguel.



Miguel ¿qué?



Marcella calla y su tía se excita.

¿Miguel qué? ¿Necesitas preguntárselo a doña Sebastiana?

¡Qué cosas tiene usted! Confíe en que yo no había de ponerme en relaciones con quien no mereciera mi cariño.

Tú eres muy niña para juzgar a ningún hombre. Tan segura como estás tú de él necesito estarlo yo.

El... acaso venga a Guadalema...

Rápidamente llega la respuesta de doña Clarines.

Si no es que ya no ha venido...

No, señora.

Cualquiera se fía de tus negativas. Pero, en fin, haya venido o no, cuando venga, vendrá a verte a esta casa. Tus visitas ahí enfrente se han concluido. Por mi parte, con oírlo un par de veces nada más, lo diseco.

Y si como barrunto, es un zascandil...

¿Un zascandil?

Muy cerca ha de andarle el hombre que, conociendo quién soy para ti, se oculta de mí y se vale de tapujos y tercerías. Limpio se juega.

¡Tía Clarines!

No hablemos más del particular. Más no ha de durarte la congoja, ya que probablemente se tratará de una chiquillada.

Todo lo compone usted a su gusto...

Punto final.



Así diciendo, doña Clarines se retira y poco después entra Tata en la habitación.

¿Se acostó la señora?

Por lo menos se fue a su cuarto.

¿Qué tienes tú?  
¿Ha habido  
regañina?

Sí, Tata, sí, la  
ha habido. Y  
dura.

¿Qué es eso, nena? ¿Por qué lloras?

Estoy muy triste. Se ha ido muy en-  
fadada la tía.

-Algo malo habrás hecho tú; porque ella es la justicia misma.  
Ocultarle una cosa que podía ser motivo de disgusto, no creo yo que sea mala acción.

¿Motivo de disgusto para la señora? A ver, a ver...  
¿Qué es ello, nena? Tienes novio, ¿eh?

Un novio, Tata, que me quiere. Si él no me quisiera, mi vida valdría mucho menos; desde que él me quiere, vivo más.

Y si me dijeran que para vivir a su lado tendría que dar los ojos, los ojos daría, que yo sé que sin ver, siempre encontraría su mano que me guiase. ¿Comprende usted cuánto lo quiero?

Comprendo la regañina de la tía.  
¿Y es de Madrid, por ventura, ese lazarillo?

De Madrid. Pero es-  
tá en Guadalema ya.

¿Lo sabe doña Clarines?

Lo sospecha, no lo sabe de cierto.  
Ni sabe tampoco que esta noche  
voy a hablar con él.

¿Esta noche? ¿Dónde?

Abajo, en el jardín. Por la verja.



No, eso no. Por la verja no.

Tata, si no es más que esta noche. Si él, Miguel Aguilar, ha venido a Guadalema para hablar con mi tía, pero antes es preciso que los dos hablemos.



¿Aguilar?...



Sí, hijo de don Guillermo Aguilar.



Al oír aquel apellido, ha puesto ya Tata cara de oler el peligro, pero ahora que su sospecha se ha confirmado, se muestra sencillamente espantada.

¡Animas benditas!



¿Ve usted, Tata, qué misterios tiene la vida?

¿Por qué he venido yo a parar a la única casa donde el nombre de Aguilar lleva consigo un recuerdo tan doloroso?

¡Oh! ¡Cuando doña Clarines se entere! ¡Remover, al cabo de los años, aquellas memorias!



¿Cree usted que no perdonará doña Clarines?

A ese hombre, ¡nunca!



Pero, ¿tan grave fue?...

¿Tan grave, dices...?



Y tras esta exclamación, prosigue la vieja criada recordando con pasión. Los cabellos de la señora eran negros como el ébano mismo, y en un año se tornaron blancos como ahora los ves. ¡El, don Guillermo!



El se presentó en Guadalema y fue el rey. Venía de Madrid. Tenía buena presencia y mucho señorío postizo en los movimientos y en las palabras. De calle se llevaba a la gente. ¡Ladrón! La nena, tu tía, porque nena era en aquel tiempo, se prendó de él.







Bien me acuerdo y se me cuajan los ojos de lágrimas. Pues escucha: una noche de aquellas duró la despedida más tiempo del acostumbrado y él, "Hasta mañana", le dijo. Yo lo oí. Pero no volvió más.





Y hablan del novio de Marcela. Y Marcela le propone a Tata algo a que Tata se resiste; pero en fin, esta noche ha terminado toda conspiración. Podéis recogeros, y sin decir palabra. Buenas noches.



Un par de días más tarde, por la mañana, doña Clarines sale en compañía de Tata hacia las casas de algunos pobres que tiene costumbre de ayudar con su limosna.

Sin embargo, regresa muy pronto, palidísima. En la primera de las casas donde entró, le dijeron sin ninguna mala intención, lo peor que le podían haber dicho: el nombre del novio de Marcela. Y como le cuenta Tata a Luján que todavía es huésped de la casa...

Al oírlo se quedó blanca como la nieve.



Y al salir de allí, fue y me dijo:



"Tata, vámonos a casa". "Y acá volvimos sin chistar. Nunca hasta hoy se ha dejado de dar la limosna completa."

Luján, a quien la necesidad de desahogarse de Tata ha puesto al corriente de toda la situación, le pregunta, preocupado:



¿Y, Marcelita?



Con ella está ahora mismo. Parece ser que como ya no hay tapujos que valgan, el novio va a venir a verla. ¡Santa María de la Cabeza! ¡Qué va a ser de nosotros!

Se oye un campanillazo, y los dos se miran sospechando de quién se trata:



Yo aquí estorbo, Tata. Dígame usted a don Basilio que en su despacho estoy.

Dios sea con todos, señor.

Se va Luján y entran Miguel y don Basilio que ha ido a buscarle por orden de su hermana.



Buenos días.

Santos y buenos días. La señora viene en seguida a hablar con usted. Don Basilio, lo espera el señor Luján en su despacho.



¡Ah! Pues allá voy. Hasta luego, querido Miguel.



Y así diciendo, se va don Basilio. Miguel, con aire preocupado, va de aquí para allá mirando distraídamente la estancia. Tata lo observa melancólicamente. Miguel es un muchacho de noble y expresiva fisonomía. Viste con sencillez, y su hablar es vehemente y resuelto.



¿Lleva usted mucho tiempo con la señora?

Mucho tiempo. Con el pelo negro la conocí, y hoy lo tiene más claro que el mío...



Llega en ese momento Marcela y doña Clarines y Tata, interrumpiéndose, se retira santiguándose. Doña Clarines, al mirar a Miguel, no puede reprimir un movimiento, vivamente herida en su recuerdo. Hay un momento de pausa por ambos lados.

Luego, doña Clarines, adelantándose a la presentación que va hacer su sobrina, exclama:

No me diga su nombre: sé quién es. Vete tú.



Marcela obedece, y Miguel exclama:

Señora, puesto que ya sabe usted quién soy...



¡Oh! Sin ningún antecedente, lo hubiera sabido con sólo verlo. El esfuerzo de voluntad que necesito para olvidarme de quién es usted, es mayor de lo que yo creía; pero debo hacerlo, y lo hago.

Tranquilícese. Ya no es usted ante mí más que el hombre que quiere a Marcela, ni yo soy ahora más que la persona a cuyo amparo vive.



Era lo primero que venía a pedirle a usted como gracia, y usted me lo concede aún sin pedirlo. Otra cosa no sería justa.



A mí, nada. No hablé por mí al hablar de perdón. Pues de usted sólo hemos de hablar aquí.

Sí, señora. Ya le habrá contado Marcela...



Tal creo. Siempre he pensado que si para toda culpa hay castigo, también hay perdón.

—¿Pero a usted tengo algo que perdonarle?



Sí, señor y yo no le he creído ni una palabra. Lleva tres meses en mi casa, y me ha estado engañando los tres meses.



Es que si Marcela ha ocultado, ha sido por un motivo muy explicable. Y en cuanto a mí, sólo ella me ha contenido para dar este paso antes.



Peor que peor. Si lo que quiere usted es la ventura de Marcela...

Eso es lo que quiero.

Yo también. Y siendo así, en lo mejor del camino hemos de encontrarnos.



¿Su madre de usted vive?

Sí, señora.



¿Y conoce a Marcela?



La conoce y la quiere, y goza en verme tan enamorado.

— Pero ¿lo está usted mucho?

Mucho. Sueño para ella una ventura tan grande que no quepa en el mundo. Conocí a Marcela cuando empezaba mi corazón a alborear al amor a la vida.



No he querido a otra mujer que a ella, ni ella ha querido más hombre que a mí. No sé qué horas nos tendrá reservadas la vida; pero yo no las deseo ni las concibo más felices que estas que ella y yo, tejiendo ilusiones, llegamos hasta los días que vendrán, v...



De pronto, Miguel se interrumpe impresionado por la dolorosa angustia que refleja el rostro de doña Clarines que, para mejor dominarla, ha cerrado los ojos.



...los forjamos dichosos como los que vivimos. Si gozo, goza; si río, ríe; si llora, llora; si canta, canto... Parecemos dos y somos uno...





Perdóneme. Ya pasó. Hay algo más fuerte que la mujer, más fuerte. Perdóneme y llame a Marcela. Que venga con usted.



Voy por ella. Voy. Señora, su bondad me conmueve.



¡Esperaba de su boca palabras tan distintas! Yo le aseguro a usted que nunca tendrá que arrepentirse de esta bondad con que me trata. Voy ya por Marcela.

Se va y, durante el momento de soledad en que la dejan, doña Clarines murmura mirando al cielo:



¡Gracias, Señor, que me diste la entereza que necesitaba para ser justa!

A poco vuelven juntos Marcela y Miguel.

Tía. ¡Qué bien ha hecho Miguel en venir a verla!



Tan mal como tú hiciste en engañarme. Mal me conocen los que creen que soy capaz de...

...hacer con tu vida y con tu amor lo mismo que hicieron con los míos. Miguel ha sido llamado por mí y ha venido sin vacilar.



Que la mentira es de los cobardes, y Miguel no lo ha sido, pese a que otra cosa hubiera deseado Basilio y también la maldad de muchas gentes que se dicen de bien. No, Miguel no lo ha sido, y ahora se alegra de ello; porque ha visto, al acercarse a...

.... "mí, que las cosas no son como ciertas gentes quieren que sean, sino como son".

Así es. Y en vano será desfigurarlas.



¡Dígalo usted a los cuatro vientos por toda Guadalema! Y en cuanto a ti, sobrina, te disculpo pues eres muy niña y habías sido influenciada.



Ahora recibe mi bendición, y que seas muy dichosa. Que seáis muy dichosos los dos, hijos míos.





Y así diciendo, se va doña Clarines a sus habitaciones conteniendo las lágrimas. Casi al mismo tiempo entra Luján por la otra puerta. Lo sigue don Basilio.





¡Qué ha de ser loca, charlatán! ¡El loco, y el zascandil, y el botarate y el borracho, es usted! ¡Decir que es loca mi señora!



¡Eh, que tus canas tienen un límite! Y en cuanto a que si es loca o no...



...mi hermana, aquí tenemos quién nos lo puede decir desde el alto pedestal de la profesión de la medicina. ¿Qué opinas tú, Luján?



Del pedestal, poco y malo. De tu hermana, que tiene razón, Tata.



¿Tú, hijo mío?

Si es loca o no doña Clarines, pregúntaselo a esos...



Y al decir esto, mueve la cabeza hacia los novios que cuchichean en un rincón.



No es loca, no. Es que vivimos respirando mentira, envueltos en una red de disimulo.

La verdad, sólo la verdad, acaba por parecer locura.



Como también es cierto que ahora estamos todos contentos porque del odio, ha triunfado el amor; y de la pasión, la justicia. FIN



# CARCAJADAS

MÉDICO  
de la  
PRISION



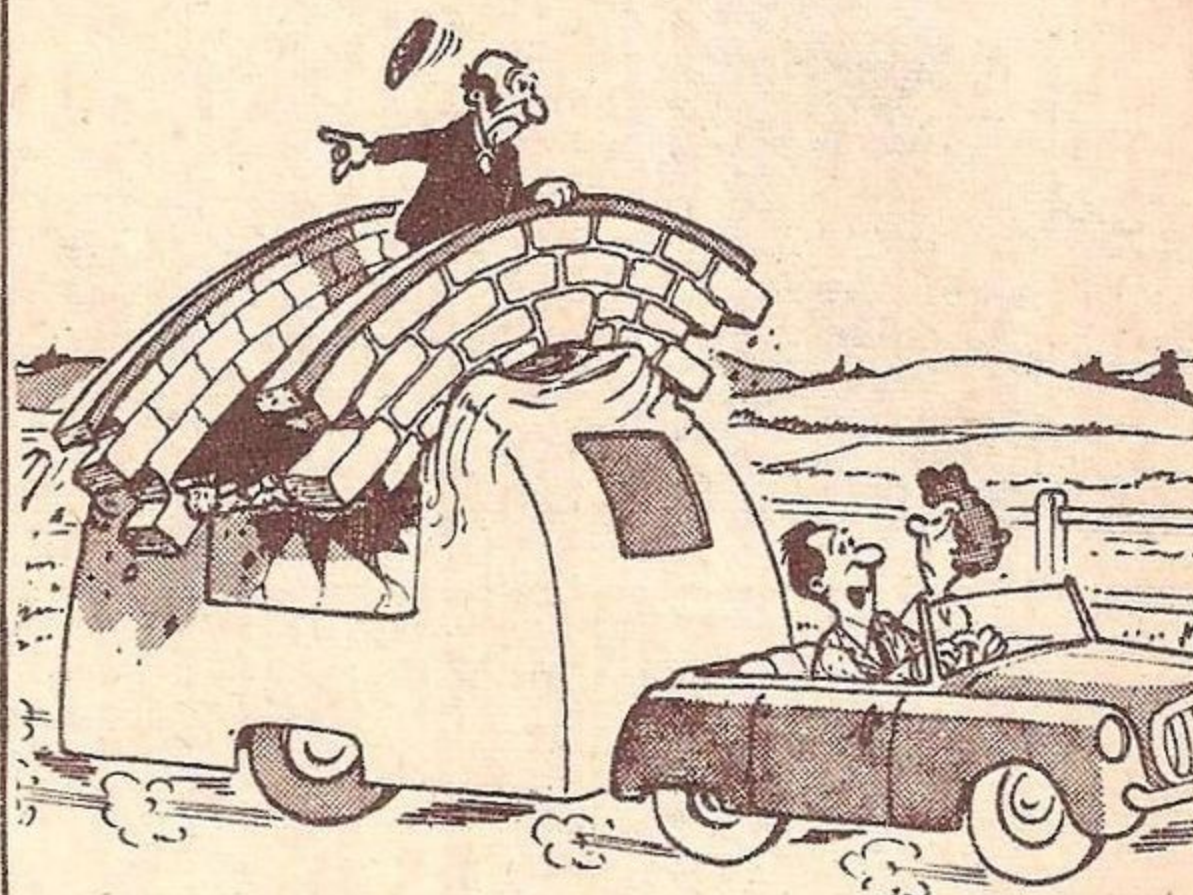
—¡Hum! No coma tanto pan y agua.



—La última parte la hice cuando supe  
cuánto me iban a pagar.



—Por favor, ¿no podrías ir a abrir la  
puerta, Mario? No me he maqui-  
llado aún.



—¿Se puede saber porqué gritaba  
ese idiota que estaba sobre el  
puente?





# Las damas de verde

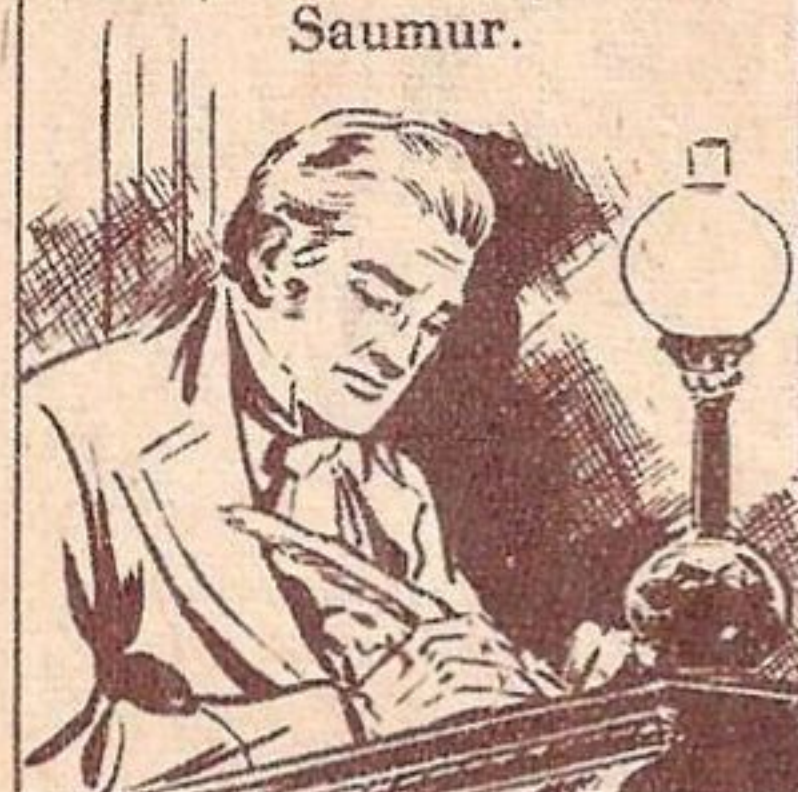
POR  
**JORGE SAND** ★

DIBUJOS DE  
**ATHOS COZZI**

ADAPTACIÓN

La sociedad francesa de 1848 —agitada entonces, como toda Europa, por graves problemas y olas de violencia— contaba entre sus astros a Aurora Dupin; baronesa de Dudevant, que ya había hecho famoso en las letras el seudónimo de Jorge Sand. Su influencia, excediendo los círculos artísticos, se proyectaba en lo político, y los periódicos parisienses se matizaban con caricaturas de la escritora, que a la sazón contaba cuarenta y cuatro años. Pasó esa época tumultuosa; pasaron también, para Jorge Sand, las tempestades del corazón. Refugiada en sus posesiones campestres, fue la «buena señora» que prodigaba el bien entre sus comarcas, mientras continuaba añadiendo páginas perdurables a la opulenta literatura de su patria.

Encargado por mi padre de una misión delicada, me dirigí, en los últimos días de mayo de 1788, a la residencia de Ionis, a unas diez leguas de camino, entre Angers y Saumur.

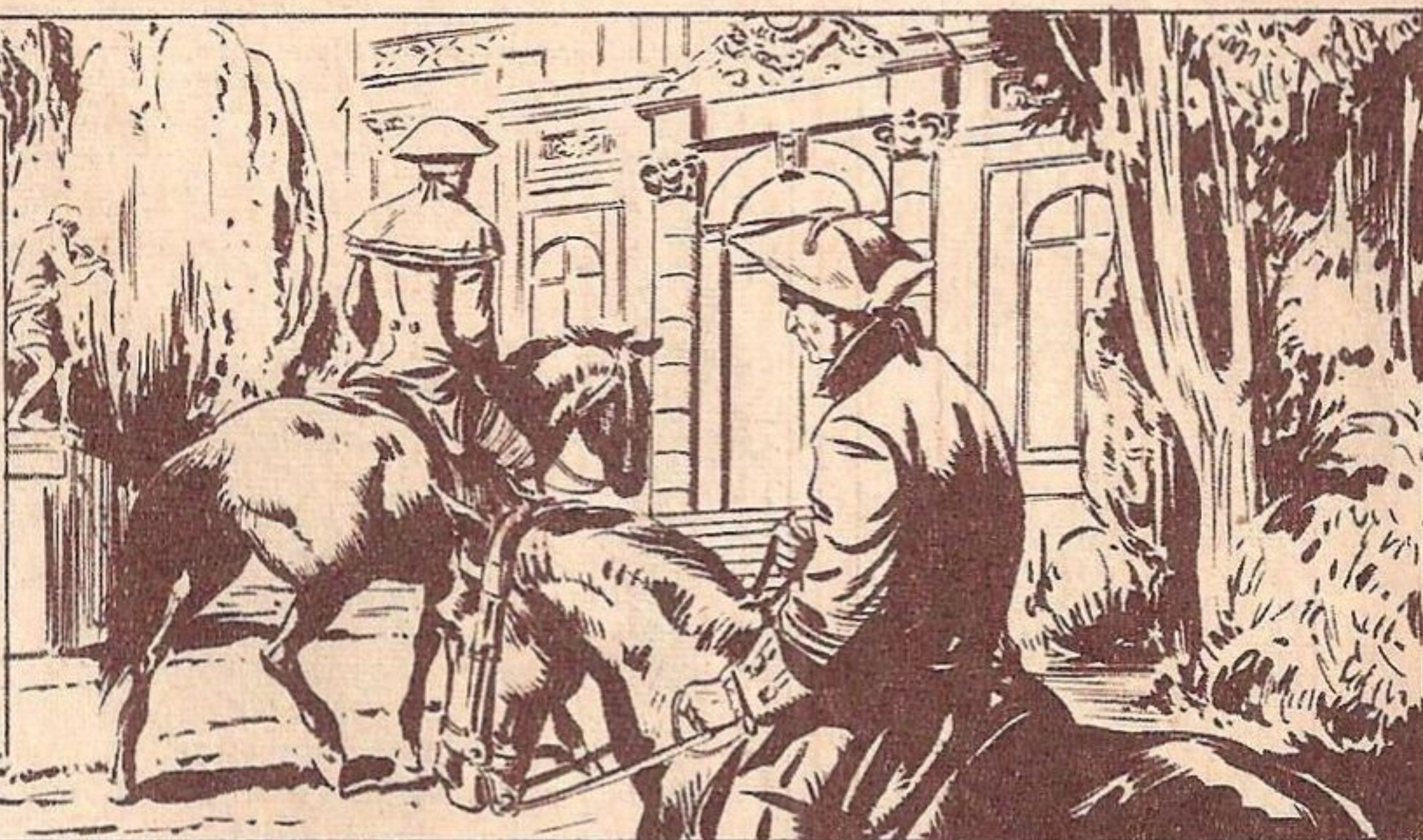


Contaba yo entonces veintidós años, y ejercía ya, con gran vocación, la profesión de abogado, la misma en que mi padre había conquistado fama y dinero. Teniendo en cuenta...



...mi edad, no se me consideraba falto de talento. A poco que me esforzara en no ser indigno de mi nombre, podría llegar a asegurarme una importante clientela, de la que mi padre se enorgullecía por anticipado. No era esto extraño, pues tanto él como mi madre prodigaban la mayor ternura a su hijo único. Una prueba de ello —en cuyo origen había, asimismo, cierta inocente vanidad— estaba en el empeño que habían puesto en darme para aquel viaje la compañía de un criado, Bautista, que no me hacía ninguna falta, pero en cuyo concurso se creía ver un detalle de elegancia que realzaba nuestra posición y nos aproximaba a la elevada alcurnia de las personas a cuya residencia me dirigía. Estos pensamientos acompañaban el suave galope de mi caballo; la noche...

...empezaba a iluminarse delicadamente con el suave fulgor de las mayores estrellas. A medida que me acercaba al parque señorial, los silvestres perfumes del bosque se impregnaban en los de las lilas y acacias. No tardé en ver brillar, a través de los árboles, las ventanas de la mansión de Ionis. Era un espléndido edificio de estilo Renacimiento, una de esas moradas que impresionan al visitante con un no sé qué de atrevido, de ingenioso y de elegante, que desde la imaginación del arquitecto parece pasar a la del admirador, para apoderarse de ella y elevarla por encima de las inquietudes del mundo positivo.



Confieso que al dar mi nombre al lacayo que debía anunciarme, sentí que mi corazón aceleraba sus latidos. Nunca había visto a la señora de Ionis. Pasaba por ser la mujer más hermosa de la región; tenía la misma edad que yo, y un marido que, ni guapo ni amable, la des-cuidaba para entregarse a los viajes. Su letra era encantadora, y sabía mostrar en sus cartas de negocios no sólo gran cordura sino también verdadera inteligencia. En fin, que cuanto yo sabía de ella era más que suficiente para infundirme el temor de parecerle un torpe provinciano.



Creo que estaba muy pálido cuando entré en el salón. De aquí que mi primera impresión fuese como de alivio y placer al encontrarme en presencia de dos mujeres viejas, bastante feas, una de las cuales, la señora viuda de Ionis, me anunció que su nuera se hallaba en una casa cercana, en compañía de una amiga, y que probablemente no volvería hasta el otro día. Lo que no me impide —añadió la matrona— darle a usted...



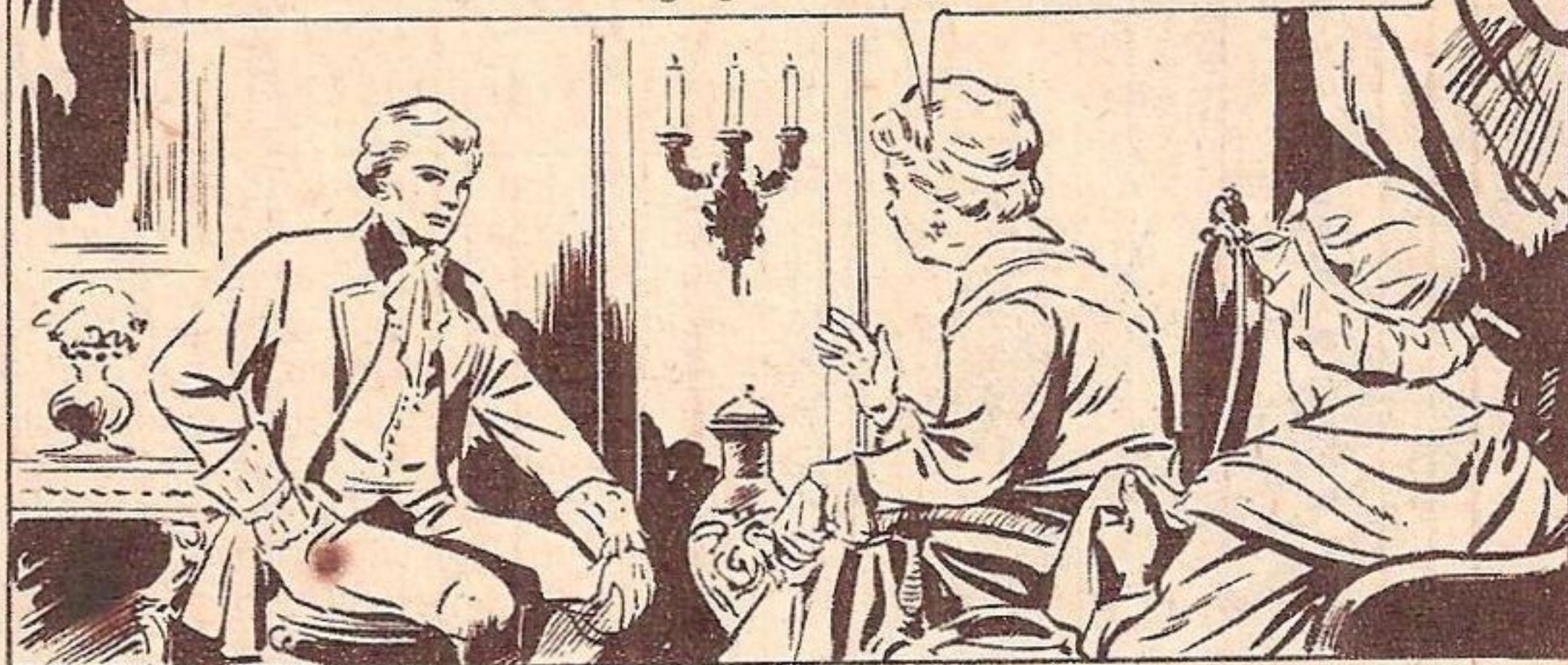


...mi bienvenida. Tenemos mucha amistad con su señor padre, a quien le estamos agradecidas. Parece que nos hacen gran falta sus consejos, que trae usted encargo de transmitirnos.

Venía de su parte para hablar de negocios con la señora de Ionis...



Efectivamente, la Condesa se ocupa en estas cosas en ausencia de mi hijo, que está en Viena. Ella tiene buena cabeza para el manejo de intereses, y conoce al dedillo el largo y enfadoso pleito en que nos hallamos envueltos. No cuente usted conmigo para reemplazarla.



Dicho lo cual, la anciana señora llamó y dio sus órdenes para instalarme. Yo disponía de varios días para cumplir mi misión. No podía, pues, hacer nada mejor que aguardar a nuestra bella cliente; y como yo era, para ella y su familia, un mensajero muy útil, tenía derecho a la hospitalidad que se me brindaba. No me hice, pues, de rogar, y antes de pasar a las habitaciones que se me destinaban inicié con la señora viuda de Ionis una charla en que recobré del todo mi desenvoltura. Al mismo tiempo, examinaba a mi interlocutora, así como a su silenciosa acompañante, en quien no tardé en identificar a una señorita de compañía. Lo era, y la señora le dio algunas indicaciones: —No olvidemos, Ceferina, que...

...el señor Nivieres es joven y puede sentir apetito durante la noche. Hágale llevar a su cuarto una cena fría.



La señorita Ceferina se disponía a salir, sin duda para ejecutar lo que se le mandaba, cuando la señora añadió: —Sobre todo, que no se olvide el pan.

¿El pan?

¡Los panes! ...  
¡Tres panes!



Pareció que Ceferina iba a replicar, pero optó por guardar silencio y salir. Extrañado, me volví a la señora.

¡Tres panes! ¡Pero qué apetito me atribuye usted, señora!

¡Oh, no es nada! ...  
Son muy pequeños...



Contuve la risa que me retozaba en el cuerpo. Había algo extraño en la estrafalaria ocurrencia de mi huésped, y sentí una vaga ansiedad.

La conversación se hizo desde ese momento desmayada, tanto más cuanto que la viuda de Ionis era una de esas mujeres de la alta sociedad que saben pasarse sin una gran inteligencia y que tampoco necesitan hallarla en los demás. Experimenté una especie de liberación cuando un criado vino para conducirme al compartimiento que se me destinaba, formado por tres habitaciones grandes, amuebladas con lujo y buen gusto. Bautista, aleccionado por mi madre, me aguardaba allí para ofrecerse a desvestirme.

Te agradezco, Bautista; pero puedes irte a dormir. Aquí, como en casa y como siempre, me desnudaré y acostaré yo solo.

Si así lo ordena el señor ...  
Buenas noches.



Bautista se retiró. Eran las diez de la noche y yo no tenía sueño. Iba a comenzar un detenido examen de los muebles y cuadros que me rodeaban, cuando mi vista tropezó, junto a la chimenea, con la cena fría que se me había servido. ¡Allí aparecían los tres panes, tres jarras de agua, y un hermoso salero!





Quedé caviloso. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué sentido tenía aquel añadido hecho a mi cena — copiosa, bien combinada, con botellas de rótulos prometedores — y que tanto había preocupado a la señora viuda de Iones? Mi perplejidad aumentó al advertir también tres jarras de agua. ¿Se figuraría, la buena señora, que yo había traído invitados ocultos en la maleta? Pensaba aún en el enigma, cuando llamaron a la puerta de la antecámara. — ¡Adelante! — exclamé sin moverme, seguro de que era Bautista. Pero no era Bautista.



Lleno de asombro, vi entrar a la poderosa Ceferina, con gorro de dormir, una palmatoria en una mano y un dedo sobre los labios. Avanzaba cautelosa, tácitamente, y sin duda leyó el terror en mi semblante, porque, en cuanto estuvo junto a mí, susurró: — No tema usted nada, caballero. Vengo a...

...explicarle el misterio de los tres panes y las tres jarras.

¡Ah! ¡Muy bien venida! ¡Estaba justamente tan extrañado!...



Como ama de llaves, yo sentiría mucho que el señor viera en esto una broma de mi parte. No me permitiría yo... Y, sin embargo, vengo a suplicarle una especie de complicidad... Quisiera que no se disgustara el señor...

Hable usted, señorita Ceferina; no soy capaz de enfadarme por lo que no ha de ser sino una broma divertida.



¡Ay, Dios mío!... Por desgracia no tiene nada de divertido..., a lo menos para mí... Se trata de que la señora Condesa viuda es..., en fin, tiene la cabeza un tanto...



El embarazo que exhibía Ceferina mientras buscaba un eufemismo, era cómico. Al fin...

...dió con la palabra que necesitaba.

Caballero: ¡mi pobre señora... cree en los espíritus!

¡Perfectamente! No es la única que cree en ellos, ni con eso hacen mal a nadie los que creen.



Pero a veces se hacen mal a sí mismos. Ahora, en cuanto al señor, yo puedo asegurarle que aquí no le sucederá nada.

No está eso muy claro, señorita Ceferina. De todos modos, pienso que si me visitaren fantasmas en esta residencia tan hermosa, no podrían ser sino apariciones agradables.

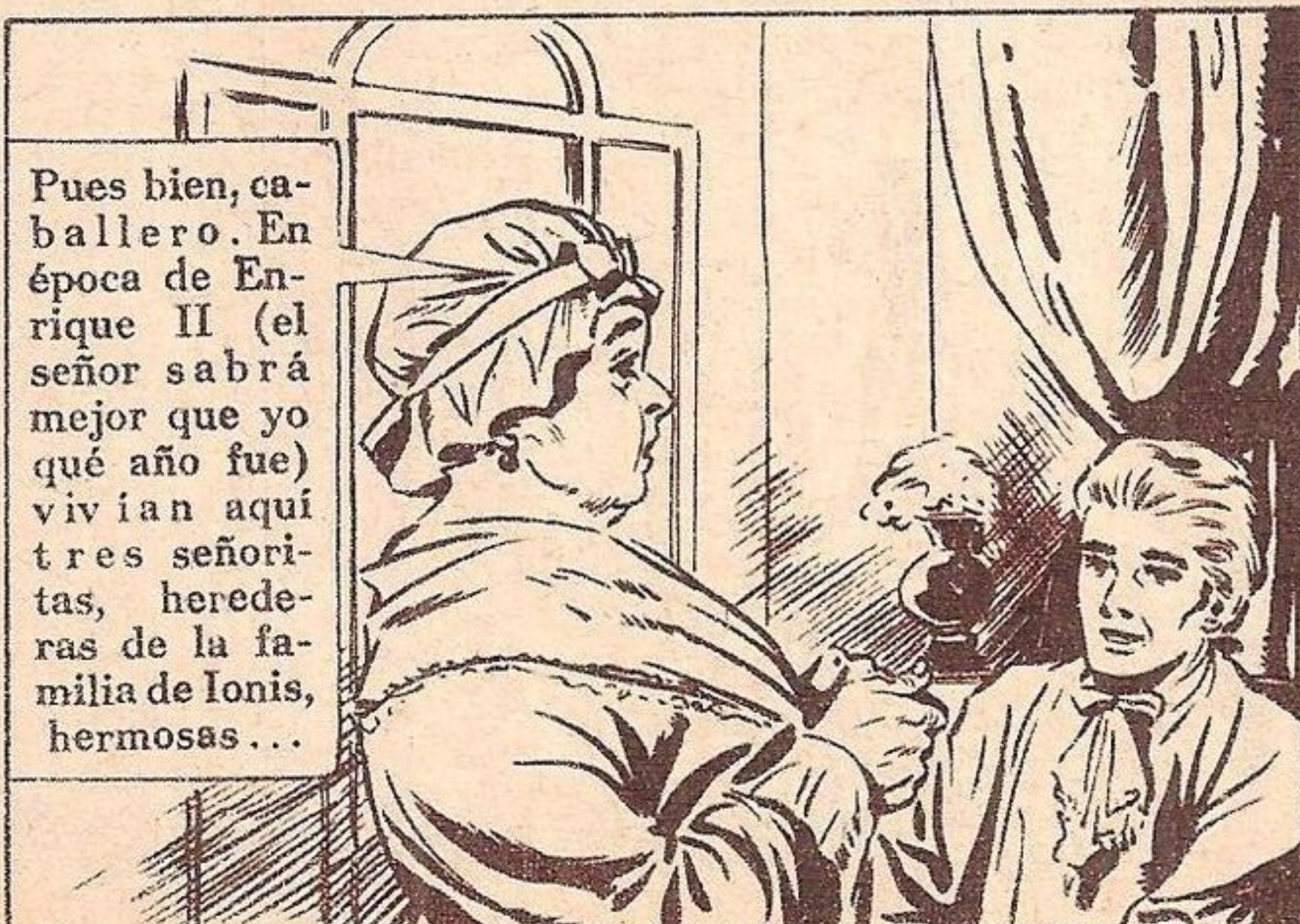


¿De veras? El señor, entonces, ¿sabe algo?...

¿Referente a esta casa, a estas habitaciones? ¡Nada! Estoy impaciente porque me explique usted...



Pues bien, caballero. En época de Enrique II (el señor sabrá mejor que yo qué año fue) vivían aquí tres señoritas, herederas de la familia de Ionis, hermosas...



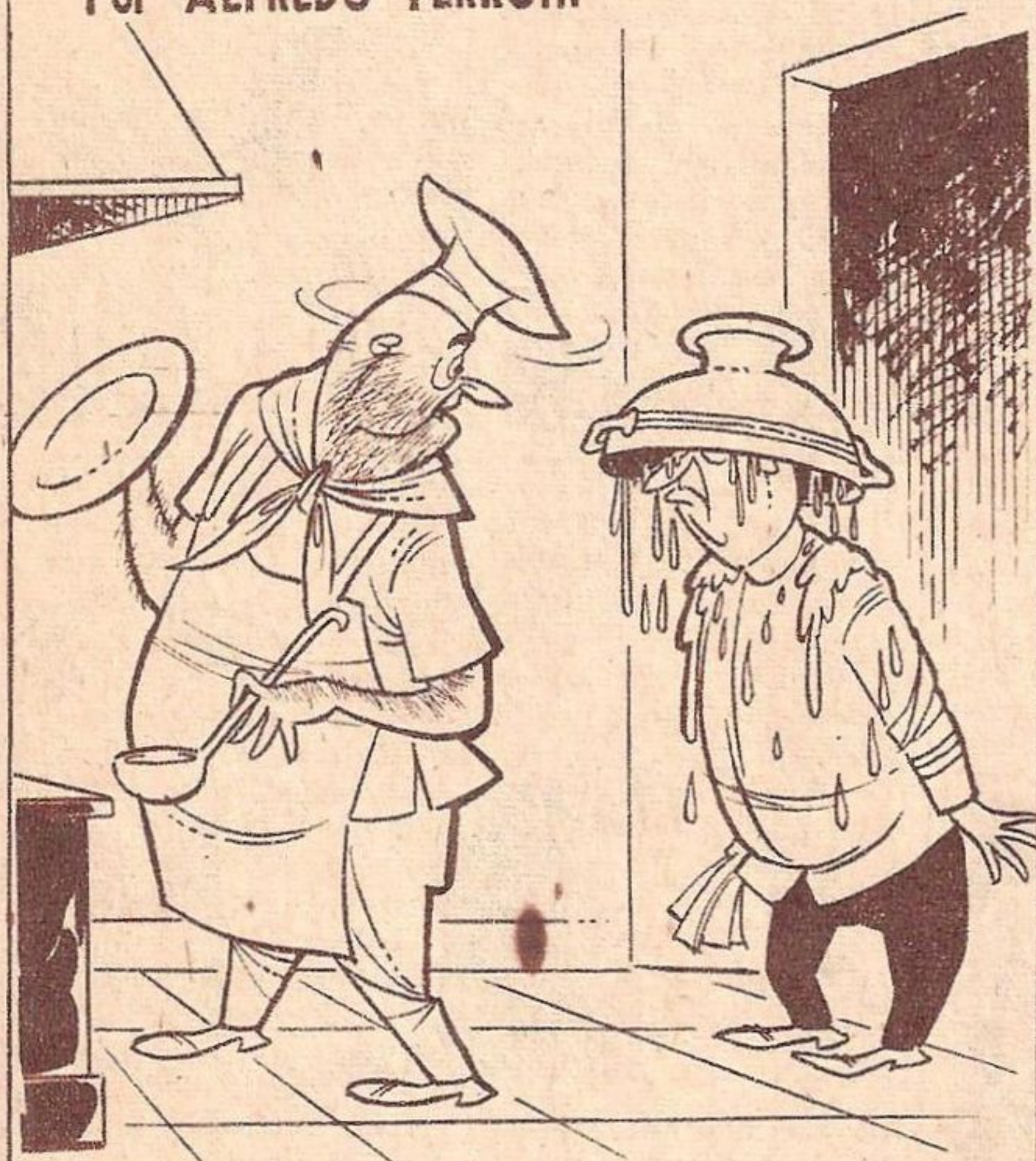
... «como un sol y tan amables que todo el mundo las adoraba. Celosa de ellas, una perversa dama de la corte hizo envenenar el agua de la fuente de que bebían. La misma agua se usaba para hacerles el pan. Las tres murieron en una noche, y, según se cree, en esta habitación. Por mucho tiempo se dijo que las damas abandonaban con frecuencia sus tumbas para pasearse por el interior y los jardines. La leyenda estaba casi olvidada, cuando un amigo de la casa, el reverendo padre Lamyre, hombre ingenioso y elocuente, habiendo pernoctado en este cuarto, soñó o fingió soñar que habían acudido tres mujeres vestidas de verde a formularle predicciones. La única que le creyó fue la señora Condesa viuda.»

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

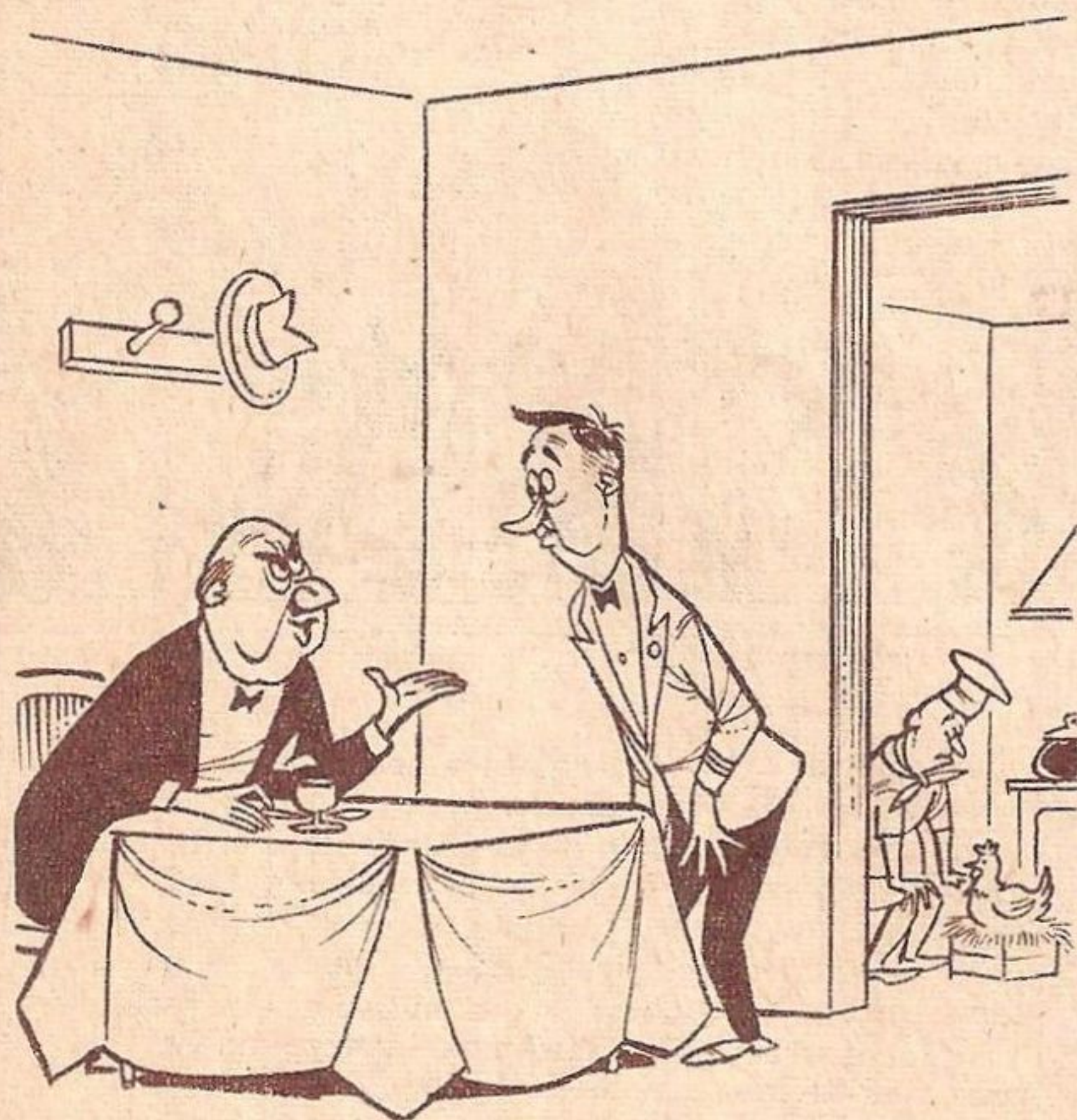


# UN POCO DE BUEN HUMOR

Por ALFREDO FERRONI



¿QUÉ? ¿TAMPOCO LE GUSTÓ?



¿Y, MOZO? ¿EL HUEVO PASADO POR AGUA  
PARA CUANDO?

Está convencida de que se podría conocer el porvenir de la familia y el desenlace del pleito que la envuelve, si se lograra que los tres fantasmas volvieran y hablasen. Esta convicción la induce a hacer que los huéspedes que nada saben del caso se aposenten en esta habitación. Tomados...



... «desprevenidamente, piensa la señora que no ocultarán ni inventarán en materia de visiones que pudieren tener. Por eso ha mandado que a usted también le destinaran este aposento. Pero como la señora Condesa viuda no es, quizá, muy lista, no ha podido privarse de hablar de los panes delante de usted.»

Bien veo ahora la relación de los panes y las jarras de agua... Pero ¿cree usted, señorita Ceferina, que agrada a los fantasmas unos presentes que les recuerden los instrumentos del crimen de que fueron víctimas?



Es una idea de la señora Condesa viuda... Yo, por mi parte, creo que a las almas no les interesa nada de esto... De todos modos, para la mejor información del señor, le he traído un manuscrito, descubierto por la señora de Ionis — doña Carolina, como aquí la llamamos —, cuya lectura lo entretendrá más que mi conversación.

En efecto, Ceferina extrajo de un bolsillo un viejo manuscrito, que me apresuré a tomar.

Antes de darle las buenas noches, señor, deseo rogarle que no hable con nadie de mi proceder, como no sea con doña Carolina. A la joven señora no le parecerá mal... En cambio, la señora Condesa viuda desconfiaría siempre de mí.



Se lo prometo a usted. ¿Y qué debo decir mañana, si se me pregunta sobre mis visiones?



¡Ah, caballero! Será preciso que tenga usted la bondad de inventar algo..., cualquier cosa en que intervengan las tres damas de verde. Si no, la señora sospechará que no he cumplido sus órdenes de disponer los panes y el agua, o bien que he prevenido a usted, y su incredulidad ha frustrado las visitas, pues los fantasmas sólo se presentan a quienes les dispensan benevolencia.



Mis respuestas tranquilizaron plenamente a Ceferina. Quedé solo, y con ánimo burlón, pero curioso, empecé a leer el manuscrito. Era de 1650, y refería fríamente las tres muertes que el ama de llaves había relatado mejor. Luego, redactado, al parecer, por un antiguo capellán...



...de la casa, incluía el siguiente fragmento: «He oído narrar en mi juventud que la residencia de Ionis fué poseída por los espíritus, en número de tres, que mostraban el aspecto de damas ricamente vestidas, las cuales, sin amenazar a nadie, parecían buscar algo en las dependencias de la casa. Como no las ahuyentaran las misas y oraciones rezadas con esa intención, se puso en la habitación en que habían fallecido las señoritas de Ionis tres panes previamente bendecidos. Esa noche llegaron sin hacer ruido ni asustar a nadie, y al día siguiente los panes aparecieron mordisqueados como por ratones. A la noche, los fantasmas se quejaron e hicieron crujir puertas y pisos. Entonces el prior de San... aconsejó que se procurase calmarlas del todo dejándoles también agua y sal. Así se hizo. Y reaparecieron entonando un hermosísimo cántico, según se asegura, en el que prometían gran prosperidad y dicha a la rama segundona de los Ionis, que había recogido la herencia.»



Quedé largo rato absorto después de la lectura. Yo no era supersticioso y me inclinaba, según la moda de la época, a tomar las cosas fantásticas por el lado ridículo. Sin embargo, cuando abrí el legajo que me había dado mi padre y procuré leer algunos documentos relativos al pleito, advertí que pasaba las páginas sin comprender una línea. Opté, pues, por honrar la cena que se me había preparado. Desdoblé la servilleta y, con sorpresa...

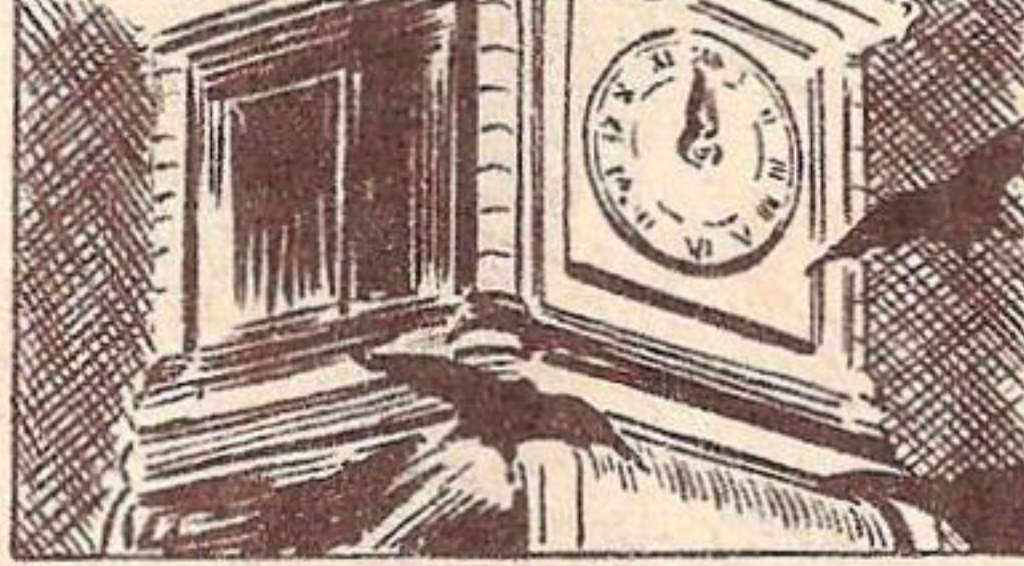


...que en rigor no estaba justificada, encontré un cuarto pan. Pronto esa primera impresión dejó paso al razonamiento: si los tres panes eran para los fantasmas, nada más natural que la existencia de otro para mí. Luego probé los vinos, y los hallé tan buenos que gustosamente hice a las damas sobrenaturales el sacrificio de no probar el agua que les estaba destinada...

Comiendo y bebiendo me encontré la medianoche, la hora fatal, la hora clásica de los fantasmas. Pero sonó la última campanada sin que ninguno se ofreciese a mi vista. Me puse de pie; había terminado mi cena, y después de diez leguas a caballo comenzaba a sentir la necesidad de descanso. En eso...



...el reloj de la mansión, cuyo timbre era muy sonoro, se dejó oír de nuevo: repetía los cuatro cuartos, y, en seguida, las doce campanadas llegaron a mis oídos con imponente lentitud. Yo era muy joven e imaginativo, y confieso que, a despecho de mi escepticismo, me sentí emocionado por esa especie de retorno a la hora de los aquelarres.



Invadido por un vago malestar, me apresuré a acostarme. Ya lo había hecho y me disponía a apagar la bujía, cuando otro reloj cercano comenzó a su vez a sonar: los cuatro cuartos, las doce campanadas.... Tan lúgubre y lento era el tañido, que me impacienté formalmente.



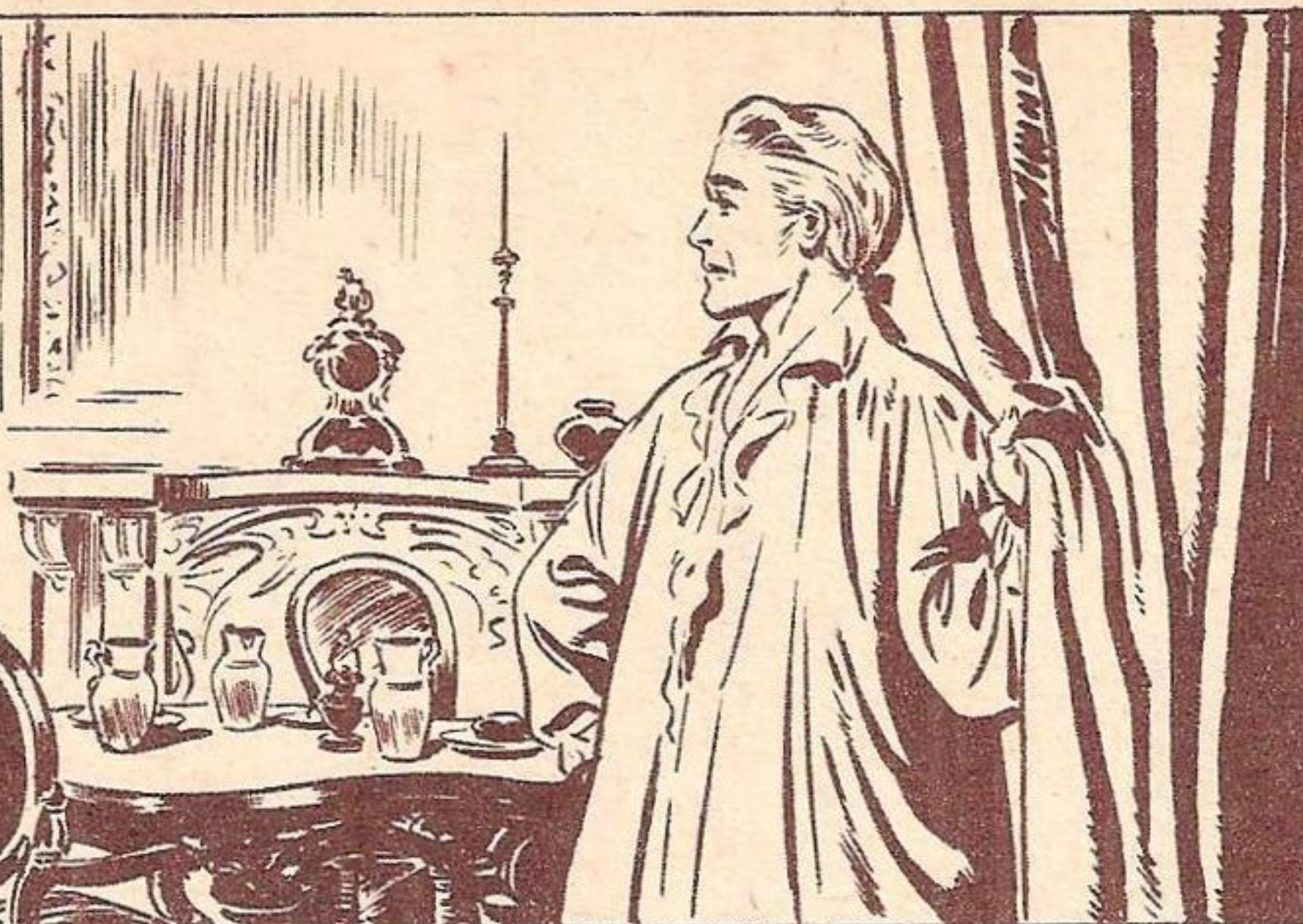
Hostigado por el desasosiego, abrí la ventana. La casa y el campo estaban envueltos en silencio. El cielo se había cubierto por completo. En la atmósfera enrarecida, enjambres de insectos revoloteaban con inquietud presagiadora de tempestad. El ruiseñor cantó por última vez y calló para buscar abrigo. Como siempre me han gustado las tormentas, me preparé a gozar de una que se anunciaba magnífica. Mas...



...a la sucesión de relámpagos que iluminaban con pálida luz azul siguió un fuerte viento que me obligó a abandonar mi observatorio y cerrar todas las aberturas. Antes de acostarme de nuevo, quise desafiar a los espectros y complacer a Ceferina, dando escrupuloso cumplimiento a todos los ritos de la evocación.



Retiré, pues, de la mesa los restos de mi cena, coloqué las tres jarras alrededor, puse sendas sillas frente a ellas... Entonces volví al lecho, apagué la vela y me dormí.



Debe creerse que mi primer sueño fue muy profundo, porque no sé cómo terminó la tempestad ni fueron sus rumores los que me despertaron, sino un tintineo de cristales sobre la mesa, que al principio percibí a través de no sé qué ensueños y terminé por oír en realidad. Abrí los ojos y... créame quien quiera, pero fui testigo de tan sorprendentes cosas que hoy, al cabo de veinte años, encuentro en mi memoria, claros como el primer día, los menores detalles de la escena. Mi habitación se hallaba...

...iluminada por un difuso fulgor verde, que parecía proceder de la chimenea. La débil claridad me permitió ver, no distintamente pero sí con toda seguridad, tres personas o, mejor, tres formas sentadas en los sillones de la mesa, una de ellas de espaldas a mi cama. A medida que mis ojos se acostumbraban a la extraña claridad, discerní en las tres sombras otras tantas mujeres vestidas o envueltas en amplios velos, semejantes a nubes, de color blanco verdoso.



De pronto las tres sombras se levantaron y silenciosamente dieron varias vueltas en torno de la mesa, mientras hacían ademanes incomprensibles. Su estatura era impresionante. Pero una de ellas, interrumpiendo su paseo, se...



...achicó hasta asumir un tamaño normal y se dirigió hacia mí. Esto me resultó desagradable y, con impulso pueril, me tapé la cabeza con la almohada, para interponer un obstáculo entre mi persona y la visión.



No tardé en avergonzarme de mi simpleza y mirar atentamente. El espectro había ocupado la butaca de la cabecera de mi cama. No le veía el rostro: la cabeza estaba como separada del busto por la cortina del lecho. Su inmovilidad, pavorosa, hizo que los minutos se me antojaran siglos. Resistí con esfuerzo a la idea de huir. Al fin...





...alargué resueltamente la mano hacia las vaporosas vestiduras y... sólo toqué el vacío. Luz y visión habían desaparecido. Me lancé del lecho, recorrí mis habitaciones y las encontré desiertas y con todo en la disposición en que lo había dejado al acostarme.

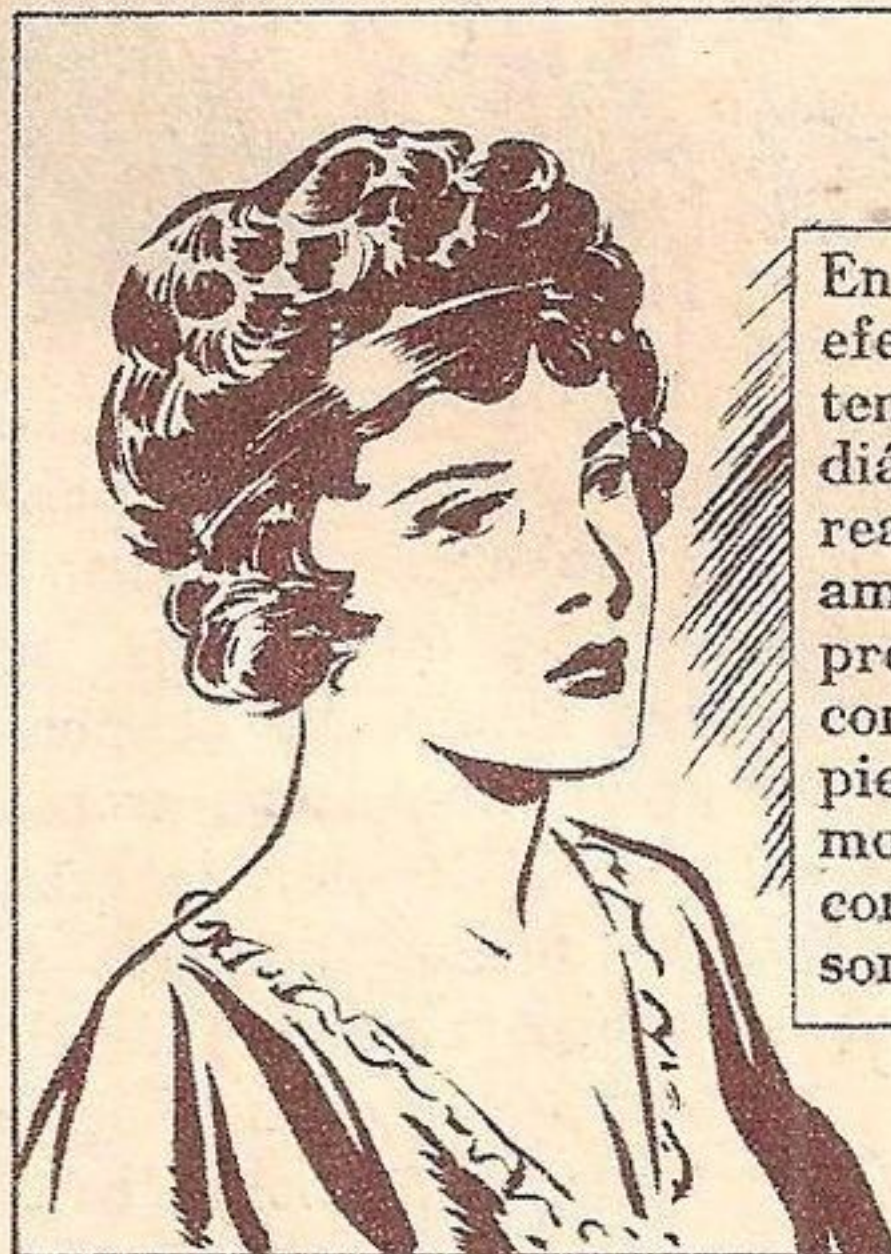


Convencido de no haber soñado, volví a meterme entre las sábanas, a esperar el día ya próximo. Las cavilaciones me atormentaban. Entonces no se habían estudiado como hoy los fenómenos de ilusiones y alucinaciones. Se carecía de una explicación racional de ellas, y no había término medio entre la negación absoluta de toda visión y la ciega creencia en las apariciones. Tuve, pues, que interrogarme severamente, y me reprendí por la debilidad de mi espíritu, sin pensar en decirme que todo podía ser efecto de una mala digestión o del estado de la atmósfera.

Con el día y la presencia de Bautista recobré cierta calma. Por mi criado supe que la joven Condesa había regresado la víspera, hacia medianoche. Instantáneamente esto me indujo a pensar en que me hubiese jugado una broma. Pero ¿no había visto yo un ropaje que se desvanecía al intentar asirlo? ... De todos modos, la noticia de la vecindad de la bella dama y de la inminencia de conocerla desviaron mis inquietudes por alegres caminos. Me acicalé con esmero, y marché al salón con un sentimiento de seguridad y de satisfacción de mi propia persona.



En el salón se hallaba, en efecto, la señora de Ionis. No tenía nada de mágico ni de diáfano; era, sí, una belleza real, fresca, alegre, viva, de amable robustez y que se expresaba, sobre muchas cosas, con tanta sutileza como propiedad. Al sentarnos para almorzar, sentíame dulcemente conmovido y olvidado de las sombras nocturnas, cuando...



...la señora Condesa viuda me volvió a ellas al examinarme con atención y declarar que me veía muy pálido.

Sin embargo, he dormido bien y mis sueños han sido placenteros...

¡Ah! ¡Estaba segura de ello! Siempre se sueña en esa habitación. ¿Nos referirá usted sus sueños, señor Nivieres?



Han sido un tanto confusos. No obstante, recuerdo a una dama...

¿Una sola? ¿No serían tres?



Precisamente, señora; usted me recuerda que eran tres.

¡Ah, mi querido joven! ¡Cuánto me interesan sus palabras! Si usted pudiese repetir lo que esas damas le dijeron... Porque algo le dirían, ¿no es así?



¿No le han hablado a usted de la prosperidad futura de esta casa?

Me parece que sí, en efecto...

¡Ya ve usted, Ceferina! ¡Usted que no cree en nada! ¡Apuesto a que han hablado del pleito! ¡Dígalo, señor Nivieres, dígalos absolutamente todo!



Una mirada de la señora de Ionis me detuvo en ese aspecto de mis embustes, pues la interpreté en el sentido de que no debía hacer hablar del pleito a mis fantasmas. La señora Condesa viuda se mostró algo desalentada al saber, pues, que los espectros habían sido reservados en cuestiones legales, pero en seguida recobró esperanzas y reanudó su vivaz interrogatorio.



# LA PERSONALIDAD EN LA GRAFOLOGIA

Por MARIO ELISEI

## Voluntad y energía

Muchas veces nos preguntamos por qué hay personas que, casi sin proponérselo, insensiblemente, irradian una influencia notable a su alrededor: se les escucha, se les respeta, se les pide consejo, y esto aunque no ocupen ningún puesto directivo. Sólo por gravitación de su propio yo. Y no ocurre solamente en ambientes de elevada categoría social o económica, sino aún en medios modestos y humildes, puesto que en ello no gravita el dinero ni el apellido. ¿Qué es, pues, ese algo que otorga tanta autoridad y sugestión a esos individuos? Una sola palabra basta para contestarlo: personalidad.

Veamos cómo ésta es definida por los sicólogos.

"La personalidad es el conjunto de características constantes en cada individuo. En ella se hallan integrados la inteligencia, el carácter, el temperamento, la constitución, etc." (P. Daco: "Tu personalidad").

"Se entiende por el término personalidad no sólo una parte de todo aquello que se nos presenta en un hombre, sino su totalidad, en todas sus cualidades y todas sus capacidades" (Meili: "Manual de Diagnóstico Psicológico").

"Caracterización o patrón general de la conducta total de un individuo. Cualidades afectivas y físicas de un individuo tal como impresionan o atraen sintéticamente a los otros." (Warren: "Diccionario de Psicología").

Tenemos, por lo tanto, que la personalidad es algo complejo, en cuya formación interviene factores de varias clases: fisiológicos, temperamentales, caracterológicos, volitivos, afectivos, etc.

Nosotros nos limitaremos a analizar sólo dos de los principales elementos que más gravitan en la formación de una sobresaliente personalidad. Y lo veremos a la luz de la grafología, es decir como se reflejan en la escritura. Estos dos elementos son: voluntad y energía.

No hace falta explayarse mucho sobre la importancia que tiene la voluntad en la vida humana; todos conocemos su enorme valor. "En la voluntad reside el timón que gobierna y rige el curso del proceder del hombre", afirma el prestigioso sicólogo P. Laburu. Ella es la que nos hace vencer los obstáculos, la que nos sostiene en los momentos difíciles de la vida, la que nos ayuda a levantarnos y a seguir con más bríos, si llegamos a caer.

(Continúa en la pág. 112)

¿Y de mi asma, caballero? ¿Le han dicho a usted que me curaría?

De manera explícita no, señora; pero me han hablado de larga vida, de fortuna y de salud.



Es suficiente; no pido más a Dios misericordioso. Y ahora, hija mía, tú que hablas tan bien, infórmale a este amable joven la causa de sus sueños.



Simulé gran asombro, en tanto la señora de Ionis se amañaba para postergar el relato hasta después del almuerzo, cuando, en compañía de Ceferina, me guió a través de las diversas dependencias de la mansión. Al iniciar esa recorrida...

...lo primero que hizo fue agradecer lo que había creído que era, exclusivamente, una complacencia mía hacia su señora suegra. Sin darme tiempo a explicarme —yo estaba, además, demasiado embelesado—, se entregó a referencias eruditas y graciosas sobre cada uno de los detalles que íbamos encontrando a nuestro paso. Yo la escuchaba deplorando cada vez más la compañía de la buena Ceferina, cuyo rostro de plenilunio desazonaba mis ideas y frenaba el vuelo de mi imaginación... Pero, por mucho que yo pusiese más atención en mi cicerone que en las cosas, y por mucho, también, que sintiese la turbación deleitosa de quien nota que va gradualmente enamorándose, no pude menos que admirar una inmensa y magnífica sala, dividida en dos galerías por una elegante rotunda. Dábase a esta estancia el nombre de biblioteca, aunque sólo en parte estuviese dedicada a los libros; la otra mitad era una especie de museo de objetos de arte y en la rotonda...

...se alzaba una fuente, bellissimo monumento recientemente retirado de los jardines para preservarlo de los riesgos de la intemperie. Su motivo ornamental eran varios tritones, sobre los cuales se veía sentada una nereida castamente cubierta, verdadera obra maestra atribuida a Juan Goujon, ilustre decorador del Louvre en el siglo XVI.





Ignorante en materia de estatuaría, en ese momento era yo más sensible a la belleza de la señora de Ionis que a las líneas impecables de la nereida; y por aquélla y no por la obra de Goujon me sentí feliz cuando dijo: —Quedémonos aquí. Se está muy bien, y, si usted quiere, hablaremos de los negocios que han originado su viaje.



Ceferina, amiga mía, puedes dejarnos.



¡Por fin! Creí que iba a caer instantáneamente de rodillas ante aquella prodigiosa mujer, pero en cuanto el ama de llaves hubo partido, me...

... sentí encadenado por el respeto y el temor, y me puse a hablar del pleito con elocuencia desesperada.

¿Es decir que... no podemos perderlo?

La opinión de mi padre y la mía es que para perderlo sería preciso tener esa intención.



¿Y no ha entendido su digno señor padre que eso es justamente lo que yo deseo?

Mi padre estima, señora, que en modo alguno puede hacer traición a los intereses que le han sido confiados por el señor Conde de Ionis, a quien usted podrá sugerir una transacción honorable, si insiste, como veo, en proteger a sus adversarios.



No abrumaré al lector con detalles del pleito mencionado ya varias veces en el curso de este relato. Lo que dejo transcripto habrá dado idea de lo paradójal de la situación planteada — una litigante que desea perder su causa —, y poco más será menester añadir para una comprensión cabal. Los Ionis, riquísimos y sin hijos, disputaban judicialmente con sus parientes los Aillane, de escasa fortuna, casi pobres, la posesión de una propiedad tasada, en medio millón de francos, suma entonces muy considerable. El Conde de Ionis perseguía la victoria con un tesón en que había más amor propio que codicia; mi padre, su abogado, no podía sino secundarlo en ese afán y poner sus aptitudes al servicio del mismo fin. Mas he aquí que la generosa señora Carolina deseaba perder el pleito y buscaba mi complicidad para lograrlo. En el diálogo que siguió temí, con prematura crispación de celos, dar con...

...la causa del insólito interés que demostraba la señora de Ionis. Fue al verla enrojecer ante mi pregunta.

¿Conoce usted, pues, mucho a los Aillane?

Sólo al padre he tratado con alguna frecuencia; pero nuestro parentesco es suficientemente cercano como para que el honor de ellos y el mío se identifiquen en uno.



El joven Aillane es oficial en no sé qué guarnición.

En Tours..., según creo.



La viveza de esta contestación y la nueva oleada de rubor que la acompañó me autorizaron a continuar, con manifiesta impertinencia.

Se dice que es muy guapo.

Se dice; hace muchos años que no lo veo. Puedo afirmar, en cambio, que su hermana es encantadora, un verdadero ángel. ¿Y quedaría usted tranquilo si hundiese en la desesperación y en la ruina a semejante criatura y a su hogar?



La presencia del padre Lamyre —hombrecillo parlador y jocundo— interrumpió la conversación. Pero la señora de Ionis pudo dejarnos sin riesgo para sus planes, pues yo quedaba embriagado por la luz de sus ojos y resuelto a ser su fiel aliado, aunque aun no supiera cómo conciliaría mis sentimientos con mis deberes profesionales y filiales.





El padre Lamyre me habló fogosamente de las damas de verde. Su cháchara carecía a tal punto de seriedad, que me felicité de no haber hablado a nadie formalmente de mis visiones. Todos creían, menos la señora Condesa viuda, que mis referencias habían tenido por objeto complacer a ésta, y me prometí interiormente no sacarlos de su error y aun no tener nuevas condescendencias de esa índole. Entretanto, más que escuchar al locuaz sacerdote me di a admirar — y esta vez a percibir plenamente — la soberana belleza de la nereida de Goujon.



Pero — ¡ay! — yo estaba o creía estar enamorado, con todo el rendimiento, el fuego y la ingenuidad de mi extrema juventud; y cuando la señora de Ionis, a solas conmigo, me habló seriamente de llamar a las damas de verde en ayuda de sus generosos propósitos — que ya eran «nuestros» propósitos —, comprendí que no podía temer sus burlas y sentí placer en referirle lo que me había ocurrido. En efecto, no se mofó, y hasta tuvo la bondad de elogiar el coraje que yo había demostrado con los fantasmas. En adelante se trataría de que yo permaneciera unos días en la mansión, evocase de nuevo a los espectros — con el rito del agua y los panes —, los interrogase y aprovechara sus respuestas para impresionar a la señora viuda en favor de los Aillane, de suerte que ella lo hiciera más tarde con su hijo, que también creía en las damas.



Quizá el recurso no era estrictamente moral... Pero la señora de Ionis era tan noble y tan bella, que con gusto hubiese dado en su obsequio el más temerario de los pasos. Al separarnos, sellado nuestro pacto, me entregó todos los legajos que poseía referentes a los misterios de su casa, y aquella misma noche...

...me dediqué a estudiarlos, en el silencioso y vasto ambiente de la biblioteca, a cuyos límites no alcanzaba, por cierto, la claridad del candelabro que me iluminaba la mesa. Entretanto, en mi aposento, los panes, la sal y el agua esperaban posibles visitantes...



La lectura de aquellos papeles que habían salvado siglos, escritos por múltiples manos, me resultó apasionante. Todos coincidían en un punto: las damas de verde, interrogadas con fe, contestaban, hablando de a una, con sabios consejos, con prudentes indicaciones: desgracias que debían evitarse, faltas que había que reparar, tesoros que podían encontrarse. Solamente se mostraban regañonas y amenazadoras con los burlones, los libertinos y los impíos.



Uno de los manuscritos daba la fórmula exacta de la evocación y detallaba tan ingenuamente los procedimientos que debían observarse, que mi imaginación se dejó llevar. Exaltado en ensueños eliseos, veía a una Beatriz levantada entre los rayos de mi emperio... — Si paso por loco — llegué a decirme —, si pierdo realmente la razón, ¡qué importa!: habré vivido en una esfera ideal y habré sido más feliz que todos los cuerdos de la tierra.

En medio de ese frenesí del pensamiento, transcurrían para mí las horas insensiblemente. Serían ya las dos de la madrugada, cuando una música quebró dulcemente el silencio que había reinado hasta entonces. Levanté el candelabro, tratando de descubrir al autor de aquel agasajo; pero la débil luz de las bujías me auxilió poco, y opté por abandonar mi asiento y dirigirme hacia la rotonda, de donde parecía partir el sonido.



Sobre el artístico grupo de la fuente caía un rayo de luna que se filtraba a través de una de las ventanas abovedadas de la cúpula. La música había cesado un momento, para recomenzar en seguida; era una serie de acordes vagos, arrancados de instrumentos que yo no reconocía y que formaban un conjunto agradable y melancólico.





Afinando mi observación, noté que

las voces, si así puede llamárseles, partían de los tritones de la fuente, aumentando o disminuyendo su intensidad según la irregular e intermitente caída del agua. Recordaba haber oído algo análogo de las girándulas italianas, que producen el efecto de órganos hidráulicos más o menos perfectos. Esta explicación racional no me impidió sentir gratitud hacia la caprichosa fuente que consentía en cantar para mí solo en medio de las sombras y del silencio de la noche. En verdad que vista así, a la luz de la luna, producía un efecto prodigioso, como el de una fiesta pagana petrificada por voluntad imperativa de la nereida. De repente dejé de razonar: me pareció que la estatua se movía, o que una sombra animada surgía detrás de ella y semejante a ella en un todo. Dudé, quise dudar, pero...



...tuve que convencerme de que aquella imagen viva de la nereida bajaba por los planos desiguales del monumento, con gracia y desenvoltura ideales. Se detuvo y me atrajo con una seña, que obedecí maquinalmente: ya no pensaba en comprender nada y me abandonaba a la embriaguez de la hermosura inefable de la aparición. Habló, y su voz añadió otro hechizo.

¿Qué ves en mí de extraordinario?

La belleza.



Mi belleza sólo existe en tu pensamiento. Háblame como a un alma, y no como a una mujer. ¿Qué consejo tienes que pedirme?

Ahora, ninguno. Ni quiero pensar... Antes, amaba; amaba a una mujer que me parecía la más bella. Pero en este momento sólo quisiera morir...



Deliras. Para ser feliz en la muerte es necesario haber sido puro en la vida. Tienes una misión difícil que cumplir. Hazlo, o no volverás a verme.

¿Cuál es esa misión? Hablad. Sólo quiero obedeceros.



—Esa misión — contestó la nereida inclinándose hacia mí y hablando tan bajo que su voz apenas se distinguía del rumor de la fuente — es la de obedecer a tu padre. Luego dirás a la generosa mujer que quiere sacrificarse, que aquellos a quienes compadece la bendecirán siempre, pero que no aceptarán jamás su sacrificio. A ellos no les asusta la pobreza.

Obedeceré. ¿Podré así conquistar el derecho de veros otra vez?

Sí, si llegas a merecerlo por tu comportamiento. Mas no olvides que nuestra relación es puramente espiritual, ajena a recursos materiales.



Sin embargo, veo en uno de vuestros dedos un anillo resplandeciente, con una esmeralda en forma de estrella.

Es extraño... Poseí un anillo de esas características, pero lo perdí en la habitación que ocupas en esta residencia: cayó entre dos piedras desunidas, en el hogar de la chimenea. Yo debí...



...«hacer levantar esas piedras al día siguiente; pero al día siguiente estaba muerta. Quizá lo hallarás si lo buscas con fe. En tal caso, te lo doy en recuerdo mío y de la promesa que has hecho de obedecerme... He aquí que llega el día. ¡Adiós!» Al oír este «adiós», que significaba la pérdida de la más hermosa de las apariciones — tal vez para siempre —, se me fue la cabeza y me faltó poco para lanzarme en persecución de la sombra encantadora. Un segundo de indecisión permitió que ella se desvaneciera, y...



...me hallé dando vueltas alrededor de la fuente, como un insensato. Creía estar durmiendo y, en la confusión de mis ideas, me aturdí con la esperanza de no despertarme. Acordándome del anillo prometido, subí.



# LA PERSONALIDAD EN LA GRAFOLOGIA

Esta cualidad está reflejada en la escritura por los trazos horizontales, que son los que obligan al hombre a ejercer una mayor presión al trazarlos, especialmente en las barras de la letra "te". Posee una buena dosis de voluntad el que las traza de extensión mediana, o más bien cortas, y de grosor bastante acentuado. Cuanto más se acerque la escritura a la posesión de estas características, tanto más será elevado el nivel de voluntad que posea el que escribe.

En todas sus relaciones de indole política y social está fuertemente impreso su sello. Los reñtidos cantones son otras tantas familias. En sus parlamentos se discute con apasionamiento e interés. El interés de las partes consiste en asegurar el bien de todos.

El otro elemento que refuerza y complementa a la voluntad, es la energía, o sea el grado de fuerza que se emplea en la realización de una actividad. La energía se manifiesta en la organización, en la dirección, en la concepción del pensamiento, en la discusión lógica, en la ejecución.

El signo gráfico de la energía es el ángulo, especialmente el ángulo que se encuentra en la base de las letras "a" y "o". Pero advertimos que una escritura no debe ser totalmente angulosa para que represente la energía; no, pues en tal caso tendríamos la acritud, el mal carácter y hasta la violencia. Debe haber en una escritura, un treinta a cincuenta por ciento de ángulos, el resto debe estar formado por curvas.

Si en una escritura hallamos estas dos características, de la voluntad y la energía juntas, podemos colegir que el autor del escrito posee dos de las principales condiciones que hacen a una personalidad destacada.

En este escrito se hallan reflejadas en alto grado las dos características de que hablamos.

Hemos marcado con el N° 1 las barras de la "te" reveladoras de una fuerte voluntad, y con el N° 2, los ángulos en las bases de las letras, que expresan la energía.

... a mi cuarto, donde encontré a Bautista, que me miró muy turbado y me habló sin que yo me diera cuenta de qué. Trémulo, me dirigí al hogar, vi las dos piedras desunidas y me esforcé en levantarlas. Bautista se ofreció a ayudarme. Cuando le dije que buscaba un anillo, su perplejidad aumentó, si bien atinó a decirme: —¿Un anillo? ... El señor no lleva nunca anillos...



Es igual. Procuremos encontrarlo. Es un anillo de oro, con una esmeralda en forma de estrella...



Por complacerme, mi criado rascaba la argamasa con un cuchillo, separaba la ceniza, buscaba, en fin, con un esmero que parecía reñido con su incredulidad. De pronto...

...su expresión tradujo asombro, y me alcanzó la joya, enteramente semejante a la que yo había visto en la mano de la aparición. Me lo puse en el dedo meñique, bajo la mirada intranquila de Bautista, cuyo azoramiento no le impedía, ciertamente, conservar la más estricta discreción. Luego...



...mis recuerdos se hacen confusos. Creo que bajé a almorzar, que la señora de Ionis me observó preocupada, suscitó mis confidencias, y, más seria aún, me invitó a descansar y a frenar el vuelo de mi imaginación. Mi memoria me dice, también, que volví a verla sin emoción, como si la impresión que antes me había causado la hermosa dama hubiese quedado aniquilada por la beldad mirífica de la nereida. Las imágenes que recobran nitidez corresponden al día siguiente, por la mañana, cuando...



...Bautista andaba de puntillas por mi habitación.

¿Qué haces, amigo mío?

Estoy velando su sueño, mi querido señor. Gracias a Dios, ha dormido usted dos horas completas. Se encuentra mejor, ¿verdad?



Me encuentro muy bien. ¿Acaso he estado enfermo?



¡Ay, señor! Ayer tuvo usted un acceso de fiebre muy fuerte. Ha delirado usted mucho. Efecto del calor, sin duda. Nunca se acuerda de ponerse el sombrero para andar al sol... Felizmente, todo ha pasado ya...

Me miré el dedo meñique. ¡No tenía el anillo! Me faltó coraje para interrogar a Bautista. ¿Todo habría sido, pues, un sueño provocado por la fiebre?... Me distrajo de mis pensamientos la entrada de Ceferina con la poción que, por lo visto, me había recetado el médico; luego la presencia de éste, que insistió en recomendar reposo.



Por dos días más conservé en la residencia de Ionis la lamentable condición de huésped enfermo; aunque había abandonado el lecho, la joven Condesa se opuso a que yo regresara a mi casa sin haber recobrado fuerzas. Por lo demás, demostraba una especie de escepticismo que me resultaba irritante. —No vaya usted a creerse —me dijo al despedirme— más pobre de espíritu que otro cualquiera; no hay quien no haya delirado algunas horas en su vida...



En camino a mi hogar, el caballo y el aire libre me restablecieron por completo, y, al abrazar a mis progenitores, sólo la mirada de mi madre pudo descubrir que algo anormal me había ocurrido. Logré tranquilizarla comiendo con buen apetito y comprometiendo el silencio de Bautista sobre todo lo que él sabía. En los días sucesivos...



...trabajé moderadamente, paseé con regularidad, alejé toda idea lúgubre y me abstuve de lecturas excitantes. Borré así los rastros de la crisis, y nadie hubiera sido capaz de notar que, sin embargo, me hallaba tiranizado por una obsesión, alimentando con extraño estoicismo una pasión insensata: amaba a...



...una sombra —no podía decir ni siquiera a una muerta... Según todas las apariencias, el objeto de mi culto era una ficción, nacida entre las nubes de mi cerebro. ¡Pero yo había visto y oído a esa maravillosa belleza! Profundizar en el problema de su indefinible existencia y en el misterioso lazo que se había establecido entre ella y yo, me habría llevado al delirio. Comprendiéndolo así, yo no quería explicarme nada ni ahondar en nada. Alentaba una fe, que es la justificación de las cosas inabordables para la razón. Cuidaba de mi locura como de una facultad superior. Y obedecía a la inmortal procurando, por el perfeccionamiento de mi vida, ser digno de volver a verla. Llegamos de este modo a la semana anterior a la fijada para controvertir, en audiencia pública, el pleito entre los Ionis y los Aillane. Yo era el encargado de hablar, en nombre de mi padre y en el propio, y todos los días aquél me daba instrucciones y cambiábamos juicios que nos ratificaban a ambos en la convicción de que nuestro punto de vista —es decir, la causa del Conde de Ionis— tenía el triunfo absolutamente seguro.

En eso estábamos al sernos anunciado Bernardo de Aillane, capitán de milicias. Era un guapo mozo, vivaz y franco. Se expresó con mucha cortesía al apelar a nuestro honor para pedirnos que cuidásemos el de su familia al hacer nuestro alegato. Mas, al final de su discurso, su natural apasionado lo traicionó y deslizó una velada amenaza contra mi persona.



Mi padre, a quien los años y la profesión no habían bastado a apaciguar del todo los bríos juveniles, fué el primero en reaccionar.



¿Qué quiere decir eso? Cuento, hijo mío, con que no será la espadita del señor Aillane lo que te hará callar cuanto argumento te parezca lícito para defender los intereses que nos están confiados.



El capitán estaba fuera de sí. Yo era el único que mantenía serenidad, como si me asistiera el espíritu de la aparecida.

Tiene usted razón, padre mío, al suponer que no me dejaré intimidar; pero hay que perdonar la actitud del señor de Aillane, que ve amenazada la legítima delicadeza de su familia, a la cual siempre rendiré homenaje.



Mis palabras operaron una verdadera transformación en el pundonoroso militar.

Esto es todo lo que pretendía, caballero. Y ahora... ¡gane usted el pleito, si corresponde!



El inesperado resultado de la visita era, pues, que tanto Bernardo como yo habíamos ganado un amigo, y aquella noche me acosté no con la tribulación del duelo —que por un momento pareció inevitable—, sino con la de la audiencia inminente.

Aun no había amanecido cuando me despertó un fuerte aldabonazo dado en la puerta de calle. Me lancé a abrir, acuciado por malos y vagos presentimientos, y, llegando antes que los criados, recibí un billete de manos de un mensajero de la señora de Ionis. Decía: «Suspendan el pleito. Acabo de recibir la noticia de que el señor de Ionis ha muerto en Viena. Esto desliga a ustedes del compromiso contraído como abogados. Prepararemos una transacción.»



Llevé la nueva a mi padre. No puedo decir que se lamentara mucho, porque la verdad es que el Conde gozaba de pocas simpatías. Noté, en cambio, que tanto él como mi madre me observaban con singular atención. Mi madre fue la primera en hablar. —Hijo mío, tú que estás enamorado de la señora de Ionis...



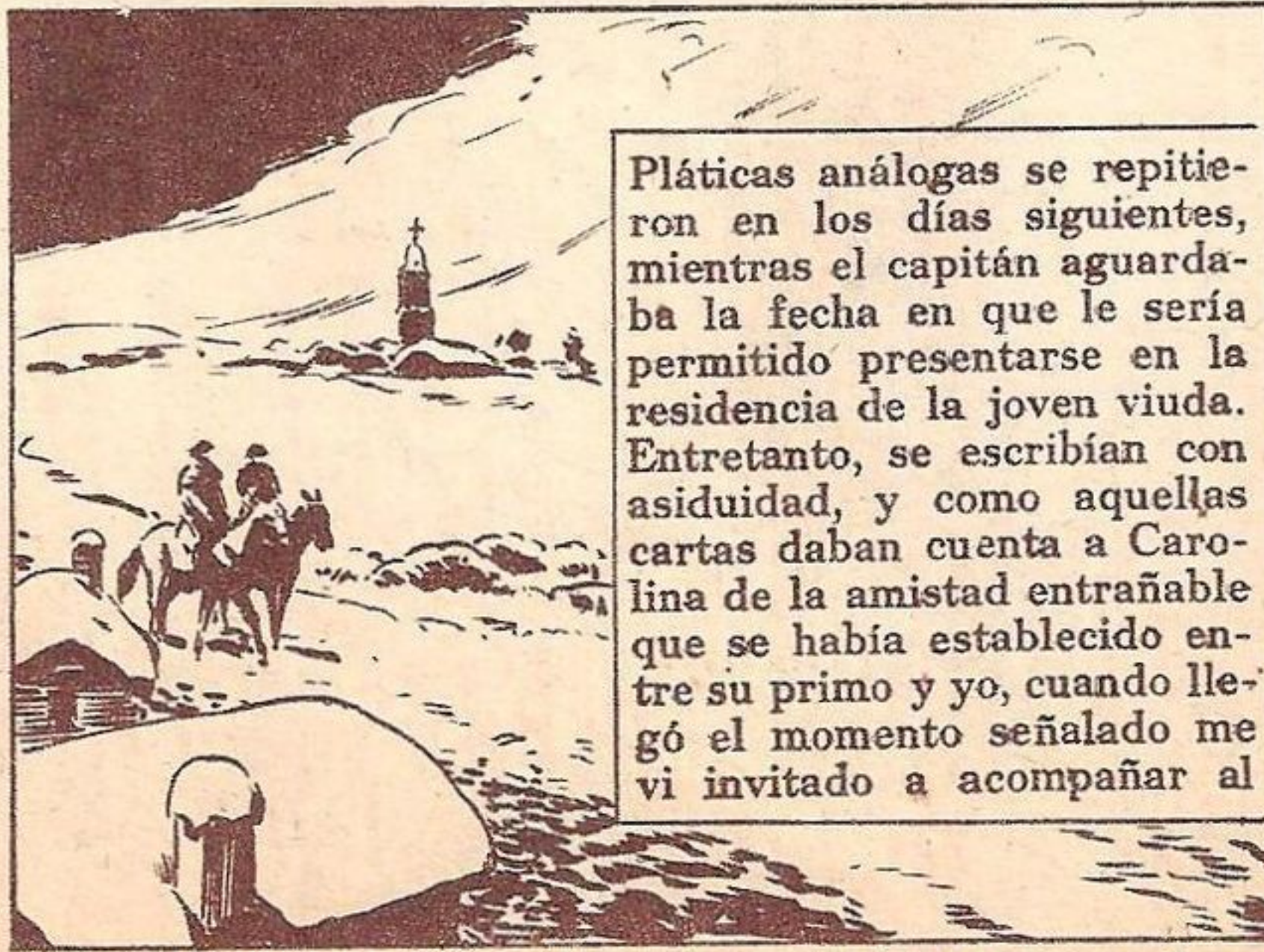
No, madre mía. He estado enamorado de la señora de Ionis, no os lo niego, pero me bastó un hecho para curarme de mi pasión. Palabra de honor.

Te creemos. ¿Cuál fue ese hecho, si puede saberse?



Rogué a mis padres que me permitiesen guardar reserva, y me retiré a reanudar el descanso interrumpido. Horas más tarde se difundía en la comarca la noticia de la defunción del señor de Ionis. Por la noche tuvimos de nuevo entre nosotros al capitán de Aillane, quien, así que estuvimos solos, se holgó en confiarme la causa de la felicidad que irradiaba todo su ser. No residía en el feliz desenlace que se daría al pleito; aunque esto también lo regocijaba, su dicha emanaba de la libertad en que había quedado su prima, la señora Condesa, para consagrarse al amor que ambos se profesaban desde niños y que las circunstancias los habían obligado a sacrificar.

...no lo ha alcanzado ya, se producirá un milagro o hallará usted la mejor recompensa en la elevación lograda por su alma.



Pláticas análogas se repitieron en los días siguientes, mientras el capitán aguardaba la fecha en que le sería permitido presentarse en la residencia de la joven viuda. Entretanto, se escribían con asiduidad, y como aquellas cartas daban cuenta a Carolina de la amistad entrañable que se había establecido entre su primo y yo, cuando llegó el momento señalado me vi invitado a acompañar al

La expansión de Bernardo terminó por contagiarme, inspirándome el deseo de corresponder a su sinceridad, y le confesé la extraña pasión que me dominaba. Me escuchó con gravedad, me aseguró que no hallaba en mi amor nada de ridículo y me aconsejó que perseverase en mi afán de llegar a ser un hombre de mérito. —Cuando alcance su ideal de perfeccionamiento, si es que...



dichoso galán. Corría el mes de diciembre y la tierra estaba blanca de nieve.



Dejando a Bernardo que se adelantara — pues yo no deseaba estorbar las primeras efusiones —, quedé en la biblioteca. Vidrios recién puestos en los vanos de las arcadas aislaban la rotonda, asegurando allí un ambiente de primavera. Afuera, las aguas dormían en prisiones de hielo; la de la fuente seguía fluyendo, murmurante, entre flores exóticas...



Me costó un gran esfuerzo decidirme a mirar a la neireida. La encontré menos hermosa que en mis recuerdos. Luego me puse a contemplarla, como si fuese el retrato de la amada a quien no vería nunca más. Pero mi sensibilidad, tanto tiempo contenida, se sintió exacerbada y desbordó en un torrente de lágrimas...



El suave ruido de un roce de sedas me hizo levantar la cabeza. En medio de la semiobscuridad vi una mujer alta y delgada, que me miraba con solicitud, casi diría con compasión. Vaciló un instante, y me dirigió la palabra. Estremeciéndome hasta la fibra más íntima, reconocí la voz inconfundible, la voz única de la aparición adorada. Me preguntó si yo era el señor Justo Nivieres, y cuando tuve fuerzas para contestar, respondí afirmativamente, pero pretendí añadir un engaño.

Le suplico que me dispense. Me había amodorrado...

No; usted estaba llorando. Lo advertí desde la galería, donde esperaba la llegada de mi hermano.



¡Ah! ¿Es usted la señorita de Aillane?



Felicia de Aillane y, me atrevo a decirlo, su amiga también. Aunque no nos conocíamos personalmente, mi hermano me ha dicho tanto de usted que ha despertado en mí una verdadera simpatía. Por eso sentí pena e inquietud al verlo sollozar.

Por iniciativa de ella, seguimos el diálogo junto a la chimenea de la biblioteca, donde había más luz y calor. Mi ansiedad había desaparecido, para dejar paso a mi admiración por la señorita de Aillane, hermosa como la más elegante y pura de las ninfas de Diana, y tan ingenuamente afectuosa conmigo. Parecía que

fuese yo un amigo de la infancia, reencontrado después de muchos años de separación. Su mirada límpida tenía la luminosidad serena de las estrellas. Yo me sentía deliciosamente sosegado bajo su benigna influencia, bajo el irresistible encanto de la dulzura y abandono con que me hablaba de las penas y alegrías de su familia, del papel que yo había desempeñado en las últimas peripecias... El ruido de un coche y el ladrido de los perros la hicieron saltar de la silla.

¡Es mi padre! Venga conmigo a su encuentro.



La seguí lleno de embriaguez, y poco después mi mano estaba entre las de un anciano encantador, que me decía con bondad: —No le extrañe la satisfacción que tengo en verlo; es usted amigo de mi hijo, y mío por consiguiente, y por él sé cuánto vale.



La cena reunió en torno de una mesa cordial — que por el luto no podía ser ruidosa — al señor de Aillane, sus dos hijos, la señora de Ionis y yo. Se respiraba una atmósfera de esperanza y de delicada ternura que me penetraba y que, con sorpresa para mí, no me daba tristeza.



Nos separamos lo más tarde posible. Al quedar solo me asomé a mis sentimientos, y tuve que reconocer que la señorita de Aillane me producía un efecto casi igual al del adorado fantasma; sólo que la fascinación era en este caso más dulce y me colmaba de inefable bienestar. Durante las jornadas siguientes, vividas en la magnífica hospitalidad de aquella residencia, se hizo en mi espíritu la certeza de que amaba locamente a Felicia. Antiguas quimeras se borraban de mi memoria. La nereida cedía a la realidad, aunque una sospecha, que las confundía, iba afianzándose cada vez más. Cuando...

... estuve seguro de mí y creí poder estarlo de ella, me decidí a decírselo.

¡No siga ocultándomelo, por Dios! Fué usted quien, quizá por un capricho, se me apareció bajo un aspecto fantástico y me indicó mi deber conforme a la delicadeza y altivez de su alma.



Pues bien, sí: fui yo. Yo fui quien estuvo a punto de volverlo loco. Estoy dolorosamente arrepentida del daño que le he causado. Había afrontado usted con tanto coraje...

... «la fantástica aparición de las damas de verde, que Carolina pensó que podía brindársele una menos imponente. Yo me encontraba aquí en secreto. Carolina acentuó la semejanza que me encontraba con la nereida de la fuente, peinándome y vistiéndome como la escultura. Ella deseaba que yo, al presentármela a usted con prestigio sobrenatural, lo indujese a perder el pleito del señor de Ionis. Pero yo no podía ceder a tal generosidad y procurar inducir a usted a apartarse de sus deberes. Hablé como usted sabe, y usted me obedeció religiosamente. Partí al otro día, sin saber la crisis de salud que usted había afrontado. Cuando lo supe, por Bernardo, así como su comportamiento posterior, me resolví a...



... reparar, con el afecto de toda mi vida, la imprudencia a que me había dejado arrastrar, e indemnizarlo, de este modo, de las penas que le había causado involuntariamente. Pero sepa, también, que no ha sido usted el único desdichado...

Felicia calló, turbada, y yo me prosterné...

¡Por caridad, continúe usted!

Bien... Destinada al claustro, le hablé a usted como separada ya del mundo de los vivos. La convicción de mi papel se apoderó de mí. Usted veía mi rostro, pero yo también veía el suyo... y no tardé en comprender que jugando a apoderarme de su libertad yo había perdido la mía...



Hablando, Felicia se había animado. Al tímido pudor de la primera confesión había sucedido la confianza entusiasta. Rodeó mi cabeza con sus hermosos y ligeros brazos y, besándome, me dijo: —Cuando te di la esperanza de que volveríamos a vernos, era yo quien menos la tenía. Pero una voz susurraba en mi corazón: «Espera, puesto que lo amas.»

Al mes siguiente, cuando se efectuó mi casamiento con la más bella y más buena de las mujeres, había yo aclarado otra parte de los misterios que tanto me turbaron: la señora de Ionis poseía dos anillos iguales: uno que puso en el dedo de la «nereida» fantasmal y otro que me indujo a buscar en la chimenea; a éste, ella misma lo sacó de mi mano, durante mi acceso de fiebre, por temor a que ese detalle de realidad me exaltase aún más y pensando que la falta de la joya me inclinaría a creer que todo había sido un sueño.



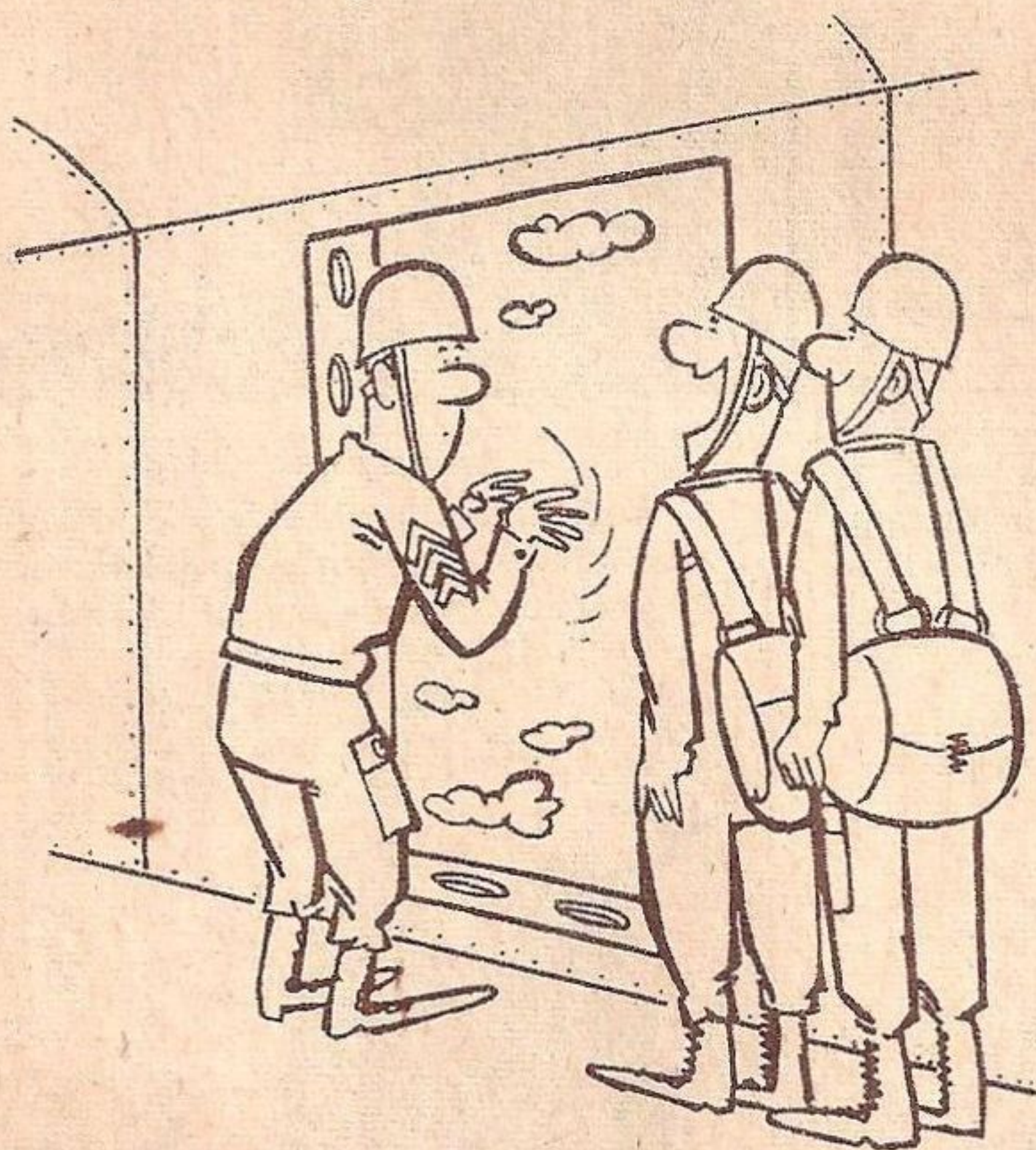
¿Y las damas de verde? En este punto declaro mi derrota: nunca tuve una explicación enteramente satisfactoria de la visita con que me honraron aquellas señoras, aunque bien sé de qué prodigios es capaz la imaginación de un joven apasionado... De todos modos, ni ellas ni otras turban la felicidad de mi hogar, ni, según creo, la que disfrutaban en el suyo Carolina y Bernardo, nuestros excelentes amigos.



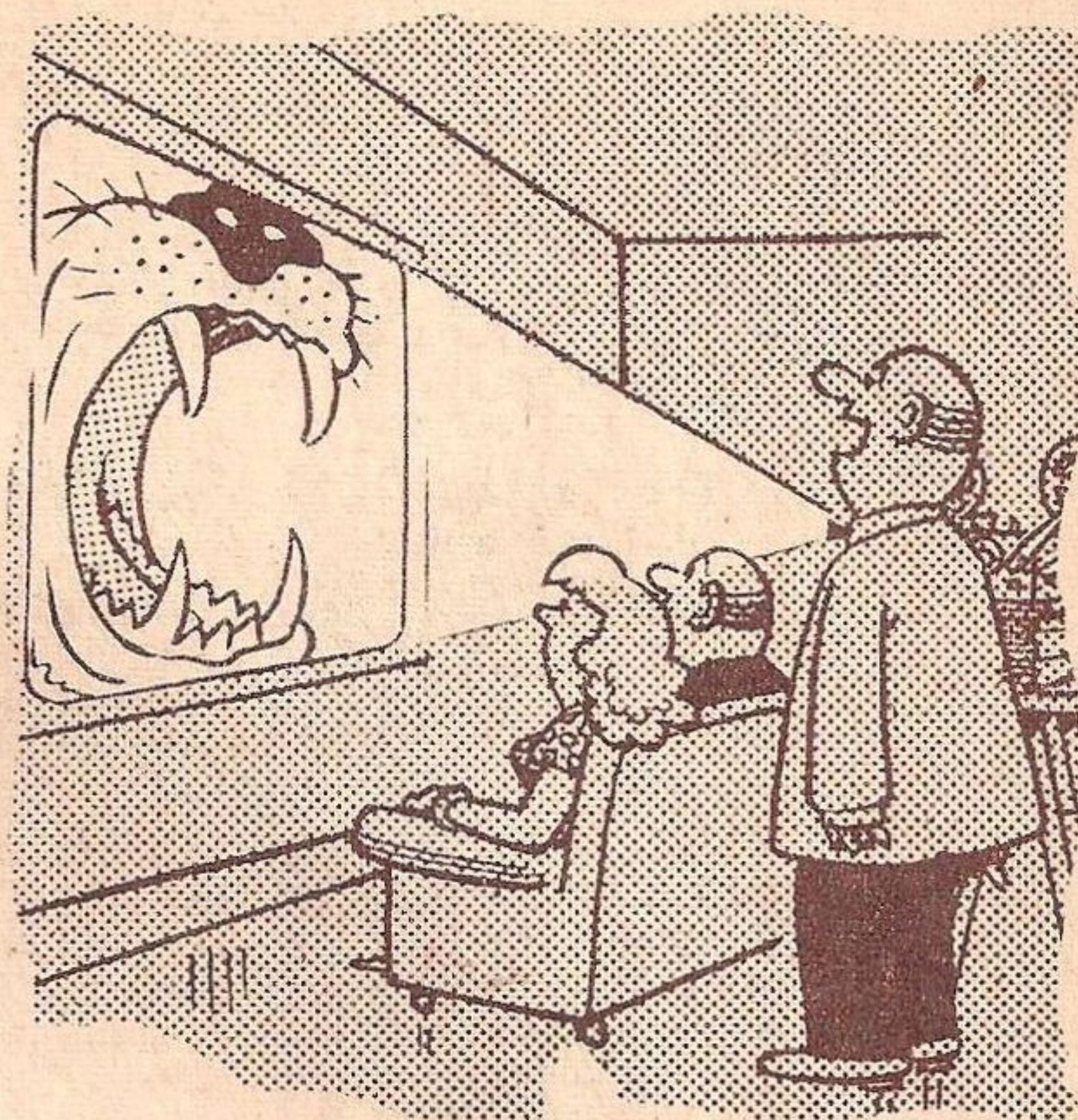
FIN



# ALEGRÍA



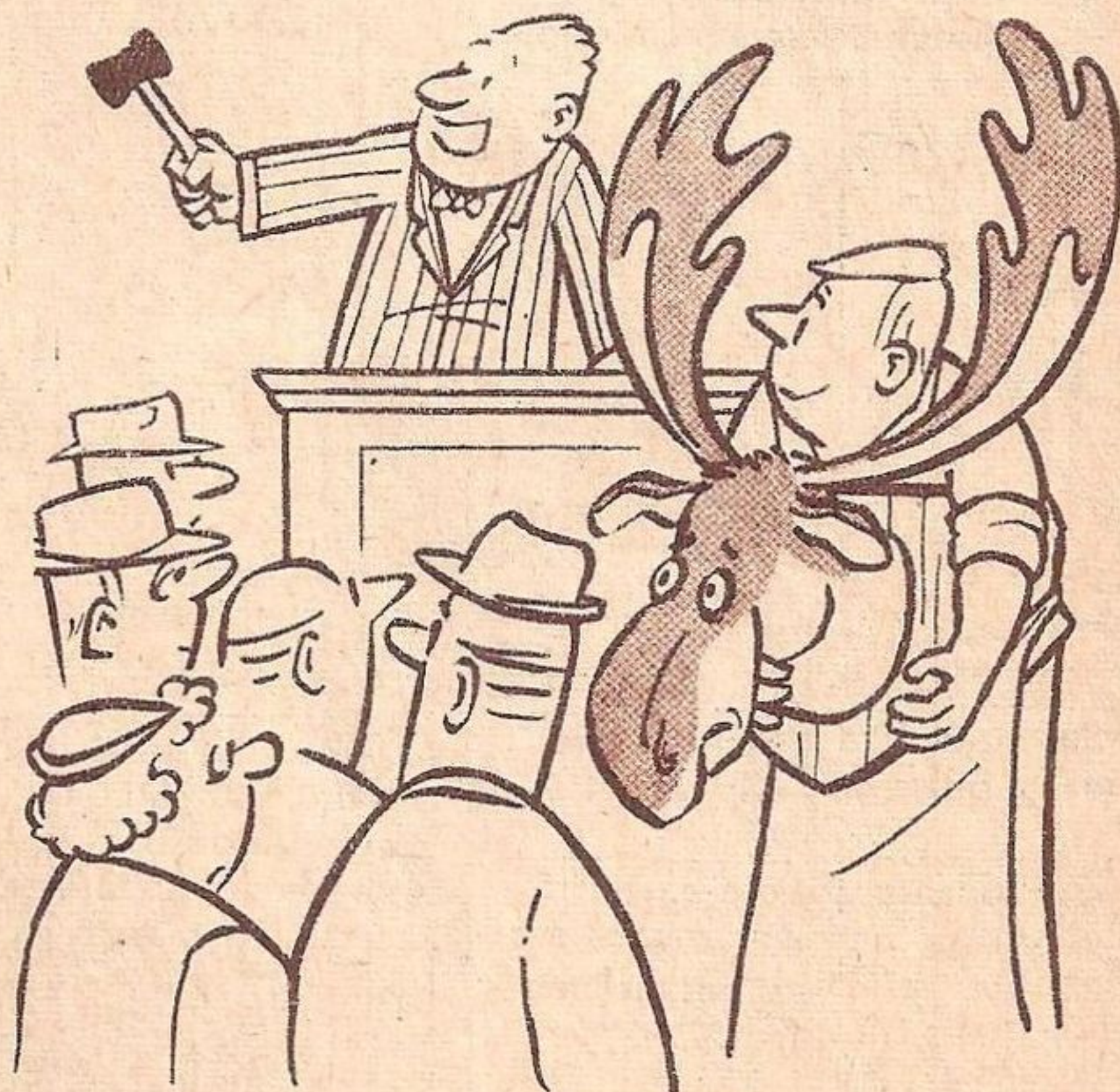
—Ese que no quería saltar, era el piloto que sólo vino aquí para estirar un poco las piernas.



—Y esto es lo último que filmó mi finada esposa en nuestro safari africano.



— De veras te digo que no la conozco, querida. Además es el tipo de muchacha que le dice. "Adiós, papito" a todo el mundo.



—Vendido al señor que está al lado, de la señora que parece estar enojada.

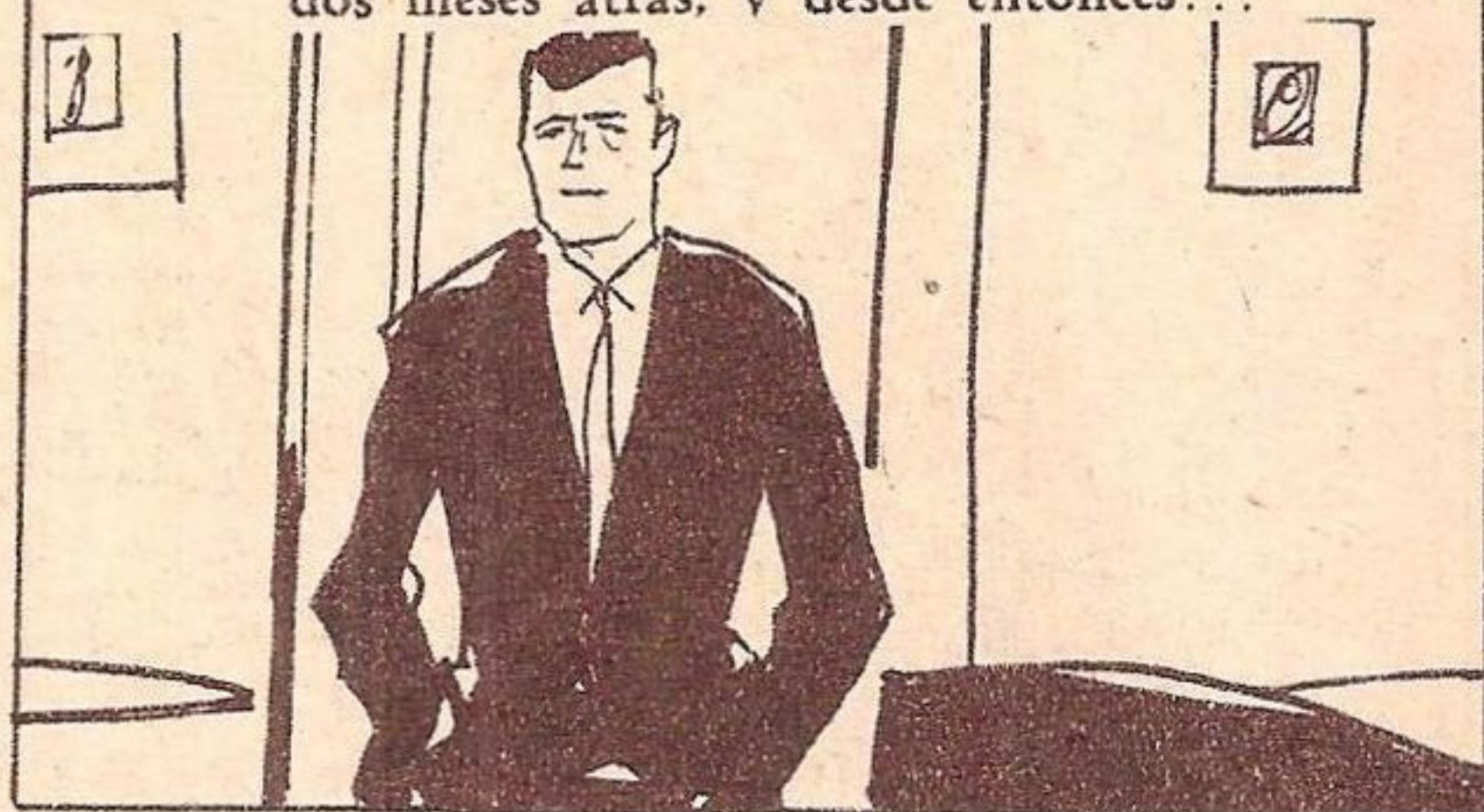


# Paulina

Por FRANCINA SIQUIER

DIBUJOS DE JORGE PEREZ DEL CASTILLO

Maximiliano González había tenido varios empleos, permaneciendo varios años en uno de ellos, y anulándose en la diaria rutina, por la cual, al cierre de la firma, quedó desorientado. Eso había ocurrido dos meses atrás, y desde entonces...



Con ternura, miró la fotografía puesta sobre la repisa y pensó que "ella" lo acompañaba. Al salir, saludó a la señora Rossi, la dueña de la pensión.



Buenos días, señora. No regresaré a amorzar. Y deséeme suerte...

Ya en la calle, sintió en sus miembros la tibia caricia del sol de otoño. Sabía que iba a enfrentar algo superior a sus...



...fuerzas por falta de carácter, pero algo le impulsaba a ello. Sin duda, su propia desesperación y una especie de rebeldía ante el destino.



Mientras, en la oficina de una importante empresa comercial...

Señor Miranda, hasta ahora no he podido seleccionar a nadie.



Ese aviso ha sido un fracaso. En adelante, recibiré yo mismo a los que se presenten.

Y fue por ello que Maximiliano González, tuvo que enfrentar al propio director de "DROZ & DROZ", Importador y Exportador...



Hábleme de sus pasadas actividades.

Nunca la vida de un hombre de treinta y ocho años fue resumida más rápidamente y con menos énfasis.

Así, pues, desde mi último empleo...



Comprendió la tragedia íntima y quiso impedir que se rebajara.

Es evidente que no encontró el puesto que remunerara sus condiciones.



Hubo una corta pausa y luego...

Bien, es usted lo que yo buscaba. Hombre de familia, capaz y sin mucha ambición. Bueno, señor González, queda usted incorporado a la firma con el cargo de gerente.



Cuando salió de las lujosas oficinas, su rostro estaba lleno de luz, sin poder creer lo que ya era un hecho. GERENTE de "Droz & Droz"...



Sintió lástima por sí mismo, que durante años vivió ignorado, ocupando...





...siempre el último lugar. Y recordó la falsa sonrisa del secretario del señor Miranda, que no bastó para encubrir su envidia. Tendría que cuidarse de él.

A partir de entonces, sus días comenzaron a tener objeto. Trabajaba intensamente y llegó a recibir por ello un amistoso reproche.



Estoy satisfecho, pero se queda hasta muy tarde, y tal vez su esposa...

Bueno, ella está lejos ahora.



De todas maneras, vive demasiado lejos y le crea inconveniente quedarse. ¿No le convendría mudarse más cerca?

Esa noche, Maximiliano tardó en dormirse. Comprendía que en las preguntas de Miranda había sólo el deseo de ayudarlo, de mostrarle simpatía... Y se avergonzaba recordando la respuesta que le dio al preguntarle el nombre de su esposa.



Se llama Paulina, y el nombre le sienta bien por su dulzura, su belleza serena, su mirada llena de paz...



Confuso, se había disculpado por los elogios, pero Miranda le había interrumpido:



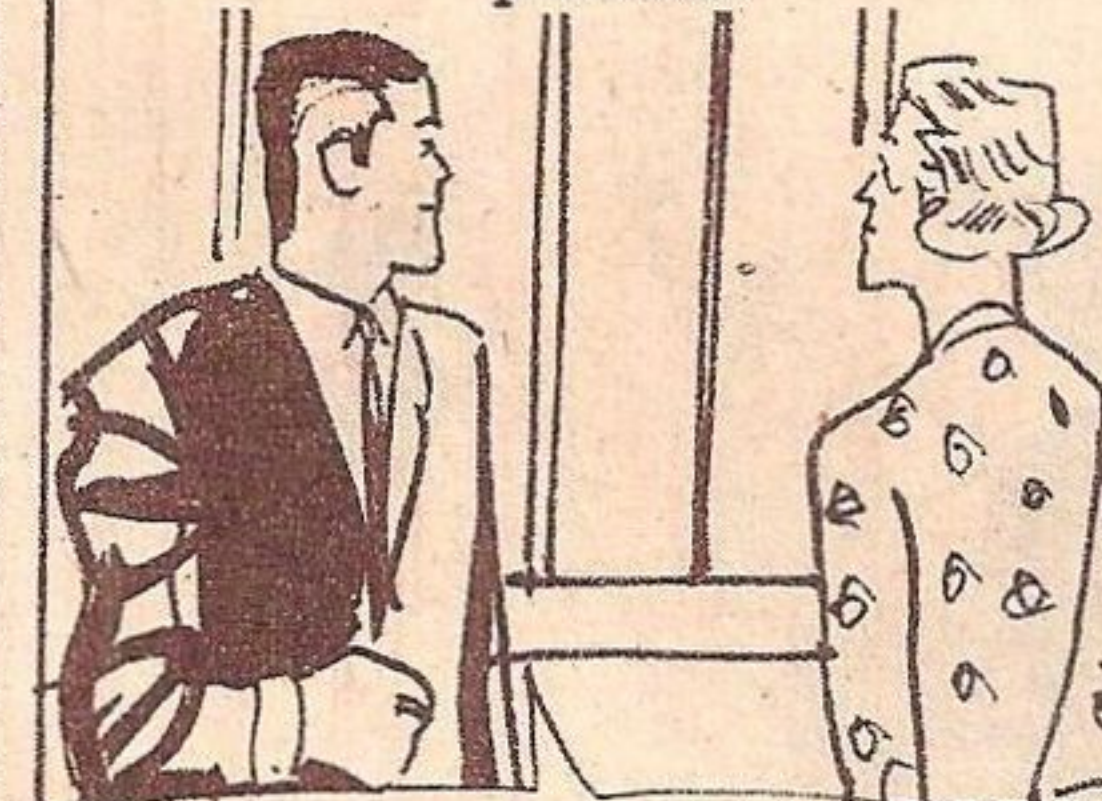
Me agrada escuchar cómo habla de ella. No es frecuente en los matrimonios... Deseo conocer a su esposa, González.

Era un paso más hacia la intimidad, el que la quisiera conocer. En la siguiente mañana, decidió poner en práctica su sugerencia.



Lo siento, señora Rossi, dejo mi habitación. Está lejos de mi trabajo. Y le daré a ella una sorpresa cuando vuelva...

Alquiló un pequeño departamento. Ya nadie supervisaría su vida. Una ventaja más de su cambio de posición.



Me instalaré hoy. Mi esposa está en el campo, pero creo le agradará.

Puedo conseguirle por las mañanas, una mujer para limpiar.



¡Magnífico! Mi mujer trabaja todo el día y así no se preocupará. Los fines de semana nos vamos al campo.

Sólo estoy en la portería hasta las 17 horas, pero cualquier reclamación puede hacerla por teléfono, dejando una nota.



Le diré a mi esposa. Las mujeres necesitan siempre algo.



También su elevado sueldo le permitió hacer compras. Vestidos y perfumes para Paulina. Se complació guardando las cosas, y sus...



...manos acariciaron la gasa azul del vestido que provocaría la envidia de la mujer de la limpieza, que sin duda, curiosaría todo...



Y la imaginó a "ella" luciendo ese modelo, luminosos los negros ojos que se destacaban del blanco rostro, y fulgurante la cabellera cobriza. Pese a lo que los separaba, su presencia se hizo tangible.



Fue difícil enfrentar luego la soledad de la habitación cuando la imagen evocada se esfumó. Esa noche salió a caminar hasta muy tarde, y al regresar...



¡Márchese! El puede arrepentirse de dejarlo ir.

¡Quiero mi dinero!  
¡Hizo trampas en el juego!



¡No sea estúpido! Puedo darle un golpe que le haga olvidar todo eso.

Como prueba, el joven le golpeó el estómago y el hombre se retorció de dolor. Luego, al recobrarse, bajó corriendo, pasando junto a Maximiliano sin verlo.



No tenía intención de buscarse problemas. Esperó unos minutos, y luego continuó ascendiendo. Al pasar junto a la puerta, no obstante...



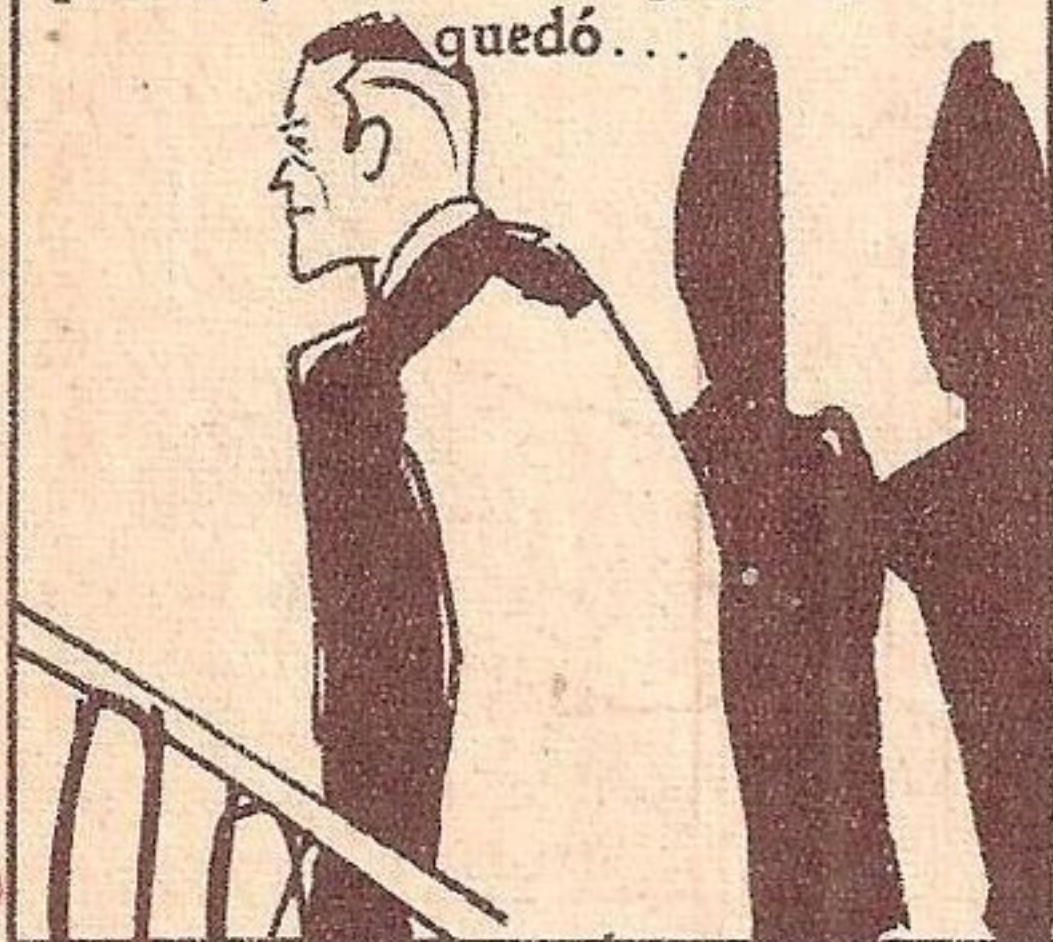
¡Quiero irme! ¡No puedo aguantar esto más!

¿También tú quieres armar lío esta noche?



Acompaña a Paola, Giuseppe. Sin duda está muy cansada.

Lo habían visto y trataban de disimular. Incluso le saludaron. Y Maximiliano, muy violento, continuó ascendiendo. Abrió su puerta y la cerró de golpe, pero quedó...



...en el rellano, al acecho. Aquella joven parecía asustada...



¡Vamos! Llévatela!

¡No pueden obligarme!

—No vamos a discutir eso ahora.

¿Olvidas lo que le debemos a Antonio?



Mañana se arrepentirá y yo trataré de olvidar esto. Marchaos de una vez. Ese individuo puede estar escuchando.



Mientras bajaban, la muchacha trataba de contener sus lágrimas. Maximiliano le había visto un solo instante, pero había retenido en la memoria su rostro de una belleza poco común.



¿Qué la unía con aquellos hombres? ¿Por qué estaba obligada a ellos?

Sin hacer ruido, penetró en su departamento. Luego, se acercó a la ventana. Y pudo verla ascender a un pequeño auto, siempre con el rubio Giuseppe.



(Bueno, supongo que no debo preocuparme más de ellos...)



Olvidó el incidente y se dedicó a su trabajo, observando la creciente animosidad de Gutiérrez, que comenzó a hacer comentarios insidiosos.



¿Usted cree que el señor González se lleva bien con su mujer? La separación se prolonga ya demasiado...

Bueno, ella está descansando. Estoy seguro que es un matrimonio perfecto y que él la adora. Claro, creo que ella es encantadora.



Me gustaría conocerla.



Cierta vez, al regresar de uno de esos paseos, vio a aquella muchacha. Súbitamente, recordó las palabras escuchadas, sus lágrimas, y la historia que había forjado, que caía hecha añicos al ver que ella, por propia voluntad, volvía a la casa.

La figura armoniosa, el rostro sugestivo, no era fácil de olvidar. Pensaba en ella la siguiente noche, cuando alguien llamó a su puerta.



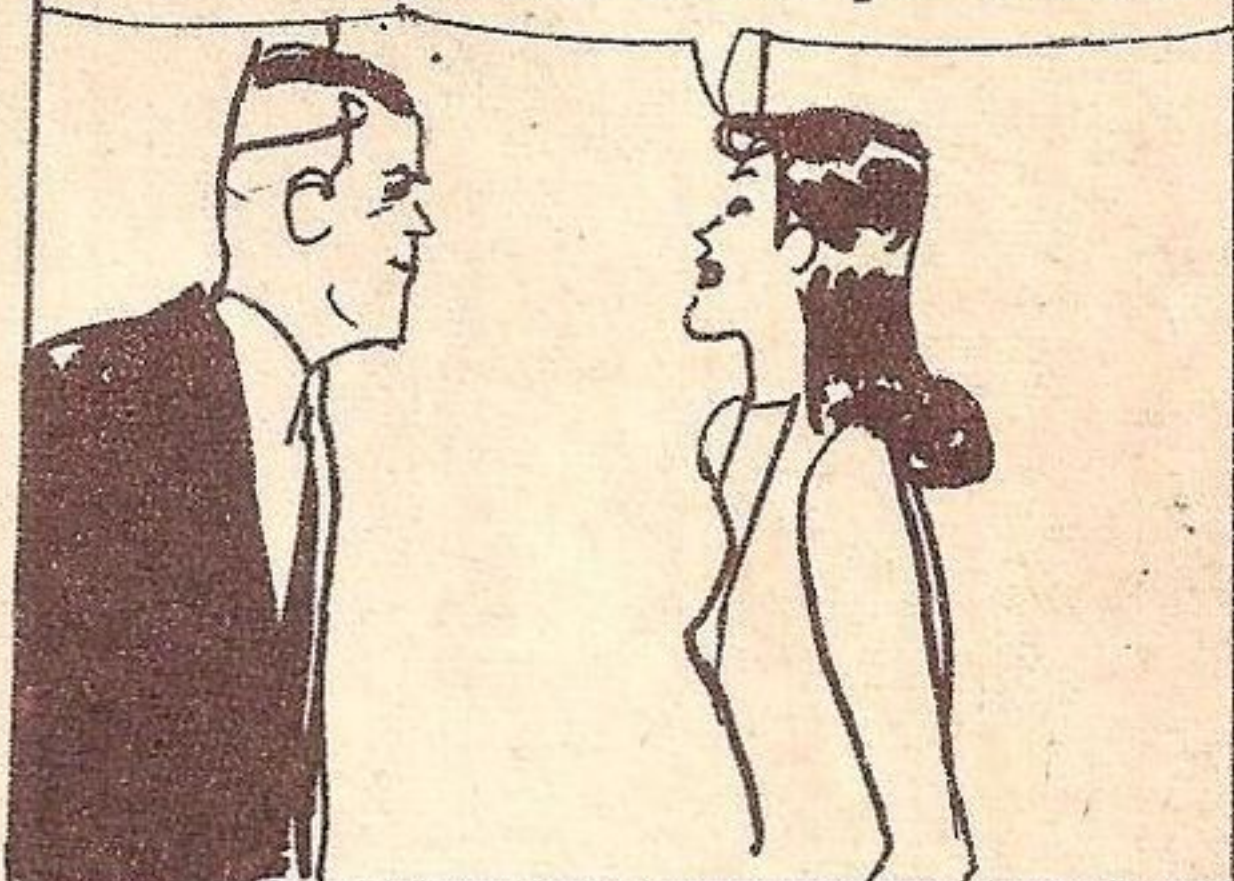
(¿Quién podrá ser?)

¡Usted!

Siento molestarlo, pero...



Estaba nerviosa. Y notó que sus ojos no eran negros, sino de un azul intenso. Está lloviendo. No encontré a nadie en el departamento, y como la encargada no está... ¿Podría hablar por teléfono?

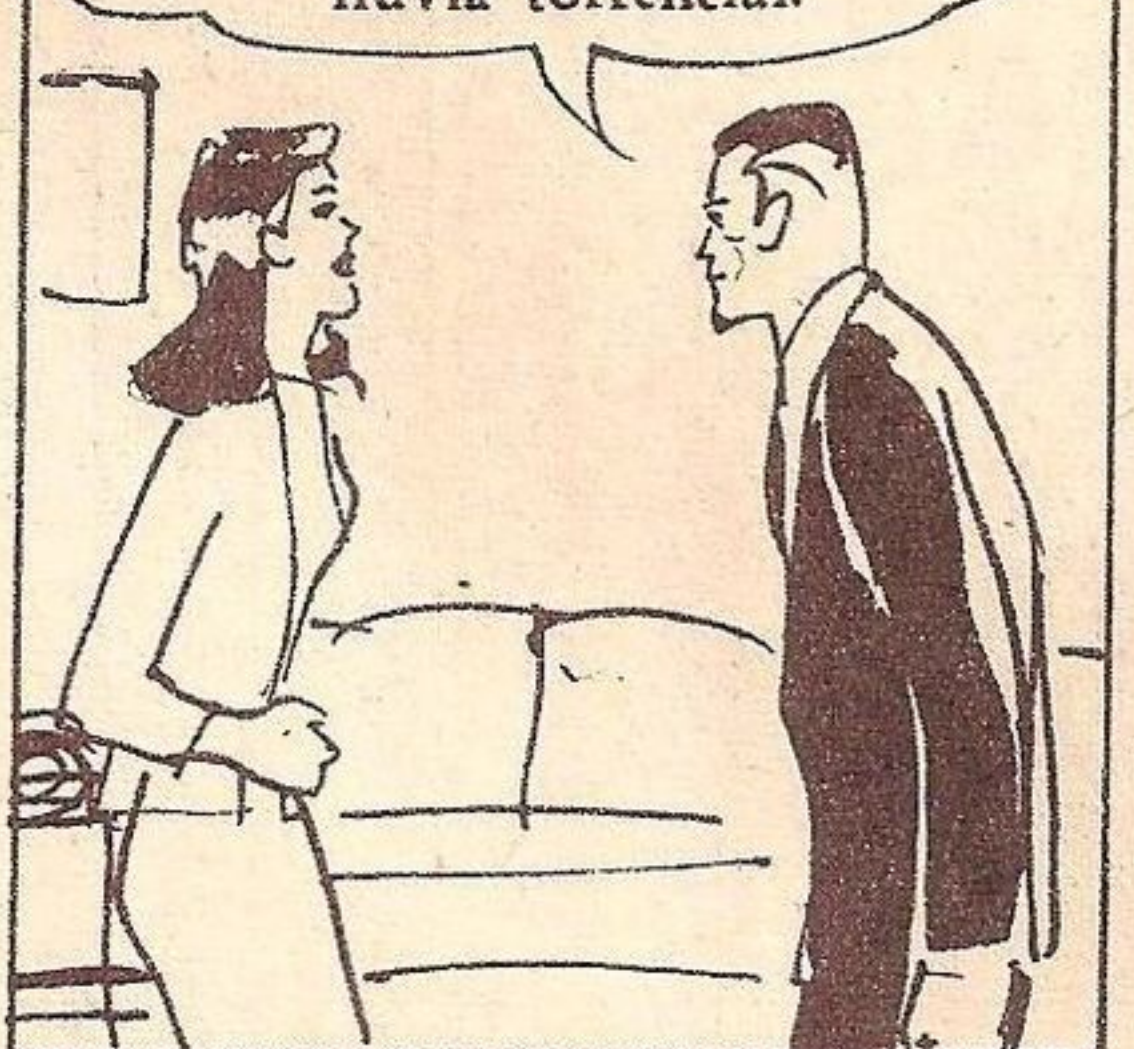


Sí, por supuesto. Permítame. Mi nombre es Maximiliano González.



El mío, Paola Tagli. Crea que lamento...

Me complace poder serle útil. Y efectivamente, está cayendo una lluvia torrencial.



Discretamente se apartó. ¡De manera que se llamaba Paola!... Todo era sorprendente y vulgar. ¡Si ella sospechara que él había sido testigo de aquella escena!



Era indudable que su mirada ausente encerraba algún misterio, igual que su nerviosismo, y que alguna cosa la atemorizaba. ¿Quién era?



¿Qué era de aquellos hombres, especialmente del llamado Antonio? Su voz, quizá por el acento italiano, tenía un sonido melodioso.



No puedo comunicarme. Será mejor que me marche a casa.

Temo ser indiscreto, pero está usted temblando.



Es sólo un poco de frío. Me mojé algo al venir.



No quisiera que lo tomara como un atrevimiento, pero desearía que aceptara una copita de coñac. Creo que le haría bien.



Los ojos azules lo analizaron. ¿Descubrirían que tras sus palabras no había más que el deseo de ayudarla?



Gracias, es usted muy amable.

Bebieron el coñac, y a ambos les pareció natural iniciar una conversación. Después...

Antonio y Giuseppe ya no tardarán. No quiero abusar más de su hospitalidad.

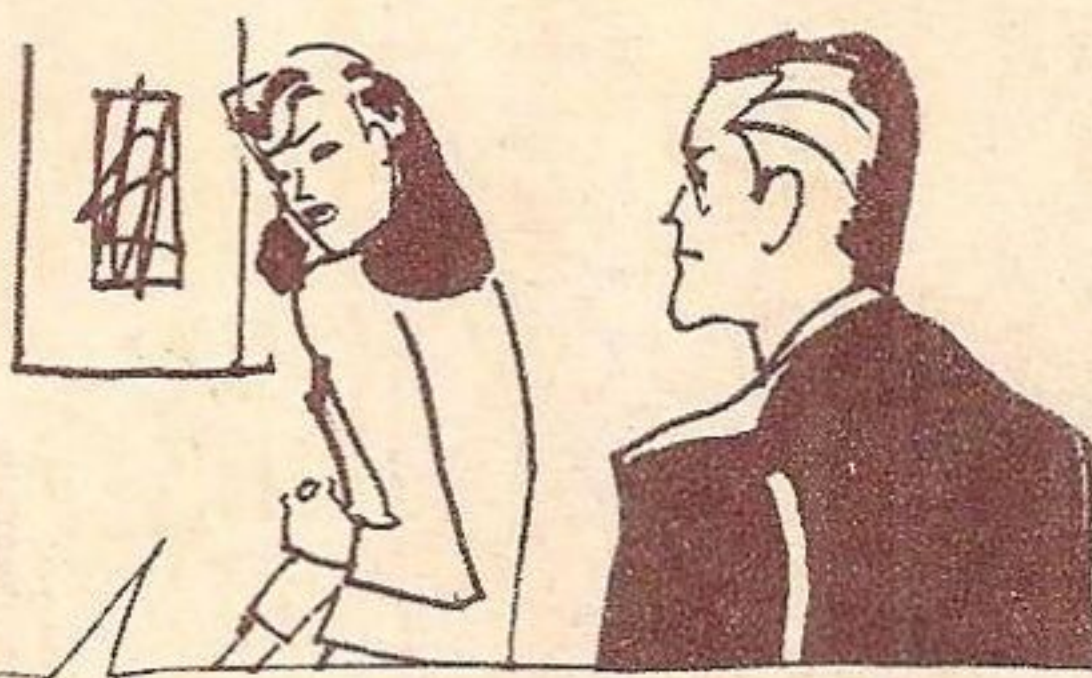


Era evidente que se comprendían. Unidos por una misma soledad, por un mismo vacío. Unidos por la búsqueda de un ser humano a quien hablar sin necesidad de preguntas, sin el temor de comentarios.



Y entonces cometió Max su primer error. Saborear la felicidad de verla allí, en el lugar de Paulina.

Siguieron hablando, impelidos por una fuerza misteriosa. Y de pronto, al marcar otra vez ella el número telefónico, la vio palidecer.



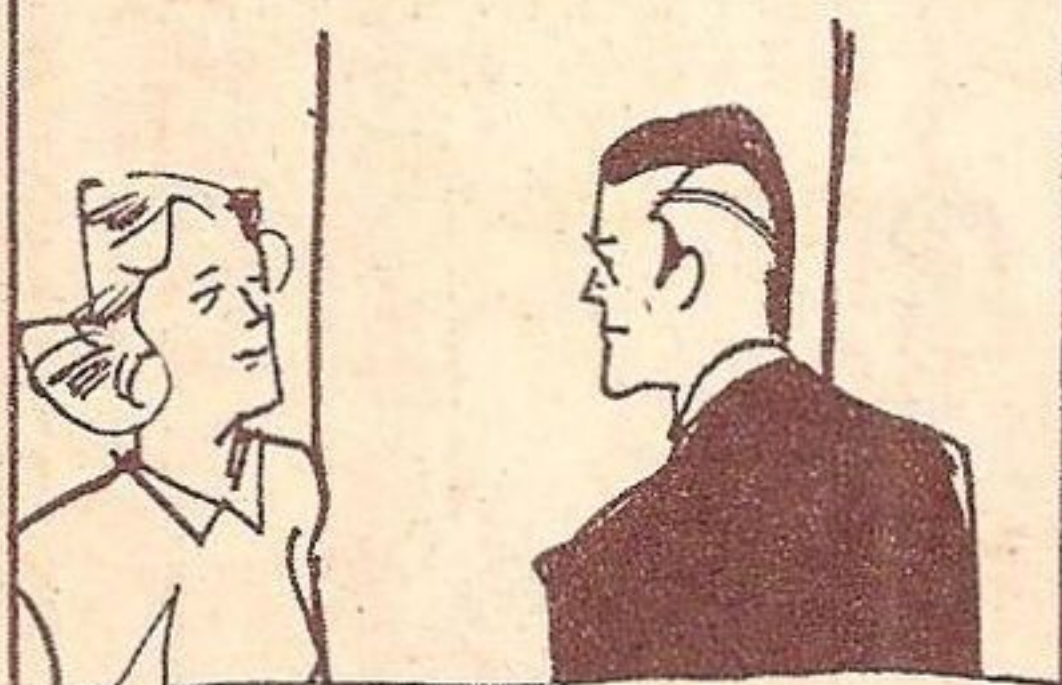
Ya han llegado... No contesté porque temí que... ¡Oh, no quisiera que que supieran que he estado aquí!

Era visible que tenía miedo. Y hubiera deseado hacerle mil preguntas. Porque ya el torrente se había desencadenado y no podría apartar el recuerdo de su mente.



No lo sabrán.

Al día siguiente, rompió su reserva habitual para hacer unas preguntas.



En ese departamento vive el señor Antonio Sprachi. No me gusta hablar de nadie, pero muchos vienen a quejarse...

...por sus reuniones nocturnas, que no deben ser cosa buena y que a veces son ruidosas. ¿Y su esposa, señor González?



Mecánicamente había contestado: "¡Oh, ella sigue muy bien, ya pronto regresará!" pero su pensamiento estaba en aquella Paola inquietante, vinculada a...



...un hombre como ese Sprachi, de quien sin duda fuera una víctima el hombre que el llamado Giuseppe golpeará. ¿Qué papel era el de la joven?



Esa misma mañana, también Gutiérrez le preguntó por Paulina. Ya era inevitable que regresara. Y quizá con demasiada animación, contestó.



Tal vez venga este viernes...

Enterado Miranda, demostró su satisfacción. Max no sabía qué ocurriría ese viernes ni menos podía imaginar en ese momento lo que sucedería la noche del jueves, una noche que pudo ser como otra cualquiera. Tras un llamado imperativo, escuchó la voz suplicante y luego...





¡Cierre pronto, por favor! Dios quiera que no sepan que he subido. No sé qué pensará usted de mí, pero le ruego...



Tranquilícese. Yo no pido explicaciones. Nunca lo he hecho con nadie, ni siquiera conmigo mismo hasta que...



Se interrumpió. No podía pensar en esos momentos en él sino procurar calmar el miedo de la joven.



Ellos estarán buscándome. Usted no sabe cómo es Antonio. Es capaz de...

También Giuseppe pensaba que aquel hombre era capaz de todo. Te ruego que te calmes. Se habrá ido a casa. En la escalera no está.



¡Yo hablaré con ella!

¡No vas a lograr nada! ¡Soy yo el que tengo que obligarla! Debiste perseguirla y traerla nuevamente. Tarde o temprano estropearía todo.



El miedo se reflejó en el rostro del muchachote simple.

Recuerda que ella es mi...



¡Cállate! Bastante paciencia ha tenido aguardando su decisión. Mañana hablaré por última vez con Paola. Y si no accede...

Cual si hubiera escuchado la amenaza, la joven se estremeció.



Creo que hay en usted una gran comprensión. ¡Y no sabe cómo desearía poder hablarle de cosas que a nadie diría!

Era evidente que algo sutil los unía. Prolongaron el silencio en el que ambos repasaban su pasado. Y de pronto, al sonar el timbre, el miedo volvió a ella.



¡Dios mío!

No tema. Nadie entrará aquí.

Había rehuido siempre las situaciones violentas, las peleas, pero en aquella ocasión no le importaba hacer frente a nadie. Asombrado, vio el rostro de...



Gutiérrez, el cual penetró en el hall sin ser invitado. Paola, temiendo algo, había seguido a Max y así el secretario de Miranda pudo ver a la hermosa muchacha.



El vestido destacaba sus formas y la blancura del rostro cuya belleza puso un brillo de envidia en los ojos del hombre.



Olvidé darle este informe del asunto Selman. Pasaba cerca, y... Disculpe, no sabía que hubiera regresado su esposa.





Paola lo miró, sorprendida. En cuanto a Max...

Perdone, yo...

Soy Gutiérrez, empleado de "Droz & Droz". Ha sido un placer conocerla señora, y...

...espero disculpe que haya venido tan tarde. No podía saber.

No tiene importancia. Gracias por su molestia, Gutiérrez.

De nuevo solos, él se atrevió a tomar entre las suyas su mano helada.

Ha habido un error, pero le aseguro... Trataré de explicarle todo.

Tengo que marcharme. Ya es tarde. Y no tiene porqué explicarme nada.

Comprendo. No es ahora el momento oportuno, pero tal vez, si mañana accediera a almorzar conmigo...

Se mostró persuasivo, para que aceptara la insólita invitación. En la noche de lluvia, cuando sin conocerlo acudió a él, se le presentó bajo el aspecto de un ser abrumado por la soledad, deprimido, y ello pudo unirlos.

Al enterarse que era casado, podía pensar que aquello habría sido una "pose" y que todo en él era fingido, hasta esa comprensión y tolerancia, hasta su respeto.

Ella insistió en marcharse, aun a riesgo de ser vista, llevándose el número de teléfono de su oficina, para contestarle en la siguiente mañana, pero dejando en el ánimo de Max una duda y un anhelo.

No fue el único en tenerlo en su pensamiento, y aque la impresión causada a Gutiérrez, difícilmente se podía desvanecer.

Es muy hermosa, demasiado para haberse fijado en un hombre tan mediocre como él. Al llegar, lo encontré raro, nervioso...

Además, me fijé que ella estaba seria, como si hubiera tenido una discusión.

¿Qué es lo que usted supone realmente?

No hubo contestación. Allí estaba Max. Y de pronto, el estridente sonido del teléfono.

Su palidez y emoción fue aviesamente observada por el secretario.

¡Hola! Estaba esperando y temía ya que... Sí, por supuesto, estaré ahí a las doce.

¿Es el señor González? Un momento señora, le comunico con él.



El encuentro fue violento. Ella rompió el silencio, pero sus ojos evitaban mirarlo.



Creo que anoche todo fue un poco absurdo. Mi comportamiento, el equívoco de ese señor que vino y hasta su invitación.

Puedo explicarle perfectamente.



No creo que sea necesario. Soy yo la que debe justificar un proceder poco normal, producto de mi estado nervioso, de mi...

...nostalgia por la patria que abandoné, de un conjunto de hechos, en fin, derivados de un pasado que yo sola debo enfrentar.



No obstante, yo quisiera decirle...



No. Es mejor que seamos siendo unos desconocidos, ya que es poco probable que volvamos a vernos. Pero crea que no olvidaré...

...la ayuda y comprensión que usted me brindó.



¡Gracias, Paola!

La vio salir así de su vida. Primero, se sintió derrotado; era de nuevo Maximiliano González, descartando un sueño imposible. Después experimentó rebeldía, y por último, rabia y hasta desprecio.



En el camino de Paola estaban aquellos dos individuos y un oscuro pasado la ataba a ellos. Luminosa, surgió la imagen de Paulina. En ella, todo era perfecto.



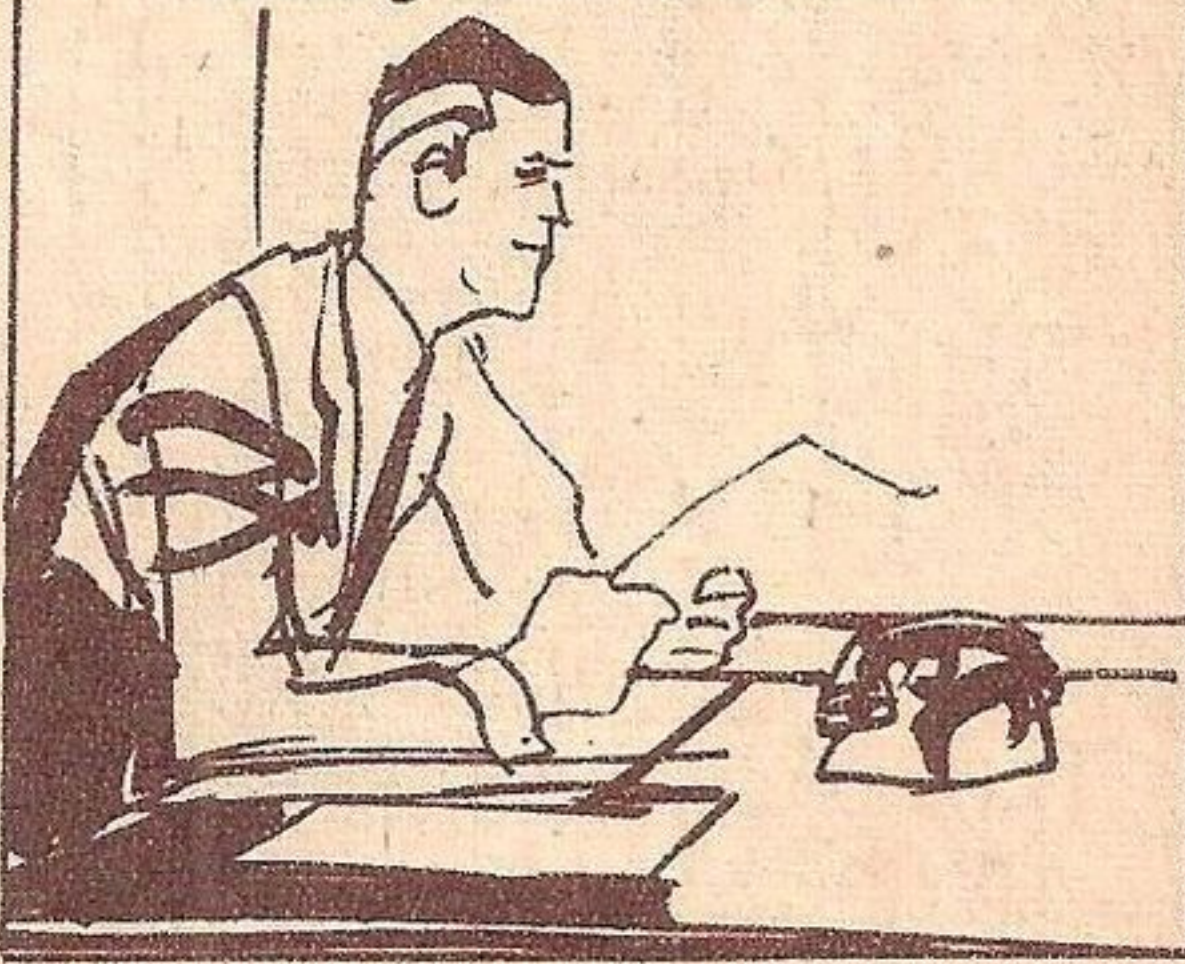
El regreso de Paulina, a la que tanto necesitaba, se convirtió en realidad.

Solía comprar flores para ella y a diario le hablaba por teléfono desde la oficina.



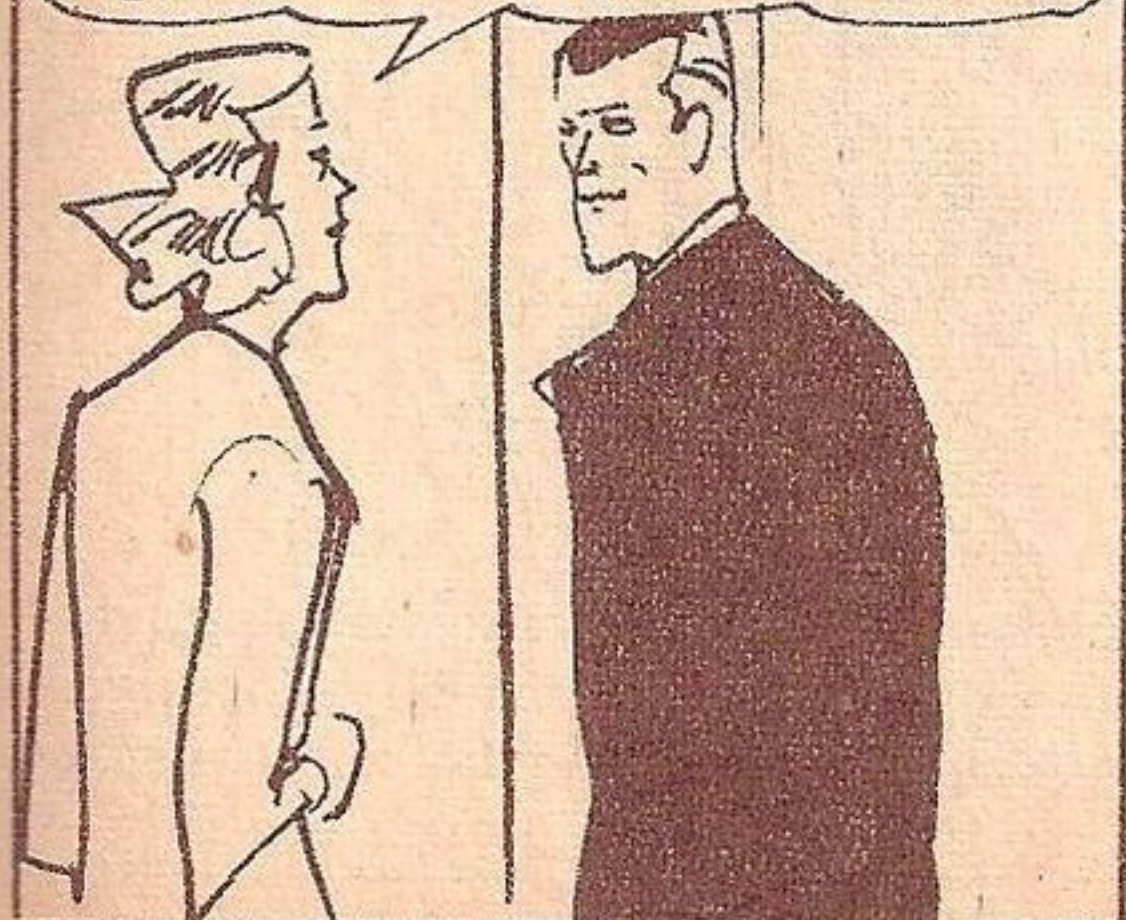
Me alegro que te gustaran las rosas, querida. Sí, llegaré temprano...

Trataba de mostrar un rostro feliz. Tenía que lograr que el rostro de Paulina borrara aquel de Paola que llevaba grabado en la mente.



Siempre esperaba y temía un encuentro, hasta que un día...

Su esposa me pidió en una notita que enviara arreglar las cañerías.



En efecto, ayer hablábamos de eso.



Dígale que mañana vendrán a cambiarlas. A propósito, ya no les molestará el señor Sprachi; deja libre el departamento.

Ya no quedaba la posibilidad de verla otra vez. Esa mañana, su espíritu estaba ausente de la oficina, y Gutiérrez hizo su comentario.



¿Está enferma su esposa? Sin embargo, hoy no la ha llamado...



El destino tenía preparado, no obstante, algo. Y al regresar a su casa...

¡Paola!



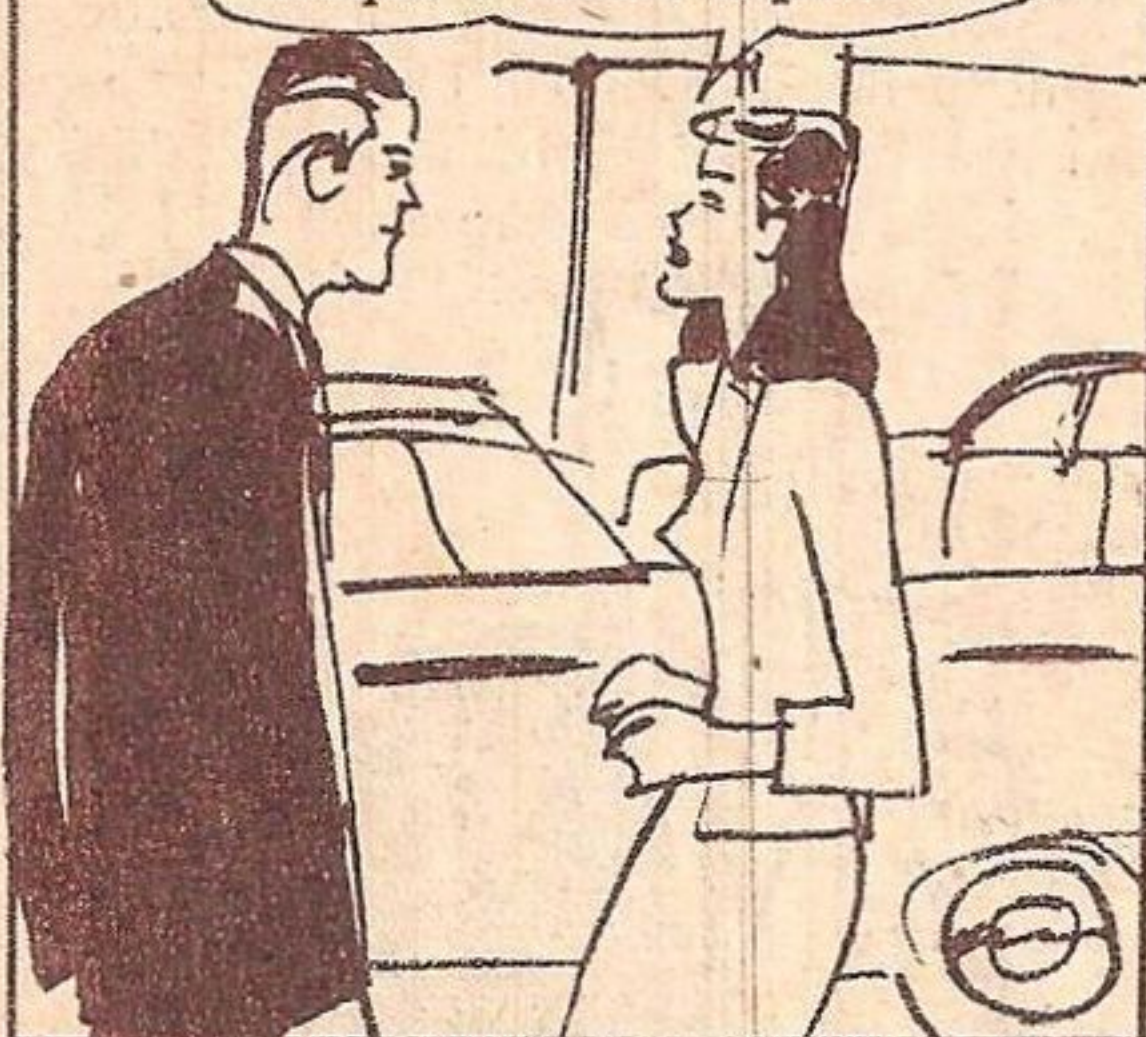
No se engañaba. En los ojos azules había una expresión de alegría. En la boca, adorable, una sonrisa. Pero cometió el error de herirla, precisamente por lo mucho que importaba para él.



Ahora sus "visitas" a Antonio Sprachi no me darán oportunidad de verla, porque sé que se cambia de casa.



Su tono me ofende, pero comprendo que le he dado motivo para ello, aunque si usted supiera...



¡Ninguno de los dos permitió al otro explicarse! Pero ahora, yo voy a hablarle de Paulina. Venga.



¡Paulina! También de ella hablaba Miranda a su esposa.

Y ahora, como Gutiérrez, pienso que hay algo raro. Le invité a cenar con ella, para conocerla, y se disculpó.



Dijo que Paulina estaba algo enferma. Sin embargo, anoche fue Gutiérrez a llevarle una nota y saludarles y lo encontró solo.



Realmente, su proceder es raro.

Los ojos de Paola estaban llenos de lágrimas. Ahora conocía su historia. Ya sabía quién era su esposa.



¡Cuánto debe haber sufrido durante todos estos meses! ¡Cuán solo se habrá sentido!

Y sobre todo, ¡cuán desesperado!, para llegar a eso.



No sé cómo agradecerle. Temía tanto, que al saberlo... Porque usted representa mucho para mí. Hubiera querido salvarla de esos hombres que...

...sin duda, la obligan a hacer "algo" que usted detesta. No obstante, no comprendo el motivo.



Es muy simple, sin embargo. Giuseppe es mi hermano, y Antonio...

Habló de su infancia en Italia, del drama de su familia arruinada y la muerte de sus padres, cuando era aún una niña orgullosa, incapaz de afrontar la pobreza y de la solución de Giuseppe.



Le escribiré a Antonio. Le va muy bien en Buenos Aires, y...

¡No, a Antonio no!



Nunca le había gustado ese amigo de su hermano, con fama de seductor y desaprensivo, que ya había intentado deslumbrarla antes de partir.





No obstante su protesta, él les pagó los pasajes y les habló en sus cartas de mil posibilidades de hacer fortuna. Esperanzados, iniciaron ese viaje que ponía fin a un pasado...



...y significaba el comienzo de un futuro lleno de promesas. Las lágrimas por la patria que dejaban atrás eran menos amargas.



Llegaron por fin a la ciudad blanca y azul en esa mañana de primavera. En el muelle, arrogante, seguro, avasallador, estaba Antonio...



Imaginaba bien, Paola. Aún estás más hermosa que antes.

-Ya verás, Giuseppe, el dinero que te hago ganar.



Antonio cumplió su promesa, pero ¡a qué precio! Giuseppe tuvo que ayudarlo, ya que estaba en sus manos por la deuda contraída en el engaño y las trampas en el juego, para despojar a incautos.

-Los reunía en su casa y allí perdían su dinero.



¡Pero esto es horrible!

He sufrido mucho. He sido amenazada. Obligada a prometer a Antonio que me casaría con él, porque es la única forma de salvar a mi hermano.



Max palideció; esperaba algo parecido.

Ya que una vez casada, regresaremos a Italia y Antonio permitirá que Giuseppe siga estudiando su carrera.



¡Pero usted no quiere a ese hombre!

¿Cómo podría quererlo? Mi hermano es lo último que me resta, y por él...



Comprendió que estaba decidida, que nada podría disuadirla y que por ello, nunca estuvieron tan cerca ni tan lejos. Al separarse ambos sabían que nunca se olvidarían. Ya en su casa, Max se sintió al borde de la desesperación, y fue precisamente entonces cuando llamaron a su puerta, y ante él apareció Miranda.



Ya en sus ojos leyó la pregunta.

¿Dónde está su esposa, González? Usted dijo que estaba enferma y ahora no está aquí...



Mi actitud podrá parecerle rara. Se trata de su vida privada, lo sé, pero Gutiérrez y otros... bueno, piensan que usted...



¿Qué pueden pensar?

Que ella lo ha dejado, o lo que es peor... ¡que la ha hecho desaparecer!



No, señor Miranda. Yo no he matado a Paulina, pero ahora voy a hacerlo, cuando haya terminado de hablar del Maximiliano González que usted no conoció.

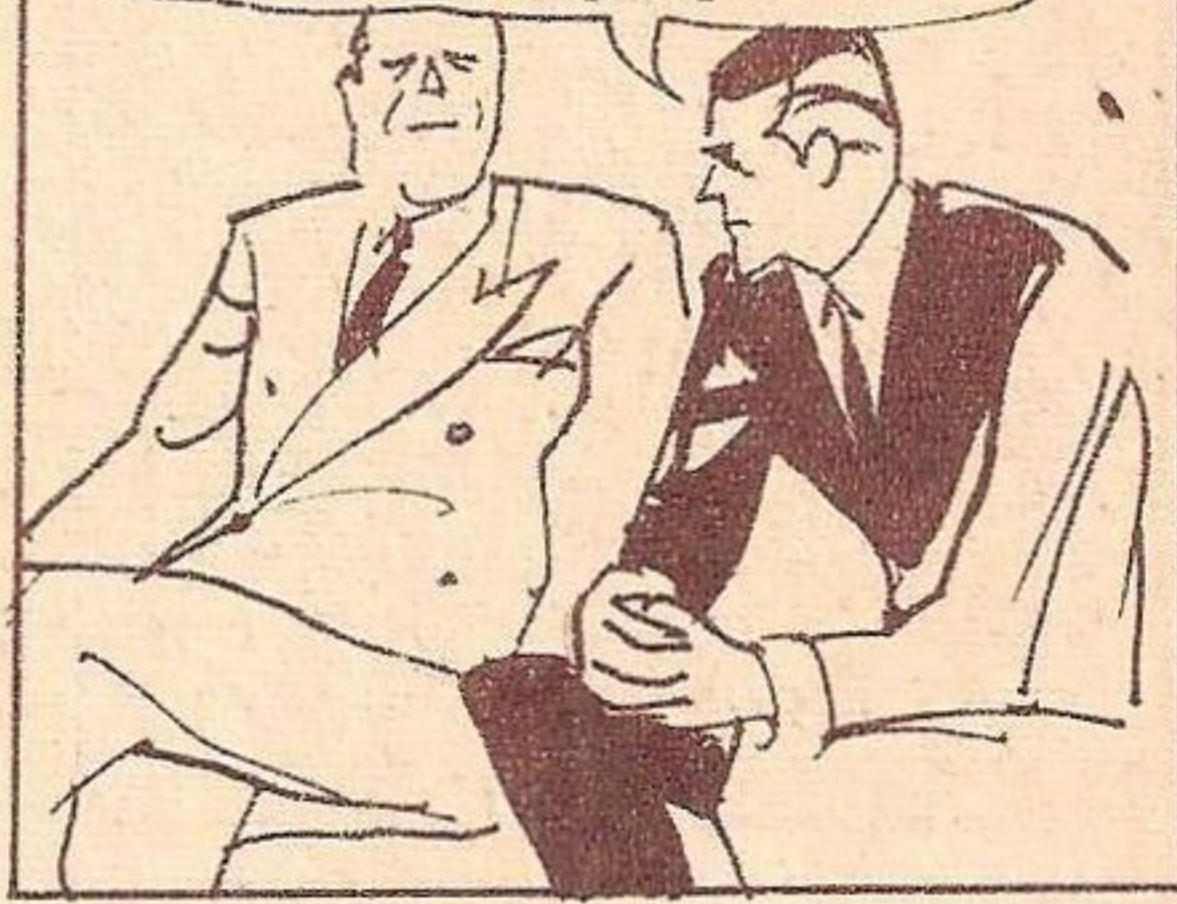


Surgió así la figura del hombre vencido por la vida, solitario y sin posibilidades, para el que un anuncio, una entrevista y la perspectiva de alcanzar un puesto destinado a "un hombre de familia", fue algo maravilloso.



Miranda comenzaba a emocionarse.

En su oficina nació Paulina, una criatura de ensueño, que respondía a mi ideal de mujer y a la que di ese nombre porque...



Sí, era el de una compañera de juegos de la infancia que simbolizaba el amor que nunca conocí.



Le atribuyó la dulce sonrisa de su madre, en la fotografía que de ella conservaba, y la dotó de los rasgos de la mujer soñada.

¡No termino de comprender! ¡Esto es algo fantástico!



Y tan real, sin embargo... Creé a Paulina y hasta compré cosas para ella, ya que otros debían tener pruebas de su "existencia".

¡Y yo mismo llegué a creer en ella!



Luego, siguió hablándole de sí mismo; de la mentira que ponía luz y sombras en su vida y hasta de Paola. Vencida su timidez y reserva, explicó cómo el destino había hecho aparecer en su vida a...

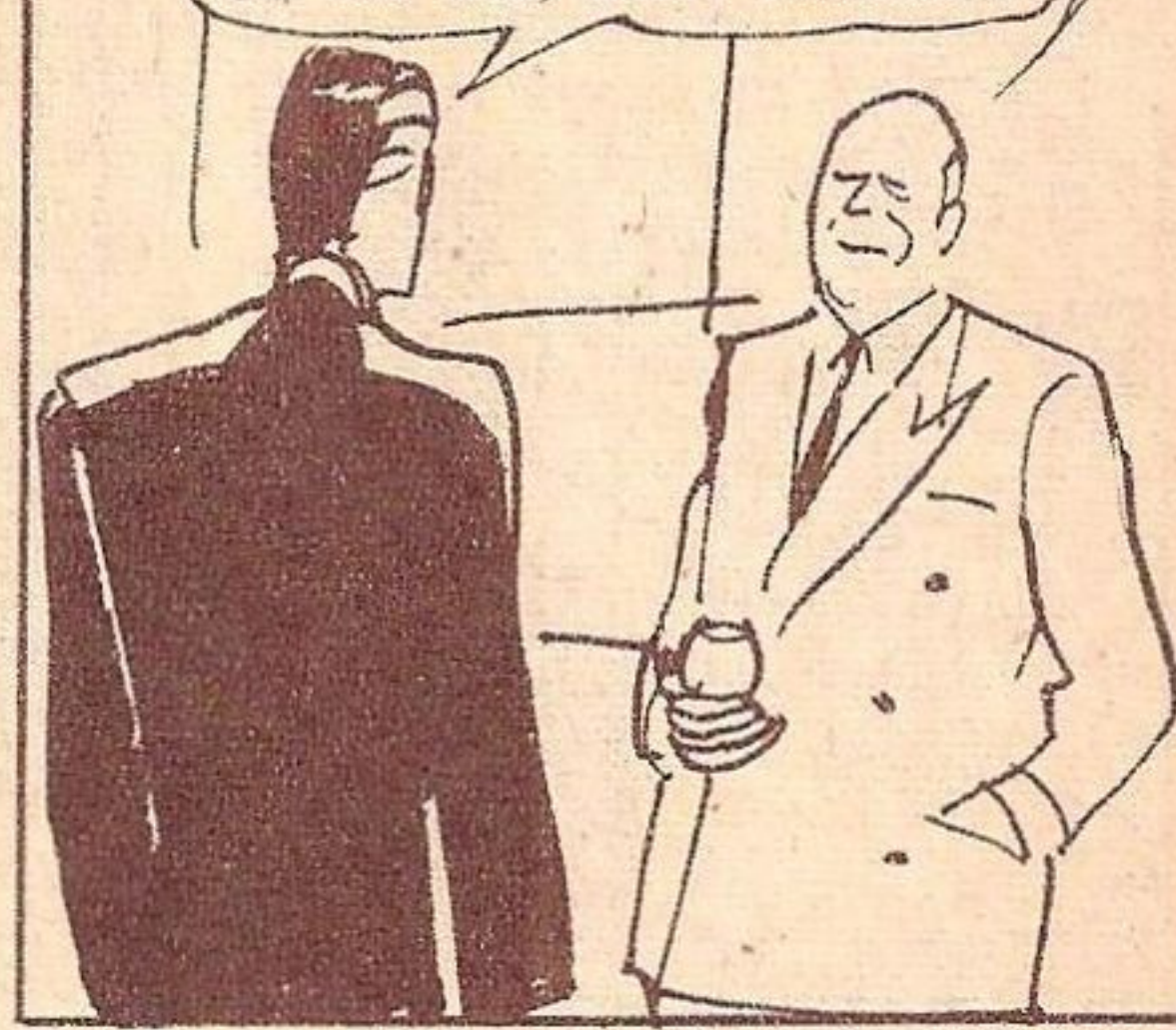


...una muchacha que era una Paulina, más humana. Sin duda era una venganza por su mentira, porque terminaba de saber que Paola iba a desaparecer de manera definitiva, dejándole aún más solo.



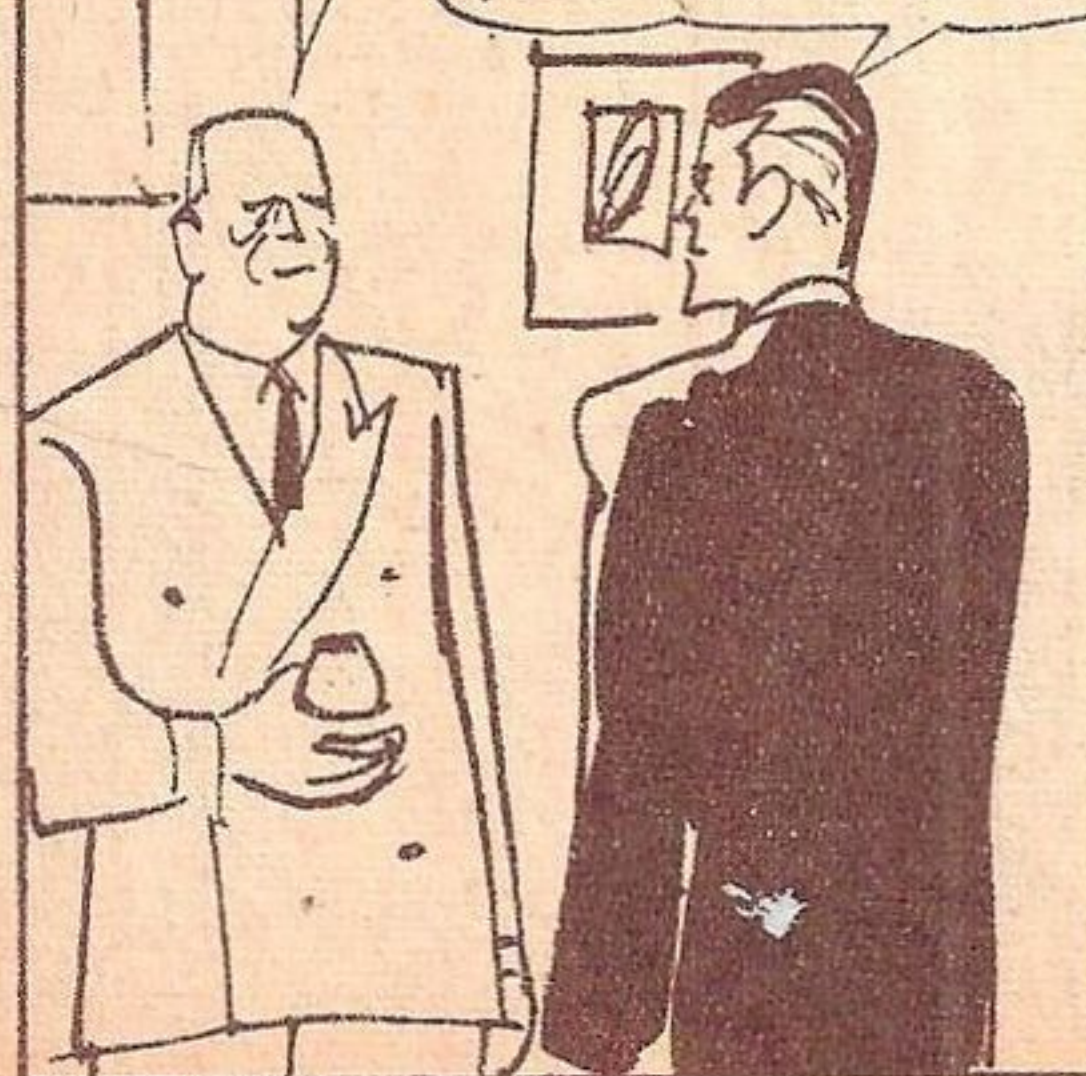
Entonces, ¿es ella a la que vio Gutiérrez?

Sí, era ella, señor Miranda.



Creo comprender que usted la ama.

¡Con toda mi alma!



Y cuando por vez primera me siento con fuerzas para luchar, veo que es inútil cuánto haga...



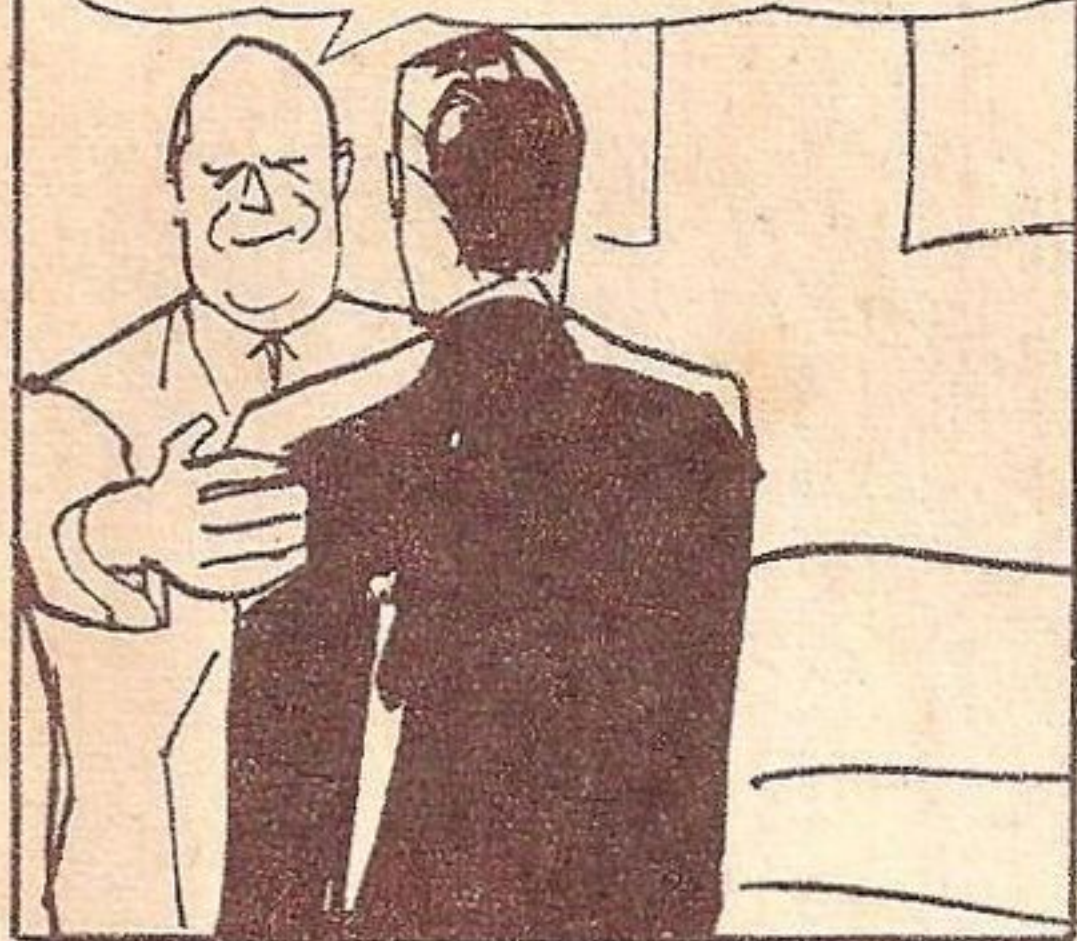
Me siento tan confundido que no sé qué decirle.



No es preciso que hable. La vida me ha enseñado a perder y estoy pronto a presentar mi renuncia.



Su renuncia sólo podría agradar a Gutiérrez, que le envidia. Es usted un excelente empleado. Únicamente a usted mismo...



...ha hecho daño su mentira. No es motivo para que prescinda de usted la firma "DROZ & DROZ".



Miranda vio caer hecha añicos para siempre la personalidad del Maximiliano González de antes, y enfrentó al hombre seguro ya de sí mismo.



En ese instante hubo un llamado, y al abrir la puerta...

¡Paola!



Antonio adquirió pasajes para el avión de esta noche; alguien quiere denunciarle y vine a decirle...



¡Soy yo el que voy a decirte que no te quiero perder! Iré a ver a Sprachi, y...



No es necesario. Giuseppe le ha enfrentado. Creí que todo estaba perdido cuando me ha visto llorar, y...

...cuando le he recordado a nuestros padres sus proyectos para nosotros, ha decidido que quedáramos para empezar una nueva vida.



Sé que no puedo esperar que llegues a quererme, pero...

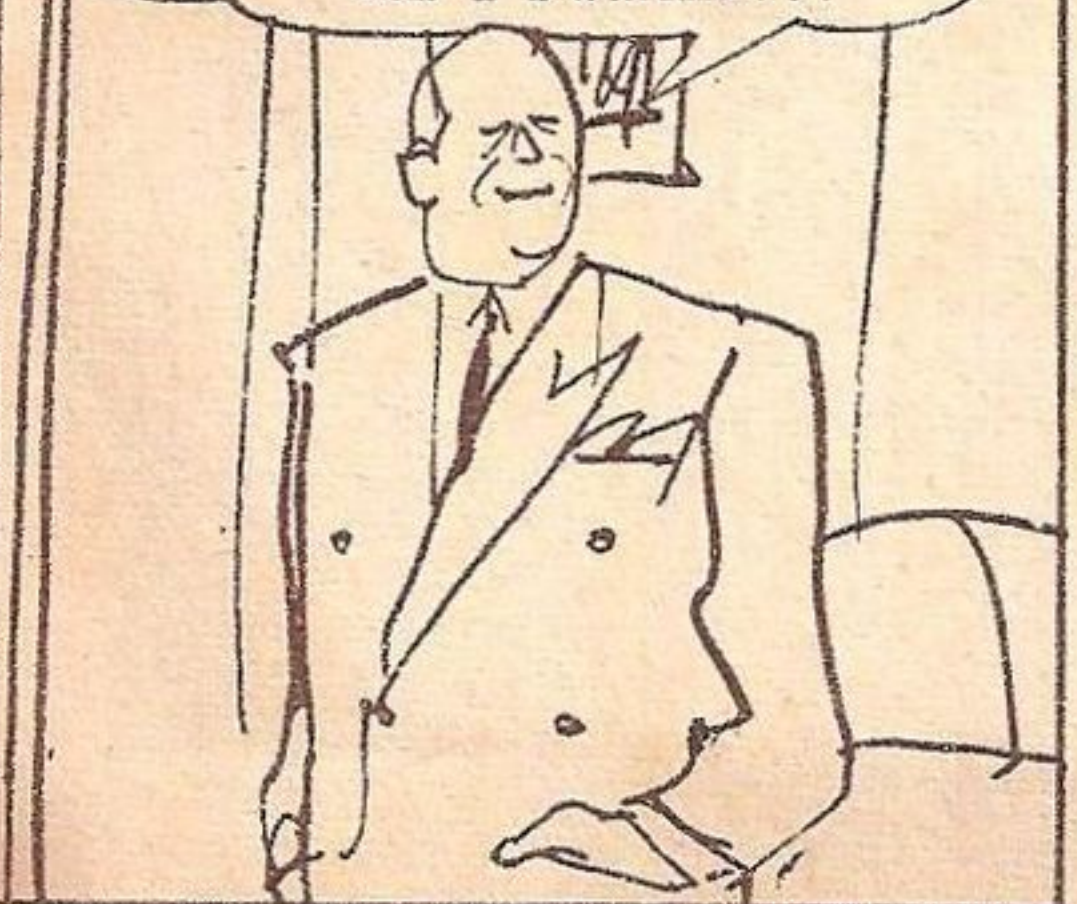


Nunca me hablaste de tu amor. Pero me sentía unida a ti por esa soledad que adiviné y esa comprensión que me has brindado.

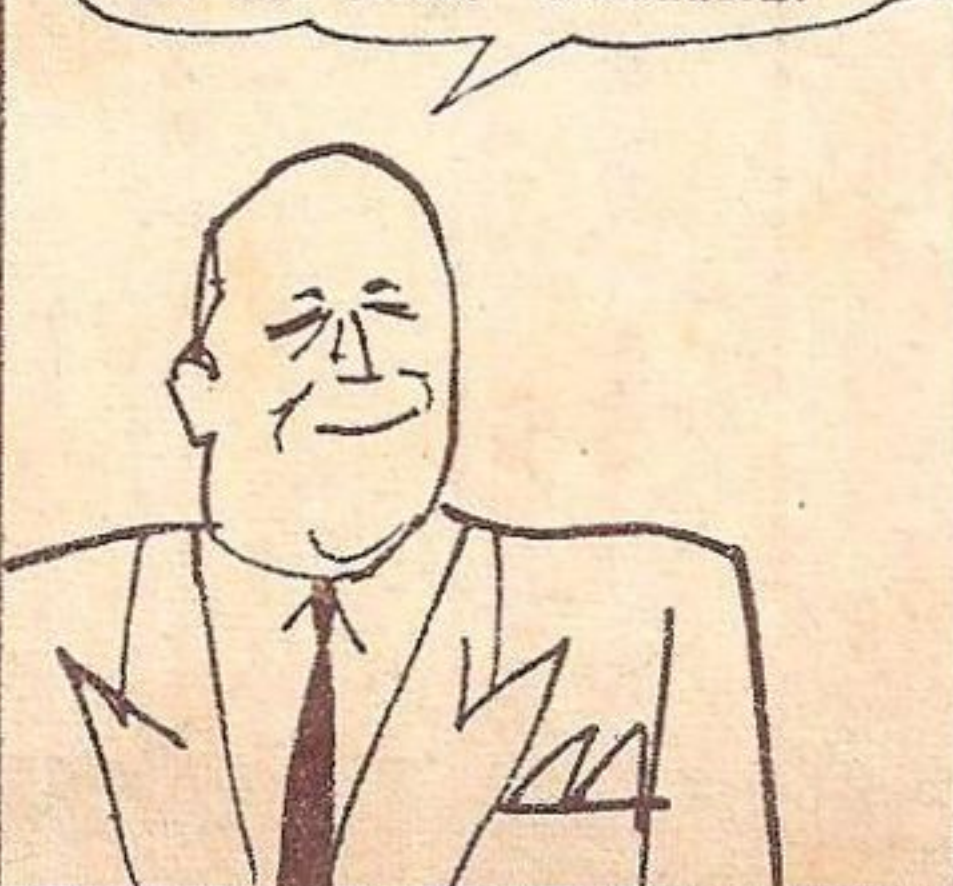
Quizá no haga falta hacer más preguntas. Quizá sea ya una respuesta esta maravillosa realidad de tu presencia.



Perdonen. He visto cruzar la calle a Gutiérrez, un empleado mío. ¿Puedo rogarle, señorita, que habiendo representado una vez a Paulina...



...haga su papel otra vez para evitar explicaciones? De todas maneras, creo que muy pronto será la verdadera esposa del señor González.



Sí, Paola se convertiría para siempre en PAULINA, y lo que fuera un sueño, sería una realidad. Un Hombre y una Mujer se habían encontrado, y Miranda pensó que había ayudado un poco al destino al publicar aquel anuncio destinado a "un hombre de familia".



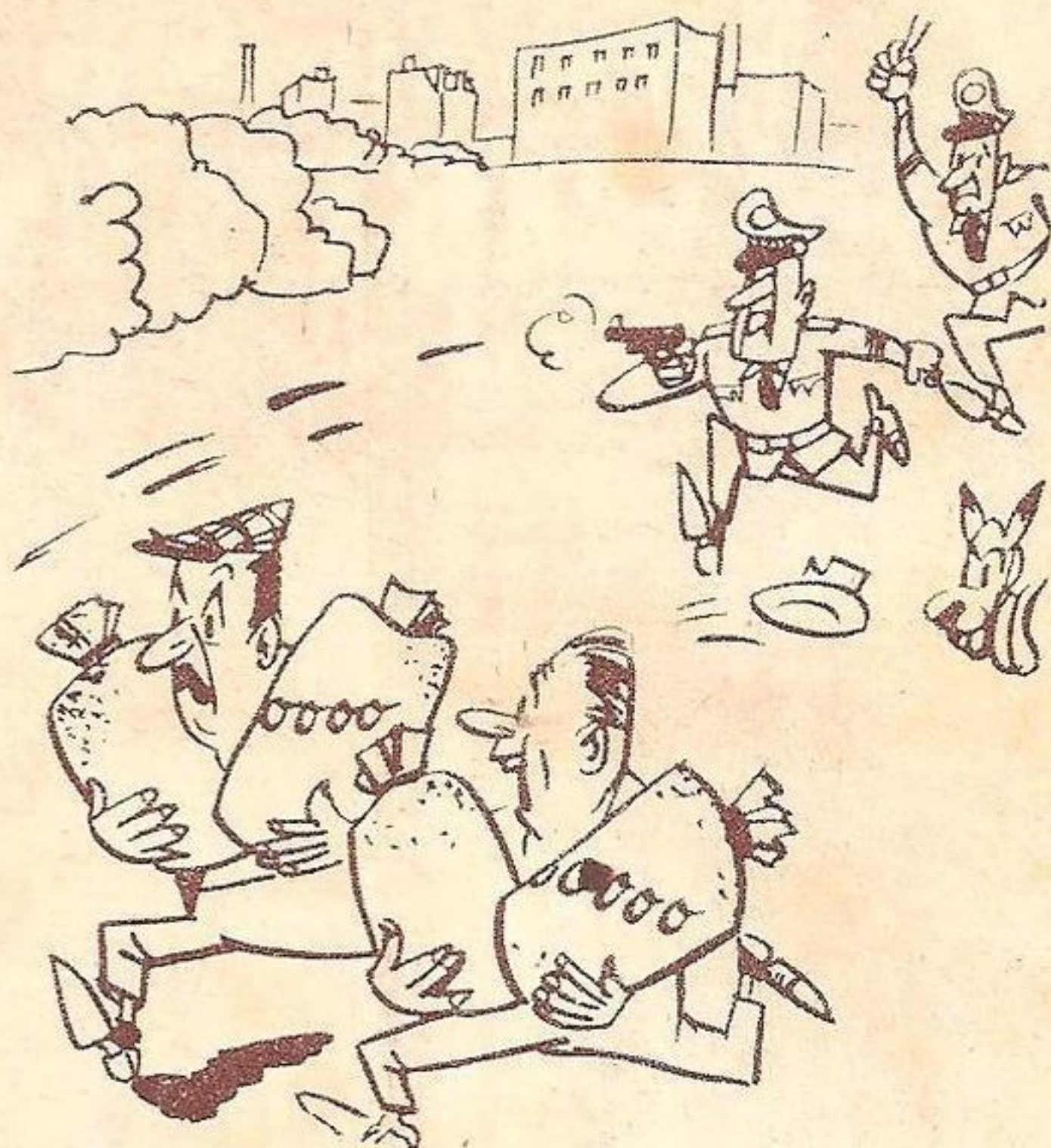
FIN





—Tenías razón después de todo;  
aquella no era la entrada al bar.

## —BUEN HUMOR—



—No hay nada que hacer. Hay un  
viejo refrán que dice que "ni bien  
tienes dinero en tus manos, co-  
mienzan los problemas"



—Si hay cambio, démelo en coches  
pequeños.

## intervalo

ALBUM

AÑO XIII

Nº 59

una publicación de

**COLUMBA**

S. A. C. E. I. I. F. A.

Editores responsables

Ramón Columba (h.) Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración

Sarmiento 1889

Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO  
VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán  
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos  
Talcahuano 1146

Registro Nacional  
Nº 721.439 de la  
Propiedad Intelectual

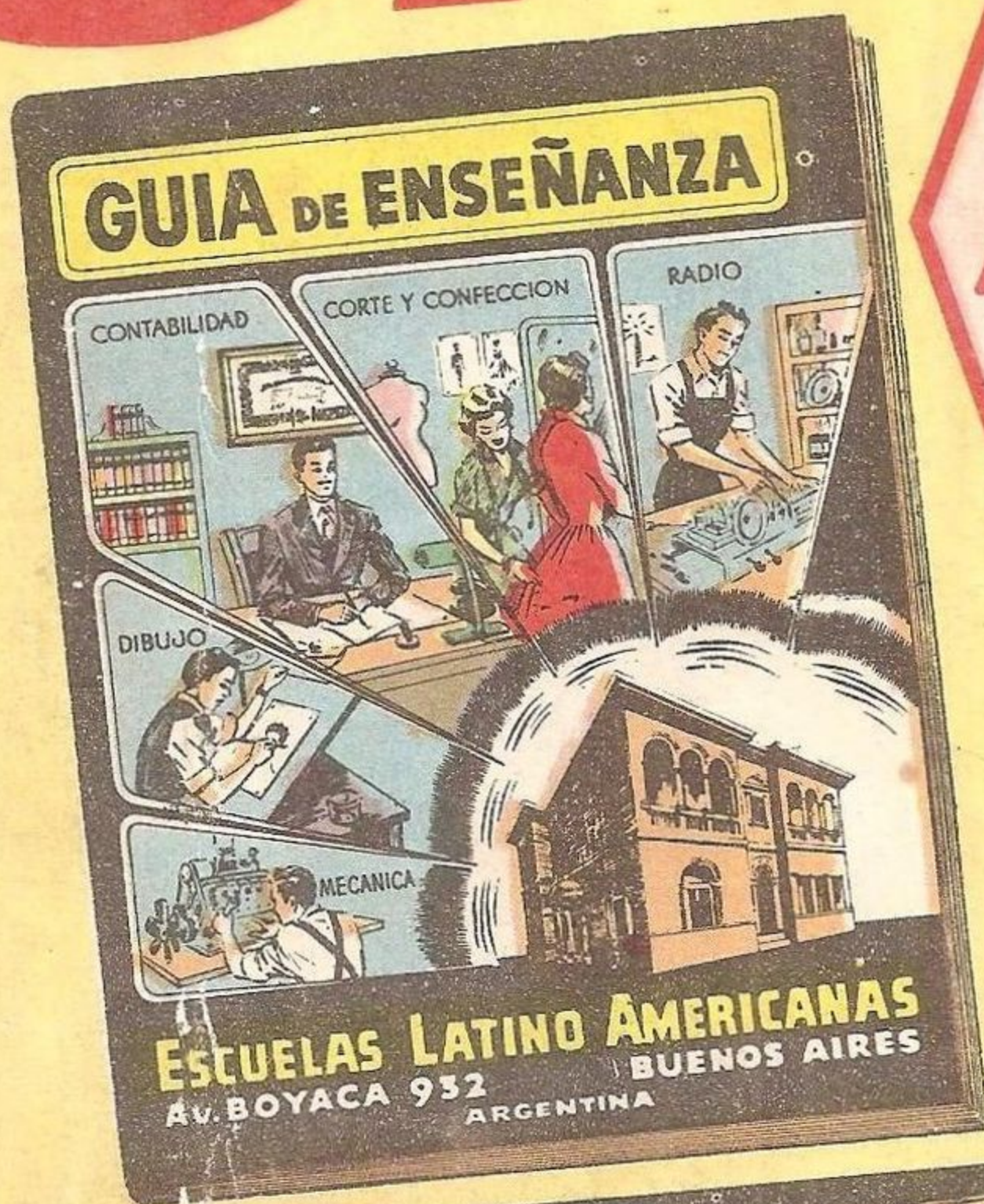
Correo  
Argentino  
Central B.

Franqueo a Pagar  
Concesión Nº 372  
Tarifa Reducida  
Concesión Nº 2761



# Gratis

59



**ESTE LIBRO;  
¡PIDALO!  
DECIDIRA SU FUTURO**

Envíenos su nombre y dirección y recibirá GRATIS el libro GUÍA DE ENSEÑANZA de 68 páginas, con los programas de los 55 cursos que enseñamos por correo. En su casa, cómodamente, y aprovechando sus momentos libres Ud. puede estudiar uno de nuestros fáciles cursos, hasta recibir su Diploma. No espere más. Inicie HOY mismo el estudio de un curso que le permitirá triunfar.



**ENVIE EL CUPON  
HOY MISMO**

## CURSOS QUE ENSEÑAMOS

<b>SECCION COMERCIAL</b>	Construcciones	<b>SECCION FEMENINA</b>
Tenedor de Libros	Bobinajes	Profesora de Corte y Confección
Perito en Contabilidad	Fotografía Artística	Labores
Secretario Comercial	Técnico Helad. Eléctr.	<b>SECCION DIBUJO</b>
Administrador de Estancia	<b>SECCION RADIO</b>	Dibujo Artístico
Cajero	Técnico en Radio	Dibujo Arquitectónico
Empleado de Banco	Técnico en Televisión	" Comercial
Empleado de Comercio	Armador de Radio	" Mecánico
Corresp. Comercial	<b>SECCION INDUSTRIAL</b>	" Lineal
Verdedor	Técnico Químico	" Letras
Gerente Comercial	Técnico Dibujo Textil	Caricaturas e Historietas
<b>SECCION TECNICA</b>	" Tintor. Textil	<b>SECCION ESPECIAL</b>
Mecánico de Autos	" Curtidor	Inglés
Técnico Mecánico	" Jabonero	Periodismo
Motores a Explosión	" Ind. Lechera	Taquigrafía
Técnico Electricista	" Avicultor	Dactilografía
Instalador Electricista	" Apicultor	Caligrafía
Carpintería y Ebanistería	Perito Enólogo	Aritmética
Técnico Tornero	Químico Industrial	Aritmética Comercial
Motores Diesel		Velocigrafía

**SUCURSALES:**  
Rosario: E. Ríos 1458.  
Sta. Fe. Argentina

**EXTERIOR:**  
Uruguay - Chile - Bolivia  
Perú - Ecuador - Colombia  
Venezuela - Brasil.

**OBSEQUIOS:**  
1) Diccionario Castellano.  
2) Certificado de Inscripción.  
3) Bonderín de Estudiante.



**ESCUELAS LATINO AMERICANAS**  
ENSEÑANZA POR CORREO  
AV. BOYACA 932 - Buenos Aires

**ESCUELAS LATINO AMERICANAS**  
AV. BOYACA 932 - BUENOS AIRES

Sírvase enviarme GRATIS el libro "GUÍA DE ENSEÑANZA"

NOMBRE \_\_\_\_\_

DOMICILIO \_\_\_\_\_

LOCALIDAD \_\_\_\_\_

CURSO QUE LE INTERESA \_\_\_\_\_

ALB-INT